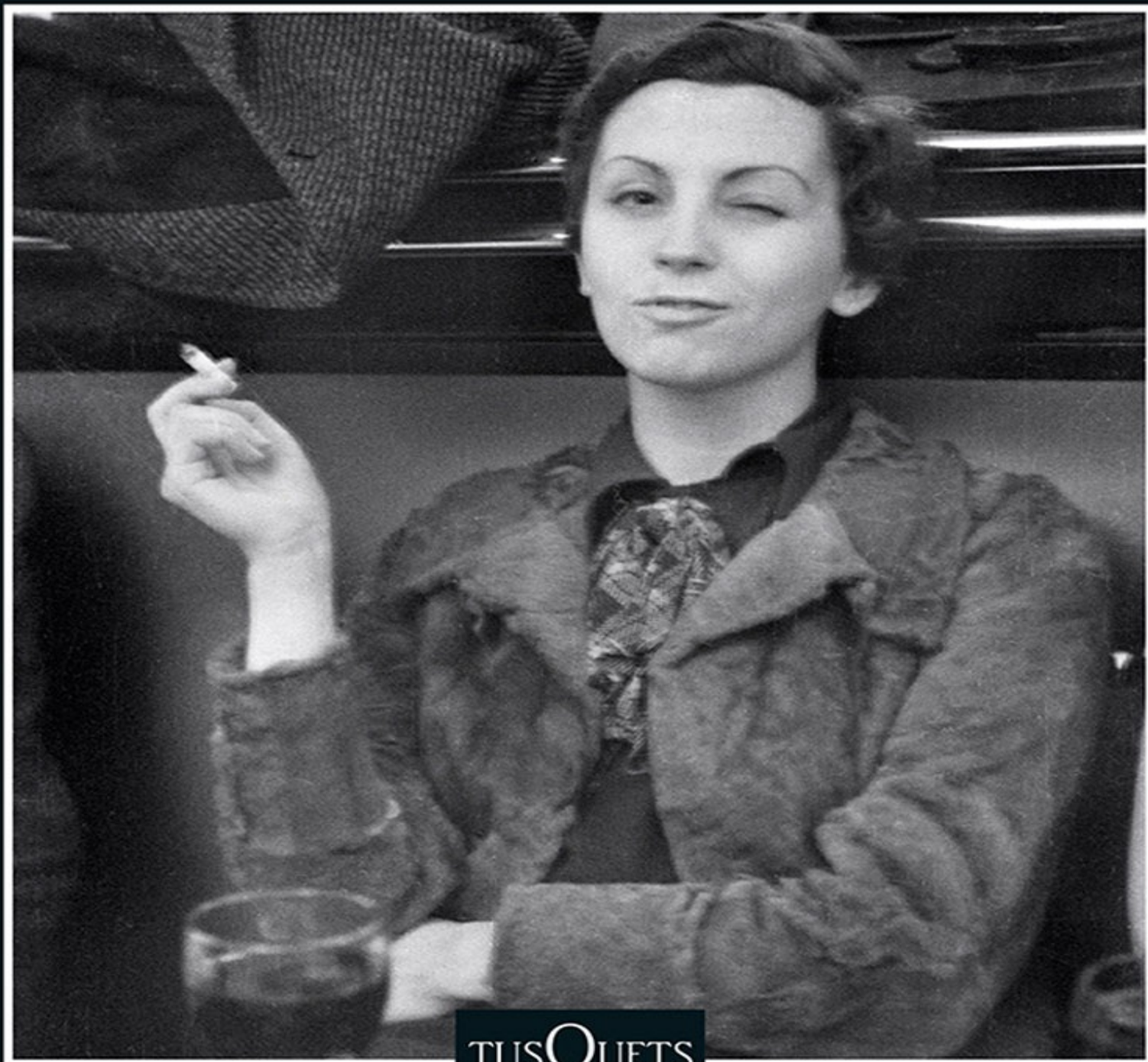


Helena Janeczek
LA CHICA
DE LA LEICA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Citas

Prólogo. Parejas, fotografías, coincidencias # 1

Primera parte. Willy Chardack

Segunda parte. Ruth Cerf

Tercera parte. Georg Kuritzkes

Epílogo. Parejas, fotografías, coincidencias # 2

Agradecimientos y notas

Créditos de las fotografías

Notas

Créditos

Sinopsis

El 1 de agosto de 1937, un desfile lleno de banderas rojas cruza París: es el cortejo fúnebre que sigue a Gerda Taro (Stuttgart, 1910-El Escorial, 1937, y llamada en realidad Gerta Pohorylle), la primera fotorreportera muerta en un campo de batalla. Ese año hubiera cumplido veintisiete años. André Friedman (su expareja, y con quien Taro «creó» el mítico fotógrafo Robert Capa), en primera fila, está destrozado. Entre los asistentes se encuentran otros amigos de Taro de tiempo atrás: la joven Ruth Cerf, con quien vivió en París tras su huida de Alemania; Willy Chardack, que vio cómo ella prefería a Georg Kuritzkes, empeñado a su vez en combatir en las Brigadas Internacionales. En todos ellos Gerda Taro dejó una huella indeleble. Tanto que, años después, basta una conversación telefónica de Willy y Georg para desencadenar los recuerdos de todos. Así comienza esta obra, rigurosamente documentada, sobre una figura en la que, en escasos años, cristalizaron la juventud, la alegría de vivir, el talento y el compromiso en un tiempo de crisis económica, de ascenso del nazismo, de persecución y de guerra.

HELENA JANECZEK
LA CHICA DE LA LEICA

Traducción de Carlos Gumpert

TUSQUETS
EDITORES

Era claramente... la típica chica guapa, tras la cual, como tras el destino, uno solo puede echarse a correr.

GEORG KURITZKES,
en una entrevista radiofónica de 1987

Apesar de tu muerte y tus despojos,
el oro viejo que tu pelo era,
la fresca flor de tu sonrisa al viento
y tu gracia al saltar
burlándote a las balas,
para grabar escenas de la lucha,
nos dan aliento, Gerda, todavía.

LUIS PÉREZ INFANTE,
«A Gerda Taro, muerta en el frente de Brunete»

Prólogo

Parejas, fotografías, coincidencias

1

Desde la primera vez que viste esa foto, te quedaste absorta mirándolos. Parecen felices, muy felices, y son jóvenes, como es propio de los héroes. Lo de hermosos no podrías afirmarlo, aunque tampoco negarlo, y, en cualquier caso, no parecen héroes en absoluto. Y no lo parecen por culpa de la carcajada que les cierra los ojos y pone al descubierto sus dientes, una risa no muy fotogénica, pero tan franca que los vuelve maravillosos.



Él tiene una dentadura de caballo y la exhibe hasta las encías. No así ella, pero su incisivo destaca contra el vacío del diente sucesivo, aunque con la gracia de las pequeñas imperfecciones atractivas. La luz se derrama sobre la blancura de la camisa de rayas, se escurre por el cuello de la mujer. Su piel diáfana, la diagonal de los tendones esculpido por el perfil adosado al respaldo, incluso la línea curva de los reposabrazos, amplifican la energía gozosa que se desprende de esa risa al unísono.

Podrían estar en alguna plaza, aunque, sentados en esas cómodas butacas, dan más bien la sensación de hallarse en un parque, donde el fondo se amalgama en una densa cortina de hojas de árboles. Te preguntas, entonces, si el recuadro que tienen por entero para ellos podría ser el jardín de una villa de la alta burguesía, que ha huido hacia la frontera desde que Barcelona se halla bajo fermento revolucionario. Ahora le pertenece al pueblo ese

refrigerio bajo los árboles: a ellos dos, que se ríen el uno junto al otro con los ojos cerrados.

La revolución es un día cualquiera en el que uno sale para detener el golpe que pretende sofocarla, pero sin renunciar a una tregua que se convierte en celebración. Llevar el *mono azul*[*] como un vestidito veraniego, ponerse una corbata debajo del peto por el deseo de mostrarse atractivo a los ojos del otro. Poca necesidad hay ahí del mastodóntico fusil que ha pasado por las manos de quién sabe cuánta infeliz soldadesca antes de que lo recibiera el miliciano anarquista que ahora no puede rozar el luminoso cuello de la mujer.

Aparte de ese estorbo, en el momento presente están libres de todo. Ya han vencido. De seguir riéndose así, de continuar siendo tan felices, no parece demasiado urgente saber cómo extraer un disparo de esa vetusta arma. Prevalecerá quien esté del lado justo. Ahora pueden disfrutar del sol templado por los latifolios, de la compañía de la persona amada.

Es justo que el mundo lo sepa. De un solo vistazo debe ver que, por un lado, hay una guerra de siglos de antigüedad, generales que han desembarcado desde Marruecos con sus feroces tropas mercenarias; y, por el otro lado, gente que desea defender lo que está viviendo, y que se desean entre ellos.

En aquel arranque de agosto de 1936 son muchos los que llegan a Barcelona para unirse al primer pueblo de Europa que no ha vacilado en armarse contra el fascismo. Y cuentan la historia de la ciudad presa de la agitación con el lenguaje universal de las imágenes, que desde las páginas expuestas en los quioscos de medio mundo, colgadas en las sedes de los partidos y sindicatos, ondeadas por los vendedores ambulantes de prensa, reutilizadas para envolver huevos y productos de la tierra, saltan a la vista incluso para quienes no compran ni leen periódicos.

Los barceloneses reciben fraternalmente a los extranjeros que acuden a luchar a su lado, y se están acostumbrando a esa Babel que deambula por doquier, saboreando el gusto de saludarlos al grito de *compañero* y *compañera*, y luego ayudarse si acaso con gestos, sonidos onomatopéyicos, diccionarios en formato de bolsillo. Los fotógrafos, que no están esperando

armas ni entrenamiento, forman parte de esa afluencia continua a las milicias voluntarias. Están aquí por nosotros, son como nosotros, camaradas, comprende todo aquel que los ve manos a la obra y los deja trabajar.

Pero los dos milicianos de la fotografía están tan atrapados en sus carcajadas que no se percatan de nada. Quien los retrata se mueve, dispara de nuevo, corre el riesgo de traicionarse para captar más de cerca a esa pareja unida por una amplia sonrisa, muy íntima.



La foto parece casi idéntica a la primera, excepto que aquí se hace evidente que el hombre y la mujer están tan enamorados que no prestan atención a la vida que bulle a su alrededor. Los pasos formando una tijera de alguien que corta el pavimento detrás de ellos revelan que no están en un parque, sino, quizás, incluso en las Ramblas, donde se reúne la ciudad movilizada. Al lado una butaca, donde está sentada otra mujer.

De la cabeza de esta solo ves un mechón de pelo rizado; del cuerpo, solo un brazo abrigado. Te haría falta su mirada, la de quien ha visto de cerca lo que puedes extraer de las imágenes, pero que escapa a tus ojos.

El fotógrafo que captó a los dos camaradas no está solo. Son un hombre y una mujer, apostados en el lado derecho de la calle, uno al lado del otro.

Luego descubres la foto de una mujer sentada en las mismas butacas y te cuesta creer que pueda existir una suerte tan descarada. Hasta que en lo alto, a la derecha, te das cuenta de que asoma parte del perfil del joven miliciano que en las otras fotografías le sonrío en trance a su novia rubia.



Esta obrera, que sostiene una revista de moda en sus manos disonantes y un rifle entre las piernas, no parece, desde luego, de esas que se dejan llevar por la curiosidad chismosa ante la aparición de una pareja de fotógrafos que la immortalizan a ella también, después de haber rivalizado entre ellos para que no se les escape la risa estruendosa de los camaradas enamorados. No, te dices, alguien como ella ve y no ve las cosas que no le conciernen. Se mantiene algo alerta, porque le han dado un arma, pero, por encima de todo, quiere disfrutar de ese momento de paz.

Sin embargo, unos días después —así te lo imaginas—, esa miliciana llega a la playa donde se realiza el adiestramiento y se topa otra vez con los dos fotógrafos. Él con ese aire medio gitano, o, más bien, de persona sencilla; ella, casi una figurita salida de la revista que leía en las Ramblas, pero con una aparatosa cámara fotográfica colgando del cuello, que le llega a las caderas.

Ahora la mujer siente curiosidad: ¿quiénes son esos dos? ¿De dónde han salido? ¿Tienen una aventura, una de las muchas que florecen en este clima de movilización y pleno verano y libertad, o son marido y mujer?

Algo parecido, dado que, coordinados y en sintonía, se intercambian algunas palabras en un idioma áspero. Ella sonríe y es ágil como un gato, pero mantiene la compostura cuando imparte instrucciones sobre cómo deben colocar las camaradas sus armas. Ninguno de los dos se detiene un momento, están eufóricos y alegres, comparten incluso sus Gauloises en un gesto de hermandad y agradecimiento.

—Ya los había visto —interviene la miliciana, cuando los fotógrafos se alejan y da comienzo un ferviente intercambio de comentarios, pero nadie le hace caso. Las noticias interesantes las tiene el camarada periodista que los ha llevado allí. Acaban de llegar de París y ya se han jugado el cuello porque el bimotor tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia. Un pez gordo del periodismo francés acabó con un brazo roto, pero ellos ni un rasguño siquiera, gracias al cielo. Él, que se llama Robert Capa, dice que Barcelona es magnífica y que le recuerda a su ciudad natal, solo que no puede regresar a

Budapest mientras esté en manos del almirante Horthy y su régimen reaccionario. Gerda Taro, su compañera, debe de ser una *alemana*, una de esas jóvenes emancipadas que no se sometieron ni siquiera ante Hitler.

—¿Se puede saber cuándo saldrán las fotos? —lo apremian las milicianas.

El periodista se compromete a averiguarlo, pero no a través de los fotógrafos, porque están a punto de marcharse a las zonas donde se combate: primero irán al frente de Aragón y luego bajarán a Andalucía.

Un año después de esas fotografías, en Barcelona se cuentan los primeros dieciocho muertos bajo los edificios destruidos por el fuego del crucero *Eugenio di Savoia*. Las milicias se han disuelto, la miliciana está de vuelta en la fábrica. Tal vez se dedique a coser los uniformes del Ejército Popular, donde los anarquistas deben obedecer sin discutir y no hay lugar para las mujeres. Pero en los talleres se sigue escuchando la radio, se comentan las noticias, se dan ánimos.

Entonces te imaginas que alguien lee en voz alta un periódico que lleva la fecha del 27 de julio de 1937. En él está escrito que Madrid resiste heroicamente, por más que, con la ayuda criminal de la aviación alemana e italiana, el enemigo ha avanzado hacia Brunete, donde ha ocurrido un trágico suceso. Ha caído una fotógrafa que vino desde muy lejos para inmortalizar la lucha del pueblo español, un ejemplo de valor tal, que el general Enrique Lister se ha inclinado ante su ataúd, y el poeta Rafael Alberti ha dedicado unas palabras muy solemnes a la camarada Gerda Taro.

—¿No es la que nos hizo aquellas fotos en la playa? —exclama una obrera, llamando la atención de las chicas que se han apartado en la puerta del cobertizo para hablar de sus cosas. Sí, no cabe duda, es ella: en el artículo se habla también del «ilustre fotógrafo húngaro Robert Capa, que recibió en París la trágica noticia».

Las obreras de la fábrica de uniformes se han quedado atónitas, conmovidas por los recuerdos.



El sol en los hombros, la arena en los zapatos, las carcajadas cuando alguna de ellas se tambaleaba en la orilla al perder el equilibrio por el retroceso del arma, y, tan pronto como otra alcanzaba el blanco, los gritos de júbilo. Es que además esa extranjera, te dabas cuenta enseguida, era una *senyoreta* de manos suaves, que hubiera podido quedarse en París para inmortalizar a actrices y maniqués elegantísimas, y en cambio había venido a fotografiarlas a ellas mientras aprendían a disparar en la playa. Incluso las admiraba, parecía como si en cierto modo las envidiara. Y ahora había muerto como un soldado, mientras que ellas se arruinan la espalda en la fábrica, y luego corren a buscar comida, pero todavía están vivas. Qué injusticia. Que se pudran en el infierno, esos fascistas.

Entre las más afectadas por la noticia se encuentra la mujer que estaba sentada con la revista de moda en Las Ramblas. La conmoción la invade en ese momento, con la colilla que ha vuelto a encender humeándole entre los

dedos, las máquinas de coser que ametrallan a sus espaldas, y no es solo la gratitud que la recorre por el sacrificio de un pajarillo venido de un país frío. Ha vuelto a aflorar en su memoria, diáfana, una imagen captada desganadamente hace un año, al levantar la vista de su lectura: un hombre moreno y una rubita con el pelo a lo *garçon* fotografían a una rubita con el pelo a lo *garçon* y a un hombre moreno que ríen felices. La rubita fotografía con la cabeza inclinada sobre una cámara que le oculta la frente. El hombre moreno trabaja con una máquina tan pequeña que le deja las cejas al descubierto, tan tupidas como las del miliciano. Después, cuando acaban de sacar fotos, se ríen ellos también, pletóricos y cómplices. Incluso los ojos de una extraña como ella notan que esos dos se han reconocido en los otros dos. Y que también están enamorados.

Una pequeña coincidencia ha querido que los fotógrafos, recién desembarcados en Barcelona, se topasen con una pareja a la que se parecían. Tal vez fuera fruto del azar el que Gerda Taro lograra sacar la foto de la carcajada en su punto álgido, mientras que Robert Capa perdía unos segundos ajustando acaso el gran angular. Si ella hubiera utilizado la cámara con la que le había enseñado a sacar fotos, la Leica, también sus negativos tendrían el formato rectangular que permite asignar a Capa la segunda foto de la pareja, y la de la mujer con la revista. Gerda no habría obtenido el centrado perfecto de la imagen cuadrada si no se hubiera comprado una réflex económica de formato medio, una Reflex-Korelle. Pero al cabo de seis meses los ingresos comunes bastaban ya para que él pudiera hacerse con una Contax y confiar la compañera de sus años de hambre, su Leica, a la chica que lo había animado a dejarlos a sus espaldas.

En el momento en que salieron de París no tenían dinero —ella, al comienzo de su aventura como fotógrafa; él, sin un solo encargo pese a que empezaba a recibir propuestas—, pero poseían una confianza inagotable en que acabarían forjándose un nombre.

Vivir en París, sin nada más que una Leica, era el arte de apañárselas día tras día. Encontrarían más trabajo con un seudónimo, de ello estaban

convencidos André Friedmann y Gerda Pohorylle. Incluso se inventaron la historia de Robert Capa, que poseía lo que a ellos les faltaba: riqueza, éxito, un visado sin límites en el pasaporte de un país venerado en virtud de una potencia no devastada por guerras y dictaduras. Unidos en una sociedad secreta que tenía un alias como capital inicial, estaban aún más cerca en la vida, más temerarios en los sueños que perseguirían en el futuro.

Luego, el tiempo de los cuentos de hadas se terminó. Desde que la República española se vio atacada, la única habilidad consistía en hallarse en el momento justo en el lugar adecuado para capturar una realidad destinada a sacudir conciencias, a mantener viva la protesta, a forzar la intervención del mundo libre.

Pero si una fotografía habla también de quién la ha hecho, no pueden dejar de reflejar a sus autores las dos instantáneas de una pareja en la cual resultaba tan fácil mirarse. En la foto de Taro, el hombre y la mujer comparten el mismo espacio a la par, unidos por la carcajada que se libera en el aire, en una composición tan armónica que exalta, por contraste, una energía desbordante. La foto de Capa coloca a la mujer en el centro, ensalza su atractivo físico, pero mientras se inclina hacia su compañero y desde la perspectiva de su mirada radiante.

Caminaban uno al lado del otro, avistaron a los dos milicianos tan parecidos a ellos, tan felices. Pero no era el gusto por un juego de espejos lo que los llevó a fotografiar el mismo asunto, sino el afán de que uno de los dos consiguiera una imagen que pudiera mandar a los periódicos. Era la promesa que cobra vida en los rostros y en los cuerpos transfigurados por aquella risa tan feliz, la utopía vivida en el transcurso de unos instantes lo que hacía a ese hombre y a esa mujer libres de todo. Libres, sí, y hermanados en los ideales y en los sentimientos, pero no iguales. Robert Capa, en efecto, captó el deseo de abandonarse sin recato el uno al otro; Gerda Taro, una alegría sin pudor que se lanza a conquistar el mundo.

Aquel día de agosto eran diferentes, se complementaban, ajenos para siempre a lo que habría de suceder más tarde. Lo cuentan ellos mismos,

involuntariamente, francos como la risa inmortalizada, a través de esos autorretratos robados a sus compañeros de armas, y de amor, en el corto verano de la anarquía, en Barcelona.

Primera parte
Willy Chardack
Buffalo, N. Y., 1960

¿Quién será aquesta que es de todos mira
y, de tan claro, el aire hace temblar...[*]

GUIDO CAVALCANTI

¿Puede algo tan hermoso gustar solo a uno
cuando de todos son el sol y las estrellas?
No sé a quién pertenezco.
Creo que a mí misma, sí, solo a mí me
pertenezco.

«*Ich weiß nicht zu wem ich gehöre*» (1930),
de FRIEDRICH HOLLAENDER
y ROBERT LIEBMANN,
cantado por MARLENE DIETRICH

El doctor Chardack se ha despertado temprano. Se lava y se viste, se lleva a su despacho una taza de café instantáneo y el *New York Times* del fin de semana, hojea las páginas de política, que le gustaría seguir mejor ahora que la carrera hacia la Casa Blanca llega a su momento de mayor tensión. Luego coloca el periódico boca abajo, prepara papel y bolígrafo y se pone a trabajar.

Fuera no se oye ningún ruido, salvo las esporádicas voces de golondrinas y cuervos, y el lejano crujido de algún automóvil en busca de una gasolinera o en dirección hacia quién sabe dónde. Más tarde, también los vecinos empezarán a montar en sus coches para ir a la iglesia, a visitar a sus parientes o a los restaurantes que ofrecen los «Sunday's Special Breakfast», pero ninguno de estos compromisos, afortunadamente, atañe al doctor Chardack.

No se sorprende cuando suena el teléfono después de que haya redactado el comienzo de un artículo, grita «¡Es para mí!» al resto de la casa, más por costumbre que para evitar que su esposa corra, adormilada, hacia el aparato.

—El doctor Chardack al aparato —responde, como siempre, sin saludo previo.

—*Hold on, sir, call from Italy for you.* [*]

—Willy —dice una voz amortiguada por las telecomunicaciones intercontinentales—, no te habré despertado, ¿verdad?

—*Nein: absolut nicht!*

Ha sabido de inmediato quién lo llama. Los viejos amigos seguían

grabados en él como la señal de una mala caída desde un árbol del parque Rosental, y quienes seguían vivos podían dar señales de vida.

—Georg, ¿ha pasado algo? ¿Algún problema?

En la época en la que era Willy, también fue el amigo a quien pedir una ayuda concreta: algo de dinero, básicamente, dado que siempre tuvo más que los demás. Por esa razón su interlocutor se echa a reír, con ganas, y le dice que no necesita nada, pero ha ocurrido algo, no cabe duda, y ese algo es obra suya, desde allí, desde América, y es tan enorme que le resultaba imposible resistirse al impulso de llamar por teléfono en lugar de escribirle una carta.

—¡Enhorabuena! Lo que has hecho es extraordinario, y hasta me atrevería a decir que hará historia.

—Gracias —responde con un tono y un tiempo de respuesta que suenan demasiado automáticos. No es un tipo de cumplidos, el doctor Chardack, más bien de ocurrencias ingeniosas, pero no le viene ninguna a la cabeza.

En otros tiempos fueron campeones de carcajadas. No, quizá sea una exageración, pero se les daba muy bien avivar a golpes de ironía la seriedad mortal de los debates, y Willy Chardack nunca les fue a la zaga a sus compañeros. Ahora también sus colegas aprecian su humor sobrio, más marcado por su acento alemán (el de los científicos locos), y a él le va bien no resultar demasiado arisco para los parámetros estadounidenses, un personaje.

El doctor Chardack, al escuchar la voz distante de Georg Kuritzkes, vuelve a verlo de nuevo *en plein air* con toda aquella alegre compañía, o no necesariamente al aire libre, sino en una atmósfera de película francesa, alegre y luminosa, aunque todavía no estuvieran en París. Pero el Rosental no temía la comparación con el Bois de Boulogne, y los *passages* de Leipzig eran famosos. Había industrias y comercio, música y editoriales que presumían de tradiciones centenarias, y esa solidez burguesa atraía como un imán a la gente del campo y del este, que hacían que la ciudad se pareciera cada vez más a una auténtica metrópoli, incluso en sus contrastes y conflictos. Hasta que se agudizaron los enfrentamientos y las huelgas, la crisis económica mundial que aceleraba la catástrofe alemana. Los rostros tensos que Willy se encontraba en

su casa, cuando su padre se exasperaba ante la fila de los que le pedían un trabajo, cualquier trabajo, cuando a él le costaba aguantar con sus mozos y almaceneros, porque también se tambaleaba el mercado de pieles que prosperaba en Leipzig desde la Edad Media, o antes incluso.

Aunque provinieran de familias acomodadas, sus amigos y él, que no tenían que pugnar con clientes insolventes, estaban dispuestos a luchar contra todo. Eran libres de hacerlo, libres de irse de excursión y de dormir en tiendas bajo las estrellas, libres de cortejar a las chicas, y había chicas muy guapas e incluso extraordinarias (Ruth Cerf, que había pasado de larguirucha enjuta a rubia majestuosa, y además estaba Gerda, la persona más encantadora, más viva y divertida con la que se había topado nunca en el universo femenino), libres de reír. Las ganas de bromear no se les pasaron ni cuando Hitler estaba a punto de ganar y había que prepararse para hacer las maletas. Nadie podría expropiarlos de ese recurso que los hacía iguales, camaradas sobre todo en su forma de estar en el mundo desafiando a los nazis. Pero, desde luego, no eran iguales, Georg era el mejor ejemplo. Georg era brillante, pero como si derrochara un talento que le sobraba, casi el equivalente a la colección de camisas (¡camisas de algodón egipcio!) que languidecía en los armarios de la casa de los Chardack desde que Willy se había adaptado a los círculos de izquierdas. Georg Kuritzkes era inteligente, apuesto y deportista. Leal y digno de confianza. Con una excelente capacidad de agregar, instruir, organizar. Bailarín desenvuelto. Conocedor apasionado de las últimas tendencias musicales del extranjero. Valiente. Decidido. Y también ingenioso. ¿Cómo podía él, un Willy Chardack, ser la primera opción de las chicas? Lo llamaban «Teckel» desde mucho antes de que aquel apodo se le hiciera antipático después de adoptarlo al instante el ligero acento de Stuttgart de Gerda Pohorylle. No podía, desde luego. Pero que Georg encima fuera divertido alimentaba un afecto que circulaba fuera de los límites de esas jerarquías de chicos, aparentemente duradero, como demostraba su emoción al evocarlo. Efecto de una carcajada redescubierta después de un tiempo que parecía un siglo.

Georg le puso al día sobre su hermano en Estados Unidos, casado, que se había mudado a una casa con vistas a las Montañas Rocosas. Había sido Soma, precisamente, quien le había enviado un recorte de periódico: le había llegado con plazos bíblicos, esquivando los meandros muertos del correo italiano, una sorpresa total que desató su entusiasmo.

—Me parece que te darán el Nobel.

—Qué va. Solo soy un ingeniero que hace sus experimentos en un garaje junto a una casa llena de mocosos y dos doctores de un hospital para veteranos. En Buffalo, no en Harvard. La industria médica nos ha mandado sus avanzadillas, nos llenan de palmadas en los hombros y promesas, pero por ahora no hemos visto ni financiación ni solicitudes de licencias para patentes.

—Entiendo. Pero combinar un pequeño motor con un corazón para que puedas nadar, jugar al fútbol, perseguir un autobús, es una revolución, diantre. Acabarán dándose cuenta.

—Esperemos. Cuando has llamado, pensé que era del hospital o un paciente al que habíamos dado el alta. «Si no tiene ningún problema», lo digo ya como las señoritas telefonistas, «le paso la llamada.» Pero me alegro, por supuesto.

—Como para no estarlo. Al final, vas a ser el único que ha cambiado algo. Ya te lo dije: tú eres el que ha hecho la revolución...

Esta vez, al doctor Chardack no le faltaba una réplica adecuada. Le gustaría sacar a relucir a los estudiantes que intentan poner patas arriba Estados Unidos no haciendo otra cosa que sentarse en un banco prohibido a los negros, hasta conseguir que Woolworths y luego las demás cadenas comerciales abrieran los *lunch-counters* del sur racista a los clientes de color. Le gustaría comparar su fe, tan firme y pacífica, dirigida por un reverendo bautizado en nombre de Martín Lutero, con la que había encontrado en el hijo de un carpintero inglés que se convirtió en ingeniero electrónico gracias al programa de educación para veteranos. «La Providencia me ha revelado el error decisivo, estimado Chardack, ya verá como todo acaba resolviéndose», repetía el ingeniero Greatbatch cuando el doctor corría al garaje para plantearle el enésimo problema. Le gustaría decirle a Georg que es él, el descreído, quien ha renacido con cada impulso eléctrico del corazón de un

enfermo y que ha complacido al único numen al que se ha entregado, Esculapio.

—Me basta con mi trabajo —dice.

El otro se ríe con ese tono suyo pastoso y fuerte, una carcajada cómplice, pero el doctor Chardack capta una grieta en la voz de Georg y le deja continuar.

—A mí también me gustaría dedicarme solo a la investigación médica, no se aburre uno e indudablemente hace algo útil. Por desgracia, en mi campo, los inventos milagrosos son improbables. ¡Ojalá pudiéramos, después de un ictus, aplicar un artilugio como el tuyo!

Una vez más, el doctor Chardack ha captado una piedrecilla pulida, un tono de disgusto. Sin embargo, con una broma, sabe cómo poner remedio:

—¡A mí el corazón y a ti el cerebro! Los dos nos hemos repartido los órganos vitales igual que las superpotencias se reparten el mundo y ahora también el cosmos.

—Lo importante es tener algo que repartirnos, ¿no? Y ahora que te invitarán a todos los continentes, a ver si das señales de vida, y te vienes alguna vez por aquí.

Ahora que han llegado a las formalidades, el doctor Chardack se ha tranquilizado. A fin de cuentas, no es poca cosa que de todas sus metas y sueños compartidos —la medicina, Gerda, el antifascismo— ambos mantengan el primero.

La conversación concluye con el intercambio de direcciones entre el doctor Chardack y el doctor Kuritzkes, que está pensando en dejar la FAO y la ONU en general, por más que lamente la idea de que ya no será bienvenido en todas partes.

—Entonces te espero, Willy, espero que el músculo agotado de la vieja Europa te acoja triunfalmente...

Por unos instantes, frente al teléfono colgado, el doctor Chardack sigue escuchando de pie la última carcajada de su amigo, tan envolvente a pesar del sarcasmo implícito. Pero tan pronto como se percata de dónde procedía —esa insinuación al teléfono sin hablar con claridad— se pone rígido.

¿Por qué había ido Georg a Roma? ¿Se había hecho ilusiones de que

realmente, allí en la FAO, derrotaría al hambre, nada menos? Nunca había sido ni un ingenuo ni un exaltado, todo lo contrario. Quién sabe si hubiera llegado a ir a España, de no haberse encargado de convencerlo la loca aquella, quién podía decirle que no a Gerda, ni pensarlo. Estaba loca de verdad, incluso más que Capa, a quien le dio un patatús al descubrir que no se había conformado con unas largas vacaciones italianas con el famoso Georg. No, ¡aquella inconsciente se había llevado las fotos de las milicias republicanas a la cuna del fascismo! Gerda, impasible, replicaba que eran tonterías, pretextos para montarle una escena, y quienes asistían a esa discusión en el acogedor estruendo de un café parisino no pudieron más que reprimir una sonrisa de admiración.

Georg Kuritzkes, en cualquier caso, se había unido a las Brigadas Internacionales y luego, mientras Willy zarpaba hacia Estados Unidos, se quedó en Marsella y se unió a la *Résistance*. Pero antes de echarse al monte se había licenciado y, después de la Liberación, se especializó con una tesis que le había valido una plaza de investigador en la Unesco.

A esas alturas, el doctor Chardack se mantiene alejado de la política, pero no puede evitar que la política se entrometa en su campo. ¿Cómo podría digerir que Estados Unidos rechace a científicos con las habilidades de Georg Kuritzkes a causa de su sacro terror hacia todo lo que huelga a rojo? Sin embargo, no es seguro que Georg lo lamente. Tal vez haya regresado a Italia por decisión de la ONU, pero allí seguirá encontrándose bien, si no ha cambiado en exceso.

El doctor Chardack se siente aliviado tras esa conclusión. De tal forma que, cuando vuelve a sus papeles, la nubosidad de origen atlántico ya se ha evaporado.

No es en ese momento del día, satisfecho por haber terminado el primer borrador del artículo, mientras en la planta baja resuenan los portazos (todos se están yendo, gracias a Dios), cuando advierte la lejanía del mundo al que ha ido a parar. Es después del almuerzo cuando decide adelantar su ronda de visitas a sus pacientes para conducir luego hacia los barrios del sur — Polonia, Kaisertown, Little Italy— donde venden dulces como los de otros tiempos. Quizá gestos como ese deberían ocurrírsele un poco más a menudo,

por mucho que, en realidad, nadie de su familia se lo espere. Pero el doctor Chardack siempre ha rechazado todo esfuerzo que no esté orientado hacia un propósito factible. Lo que pretende es llevar a casa un pastel, no se trata de un esfuerzo por convertirse en un auténtico estadounidense, puesto que lo que ya ha hecho y sigue haciendo es más que suficiente. Se llama a sí mismo William, pronuncia su apellido a la inglesa, sirvió dos años en Corea, la bomba de transfusión que fabricó a partir de una granada le valió dos medallas. Se siente orgulloso de ello, por supuesto, porque se enorgullece de los chicos que logró salvar, así como de las muchas vidas estadounidenses que ahora se salvarán gracias a su marcapasos implantable. De modo que no se le puede pedir nada más: Estados Unidos es para él una nación de la que formar parte, no una religión en la que renacer. A veces echa de menos las cosas buenas que tienen allí en Europa. *So what?*

Así pues, una vez comprobado que sus pacientes no presentan novedades, prefiere dejar el automóvil en el Veterans Hospital y caminar hasta Hertel Avenue, donde encuentra cafés y restaurantes italianos o judíos más que suficientes. Además, cuando el clima se lo permite, al doctor Chardack le gusta caminar, una costumbre decididamente poco americana. No obstante, el camino que decide recorrer siendo casi el único peatón, el único con chaqueta y corbata (aunque una chaqueta ligera sobre la camisa de fibra de manga corta), ese domingo por la tarde de finales del verano, pasa por las calles de North Buffalo: trazadas con tiralíneas, jalonadas por arbolillos que justifican el nombre de Avenue, repletas de casas de madera pintadas o ligeramente desconchadas (las menos), rojas, amarillentas, verdosas, azul claro, crema, blanco hielo, algunas adornadas con banderas estadounidenses, pequeñas o grandes, casas que tienen delante un generoso felpudo de hierba (¡sin valla!), sorprendentemente capaces de resistir la nieve y mantener el calor (el frío menos), como ha descubierto en el curso de los años.

La única eventualidad que podría molestarle es que alguien se ofreciera a acompañarlo en coche. «*Thanks, no!*», solía responder, carente de explicaciones persuasivas, hasta que tuvo la ocurrencia de justificar su excéntrico «*just walking*» como una panacea para prevenir un ataque al corazón. «*Oh, really, doctor!*», le contestaban sus vecinos, apretando las

llaves del coche con cierta aprensión. Pero ahora solo hay por la calle un par de chicas inmersas en sus confidencias y algunas ardillas que se asoman a las aceras con esa desfachatez que las distingue de sus pobres y temerosos parientes europeos.

Caminar a través de un espacio que te ignora mientras tú lo conoces de sobra estimula la mente, o hace que vayas rumiando a cada paso tus pensamientos. Sin embargo, no fue en Leipzig donde el doctor Chardack se acostumbró a las largas caminatas por la ciudad, sino siguiendo los bulevares de los distritos decimoquinto, séptimo y sexto, hasta llegar a menudo a los suntuosos o populares *arrondissements* de la orilla derecha. El metro era barato, pero fue el primer gasto que evitaron Ruth y Gerda, que no podían contar con ayuda económica de sus familias. Dinero malgastado, argumentaban, y, además, ir andando ayudaba a conservar la línea. Teckel mascullaba que ese era el menor de sus problemas. Las chicas dejaban que las invitaran a un café, pero a los billetes del metro solo en casos extraordinarios. ¿Qué gusto había en viajar bajo tierra, apretados como en una jaula cuando estaban en París? Ante la palabra «jaula», Willy renunciaba a objetar que estaba a punto de llover. Gerda había estado en la cárcel, se había librado de milagro, y también su huida desde Alemania se había producido bajo una buena estrella.

—¿Adónde vas? —le preguntaba él—. ¿Sabes cómo llegar hasta allí?

—Gracias, Teckel, ya me las apañaré, aunque si no tienes nada más que hacer, puedes acompañarme un rato.

La verdad es que no le faltaban cosas que hacer (refugiarse en la biblioteca y salir a la hora del cierre), y sin embargo, arrastraba sus tomos de medicina bastante más allá del Pont Saint-Michel y regresaba con la marca del asa de la bolsa grabada en los dedos.

Ella era infatigable, al cabo de un mes parecía que había nacido en París. Cuando llegaba el día en que podía ir a recoger el dinero que había ganado con pequeños trabajitos, tenía que patearse las calles hasta la Ópera, y, en el camino de regreso, comprar unos *croissants* y una cestita de fresas para Ruth, que ya debía de haber vuelto a su habitación. «Esa se me desmaya si no le

llevo un poco de azúcar, aún no es mayor de edad y hay que ver lo alta que está.» O tenía que acercarse a la oficina de correos de Montparnasse para mandarle una carta a Georg, aunque, mejor dicho, con un buzón era suficiente, y antes un estanco y, bueno, ya que estaban, ¿por qué no le compraba algunos cigarrillos? A veces, mientras ella ya había humedecido los sellos para Italia y él todavía estaba allí esperando el cambio, llegaba a la conclusión de que si no existieran los teckels de pelo áspero habría que inventarlos...

Luego se empeñó en sacarse el *baccalauréat* presentándose por libre, y Georg se mostró generoso animando a Gerda y al recomendar a Willy para que la ayudara con las asignaturas de ciencias que nunca había estudiado. Casi como un desafío, ella prefería convocarlo en la *École Normale Supérieure*, que además era más bonita y tranquila que la Sorbona, donde Teckel estaba matriculado. Cuando tenían que marcharse porque cerraba, se acomodaban en un banco en el Jardín du Luxembourg con la tabla periódica y el formulario de física elemental que sacaba de su bolsito, sujetando la hoja peligrosamente transparente por la línea donde se plegaba. Permanecían en esa intimidad física y química hecha de papel, hasta que Gerda se impacientaba o sentía frío. ¿Cuántos minutos de contacto se le concederían al muslo de franela de Teckel, durante cuánto tiempo podría ver las medias de seda que asomaban por debajo de las fórmulas, los piecitos que seguían el ritmo de los repasos?

Por la mañana, al abrir los postigos, Willy escrutaba las nubes sobre el patio del hotel. Cuando estas eran tan negras que anunciaban la imposibilidad de las clases particulares en el parque, se ensombrecía. A él le bastaba con que el día no fuera demasiado frío ni nublado, pero, aun haciendo ese tiempo, nunca era capaz de adivinar al cabo de cuánto tiempo se levantaría Gerda del banco. De repente se incorporaba, caminaba a lo largo de la muralla verde de árboles alineados, enormes en comparación con ella. Avanzaba con pasos leves, pero ligeramente nerviosos, o tal vez fuera el efecto de la grava crujiendo bajo sus tacones, una estocada tras otra. Teckel se quedaba atrás corrigiéndola, con la hoja en la mano. Gerda se paraba y se volvía, quería encontrar la fórmula, la secuencia de elementos antes de que él la alcanzara. «¿Debo ir más despacio?», se preguntaba Willy, sin tener claro si era para darle tiempo o para retener esa mirada tan absorta. Era la misma duda lo que

probablemente lo refrenaba, ya que Gerda casi siempre conseguía lanzarle la respuesta, y gratificaba a Teckel con una fugaz sonrisa triunfante. Pero a veces, viendo a los alumnos recién salidos del Lycée Montaigne, Gerda aceleraba el paso, como si sus esfuerzos por aprender quedaran ridiculizados por los abriguitos y el cabello lacio que uniformaban las caras pueriles resucitadas al final de las clases. Basta, dejémoslo correr, quería decir con esa aceleración hacia la entrada de la rue Auguste Comte, de donde salían los pupilos del antiguo instituto parisino. Willy también apretaba el paso, preparándose para decirle de manera brusca que esos chiquillos no eran una razón válida para irritarse y dejarlo allí plantado. Extrañamente, Gerda dejaba de correr, casi como si se diera cuenta de pronto, pero a Willy, que la perseguía, le llegaba cada vez con más fuerza una voz de soprano: «Lutétium, Hafnium, Tantale, Tungstène, Rhénium, Osmium, Iridium, Platine, Orrr...», declamaba Gerda, como si fuera un poema surrealista. Los estudiantes se apretaban unos contra otros para dejarla pasar, concediéndole a duras penas una mueca. Pero en los ojos de algunos chicos relucía una luz que Willy Chardack conocía bien.

El doctor Chardack siempre recordará el bloque D de la tabla periódica recitado en ese francés recalcado e histriónico, una combinación que, casualmente, incluye el mercurio con el que está hecha la batería de su marcapasos. Sin embargo, la batería de mercurio en realidad no funciona bien, y tendrá que resolver el problema con Greatbatch, una tarea a la que el médico no ve la hora de entregarse. Pero el doctor Chardack no se deja intimidar por los retos. Greatbatch nunca le ha preguntado de dónde proviene esa sangre fría y esa impertérrita confianza en los inventos; tal vez porque considera que forma parte del diseño providencial haberse topado precisamente en Buffalo con un cirujano cardiaco tan preparado y dispuesto a pasarse la noche en su garaje. Durante esas noches al doctor Chardack le había resultado natural hablar de su pasado en el viejo mundo, si bien ya tenía suficiente con los almuerzos en la cantina y los *dinner parties*, donde cualquier colega o perfecto desconocido suele hacerle por enésima vez la misma pregunta.

—*So you went to university here or back in Germany?*

—*Well, in Europe, but not in Germany. In Paris.*

—*Oh... in Paris! [*]*

—No se crean que *in Paris* la morgue huele a Chanel número cinco —dijo en una ocasión, dejando helada a la mesa entera, antes de que el anfitrión se riera como de un chiste entre colegas, *not bad*, aunque poco apropiado ante mujeres que consideraban París *so romantic*. De esta forma, tan pronto como las damas se retiraron a la cocina, el dueño de la casa volvió sobre el tema.

—Hemos pasado de todo, ¿verdad, Bill? No hay nada más democrático, después de la muerte, que la tarea de un médico, y veo que nos lo enseñan a todos de la misma y desagradable manera... *Allright*, ¿te sirvo a ti también un poco más?

—*Cheers* —había respondido el doctor Chardack, llevándose también la copa llena de nuevo a los labios.

El problema, en efecto, habían sido los vivos. Por ejemplo, ciertos profesores con la vocación de suspender a quienes tropezaban en los exámenes, no con una noción mal aprendida, sino con una palabra o una declinación poco correctas. «¡Nos están invadiendo!», sentenciaban los carteles por las calles, y en las aulas se coagulaban manchas de estudiantes llegados a París de todos los lugares donde el fascismo y el chovinismo crecientes se habían salido con la suya: aquí los italianos, ahí los húngaros y los polacos, más allá los rumanos y los portugueses en grupitos más reducidos. Y por todas partes ellos, los *judéo-boches*, la gota que había hecho desbordar el vaso, porque a esas alturas eran muchos, y se les temía por eso, y porque a menudo también se contaban entre los mejores.

Estudiárselo todo de memoria, repetir como un papagayo, palabra por palabra, manuales de quinientas páginas. Dejarse los ojos hasta altas horas de la noche a causa de la avarienta luz de las lámparas despojadas de sus pantallas con florecitas pálidas (esas sí, de intención muy romántica), temblando por el cansancio y el frío húmedo, la acidez de los excesivos *cafés crèmes* bebidos durante el día para no desplomarse en el colchón de la habitación del hotel.

«Dentro de poco, a un francés le será imposible conseguir que lo trate un médico francés», comentaban los estudiantes más o menos asociados en grupos católicos, devotos en todo caso de la Francia amenazada más que de Jesucristo. Proferían esa frase como los anuncios en las estaciones, resoplando hacia algún compañero de clase, arrogantes con la boca pequeña.

Había que ser el mejor para asegurarse poder superar los exámenes. Había que respetar la fecha límite. Darse prisa. Confiar en que las *Ligues d'extrême droite* no repitieran, con mayor éxito, los terribles hechos del 6 de febrero de 1934 («Se les da bien hacer champán, los *putsch* todavía no les salen»), fue la síntesis despectiva y exorcizante de un compañero de estudios berlinés), en que el Gobierno no cediera demasiado a las presiones más reaccionarias, en que la izquierda ganara las próximas elecciones. En caso contrario, entre las restricciones cabía esperar también la cuota de acceso para restituir las universidades francesas a los franceses, y, luego, ¿qué otras medidas se promulgarían para hacer la vida imposible a los inmigrantes?

Dos años de incertidumbres. Pero después de la victoria del Frente Popular, celebrada hasta el amanecer de aquel 4 de mayo de 1936, los profesores nacionalistas o simplemente antisemitas se volvieron aún más canallas, convencidos de que a partir de entonces la única defensa de Francia se basaba en sus esfuerzos ejemplares: detener a los invasores en el curso de sus estudios, rechazarlos uno a uno, examen tras examen.

Pero la ventaja de la lengua materna y todos los privilegios de nacimiento se anulaban tan pronto como se entraba *dans la morgue*: no era ya la de difunta fama de gran guiñol, pero no dejaba de ser una morgue con su aire frío como la muerte, estancado, húmedo. Allí adquirirían una tez a juego con el cadáver tanto el vástago de buena familia destinado por su padre al estudio, como el *petit bourgeois* en el que su parentela había invertido sus ahorros y sus ansias de promoción social, incluyendo algunos provincianos que se jactaban de haberles roto el cuello a las gallinas. Era una cuestión de probabilidad numérica, al fin y al cabo: el rito macabro-científico no revelaba nada de las futuras habilidades de un médico, como el propio Willy decía a sus compañeros para animarlos.

Pese a todo, suponía un momento de verificación y de revancha. Un

momento en el que ningún docente podía negar la evidencia expuesta en la mesa de autopsia. Saber cómo actuar objetivamente. Saber cómo actuar y nada más. A Willy y a sus amigos de Leipzig solo les quedaba eso a lo que aferrarse, si no querían limitarse a sobrevivir confiando en que no se llegara a instaurar la amenaza de un destino que rechazaban. Reconocerlo habría significado otorgar el timón a los escuadrones que los habían expulsado, validar las mentiras sobre el «destino de los pueblos y las razas», los mitos postizos de esos que se creían herederos de deidades extinguidas desde hacía un milenio. El destino era un mito falso, un fraude, un pretexto reaccionario. Pero incluso en París tenían que tomar ese destino con sus propias manos, sirviéndose de todo aquello de lo que podían hacer gala. Willy no dudó en aferrarse al bisturí. Y entre ellos, la única que había llegado a París con un oficio en el bolsillo se había mantenido a flote con su máquina de escribir. Hasta que sus dedos ya ligeramente encallecidos en las yemas (pero quizá Gerda exageraba) habían abrazado el cuerpo compacto de una cámara fotográfica.

«Nuestra Gerda toca su Remington como Horowitz un Steinway» era una frase nacida en los cafés que servían de salón, de salón de los buenos, para quienes vivían en una habitación diminuta o seguían confinados en la cama de algún dormitorio común. Al mismo tiempo, eran la plaza de intercambio, el mercado negro siempre volátil, para aquellos que buscaban u ofrecían un trabajo. Gerda se vio favorecida por su excelente conocimiento del francés, adquirido en un internado de Lausana, a orillas del lago Lemán, pero esto también le daba una aureola de chica de clase alta que nunca había movido un dedo. En definitiva, sus primeros trabajos le llegaron no porque los clientes esperaban que fuera una buena mecanógrafa, sino por pura simpatía. Y entonces la sorpresa era mucho mayor cuando entregaba, con toda rapidez, trabajos impecables; y su *renommé* crecía igual de rápido. Cualquiera de los que le daban a «nuestra Gerda» una carta para teclear *vite-vite* podía ser el origen de la broma sobre el Steinway. «Qué va», reflexionó el doctor Chardack, sin percatarse de una bicicleta que le cortaba el paso, la frase se remonta a Fred y Lilo Stein, que

acogieron a Gerda y su Remington en su apartamento y la vieron manos a la obra durante todo ese periodo.

Willy no estaba convencido de que quedarse con los Stein fuera el acomodo más adecuado para «nuestra Gerda». «¿Qué tal te va allí arriba en el exilio de Montmartre?», le preguntaba de vez en cuando. «Bien, muy bien», contestaba ella, ensalzando su nueva habitación, que compartía con una amiga que era perfecta para convivir, visto que incluso Lotte, la periodista, corría perpetuamente detrás de trabajillos. Y nunca dejaba de deshacerse en alabanzas hacia sus magníficos anfitriones. Algo que en realidad los Stein no eran, con ese subarrendamiento que sorteaba el contrato de alquiler firmado por un fotógrafo francés que los había dejado plantados. Pero los inquilinos que lo habían aceptado pagaban el alquiler con una puntualidad impensable para Gerda y Lotte. Sin embargo, si no reinaba el silencio a partir de determinado momento, amenazaban con no pagar ni un céntimo. A las chicas, por desgracia, si querían respetar los plazos de entrega, no les quedaba más alternativa: una vez que acababa el martillo cacofónico de Lotte, sus irregulares piezas periodísticas, arrancaba Gerda con sus marchas aceleradas, los inexorables timbrazos y cilindros de los saltos de línea que retumbaban más allá de la puerta cerrada. De esta manera, después de haber intentado aplacar a los inquilinos llevando un vaso como apoyo («*Un petit cognac c'est mieux pour dormir qu'une tisane...*»)[*] y las debidas excusas (Fred quería ofrecerles un descuento, pero Lilo lo había detenido inmediatamente), los Stein habían colocado la Remington en el lugar más alejado de las habitaciones, en la mesa de comedor, donde solo ellos, los dueños de la casa, tumbados en el sofá, absorbían el pleno impacto del trasfondo dactilográfico. Decían que ya se habían acostumbrado, que los ritmos de Gerda evocaban la salvaje percusión de Gene Krupa en el swing de Benny Goodman, y también a Shostakóvich y Jachaturián, vigoroso arte revolucionario. «Nuestra Gerda toca la Remington como un Steinway», concluían, y ella se echaba a reír, acorde perfectamente con esos cumplidos de solista.

Willy la perdió un poco de vista durante aquella época, aunque Gerda no

dejaba de recibirlo con alborozo cuando se presentaba en Montmartre con una buena botella. Los Stein, simpáticos y amables, lo invitaban a menudo, pero no hubo ocasión para profundizar en la amistad.

Años más tarde, sin embargo, se reencontró con Fred y Lilo en aquella fecha fatídica, el 6 de mayo de 1941, impresa en el billete del barco que desde Marsella los llevaba a Estados Unidos. Willy había llegado al embarque tan tenso como las maromas que unían su vida a aquel muelle de la Francia ocupada. Lo vigilaba todo, pero en el fondo no había apartado la mirada de la pasarela, la retirada de los amarres y, por último, la desaparición de la línea de la costa. Fue Fred quien lo reconoció mientras se disponían a bajar bajo cubierta. «Me alegro de volver a verte», se saludaron, con la incredulidad, el alivio, la congoja constreñidos en esa frase de circunstancia. Durante el viaje fueron ganando confianza, los Stein querían hablar y a Willy le gustaba escucharlos. Planeaban sus nuevas vidas en Estados Unidos, pero le hablaban con mucho gusto de Gerda, de los buenos momentos con Gerda, como era natural. Era el trámite de su amistad y, al fin y al cabo, un asunto inmune a las preocupaciones que era necesario dejar atrás como mínimo durante ese mes en el mar. Sí, saberla muerta y enterrada en París les permitía no preguntarse dónde estaba y qué más podría ocurrirle...

El doctor Chardack mira a su alrededor y se percata de la monstruosidad de una idea como esa en el tranquilo y verde marco de un suburbio donde el mayor motivo de alarma son los *raccoons*, los mapaches que revuelven entre la basura en plena noche. Parece ser que más de una vez se ha topado una mujer cara a cara con el intruso atrapado en el contenedor, y que este la ha mirado con gesto de fastidio, justo a tiempo para decidirse a huir. Historias que a una persona nacida en Europa le resulta difícil dar por buenas, historias que, en cambio, valen para un breve artículo en el *Buffalo News*, y seguro que a Gerda la habrían vuelto loca, incluso preguntándose cómo se podía vivir en un lugar donde no había nada más emocionante que toparse con un, como se dice, ah, sí, *Waschbär*, un oso lavador, como se le llama en alemán.

En cualquier caso, Gerda resultó crucial para soportar la travesía del

Atlántico. Los recuerdos de Fred y Lilo le hicieron descubrir algunas cosas que desconocía. Por ejemplo, que a Fred le encantaba tanto la habilidad con la que Gerda mecanografiaba que la había fotografiado en esa posición: los dedos suaves en el teclado, la cara resplandeciente entre sonrisas, muecas, resolución, concentración, desafío, bocanadas de humo alusivas a un diálogo verificado entre la máquina de escribir y la cámara fotográfica.

En la época del exilio en Montmartre, Willy estaba convencido de que el interés de Gerda por la fotografía no era más que una fiebre pasajera, una curiosidad accesoria por una nueva fuente de entretenimiento. Ella sentía la necesidad de divertirse casi como la de respirar, y André Friedmann, que hacía tiempo que rondaba a su alrededor, la hacía reír, no cabía duda. No había otra razón para tener trato con él. ¿Qué clase de ambiciones o posibilidades podía tener ese simpático pelma de Budapest, con el pelo alborotado y un francés ridículo, uno de los centenares que trataban de colocar algunas fotos en los periódicos? Intentaba darse aires, hacer pasar como una elección de estilo su condición miserable, pero Gerda no era receptiva a ese mensaje, y al cabo del tiempo el chico, que tonto no era, había dejado de hacerle la corte, satisfecho con representar el papel amigable y predominantemente divertido que ella le asignó. La fotografía y el fotógrafo no dejaban de ser un pasatiempo, y un gancho para ampliar el círculo de sus conocidos (por ejemplo, Cartier-Bresson, con esos modales tan elegantes que traicionaban la riqueza familiar), hasta que Gerda se mudó a casa de los Stein.

Al doctor Chardack le seguía pareciendo inconcebible que Friedmann, es decir, Capa, hubiera podido convertirse en un nombre tan famoso que incluso una chica italoamericana de Nueva Jersey lo conociera. («*Robert Capa? You never told me!*»), exclamó su esposa, al verlo palidecer al volante cuando las noticias de la radio anunciaron que había muerto en Indochina.) Hubiera apostado más bien por Fred Stein, que en París se había ganado cierto respeto y en Nueva York no se las apañaba mal, pero el clamoroso éxito de Capa era algo muy distinto.

Stein era de Dresde, había estudiado en Leipzig, y en París era apreciado por su actividad antifascista y como fotógrafo. Había logrado perfeccionar su técnica él solo, ganarse la estima de sus colegas, montar incluso un estudio en

Montmartre. Y eso era una cosa que Gerda admiraba, admiraba la capacidad de transformación que había demostrado aquel jurista, privado de su derecho a ejercer, primero por Hitler y luego por Francia, y que el hedor reactivo del baño utilizado como cámara oscura reiteraba todos los días. Por otro lado, si la noble Francia no hubiera previsto una *toilette* independiente incluso en las viviendas de un edificio como ese, las necesidades de los inquilinos y las exigencias del laboratorio no podrían haber coexistido. En cualquier caso, la bañera estaba atestada de imágenes puestas a secar en el tendedero, algo que, según Willy, a su amiga no debía de hacerle demasiado feliz.

Un día, cuando todavía vivía en el hotel con Ruth Cerf, Gerda le había pedido ayuda con urgencia. El asunto era ridículo e incluso algo escabroso y tenía que ver con las chinches. Después de descubrir el verdadero origen de la erupción cutánea que habían confundido con una reacción alérgica, las chicas habían hecho todo lo posible para desinfectar su habitación, empezando por el fortín de la colonia parásita, el infame colchón. El problema pareció quedar resuelto. Sin embargo, maldita sea, ahora lo que les hacía falta era un buen baño caliente, una inmersión de la que resurgir con la cara rubicunda y los dedos arrugados de los recién nacidos, purificadas de la repugnante película que parecía haberseles quedado pegada a la piel, por mucho que se lavaran dos veces al día en el fregadero oxidado. Pero no tenían dinero para el agua caliente, y además el baño de esa casa daba casi más asco que todo el hotel. A Willy apenas le dio tiempo para dirigirle una mirada aturdida cuando Gerda se lanzó a explicarle la propuesta.

—Tú te inventas algo para distraer a tu conserje y nosotras subimos. Después será más fácil, iremos con cuidado, saldremos de una en una. No tienes que hacer nada más, solo la llave del baño, por lo que más quieras, que no se te olvide.

A Willy se le había cruzado la idea de mandarlas a los baños municipales, pero el único que se encontraba cerca, el Bains d'Odessa, tenía muy mala reputación. Por lo tanto, decidió arriesgarse a que el conserje o las camareras pensaran que era uno de esos que se subía chicas a la habitación (¡nada menos que de dos en dos!), pero todo había salido de acuerdo con los planes de Gerda. Sin embargo, esa noche aún tenía el pulso acelerado, no dejaba de

sudar, y para sacarse de la cabeza la excitación terminó recurriendo al método más humillante y mecánico. La conciencia de que se habían desnudado allí, al otro lado del pasillo, a pocos pasos. Luego el golpe de efecto (o golpe al corazón) para el que no estaba preparado: que Gerda hubiera vuelto no para recoger el bolso, sino para sacar de él un tarro de Nivea. Y que después de haberle dicho «Si quieres, puedes darte la vuelta» (él se colocó inmediatamente frente al armario), se había quitado la ropa y se había extendido la crema. «Por desgracia, ¡hay que esperar a que se absorba!» «¡No importa, espero!», había replicado él. «De acuerdo, pero me fastidia tenerte castigado en un rincón tanto tiempo...»

De hecho, cuando le comunicó que ya estaba lista, en realidad Gerda aún tenía que embadurnarse las piernas de crema, esperar unos minutos más, ponerse las medias y bajarse la falda. Darse la vuelta, a esas alturas, resultaba cómico. Solo le cabía esperar no sonrojarse antes de que Gerda le diera un besito y, con la puerta entreabierta, le susurrara «*Danke, Dackel*», para escabullirse inmediatamente después.

Fue por ese episodio, entre otras cosas, por lo que había apostado contra la vida excesivamente regulada de Montmartre: y el baño de los Stein, tan a menudo inutilizable, se le había presentado como el emblema de esa libertad restringida.

Por otro lado, Gerda, recordaban los Stein, mostró de inmediato su entusiasmo por aquel nuevo uso que se le podía dar. Les preguntó si su amigo Friedmann podría revelar allí alguna vez, y sobre todo se ofreció ella misma como ayudante, con un tono de súplica tal que la respuesta era obligada. Sí, nuestra Gerda veía emerger una buena oportunidad junto con las tiras de negativos y empezó a seguir a Fred en todos los momentos libres del día. «Te robo el oficio, ¿te importa?» Aprendió a revelar, a hacer retoques y ampliaciones con rapidez y alegría concentrada, a su mentor no le daba tiempo de asignarle una nueva tarea y ya le estaba hablando de proyectos. Abrumaba a cualquiera con quien se topase con sus progresos en el ámbito fotográfico, casi no hablaba de otra cosa. No sabía cómo practicar porque solo contaba con la Leica de Stein

cuando estaban en casa, mientras que la de André, cuánta paciencia, acababa cada dos por tres en la casa de empeños. Aquel húngaro loco era un manirroto y encima se atrevía a decirle que la exagerada era ella con esa obsesión por el ahorro, tan típicamente alemana. «Yo, Willy, ¿te das cuenta?» En todo caso, la parte técnica y teórica creía dominarla ya, y además sus profesores afirmaban que el ojo también se entrenaba disparando al vacío. «¡Claro, pero es como si un aprendiz de cirugía, tú, por ejemplo, tuvieras que conformarte siempre con cortar el aire! ¿Te parece razonable?» «No, tienes razón», le decía Willy, pero de muchas cosas ya no estaba seguro. ¿Es que Gerda quería renunciar a la idea de graduarse para intentar emprender una carrera como fotógrafa? ¿No veía cuánta competencia había, que era más fácil mantenerse con la máquina de escribir? Un día se lo preguntó y ella zanjó la conversación: «¿Acaso crees que no lo sé?». Estaba satisfecha de poder ir tirando con su trabajo de mecanógrafa, se calificaba incluso a sí misma de *Tippmamsel* («*Chez nous, c'est une mademoiselle qui batte sur la machine*», explicaba a los franceses), pero se sentía alienada, se aburría. Y, sobre todo, no podía soportar tener que trabajar en negro, a merced de cualquiera que pudiera presentar la explotación como un favor y quitarle su trabajo en cualquier momento.

Y mientras ella seguía explicándole lo perfectamente razonables que eran sus sueños («No son cosas que se consiguen de un día para otro»), a Willy le vino a la cabeza un detalle de sus clases particulares en la École Normale, al que, aunque se lo había mencionado en el banco del Jardin du Luxembourg, en su momento había prestado poca atención. En los alrededores de la École Normale o en los pasillos, en las escaleras, en el claustro cubierto donde se demoraban fumando un último cigarrillo antes de meterse en algún aula, era frecuente que se cruzaran con un hombre de andares estrábicos propios de doctores de cierta edad, con el sombrero encajado en la cabeza gacha, el vientre bien alimentado que hinchaba los botones centrales del impermeable. René Spitz, llamado en calidad de discípulo de Sigmund Freud para ocupar la cátedra de psicoanálisis, necesitó en una ocasión una secretaria personal y esa secretaria había sido Gerda. Por ello, cada vez que lo veía, esperaba a que se acercara y le vociferaba «*Guten Tag, Herr Professor!*», como si fuera la persona más feliz del mundo por verlo. El profesor no le correspondía, o le

devolvía el saludo farfullando a la vienesa, pero, en cualquier caso, seguía derecho, con el instinto de fuga preponderando frente al imperativo de preservar el decoro ante el corpus estudiantil. La reacción arrancaba a Gerda una radiante mueca de gamberra. «¿Has visto? Lo saludas *à la boche*... ¡y pufffl!» No era más que un pequeñoburgués hipócrita que, por desgracia, encontraba a patadas pequeñas judías como ella dispuestas a partirse el espinazo según sus exigencias. Pero ella no seguiría siendo lo que era ahora, y no había que ser un discípulo de Freud para estar seguro de ello...

¿Quién sabe lo que habría dicho Gerda al verlo desfilar en medio del pacífico vacío de esas casitas pintadas, con la cara sudorosa probablemente un poco colorada, el vientre más pronunciado, pero tan poco cambiado por lo demás? Ella precisamente, que tan segura estaba de verlo en alguna cátedra de la Sorbona o en una importante universidad estadounidense, ¿cómo habría reaccionado ante el desenlace que esas expectativas habían tenido? Al fin y al cabo, no se había equivocado mucho; al fin y al cabo, había llegado a ser algo más que un *Herr Professor* del montón, pero, eso sí, en un lugar del montón, un lugar que ambos tenían que buscar en el mapa. Gerda, en cambio, ¿qué habría llegado a ser de no haber conocido a André Friedmann en un periodo tan poco brillante, si él no la hubiera presentado en una agencia de fotografía y, sobre todo, si en Francia no hubiera estado prohibido por ley contratar a una extranjera? Seguro que no habría tardado en encontrar un trabajo digno de sus cualidades y de su buena presencia. Y seguro también que habría seguido recurriendo a las clases particulares de Teckel para llegar al final a alguna facultad donde las chicas, en general, eran una especie rara; y las que eran como ella, una subespecie a la que las puertas de la ciencia se le abrían de par en par en virtud de una mente adecuada, una obstinación insospechada, y tal vez incluso de la gracia. No, tampoco era seguro... Tal vez habría sido más feliz si hubiera conocido, no necesariamente a un Rothschild, pero sí a un facsímil de su antiguo novio de Stuttgart: un señor con puntos de vista liberales y generosidad para echar mano a la billetera...

Perderse detrás de esas conjeturas mientras camina bajo el sol está

demostrando ser una distracción muy útil. El doctor Chardack está acostumbrado a hacer balance ante un experimento, aunque sea mental e involuntario. Por otro lado, ya entonces había pensado que, con una variable de la configuración de arranque, una pequeña intervención de la casualidad, Gerda Pohorylle podría haberse convertido en cualquier cosa en una ciudad como París.

En las cartas que Gerda siempre compartió con Willy —sea porque se sentía un poco perdida en los primeros tiempos, sea para mantener unidos sus afectos, y en el orden que había establecido en Leipzig—, Georg le escribía que en Italia la vida no era una carrera de obstáculos ni se parecía a la de Francia. Lo había repetido sobre un montón de nieve cuando ambos fueron a verlo a Turín para ir juntos a esquiar a una localidad bien equipada de los Alpes. Se detuvieron en lo alto de la pista, valle abajo ya no se veían ni el arranque del teleférico ni los dos mastodónticos silos, los novísimos hoteles que el propietario de Fiat había hecho construir con el solemne respaldo del Padre de la Patria. Georg había propuesto una parada y había aprovechado la oportunidad para hablar. «Que quede claro que no hay excusas», había dicho, «para aquellos que han encarcelado, asesinado, enviado al exilio o desposeído a nuestros camaradas italianos, dando ejemplo a discípulos aún más criminales.» Con todo, en Italia podías nacer judío y llegar a ser ministro, jerarca, pez gordo, artista de corte reverenciado por los jefes de la pandilla e, incluso —mirando a Gerda—, la primera concubina del primer putaño: papel no muy envidiable, teniendo en cuenta que allí la brama masculina era aclamada como una gran dote de mando. Ella no hizo comentario alguno y se limitó a sacudirse el pelo corto aplastado por el gorro, sin ajustarse los mechones que le caían sobre la frente. Ese gesto instintivo tal vez no tuviera nada que ver con todo aquello. Gerda, en cualquier caso, con la cara hacia la luz, las mejillas sonrojadas, el pañuelito asomándole bajo la bufanda, haciendo juego con los ojos verdes semicerrados y de aspecto felino disfrutando al sol, aún tenía menos que ver. De modo que Georg se volvió hacia Teckel:

—¿Sabes que la mayor parte de los clientes de nuestros padres son fascistas, incluso gente que lleva de apellido Cohen, y no porque sea necesario mantener buenas relaciones con los camisas negras? Son fascistas los peleteros, pero también los tenderos de tres al cuarto. Aturdidos por la pompa militar, embriagados por esa romanidad de pacotilla con la que sentirse italianos hasta la médula. —Luego estaban los que Georg conocía en clase: cuanto más se habían criado en casas llenas de libros desempolvados por la servidumbre («Por aquí se dice así», puntualizó asqueado), más los exaltaba convertirse en payasos disfrazados de guerreros—. ¡Viven en el colmo de la exaltación ahora que se aproxima la guerra imperialista!

Willy solo quería disfrutar de la jornada de esquí y no adentrarse en conversaciones como esas.

—En Francia se dice que el exasperado belicismo de Mussolini pretende intimidar a las demás naciones —trató de zanjar el asunto, con la mirada puesta en las huellas frescas del eslalon en el descenso— y consolidar el consenso en su patria.

Georg negó con la cabeza, tajante.

—Nuestro Führer es lo que bien sabemos, pero no debemos hacernos la ilusión de que sea un perro ladrador, pero poco mordedor. Con todo, los fascistas no sienten excesiva simpatía por Hitler, y de momento podemos aprovecharnos. Quedarse en París, agotarse en la guerra entre pobres que libran todos los emigrantes, ¿de qué sirve? No debemos renunciar a luchar, pero tampoco cultivar escrúpulos morales porque elegimos vivir donde, en estos momentos, casi todo resulta más sencillo y al alcance de nuestros bolsillos.

—¿A quién le lanzas estos discursos? ¿A las montañas? —le replicó Gerda con una leve risa.

Georg aceptó la tableta de chocolate que ella le ofrecía, conciliadora, ya plantada sobre los esquís colocados al bies en la nieve fresca, y mordió su porción haciendo alarde casi de disfrutar de su sabor agridulce.

Willy había dudado en hacer lo mismo, avergonzado. No había duda de que ese aguijonazo significaba un rechazo del cual no podía sentirse satisfecho, pero estaba igualmente claro que su amigo, una vez más, había

desenvainado sus armas dialécticas para atraer a Gerda: acercarla, saberla a su lado. Mítines políticos como mítines de amor. Ocurría lo mismo desde que ella se había unido al grupo. A Willy no se le daban bien ni los unos ni los otros; por más que la vida, al final, le hubiera demostrado que podía apañárselas con algunos cumplidos básicos («Te queda muy bien esa blusa azul, ese peinado, ese aspecto reposado»), incluso articular un «Me alegro de verte» como aval, y, mucho más a menudo, sustituto de un «Te amo». Pero las mujeres a las que había cortejado eran otras, mujeres que buscaban intenciones serias. Con Gerda, usando ese lenguaje te arriesgabas a un destello irónico o a que te enmarañara el pelo, real o figuradamente.

—*Ach*, Willy.

Georg Kuritzkes tenía un repertorio muy diferente: chistes cómplices, cumplidos disfrazados de burlas, grandes discursos en los que citaba a Lenin, Marx y Rosa Luxemburg, y en los que metía de memoria versos de Heine. Desde que Gerda llegó a Leipzig, se había lanzado a una lid con su novio de Stuttgart sin descubrirse con una sola palabra, pese a cortejarla con todas. ¿Había sido por eso por lo que, al final, ella acabó decidiéndose por el estudiante de medicina que no podía ofrecerle las cosas elegantes a las que la tenía acostumbrada su querido Pieter, importador de géneros coloniales y descendiente de una dinastía mercantil hanseática? Probablemente no. Georg, sin embargo, vivía a un kilómetro. Le gustaba su pasión al hacerle la corte mezclada con la pasión política, que, esa sí, Gerda era capaz de tomarse en serio. Quería adaptarse rápidamente a Leipzig y a los nuevos tiempos. Solo tuvo que abrazar la buena suerte de haber encontrado a su instructor: llamar cuando quisiera al timbre de la Friedrich-Karl-Strasse, olvidarse un libro o un par de guantes, esparcir un par de horquillas en el ático de Georg, donde todos permanecían impasibles si la última que se quedaba era una chica.

Después, Georg Kuritzkes se fue a estudiar a Berlín y Gerda solía ir a visitarlo. El lunes volvía a Leipzig iluminada —los ojos, la piel de la cara, los movimientos se le suavizaban, mientras ensalzaba ante Teckel los emocionantes días berlineses—. En esto se convierte una mujer cuando puede estar libremente con un hombre, concluía Willy, trastornado. Como una reina en la capital, todo es suyo y ella la cruza, regia y bien dispuesta. Los paseos

hasta el Tiergarten cuando Georg estaba en la universidad, las orquestas de jazz americanas, la monumental racionalidad de los nuevos cines y el conmovedor rigor de los ladrillos con los que el gran arquitecto Mies van der Rohe, ya admirado en la Weissenhofsiedlung de Stuttgart, había erigido un muro anguloso en memoria de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. «¿Precisamente al cementerio tenías que traerme?», le había preguntado, pero le había comprado una rosa a un pobre hombre y la había depositado sobre otras ya marchitas, como era lo adecuado. Después, con la ausencia física de Georg, esa luminosidad intensa menguaba, la electricidad iba descargándose. Pero Gerda seguía estando estupendamente, en Leipzig, aquí y ahora.

El aire de North Buffalo, en ese soleado domingo, huele a hierba cortada, excelente, con algunos veteados de diésel que el doctor Chardack aspira junto con el segundo o tercer cigarrillo después del almuerzo. Lo disfruta como una prueba del lujo de no tener nada más que hacer. Alrededor de las casas hay ahora bastante movimiento, gente atareada dando una mano de pintura, clavando tablonés, reparando el canalón. Parece que se divierten (los niños desde luego), y él no puede dejar de admirar ese sencillo modo de renovar el espíritu de frontera, extrayéndolo de la caja de herramientas. En su caso, pasaron años antes de que se decidiera a mudarse de forma permanente, odiseas en automóvil con el aeropuerto cerrado por mal tiempo (allá el invierno podía caer de repente), largas búsquedas para encontrar la vivienda adecuada. Y, sin embargo, allí se siente bien, ha dejado de añorar Nueva York.

¿Hace cuánto tiempo que no hablaba con los Stein? La última vez, Fred le estuvo contando sus problemas de salud, que habían empeorado, aunque no tanto como para impedirle grandes encuentros: una sesión con Marlene Dietrich, carismática incluso de mayor; una instantánea de Jruschov, fantástica; o de Willy Brandt, que siempre había sido amigo y siempre tenía la misma cara; o la del senador Kennedy, que no lo entusiasmaba, ni él ni el retrato que le había hecho, pero esperaba que saliera elegido. Incluso había un viaje a la vista, rápido e indoloro, a Alemania, ya tenía una plaza reservada en el avión...

—Me alegro por ti de que tengas ganas de regresar —refunfuñó el doctor Chardack.

Era inevitable que, durante la travesía del Atlántico, los Stein sintieran curiosidad a propósito de él y de Gerda. Lilo le preguntó cuándo la había conocido, y Willy le respondió que a finales del verano de 1929, cuando el señor Pohorylle recibió una oferta para iniciar un negocio en Leipzig y se mudó con su familia desde Stuttgart.

Estaba volviendo a casa en tranvía cuando, en una parada, le llamó la atención una mujer frente al escaparate de una modista. Llevaba medias de encaje y zapatos de una tonalidad algo más oscura, un vestido de color marfil que acababa en suaves pliegues por encima de la rodilla, el pelo castaño dejaba al descubierto, entre la línea de las orejas y los hombros, una extensión de piel ligeramente ambarina. Willy deseó con todas sus fuerzas que el tranvía no arrancara antes de poder verle la cara a esa mujer de una elegancia tan irreal, cinematográfica. Pero ella echó a andar con un paso que parecía mofarse de él. Le rehuía, girando la espalda recta, el hueco de las rodillas semidesnudas. Cuando el tranvía reanudó su carrera transformada en persecución, Willy creyó divisar la silueta de Elisabeth Bergner, de lo mucho que se parecía a su actriz favorita. Pero en un tramo en paralelo se dio cuenta de que la sosias de la diva era joven, mucho más joven de lo que él había fantaseado. Una chica que podría llegar a conocer, mejor dicho, que deseaba conocer a toda costa.

La conoció unas semanas más tarde. Ya tenía bastante trato con muchos de su círculo, con Ruth Cerf y, sobre todo, con Georg Kuritzkes. Teckel pensó que ninguno de ellos tendría ninguna posibilidad con ella, porque eran demasiado jóvenes, y Georg, en particular, estaba demasiado entregado a la expropiación de la burguesía para los gustos y las exigencias de la elegante señorita Pohorylle. Pero, como muchas otras veces, se equivocaba.

El doctor Chardack no habría recordado durante el resto de su vida a esa

mujer que vio desde el tranvía, si esa mujer no hubiera sido Gerda. Y si no hubiera intuido, tal vez no a los dieciséis años, pero sí a los dieciocho, que su encanto y la frustrante capacidad de rehuirlo estaban correlacionados, y no solo en su caso. Ya no. Ahora el recuerdo de Gerda solo es un lujo para matar el tiempo, un recuerdo como los demás. Mientras continuas caminando en línea recta por Hertel Avenue, con la chaqueta colgada del brazo porque aquí no hay siquiera esa sombra que incluso los árboles más raquíuticos proyectan sobre el asfalto, y te adentras al mismo tiempo en un pensamiento colateral: por ejemplo, ¿quién le había dado a Georg su número de teléfono? No su hermano, el de Colorado, con quien ya no tenía contacto. Tal vez su madre, pero ¿quién se lo había dado a ella? ¿Ruth? ¿Es que la madre de Kuritzkes y su segundo marido, el doctor Gelbke, habían ayudado a la viuda Cerf durante los años del nazismo? Podría ser, y Ruth era de esas que no olvidan. Pero ahora llevaba una vida burguesa (casada con niños: ¿cuántos?) en Suiza. ¿Seguiría llamando de vez en cuando por educación a Dina Gelbke? ¿Para hablar de qué? De la salud, del tiempo en Leipzig y en Zúrich, de los hijos y los nietos y de los antiguos asiduos de la Friedrich-Karl-Strasse, pero yendo con cautela, privilegiando a los muertos, empezando por la adorada Gerda, frente a todos los que habían acabado dispersándose, y no por casualidad, por las cuatro esquinas del hemisferio occidental... Bah. A saber si la calle ha cambiado de nombre, si los Gelbke siguen viviendo en la misma dirección, se pregunta el doctor Chardack con la cabeza perlada de sudor entre el pelo ralo. En todo caso, se ha convencido de que Georg obtuvo su número de Ruth Cerf. Era mucho más fácil preservar las viejas amistades en Europa.

¿Por qué nunca había tomado en consideración a Ruth? ¿Solo porque era demasiado alta y de una belleza que casi imponía? Se las había apañado en París como modelo hasta que su tipo se consideró *démodé* y demasiado germánico, una burla de los tiempos. Pero en Leipzig todavía eran estudiantes de secundaria, y una chica como Ruth ciertamente no pasaba desapercibida. Una veinteañera como Gerda, sin embargo, era una novedad sensacional, y además era tan sofisticada, tan *glamorous*: fue inevitable que los chicos empezaran a zumbiar a su alrededor, un poco menos que precisamente él se viera más enredado que los demás. ¿Acaso no lo llamaban «Teckel» porque,

estatura aparte, siempre se marcaba objetivos a su alcance?

Pero Gerda no dispensaba sus favores basándose solo en las apariencias, y nunca fue simplemente una de esas chicas con las que dejarse la vista desde una ventanilla. Era algo demasiado serio para quienes la amaron, a juzgar por las reacciones ante los descarríos épicos de André Friedmann, cuando su compañero estaba en París y Gerda en medio del ejército republicano con su Leica. Ese Robert Capa, que para entonces empezaba a sonar, aparecía en los bulevares de la Rive Gauche, todo exuberancia, todo abundancia sexual, rodeando por el talle a la chica que había enredado para la velada. ¿Cuánto duraría Gerda con uno así, un hombre que iba a recoger su retribución y se la gastaba en borracheras y mujerzuelas?, se preguntaba atónito Willy. Pero luego se cruzaba con él a última hora de la mañana, con las secuelas de la juerga resumidas en una sonrisa zarrapastrosa. Con una expresión tan extenuada que resultaba suplicante, Capa invitaba a Teckel a un café para hablar sobre viajes y planes. Tragaba una taza tras otra sin dejar de usar la primera persona del plural. Se refería a Gerda igual que un pobre *melamed*[*] al ser Único y Supremo, aunque él la nombrara, por supuesto que sí, ironizaba Willy pensando en el maestro de Galitzia que lo había preparado para el Bar Mitzvha. No era una razón válida para excusar sus consuelos de la noche anterior, pero algo sí había que reconocerle: Capa no era el único en dejarse arrastrar por toda clase de ebriedades cuando Gerda entraba en juego. Desintoxicarse de un manantial tan fresco resultaba casi imposible.

Willy lo había intentado con buenos resultados en apariencia, pero a veces se descubría como reincidente. Las ocasiones más humillantes eran las más antiguas, cuando Georg Kuritzkes fue el elegido de manera oficial. El viejo novio de Stuttgart se había retirado con la clase de aquellos que están acostumbrados a perder con estilo, como después del *crash* del 29. Quedar como «buenos amigos», como ella defendía, a Willy no le parecía natural, más bienapestaba a una retirada táctica: el novio estaba esperando a que los recursos del rival se consumieran lentamente, algo que no ocurrió.

Por otra parte, era evidente que Gerda estaba muy enamorada de Georg y

de su mundo. Y precisamente la realidad irrefutable exponía al realista Teckel a contragolpes.

Así, por ejemplo, se quedaba observándola en la ahumada sala de estar de Friedrich-Karl-Strasse cuando Dina Gelbke, la madre de Georg, sacaba a colación algunos episodios de su pasado, una novela de aventuras bolchevique de la que Gerda no perdía detalle. Dina contaba cómo, siendo muy joven e ignorante, despertada por los furiosos vientos de 1905 que llegaron a incendiar incluso la proletaria Łódź, se había escapado de casa para huir de la represión y unirse a sus camaradas en Moscú. Mencionaba cárceles, identidades falsas, huida final de la policía zarista, y luego la empresa más memorable desde que vivía en Leipzig: la evasión de una clínica de Merano, donde seguían su primer embarazo, para ir a visitar al hombre a quien debía el sentido de su vida, Lenin. «Me sentía bien y nadie hubiera podido impedir que me pusiera en camino: mi marido, no, y mucho menos los médicos.»

¿Quién le dio pie para repetir la anécdota aquella vez que lo dejó tan impresionado? No, no habían sido ni Bertolt Brecht ni Kurt Tucholsky, sino alguna celebridad menor que, de paso por la ciudad, acudió a la casa. Dina, sin embargo, mientras hablaba, miraba hacia el grupo de los chicos, y subrayaba con cierta complacencia que, al cabo de muy poco tiempo de su llegada a Zúrich, Georg también había manifestado una impaciencia revolucionaria y luego una rabia incontenible, no en relación con los bancos suizos, sino contra la partera y el médico, es decir, contra todo el mundo circundante.

—Será mejor que aprendas cómo sacar a relucir de nuevo esa ira, dado que te gusta un pelín en exceso perderte en discursos —concluyó, deteniendo su mirada en los chicos sentados a sus pies en la alfombra. Gerda no dirigió a Georg ni una sonrisa tierna ni siquiera radiante. Se rio en su cara sin miramientos, con la cabeza boca abajo que oscilaba para retomar el contacto visual con Dina y sus labios carnosos, y Georg apartó la mano que tenía apoyada en la rodilla de Gerda, que vibraba con la plenitud de sus carcajadas.

Willy sufría. Sentía celos de la desidia de amo con la que Georg la tocaba, y aún más de la desenvoltura con la que se apartaba de ella. Tenía envidia de tanta seguridad innata (¿qué podía esperarse de alguien que había tenido a

Lenin como padrino?), y lo corroía que el otro no tomara a Gerda como un regalo, sino como un mérito. También estaba celoso de la corte que Dina le había estado haciendo a Gerda desde el día en que su hijo la había presentado en casa. De modo que volvía a invocar a la mujer vista desde el tranvía, aquel fotograma que se había caído de la pantalla. «Tened cuidado», se decía para sus adentros. «Si las cosas van mejor aquí o ella se cansa del trato de vuestra *crème* revolucionaria, Gerda volverá a ser la de antes en un suspiro.»

No tenía mucha confianza en que las cosas pudieran ir mejor en la Alemania de 1931 o 1932. Por ello se concentraba en la cándida figura que admiraba *bérets* y sombreritos en el escaparate de una modista en esa parada del tranvía. Un truco del tres al cuarto. Sin embargo, estaba seguro de que Gerda no había olvidado a Pieter. Su antiguo novio se había recuperado muy bien con el negocio de importación de café, un negocio que ella había contribuido a lanzar. Y tal vez, quién sabe, en memoria de los viejos tiempos, ella podría acceder a acompañarlo en un viaje de negocios y luego abrir una oficina en Sudamérica.

Quién sabe lo que habría hecho si Pieter se lo hubiera ofrecido. ¿Habría preferido a Georg, que volvía a marcharse a Berlín, o aprovecharía la oportunidad de alejarse de todas las miserias y amenazas que se cernían sobre ellos?

Willy temía saberlo. Embarrado en sus celos y en un intento de librarse de lo que sentía, tropezó —torpe, inútilmente— con un aspecto que, años más tarde, muchos de ellos escupirían a Gerda a la cara. ¡Oportunista! Ella se encendió un cigarrillo con una indiferencia muy parisina y, levantando la barbilla, exhaló: «Si eso es lo que piensas...». Su gesto de enfado se reflejaba en los espejos, mientras el humo envolvía a la persona que estaba frente a ella en la mesa. Por lo general, se disculpaba al cabo de un rato, como despachando una formalidad: mejor pronto y bien, es decir, ya sonriendo. Insistir, explicar, habría sido contraproducente.

Sí, «oportunista», eran muchos los que lo habían pensado, y no parecía excesivo en retrospectiva. Pero los momentos de rabia pasaban, las desilusiones se atenuaban, y Gerda seguía estando allí. Estaba hecha así, era voluble y resuelta, un metro y medio de orgullo y ambición, sin tacones. Había

que aceptarla tal como era: sincera hasta causar daño, afectuosa a su manera, a largo plazo.

Era sincera cuando la amistad lo exigía, no cuando podía darle un toque hollywoodiense a sus vicisitudes. Por ejemplo, le encantaba presentar como coprotagonista de su fuga para cruzar la frontera al «Renacuajo Rojo», el Opel descapotable de Pieter confiado a un amigo que la había dejado en la estación de Estrasburgo y había regresado a Stuttgart esa misma mañana. Cuando evocaba aquel trayecto, Gerda se saltaba a pies juntillas los controles fronterizos y no habría confesado ni un solo instante de temor ni a sus más íntimos amigos. Lo único que pretendía era maravillar, ser el alma de la reunión, ensanchar la claqué de admiradores reunidos en torno a la mesa. Quién sabe si aquel breve viaje había sido realmente tan parecido a una excursión de turismo de lujo.

Pero no cabía duda de que su exnovio la había ayudado mucho después de su fuga a París —DINERO RECIBIDO STOP ERES UN CIELO STOP—, porque Teckel la había acompañado muchas veces a la oficina de correos de Montparnasse para retirar los giros postales.

Solo ahora se da cuenta el doctor Chardack, desde la distancia lineal de Hertel Avenue, de que las cosas más importantes las entendió demasiado tarde. El observador modifica los datos incluso en las ciencias exactas, y él, en aquella época, no estaba observando ciertamente un cuerpo moviéndose en un campo neutro. Sus detectores habían captado que no se podía confiar en la fidelidad de Gerda en sentido estricto (lo que inducía a parpadeos de esperanza), pero se habían mostrado insensibles a los datos empíricos más relevantes. Era imposible calcular lo que ella habría decidido si se hubiera presentado la oportunidad perfecta, por ejemplo, el comercio de café en Sudamérica, o alguna urgencia extrema. Gerda habría actuado según su propia conveniencia, sí, es probable, pero no habría vuelto sobre sus pasos, eso seguro.

Sería a comienzos de 1934, Friedmann aún no había aparecido, y Gerda había retrocedido a su pesar a la casilla de salida. Podía presentar los giros postales de Stuttgart como prueba de que contaba con los ingresos necesarios para la renovación del permiso de residencia, y además pagar la habitación del hotel, pero al despedirla, el doctor Spitz la abocaba a tener que apañárselas día tras día. Salía al amanecer, recorría los bulevares con un montón de periódicos que, bajo los brazos de una *colporteurse* tan elegante, solían agotarse pronto. Se concedía un café bastante azucarado, despachaba los encargos de mecanógrafa, que tendían a escasear, y luego se iba a tomar el sol al parque. Era Gerda: tenía un aspecto magnífico, de hermosa ociosidad. Tampoco Ruth, con sus ingresos de maniquí o de gimnasta, con sus exhibiciones de ejercicios de suelo durante el verano frente a los visitantes de un establecimiento de baños a orillas del Sena, dejaba traslucir sus dificultades para salir adelante, ella, que en el Gymnasium había estudiado lenguas muertas y que, por lo tanto, no encontraba más que trabajos mudos.

Teckel estaba al corriente de que las chicas no pasaban por un buen momento, de modo que no entendía por qué, sobre todo durante el fin de semana, Ruth y Gerda desaparecían.

—¿Es que algún ricachón admirador vuestro os saca de paseo? —se atrevió a aventurar un día, al cruzárselas en la calle, no sin cierta ansia, pensando en cuál de las dos era la que aceptaba una invitación así sin escrúpulos.

—¡Ojalá! Nos quedamos en casa todo el rato, se ahorran un montón de calorías bajo las sábanas.

—¿Y qué hacéis? —preguntó él, desconcertado.

¡Menuda pregunta! Charlaban, leían, se arreglaban las uñas y las cejas, remendaban las medias con esmalte de uñas, y cuando el estómago retumbaba (quién hubiera dicho, se echó a reír Ruth, que a Gerda le sonaban tanto las tripas), lo silenciaban entonando no cualquier canción ligera, sino una canción de revuelta, porque el estómago vacío así lo reclamaba...

Corrieron a ver *Kuhle Wampe* en el invierno de 1932, atraídos por la «tripas

frías» del título y por las batallas contra la censura que había impedido la proyección de la película en algunas salas.

El doctor Chardack solo recuerda bien el comienzo, que, como una bofetada a la conciencia entumecida del pasado, le devolvía a la Alemania de Weimar en su fase final. Esa avalancha de bicicletas que corrían por Berlín como si fueran a ganar una medalla, pero que en realidad competían por una jornada de trabajo. El joven ciclista que volvía a casa derrotado engullía un plato de sopa junto con los reproches de sus padres («quien se esfuerza siempre consigue algo») y no decía ni media palabra. En cuanto se quedaba solo, se quitaba el único objeto de valor que poseía, el reloj, y se arrojaba al patio. Un grito agudo, un desempleado menos. La muerte de un chico de su edad en escasos minutos de película.

El éxito de *Kuhle Wampe* resultó superior a lo esperado. El público salía emocionado por los actores que hablaban en dialecto berlinés y no parecían actores. «¡Todo es cierto!» En casa de Dina Gelbke se desencadenó un debate impredecible en ciertos aspectos. Willy nunca se había preguntado quiénes eran en concreto esos camaradas enfurruñados, pero tenía claro que pertenecían a una especie de aristocracia obrera. Inesperadamente, la anfitriona y sus acólitos, que cubrían de elogios al *Proletkino* teorizado y representado por su amigo Brecht, se toparon con los reproches de los verdaderos proletarios.

—¿Dónde estaban vuestro Brecht y los camaradas del colectivo artístico cuando organizábamos huelgas y piquetes? —protestaban—. ¿De paseo con la Fräulein? ¿Aprendiendo poemas de Goethe?

La vehemencia de la reacción dejó también atónitos a los amigos de los hermanos Kuritzkes. Habían mamado tanto cine que nunca habrían tomado la más realista de las películas por un espejo de la realidad. Daban la razón a quienes replicaban que una película debe generalizar su mensaje.

Entre los presentes se contaba un hombre del que se rumoreaba que había sido el gran amor de Dina Gelbke. No era frecuente que una mujer se divorciase de un marido como Kuritzkes, que no la privaba de nada, para lanzarse a una aventura con un *goy* indigente y bohemio, sin preocuparse siquiera por ocultárselo a sus hijos. Sus segundas nupcias con el doctor

Gelbke habían asegurado a estos tres pobres niños un techo sólido por lo menos, fue el comentario de la madre de Willy. Él hizo caso omiso de semejantes chismes. Y cuando, ya en el instituto, algunos amigos comenzaron a sentir curiosidad por aquella historia y ese hombre tan encantador, respondía abruptamente: «No sé de qué me hablas». Willy, por lo demás, solo sabía que los hermanos Kuritzkes siempre habían nombrado a un tal Sas, que un día se había materializado en su hogar. Era un amigo de la familia. Un antiguo obrero que se había esforzado por convertirse en maestro de escuela y música. Le gustaba estar en compañía de los jóvenes y los jóvenes le correspondían. Eso era todo.

Por lo tanto, no era inusual que Sas los siguiera a la buhardilla ni tampoco que quisiera continuar discutiendo con ellos. Pero en la diatriba acerca de *Kuhle Wampe* había estallado. «¡Crear en la juventud es de cajón», gritó, «sois los más afectados por esta guerra contra la clase obrera!» Pero es una locura señalar con el dedo y dar por perdidos a todos los trabajadores que no se resignan a la miseria actual. Su disidencia respecto al Partido Comunista, y que no hiciera nada para ocultarlo salvo por respeto, ahora completamente evidente, hacia Dina, supuso un motivo más de admiración. Pero precisamente porque captaban una doble fricción, en parte política, en parte corrosiva de un vínculo muy privado, una vez que se agotaban las risas ya no sabían qué decir. La más ágil fue la que nunca perdería su agudeza de espíritu ante ninguna situación sentimental embarazosa. Gerda se puso a hablar de la última vez que había ido a ver a Georg. *Kuhle Wampe* acababa de estrenarse y había que cruzar medio Berlín con bastante anticipación, porque en el Atrium-Palast de Wilmersdorf, el único cine en el que la ponían, había una cola interminable. La peregrinación de un público tan variado —obreros y notables de la cultura, gente del espectáculo y dependientas, alguna *entraîneuse* o algo parecido— la había impresionado, ¡y además la música, los diálogos, el montaje, todo increíble! ¡Esa escena en el *U-Bahn* que presenta el *Solidaritätslied*, el estribillo que no puedes sacarte de la cabeza! Pero luego está esa carrera femenina de piragüismo, como si remar —*eins zwei hop hop*— fuera lo más útil y divertido para cambiar el mundo. Se lo dije a Georg y no me da vergüenza repetirlo: ¡no hay ni comparación a cuando bailan y cantan el vals

en *El congreso se divierte!*

—¡Alto ahí! Ni se te ocurra mencionar esa empalagosa película reaccionaria al lado del genio musical de Hanns Eisler —se enfureció Sas, cayendo en la provocación.

—¿Qué quieres que te diga? —comentó Gerda, satisfecha—, si el comunismo en el cine es tan aburrido, los reaccionarios siempre ganarán, como se vio con la reelección de Hindenburg...

Con un destello en sus gafas finas, Sas admitió que no podía negar que tenía razón.

—Pero entonces dime: en mi escuela de música, ¿darías clases de baile, como esos a los que mandan a los debutantes?

—¡Por ti, eso y lo que quieras! O para la educación de las masas, si lo prefieres...

Y la risa cristalina en la que se diluyó la respuesta de Gerda, contagiándolos y arrastrándolos, había barrido definitivamente el aire de la buhardilla.

Mejor echarse a reír: entonces como ahora, en Leipzig y en París. Mejor rebajar la gravedad de la desventura que seguir atrapado en discusiones ya absurdas a causa de la supresión hitleriana de toda la izquierda, y que sin embargo se reavivaban en todas partes: en asociaciones y redacciones en el exilio, en antiguos cuarteles transformados en dormitorios para acoger a los refugiados, en las filas ante la *préfecture* o en los comedores solidarios donde socialdemócratas y comunistas sostenían el mismo cuenco desportillado que los primeros exponentes perdidos de la burguesía judía. Pero sobre todo en los cafés, donde el tiempo sobraba y el ensañamiento de las voces embestía a cualquiera que se sentara a una mesa cercana. Algunos exdiputados, acucillados largo rato ante tazas vacías, reivindicaban sus antiguas posiciones como si fueran el último bien en el que cimentar su orgullo. Mejor no hacerles caso, mejor tomárselo a broma. Mejor honrar el privilegio de poder llevar una vida de estudiante, como Teckel, o dar las gracias por la intimidad de una mediocre habitación de hotel llenándola con una canción de lucha proletaria y,

tarareando, asimilar la noción muy reciente de pertenecer al *Weltproletariat* desempleado. Mejor aún salir a la luz, repetir el dúo para un público más agradecido que las chinches de la cama, convertirlo en un himno para los camaradas varados en las terrazas de la Rive Gauche, con el gusto adicional de que los parisinos entendieron solo que se cantaba en alemán, y además una marcha.

«*Vorwärts und nicht vergessen, worin unsere Stärke besteht. Beim Hungern und Beim Essen, vorwärts, und nie vergessen - die Solidarität!*»[*]

Aproximadamente dos años después de la época en que Ruth y Gerda pasaron las peores dificultades, se encontraron en una velada de apoyo a la lucha antifascista en Alemania. Ninguno de ellos tenía ya problemas de estricta subsistencia, Gerda y Ruth ya no compartían una cama infestada de chinches, y la canción sobre la solidaridad que había que defender a toda costa, con independencia de que se padeciese hambre o se comiera, la interpretó la mujer de Brecht, Helene Weigel. Pequeña, delgada, con expresión enardecida en un rostro de tragedia griega (y algo simiesco, para ser sinceros), cantaba con la intensidad de una actriz, no con la voz plena e impúdica que habían sacado sus amigas. Todo ello le había sugerido a Willy la abismal diferencia entre la vida y el teatro. Tras haber llegado tarde de las prácticas, se había quedado al fondo del Café Mephisto en el boulevard Saint-Germain, aunque localizó de inmediato las cabezas de amigos y conocidos: Ruth y Melchior Britschgi, el tipógrafo con el que se había casado recientemente; Gerda entre los Stein y un grupillo alborotador en varios idiomas que André Friedmann, para entonces asiduo del baño-laboratorio de Montmartre, había remolcado tras él. Pero era una *soirée* concurrida frecuentada sobre todo por *émigrés* alemanes, y si bien toda esa *Heimat* le había causado en otras ocasiones una impaciencia levemente claustrofóbica, esa vez le había resultado agradable conocer a tantas personas, le había procurado un placer sencillo, parecido al que había captado en los rostros de sus padres cuando le había tocado acompañarlos a un concierto o a un estreno teatral: ¡aquí estamos nosotros también en medio de la gente que cuenta!

Ninguno de ellos contaba mucho allí dentro, entre los grandes nombres de la cultura alemana en el exilio, mucho menos fuera, en el verdadero París.

Pero se reconocían a simple vista, con una inclinación de cabeza, un gesto incompleto de la mano. La proximidad de los primeros años había despertado aquel sentido primario de la orientación. Habían adquirido la solidaridad que no se olvida, porque había surgido de las necesidades materiales. Willy Chardack nunca había estado muy convencido de la nueva humanidad generada por el socialismo, pero esa forma de permanecer unidos los había empujado a seguir adelante, *vorwärts*, como decía la *Solidaritätslied*, y con una fuerza que quién sabe si de otra manera habrían encontrado.

Eso fue lo que reconocía especialmente en Gerda y en la amplia aglomeración reunida alrededor de su irresistible, querida persona. Y de repente se le viene a la cabeza que, al encontrarse con ella en la calle o al verla levantarse después de apagar la colilla con ostentosa energía —«Basta ya, no puedo seguir aquí, tengo que reunir cierta información, presentarme en determinado lugar»—, la había apodado *Fräulein Vorwärts*. Era solo una broma para sus adentros, un intento de convencerse a sí mismo de que había salido del manto de los celos de Leipzig, opresivos como el cielo cubierto de nubes bajas y humos industriales. Pero ni siquiera esa noche de pie en el teatro, cuando Gerda le parecía tan próxima, tenía idea de cuán imparable era la fuerza de propulsión de su *Señorita Adelante...*

El doctor Chardack pasa por delante de un supermercado con las persianas bajadas, una peluquería de señoras, unos grandes almacenes de artículos para el hogar y el jardín, una lavandería, una estación de servicio abierta. Se cruza con chicos con ropas ligeras, demasiado chillonas para su gusto, familias que parecen salidas de una foto desvaída de sus abuelos en su *shtetl*, excepto por los zapatos con las suelas de goma de las mujeres con pelucas. ¿Será para pensar en otra cosa por lo que se pregunta si eso es Estados Unidos? Todos cómodos, todos prácticos, todos caminando con los mismos *saddle shoes*. El capitalismo invita a la adquisición de la igualdad, reflexiona, el socialismo real concede lo mejor a sus más fieles. ¿Quiénes se fueron a vivir a la casa paterna de Gohliser Strasse?: primero un funcionario del partido nazi, y ahora, se apostaría algo, un funcionario del Partido Socialista Unitario. Tal vez

habría sido mejor que la hubieran alcanzado las bombas que habían derribado el palacio en la Springerstrasse donde vivió Gerda Pohorylle.

«Guerra Fría», se dice a menudo el doctor Chardack, es un buen eslogan para un país que no ha sido destruido por la guerra de verdad, por más que haya sido el hielo de la paz lo que estropeó definitivamente ciertos vínculos.

Mantener el visado metido en el pasaporte, ver impreso en él ENEMY ALIEN, no resultó agradable, pero la guerra era la guerra y lo entendió. Pero luego William M. Chardack, recientemente naturalizado estadounidense, tuvo que responder a la pregunta de si alguna vez había sido miembro del Partido Comunista o del SAP, el Partido Socialista Obrero Alemán.

—No —respondió correctamente.

Sin embargo, había tenido trato con varios miembros de esa formación marxista revolucionaria.

—Sí —admitió—, pero por razones de simpatía personal.

En todo caso, constaba su participación en diversas actividades promovidas por ese partido, tanto en Alemania como en París.

—Eran iniciativas antifascistas —declaró.

De acuerdo, pero el promotor era trotskista.

¿Qué debía decirles: que fueron los únicos en esforzarse por que hubiera un frente unitario de la izquierda? ¿Que el SAP fue crítico con Stalin?

—Yo estudiaba medicina —respondió—, mi tiempo discurría entre clases, prácticas y preparación de exámenes. Pero si me enteraba de que había una manifestación contra los nazis, no era demasiado escrupuloso sobre quién la organizaba.

Y en ese momento pensó: mandadme si queréis a Palestina o enviadme de vuelta a Alemania. Pero ya no le hicieron más preguntas.

Varios años después, cuando ya había regresado de Corea, lo convocaron de nuevo.

—Estamos seguros, doctor Chardack, de que es usted leal a los Estados Unidos. Pero tal vez pueda hacer algo más por su país.

Le habían preguntado si conocía a algunas de las personas con las que tenía trato una fotógrafa, de cuya proximidad al Partido Comunista, y a su persona, estaban al corriente. Entre los nombres que se le habían presentado,

él solo reconoció el de Robert Capa, con quien no había vuelto a tener contacto desde que vivía en Estados Unidos.

—¿Nadie más? —lo habían presionado—. Piénselo un momento.

En ese momento, el doctor Chardack se había preguntado si creían realmente que alguien como él podría llegar a ser un delator.

—Willy Brandt —respondió—, que ahora es presidente de la Cámara de Diputados de Berlín, obviamente Oeste.

No es que entre Willy Chardack y su tocayo hubiera habido una relación de confianza, pero se habían visto a veces en las cenas improvisadas por los Stein, durante las cuales Willy Brandt se dejaba arrastrar por el encanto de Gerda, como todo el mundo.

Cuando llegó la trágica noticia, y luego el cuerpo de Gerda, fue él quien dio pábulo a la sospecha de que no había caído por accidente bajo las huellas de un tanque. Ese rumor, tal vez difundido precisamente por Fred y Lilo, empezó a esparcirse por la Rive Gauche y a pasar de un café a otro. La sospecha era espantosa. Willy Brandt era la estrella emergente de la que los militantes de SAP se fiaban. Gerda, sin embargo, había sido atropellada a las puertas de Madrid en julio de 1937, y Willy Brandt llevaba aproximadamente un mes sin pisar España, después de escapar de milagro de las redadas contra los «trotskistas» en Barcelona. ¿De acuerdo con qué fuentes había formulado esa terrible hipótesis? Del lado contrario estaba ese periodista canadiense gravemente herido en la colisión que había acabado con Gerda. Había ido a París y Ruth lo había visto. Se había alojado en el hotel de Capa. Iba tras él con sus muletas, fatigosamente, como un condenado con grilletes. Pero los compañeros del SAP no las tenían todas consigo. Una herida en las piernas no garantizaba que de la boca de ese testigo saliera una verdad inalterada. Se descubrió que Ted Allan había sido comisario político, un camarada que se mantuvo informado de toda desviación de la línea de Moscú. Y eso fue suficiente para que las conjeturas sobre la muerte de Gerda, las hipótesis más oscuras, siguieran circulando durante largo tiempo.

Las últimas veces que Gerda había regresado a París, con la cara bronceada y

las piernas pálidas, los amigos más activos del SAP le aconsejaron que no bajara la guardia.

—¡No me va a pasar nada! —cortó en seco ella—. Trabajo para los periódicos adecuados, conozco gente...

Nadie se atrevió a replicarle que de esas «personas adecuadas» era precisamente de las que empezaban a tener miedo. De modo que ella no había notado su evidente incomodidad o había preferido hacer caso omiso, habilidad en la que destacaba. Con un gesto ágil había levantado la cámara que descansaba frente a ella sobre la mesa: de ahora en adelante no trabajaría solo con la Leica, sino también con una cámara cinematográfica que Capa había recibido de *Time-Life*: «Ya sabéis, los famosos noticieros estadounidenses...». La noticia los había empujado a felicitarla y, en parte, los había tranquilizado. Gerda sostenía la cámara en la palma de la mano, la miraba con la delicada alegría que se dispensa a un gatito todavía bizco. «Sois conscientes de lo útil que puede ser mi Leica para la causa, ¿verdad?», había concluido con una sonrisa impotente.

No, no se sentían capaces de preguntarle si estaba completamente alineada con los comunistas, puesto que ellos estaban en París y ella volvería a cocerse en el fuego del campo de batalla. Y, sin embargo, cuántos de ellos hubieran querido irse de voluntarios, hasta una chica tan prudente como Ruth habría estado dispuesta. Durante meses había buscado tiempo para seguir un curso de enfermería, pero cuando terminó su formación le dijeron que era demasiado tarde. «Quien quiera ir a España, que lo haga en su propio nombre. Nuestro partido no garantiza nada a nadie.» ¿Ni siquiera a una enfermera? No, ni siquiera.

Willy se había encontrado con una Ruth enfurecida con la cúpula del SAP y toda la absurda lógica de los partidos y los partidillos, exasperada de que siempre se repitiera lo mismo, incluso ahora que el pueblo español se desangraba todos los días bajo las bombas. «Mira», le dijo, sacando el último número de *Regards*, que llevaba en la portada una foto de Gerda bajo el titular acusatorio: *GUERNICA! ALMERÍA! ET DEMAIN?* Reproducía a mujeres y hombres frente a las puertas del hospital de Valencia, adonde habían sido trasladadas las víctimas del bombardeo de mediados de mayo. El reportaje hablaba de un

«ensayo general para la guerra total», en las imágenes de Gerda se veían cadáveres tirados en las baldosas blancas y negras: un niño pequeño en calzones, un hombre desnudo apenas cubierto por la sábana sangrienta, una anciana vestida de negro, viva, quizás, o acaso muerta, hacinada en una camilla junto a los demás. «No son solo fotografías lo que hace falta allí», había dicho Ruth con una mueca, incapaz de soltar una gota de rabia y de desagrado. «*Ach Scheisse!*»[*] Willy no le preguntó si habían sido los jefes del SAP los que la habían convencido de que no se fuera o si ella misma se había plegado a regañadientes y había renunciado.

A veces los pensamientos dan un salto de repente que los catapultan fuera del circuito por el que llevaban años dando vueltas. William Chardack se había dicho a menudo a sí mismo, y se lo había repetido a su mujer, que había tenido una suerte innmerecida. «¡Tenemos que darle las gracias al camarada Stalin, cariño, de que el FBI no pueda meterme en más líos!» Bastaba con que su mujer meneara la cabeza para hacerle comprender que no era agradable burlarse de su aprensión con ese exagerado humor negro. Pero lo cierto era que había sido fruto de la casualidad que él hubiera entrado en Leipzig en la órbita de un pequeño partido obrero incluido en la lista negra estalinista, hecho que también fue tenido en cuenta por Estados Unidos. Todos sus amigos se habían acercado al SAP, de modo que Willy también. Todos sus amigos (no, casi todos), incluso los antiguos jefes que había evitado nombrar en la oficina que lo investigaba, seguían estando vivos y se las apañaban bastante bien. De manera que el SAP fue su salvación. El razonamiento tenía la rotundidad de una demostración lógica. Solo ahora se le abre una grieta al pensar en Ruth, que hubiera querido salvar algunas vidas y en cambio llegó a temer por la suya. Todos sus amigos (sí, todos; él incluido) habían pensado que en España había que ganar, ganar a toda costa, ganar y nada más. Pero al final, Gerda, la única a la que no le preocupaban los peligros, las consideraciones ni nada, excepto llegar al sitio justo en el momento adecuado, fue la que se marchó allí y allí se quedó.

El doctor Chardack suda a borbotones, está demasiado perdido en sus recuerdos, que han dejado de ser el agradable acompañamiento de un *Spaziergang*, de modo que acelera decidido hacia su meta.

Mastman's Delicatessen es una institución a la que acuden principalmente familias que quieren hacer felices a los niños, y disfrutar del beneficio de poder meterlos en la cama ya cenados. Los productos estrella son los *delicious kosher hot dog*, los *crispy potato latkes*, y los rollitos cubiertos de azúcar glaseado del *home-made Apfelstrudel*. Para comprar unos trozos de ese famoso dulce, debe cruzar las pocas mesas de la acera, donde algunas madres obligan a sus hijos a terminárselo todo, dan de comer a los más pequeños o a los más delgados, rebañan ellas mismas las sobras ya cortadas de los platos. Y se detiene allí. Ve las grandes bandejas de *Strudel* en el escaparate, pero se detiene. Percibe una oleada de perfumes familiares cada vez que se abre la puerta, la confusión de las voces entre las que se distinguen entonaciones, palabras, frases sueltas. Mira a los niños con los *kippot* en la cabeza, esos que estaban en un grupo separado desde el *Kindergarten*.

«Estoy yendo para atrás», piensa. «Camino *rückwärts* como un cangrejo.»

Si ahora entrara en el local y pidiera *sree pieces of Apfelstrudel* le responderían felizmente en la que presumirían que era su lengua materna común.

—*Sorry, my Yiddish is very poor* —diría.

—*No problem*, pero con ese acento nadie lo hubiera dicho —le replicarían.

—*I'm from Germany* —proseguiría, anticipándose a la pregunta.

—*But you are Jewish, right?[*]*

No es muy rubio y tampoco es muy alto y tiene una nariz de patata considerable. El doctor Chardack podría incluso bajarse los calzoncillos (¿no era esa acaso la prueba reina en el Reich Milenario?), pero los demás no entenderían por qué no se tomaba nunca un día libre para las festividades judías ni se había dejado ver por la sinagoga.

El doctor Chardack repetía una y otra vez que era un hombre de ciencia, alejado, por lo tanto, de cualquier práctica y creencia religiosa, hasta que

comprendió que allí, en Estados Unidos, no fraguaba esa fórmula de importación convalidada por siglos de pensamiento ilustrado. La ciencia es la ciencia, le concedían, pero la comunidad en la que uno crece nunca podrá ser igual a un congreso en California. ¿Qué podía replicar él, que no era cierto, que una comunidad podía existir sin sentirse miembro de una cofradía o raza originaria? No había manera de entenderse, qué se le iba a hacer. Pero si te invitan al pavo de Acción de Gracias y luego te invitan por Pésaj, ¿qué diablos podías hacer?

En Corea había remendado a un joven soldado que, cuando se recuperó lo suficiente para hablar, le explicó con ojos febriles que el pueblo elegido había sido castigado por alta traición y que, dada la importancia de la misión, el resto del mundo se había visto lamentablemente involucrado. Sin Hitler, los judíos habrían abandonado las leyes del Señor, se habrían vuelto rojos o por lo menos ateos, y los comunistas habrían ganado por goleada, hasta el extremo de que ahora les tocaba echarlos de ese país perdido de Dios.

El teniente médico William M. Chardack se sorprendió cuando se topó con un chico de una localidad de Corn Belt que tenía ideas como esas en la cabeza, un chico que, antes de ir a parar al ejército, nunca había conocido a un judío. Pero ya había tenido ocasión de comprobar que algún rabino predicaba tales absurdos cuando —sería el año cuarenta y siete o el cuarenta y ocho— un compañero de viaje al que había perdido de vista en Ellis Island lo había reconocido entre el bullicio de Garment District en Manhattan.

Después de preguntarle cómo estaba, Sussmann lo había acribillado con sus pesares. Los achaques, la soledad: nunca había sido practicante, pero había intentado volver al templo con la edad y las atenciones de los vecinos ortodoxos. Los había seguido al Yom Kippur y había quedado anonadado por el discurso del rabino: la aniquilación de Israel había fracasado, *baruch Hashem*, pero ¿cuál era el día más adecuado para reconocer una advertencia desde lo alto en aquel terrible martirio?

Sussmann temblaba de puro nerviosismo en la acera repleta de gente y percheros con ruedas empujadas hacia los camiones estacionados en la Séptima.

—Llevan el agua a su molino, como todos los sacerdotes, Herr Sussmann,

no haga usted caso... —le interrumpió el doctor Chardack.

—¡Por favor, déjame terminar! —le suplicó Sussmann.

Ese rabino había subrayado que la inteligencia humana nunca estaría a la altura de los designios del Señor, *but some facts are facts*. Las conversiones y los matrimonios mixtos se estaban difundiendo en Alemania. Y los hechos innegables no terminaban ahí. Marx era un judío alemán, Freud un judío de Viena, y Einstein incluso había ganado el Premio Nobel con el descubrimiento de que todo es relativo. «¡Consideremos cuántos hijos de nuestra gente se han convertido en sus seguidores o discípulos!», se afanaba el rabino. «Todo comenzó en el lugar donde el abandono de la Torá fue más grave; y poco ha faltado para que la catástrofe asumiera las dimensiones del Diluvio.»

Sussmann, que estuvo luchando en Bélgica hasta 1918, regresó con vida de milagro, abrió una tienda de artesanía en Colonia y, después de la entrada en vigor de las leyes raciales, se divorció de mutuo acuerdo de su esposa, quien murió allí bajo los bombardeos, cuando él acababa de establecerse en Estados Unidos.

Aquellas lágrimas frente a un fugaz conocido (¿cuántos años podría tener?, ¿casi los que tendría su padre?) habían avergonzado al doctor Chardack. De modo que se despidió de Sussmann repitiendo que los idiotas existen en todas partes, y se metió en una tienda, donde se vio en un espejo con su nuevo traje de tres botones, un hombre coherente, un hombre libre. La religión era *not my problem*. Y los problemas que sus nuevos compatriotas se planteaban acerca de sus orígenes, su estilo de vida y de pensamiento, eran irrisorios respecto a lo que había experimentado en Europa. Por el momento era suficiente con renunciar a ese *Strudel* y recorrer caminando otro tramo más de calle en Hertel Avenue. No valía la pena perder más tiempo.

El doctor Chardack está comenzando a percatarse de que su vida en Buffalo se parece a esa carretera llana, donde no falta de nada, que le permite proseguir adelante. Nadie puede reconocerlo allí, como le sucedió con Sussmann en Manhattan, para recordarle cosas de las que a los judíos del Este que se reúnen en las mesas del Mastman's no se les ocurriría hablar jamás. Por otro

lado, su historia no puede quedar reducida a la lista de quienes han muerto o se han visto afectados por nociones como deportación, internamiento, fin. De muchos ni siquiera sabe si han desaparecido a lo largo del camino o solo de su horizonte. No cabían muchas esperanzas para los empleados judíos de su padre, ni para el comercio de pieles en general, ese universo al abrigo de los patios de la amplia calle central, el célebre Brühl de Leipzig. Sus vicisitudes ni siquiera podían compararse a las de los muchos compañeros de viaje que habían sido registrados como *Hebrew* en el apartado RACE or PEOPLE por los inspectores de inmigración del puerto de Nueva York, corrección a mano que no lo habría consternado tanto si al abandonar la cola de los *alien passengers* no se hubiera topado con la Estatua de la Libertad, colosal, ante sus ojos.

Quién sabe cuántos compañeros de colegio, tíos y primos de diferente grado habían ido a parar a los campos de concentración, quién sabe qué les habría ocurrido a los padres y a los parientes de Gerda Pohorylle. Pero ella había elegido su trabajo y su nombre, Gerda Taro, y había muerto en un estúpido y cruel accidente, si bien en una guerra que, con sus imágenes, quería ganar para todos. Ella había caído entre los camaradas que habían ido a luchar contra el fascismo, sin importar a qué RACE or PEOPLE pertenecieran.

¿Cuántos de entre sus amigos y conocidos en Leipzig habían ido a España? ¿De entre los asiduos a la Friedrich-Karl-Strasse, de entre los estudiantes y trabajadores jóvenes que trataban a Georg Kuritzkes? ¿Cuántos habían evitado los campos y sus consecuencias extremas? El doctor Chardack no tiene ni idea. Pero hay un nombre que se le escapa en Hertel Avenue, donde parece una palabra estadounidense trabucada: Sas.

Voluntario arrepentido de la Primera Guerra Mundial, con un cuerpo templado por el trabajo (acererías en Sajonia, astilleros en Hamburgo), manos capaces de renegar de la anatomía y la epopeya proletaria para posarse en un piano y poner en marcha una escuela de música. Teckel solo le había envidiado la motocicleta Zündapp en la que Gerda, en determinado momento, había comenzado a montar para el reparto ilegal de octavillas. Se había asombrado de que los celos no cobraran vida cuando la veía aferrada a la espalda de Sas con un «¡Hasta luego!» para desaparecer por la Pfaffendorfer Strasse inclinada como si fuera de excursión. Pero todo era tan apremiante en

aquellos días, y, además, Sas y Gerda se llevaban tan bien, aunque fueran tan diferentes en su apariencia y pasado. Nadie se habría imaginado nunca que esa afinidad los llevaría a alcanzar una misma meta.

A Sas lo detuvieron en Leipzig en 1933 (como Gerda poco después), pasó un año en Sachsenhausen, luego fue liberado del campo de concentración y arrestado de nuevo en Berlín. Lo guillotinaron en Berlin-Plötzensee junto a un puñado de muchachos a quienes había enseñado armonía, solfeo y el uso ilegal del ciclostil. Ruth se lo comunicó a Willy en una carta fechada en mayo de 1943. Había sido anarquista, socialista radical, miembro del KPD (también por amor a Dina, al parecer), fue expulsado del KPD por disidente. ¿Cómo explicarles todo esto a los estadounidenses? Si hablabas de resistencia alemana te asociaban, si te iba bien, con el grupillo de oficiales aristócratas que habían tratado de hacer saltar por los aires al Führer por patriotismo, y no antes del 20 de julio de 1944. ¿Cómo podías explicar que los retazos de resistencia que hubo se debieron a los comunistas o a gente que para los estadounidenses era lo mismo?

Por ejemplo, gente como Gelbke. Llamado el «doctor rojo», pero apreciado en toda Leipzig, había utilizado el constante trasiego de su clínica para montar allí un refugio para aquellos que tenían que esconderse o huir al extranjero. Se había salido con la suya y había conseguido escapar junto con Dina. La mera opción de conservar a su lado, quién sabe cómo, a una esposa judía requería unas agallas que a la mayoría de los alemanes se le habían desvanecido con los primeros rayos del sol gamado.

No, los estadounidenses no podían entender que todo empezó mucho antes, cuando aún no era una cuestión de vida o muerte y las ideas opuestas a la mentira nazi no eran una mera reacción de defensa.

Para Georg Kuritzkes, con esa educación revolucionaria, había sido fácil. Pero Willy y sus amigos judíos de familias burguesas se habían enfrentado por las mismas ideas a sus padres. Juzgando despreciable su condescendencia con la vida tranquila («¿Quién saca adelante el negocio, quién paga a los proveedores y los salarios?»), patético su amor no correspondido por Alemania, miope y un mero consuelo la convicción de que quedar excluidos de ciertos ambientes era solo un odioso inconveniente. Sentirse superiores a

los viejos era natural, como lo era formar grupos con los coetáneos con los que compartían ideas. Y además estaba ella, la joven mujer que pasó en un estrecho lapso de tiempo de tener en la cabeza el último grito en gorros a convertirse en una luchadora. ¿Cómo lo había hecho? El tiempo, eso era cierto, avanzaba directamente hacia el final del trayecto desde que llegó a Leipzig. Pero ella caminaba a su lado con ese paso etéreo, libre de doblar la esquina y desaparecer como un sueño, una quimera con clase. Esa era la chica que lo hechizaba. Y cuando salía a la superficie alguna chispa de una sustancia más inflamable, Willy Chardack, después de un instante de turbación, prefería no verla.

Uno de esos momentos innecesariamente reveladores se remontaba justo a los primeros tiempos, sí, era 1930 y aún hacía frío. La fantástica chica de Stuttgart todavía no se había acostumbrado a sentarse con las piernas cruzadas en el suelo de parqué de la buhardilla de Georg Kuritzkes (con la luz que caía por el ventanuco destacaban mejor incluso que sobre las polvorientas alfombras de Dina Gelbke) y Willy la miraba de reojo. Su cuello delgado se alargaba bajo el peinado a lo *garçon* perfectamente domeñado, los labios perfilados de rojo se apretaban en una línea de colegiala atenta, sus ojos lanzaban destellos de indignación, centelleos intermitentes que removían el verde del lecho marino.

Mientras discutían sobre las dificultades para organizar el Día Nacional de la Juventud en Leipzig, sobre la necesidad de involucrar a los estudiantes progresistas superando las divisiones partidistas, a Georg le pudieron los nervios y se puso de pie. No era posible que siguieran tan ciegos e inmóviles, dijo irritado, cuando la mayoría de los obreros de la tercera ciudad industrial todavía estaban dispuestos a no dividirse entre los que habían conservado su trabajo y los que lo habían perdido, unidos aún por la conciencia de que su miseria se debía al capital y a sus siervos, cuya actividad no cejaba un solo momento en ninguna parte. En Alemania los capitalistas habían hecho su agosto con la guerra, se habían beneficiado de la hiperinflación, habían prosperado en los años dorados. Pero no era a los barones del acero a los que el canciller Brüning hacía pagar los daños causados por la crisis que hubo

después, y mucho menos a Hindenburg y a los demás generales, que deberían haber sido expropiados de sus bienes y enviados a continuación a la última finca de las que dispusieran para disparar exclusivamente a los jabalíes. ¡Qué va! Los parásitos uniformados y los fabricantes de cañones se mostraban de acuerdo en hacer que recayera sobre todo el pueblo alemán la deuda de la guerra que ellos mismos habían fomentado. Y dado que Brüning era su dócil instrumento, la mordaza de sus recortes draconianos trituraba a la clase trabajadora, incluso a los veteranos enviados al frente como carne de cañón que habían salido con vida.

Georg miraba a Gerda, Gerda miraba a Georg y, al cruzarse sus ojos, su mirada se dulcificó, como quien espera la continuación de un cuento de hadas que un gran narrador cuenta a un subyugado oyente, evitando que note el miedo atávico que conduce al epílogo.

Así fue como llegaron los lobos. Se habían multiplicado gracias a un error de subestimación, por considerarlos animales feroces pero primitivos, por confundirlos con pastores alemanes, animales domesticados, manejables a su conveniencia. No se habrían acercado a las casas si el país no hubiera padecido tanta hambre. Ahora ya no eran solo la pequeña burguesía, los inválidos, los *lumpen* y el hampa criminal los que se dejaban impresionar por los camisas pardas. En cada fábrica, almacén, obra de construcción, alto horno que cerraba o reducía la producción y el personal, la masa del proletariado iba disgregándose. El hambre era un mal consejero, y la desesperación aún más. El hambre y la desesperación trabajaban para los fascistas y sus partidarios, que ya no se esforzaban en ocultarse. Las damas de la alta sociedad competían por ver quién lograba ofrecer un atracón a Hitler, delante mismo de los trabajadores a quienes sus maridos enviaban a la calle.

—¡Que se ahogue! ¡Que se le clave una espina en la garganta! —había gritado Gerda.

—Es bien sabido que el delicado carnicero no digiere ni pescado ni carne... —replicó un compañero de instituto dando pie a un sinfín de comentarios.

—¡Ya está bien! —Kuritzkes estaba exasperado—. Si hiciéramos algo más que perdernos en chácharas, el aire no estaría tan apestado por sus

flatulencias.

De este modo, tras haber obtenido la ferviente atención de Gerda (y también que pusiera rectas sus rodillas, levantando el dobladillo de su falda), ya no sabía cómo proseguir.

—Mi padre está trabajando con Italia, va a menudo allí. Y cada vez que regresa, le dice a mi madre: «Dina, ¿pero es que no habéis aprendido nada de lo que ha hecho allí Mussolini, que era un socialista? ¿De verdad creéis que os las apañáis mejor con este venenoso gnomo austriaco, en un país de revanchistas antisemitas?». Ella grita que no puede reprocharle nada, dado que ha criado sola a sus tres hijos...

Willy sospechaba que aún había una pizca de desconcierto detrás de esa confianza tan inusual, pero todas las miradas se dirigían hacia Georg, que permanecía allí de pie.

—Mi padre tiene toda la razón. Tenemos que detenerlos pronto y hacerlo juntos —continuó con brusquedad, una advertencia asimilada de inmediato por Gerda, que se apretaba sus uñas afiladas en las puntas de los dedos, con el ceño fruncido y contrayendo también la barbilla y la boca, lo que hacía que le saliera a relucir en el iris la temible energía de una rabia infantil, obstinada.

A saber de dónde provenía toda esa rabia, se preguntaba Willy, intimidado y fascinado.

Georg se había encendido un cigarrillo, cediéndoles a los demás la palabra. Y no se daba cuenta de que sus ojos (¡los famosos ojos de Kuritzkes!) vagaban sobre Gerda, con ese brillo que los ponía lánguidos, y Teckel no podía creer lo que veía.

«El tipo se imagina que al conquistar para la lucha a la señorita Pohorylle nos metemos en el bolsillo media revolución», se dijo, «y así gana por la mano al novio capitalista.»

Pero una inconfundible vergüenza se apoderó de él. ¿Qué clase de amigo soy para volverme tan malvado por una mujer?

Concentrarse de nuevo en el orador, borrarlo todo.

Kuritzkes había recuperado su habitual desenvoltura, pero Willy había perdido a un amigo al que admirar y envidiar. Georg era como los demás, un insecto magnetizado por Gerda, la primera llama que había logrado eclipsarlo.

De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades.

Georg haría cualquier cosa por conseguir a la chica de Stuttgart. No solo tenía más capacidad, sino que también tenía más necesidad, había intuido Willy. Georg Kuritzkes sentía una necesidad tan grande de Gerda Pohorylle porque sus metas y objetivos aún eran más grandes. Y cuando Gerda se hallaba cerca, de repente todo parecía estar al alcance.

El hombre al que los automovilistas ven avanzando lentamente por Hertel Avenue tiene el aspecto de alguien que no ha nacido ahí, pero parece una persona respetable. Podría ser un camarero por la camisa blanca y la chaqueta en el brazo, pero si va a trabajar, ¿por qué se ha parado en la acera? ¿Se habrá olvidado algo en casa? ¿No encontrará las llaves del coche?

La hipótesis no está lejos de la verdad. El doctor Chardack se ha quedado clavado en la acera porque le cuesta encontrar una palabra. No encontrar las palabras adecuadas le sucede más a menudo que no encontrar las llaves del coche. Por lo general le ocurre con los demás, más raramente cuando está solo. Mientras los recuerdos de Leipzig se habían ido desplegando tan rectos como Hertel Avenue, el doctor Chardack había avanzado sin obstáculos en su dimensión paralela. Las inolvidables carcajadas de Gerda lo habían animado a caminar enérgicamente, una bocanada de aire fresco en la atmósfera que los tubos de escape enturbian. Pero ahora el doctor Chardack ha tropezado con esa palabra que no está en su nuevo idioma. Se concentra, se obstina, pero *Freiraum*^[*] no existe en inglés. Solo existen *free* y *room*, palabras adecuadas para pedir una habitación en un MOTEL fluorescente en la oscuridad de una *highway*. De repente vuelve a verse mientras conduce entre Nueva York y Buffalo luchando contra las cabezadas y contra el muy sensato temor a que si pierde el control del volante pasarán horas antes de que alguien acuda en su ayuda. Pero también esta Hertel Avenue, más larga y ancha que los Champs-Élysées, que refuerza el pensamiento que va tomando forma en su cabeza sudorosa. Donde hay espacio para derrochar, espacio para desperdiciar como se desperdician los alimentos en los restaurantes, es imposible dotar al espacio de valor abstracto. En cambio, en la Alemania que estaba a punto de

suprimir la libertad, *Freiraum* no era solo la buhardilla libre de Georg o el gran prado de Rosental, esa intacta lengua boscosa de la que, por vivir en el mismo barrio, conocían todos los senderos desde la infancia. Significaba algo más extenso y más complicado, pero natural, porque había una palabra para nombrarlo.

Cuando su profesor de historia y filosofía lo sorprendía distraído, gritaba: «Chardack, ¿está soñando? Hoy prescindirá de salir al recreo». Y daba igual si Willy estaba cavilando sobre cómo ver a cierta jovencita de nuevo (¿recorrería siempre la misma calle?) o, por el contrario, sobre el alcance del concepto kantiano de «*el abandono por parte del hombre de una minoría de edad cuyo responsable es él mismo*». Eso es, ahí estaba el meollo: si tratabas de abandonar el estado de minoría de edad para ocupar un *Freiraum*, te arriesgabas a no llegar a ninguna parte. Si en cambio lo ocupabas junto con otros, ese espacio de libertad adquiría forma: las palabras pensadas o escritas se convertían en palabras pronunciadas en voz alta. El cuerpo inútil, doblado en el pupitre en una postura traidora, formaba un conjunto con muchos cuerpos diferentes (algunos de apariencia muy notable). Cuerpos que se encontraban, se movían, se dilataban en un espacio común y mayor, tanto interior como geográfico. Y todos juntos no se parecían ya a los pernos insertados para mantener en pie una construcción estática, sino más bien a las partes de un fino mecanismo que necesitaba, para funcionar, cierto juego. *Spielraum*: eso era lo que ganaban, un concepto aún más intraducible que *Freiraum*.

El doctor Chardack se ha secado el sudor y reanuda la marcha rumiando perífrasis, mientras que la traslación textual de esa última palabra salida a la superficie desde lejos, *room to play*, la descarta de inmediato. Eran jóvenes, de acuerdo, pero no se movían en aquellos espacios como el amplio recinto de un parque infantil de juegos.

«¡Madura, Wilhelm, deja de jugar al revolucionario!» Aquella reprimenda paterna, bastante fuera de lugar, lo sacaba de sus casillas. Teckel no dudó en partir hacia París tan pronto como aquel «juego» se volvió terriblemente serio. ¿Acaso estaban jugando los hermanos menores de Gerda cuando se echaron al monte? ¿Jugaba Soma, el hermano de Georg, al recibir una paliza por parte de las SA que se liaron a patadas y puñetazos con él cuando solo tenía trece o

catorce años? ¿Jugaba Georg, que tuvo que esconderse durante meses, o Ruth, activa en el sindicato estudiantil, o Gerda, recorriendo los suburbios de Leipzig en una motocicleta con las luces apagadas para repartir octavillas?

No, aquello no era para ninguno de ellos un juego. Pero en el caso de Gerda, las cosas eran, como de costumbre, más complejas.

Gerda nunca parecía preocupada. Cuando contaba en Leipzig sus viajes a Berlín, donde los enfrentamientos estaban a la orden del día, o cuando anunció en París que se marcharía sola a España, los otros —Capa incluido— se deshicieron en recomendaciones. «¡Tranquilos!», soltaba entre risitas, benévola. Y si a alguien se le escapaba: «Gerda, esto no es un juego», se enojaba terriblemente. Que dejaran de tratarla como a una niña, a ella precisamente, que sabía llevar los libros de contabilidad, calcular los tipos de cambio en un momento, que recordaba los precios del almacén hasta el último *Pfennig* o *centime*, que se las apañaba siempre.

—Ya os gustaría a vosotros tener la cabeza tan en su sitio como la mía —dijo. Y bien dura que tenía la cabeza.

Y con todo, nada podía hacerse al respecto: Gerda era y seguía siendo ligera, en todos los sentidos, incluso en los menos halagüeños. El engaño de la levedad nacía del encanto que emanaba, de la paradoja de una gracia inflexible, de la apariencia de que era un don, a veces un límite, y no el resultado de un esfuerzo de voluntad o de un constante trabajo interior.

—*Ach* Willy, la vida es demasiado seria para tomársela en serio.

Él no había sido el único destinatario de esa frase, cuyo origen, ya en Estados Unidos, había descubierto al verla bordada en un cuadrado de punto de cruz. LIFE IS FAR TOO IMPORTANT TO BE TAKEN SERIOUSLY. OSCAR WILDE. ¿O fue en un cojín apoyado en un sillón?

Esa *boutade* le iba como anillo al dedo, Gerda actuaba siempre en serio, incluso cuando no lo parecía. Quizás ella misma acabara cayendo en su propia trampa.

Al húngaro con la Leica lo había encasillado de inmediato («¿Friedmann? Un fanfarrón simpático»), empezó a pincharlo como en broma («Quítate de una vez esa barba, con los tiempos que corren, el estilo *maudit* está bastante devaluado»), y no tardó en verse metida en el papel de la amiga con

experiencia del mundo y la cabeza sobre los hombros. Que André Friedmann hubiera sido destetado por la única metrópoli capaz de rivalizar con París, que hubiera nacido en un taller de moda en el corazón chic de Budapest, que se hubiera criado en sus garitos y en sus calles de peor reputación y que por lo tanto hubiera navegado en todas las aguas, diáfanas y turbias, del *savoir-vivre*, no impresionaba a una señorita como Gerda, educada en Suiza y refinada en los salones revolucionarios de Leipzig. Pero tener esa autoridad de Pigmalión sobre él (la llamaba *arbitra elegantiae* y, a veces, maestra de ceremonias) la henchía de orgullo. En definitiva, a Gerda le encantaba jugar a «pulir al gitano balcánico», por así decirlo, André se prestaba al juego, y los *copains* y *camarades* asistían a un espectáculo de planteamiento surrealista disfrazado de vestuario burgués. Los cafés de Saint-Michel y Montparnasse se convirtieron en teatros para la representación. *Spielraum* hecho materia.

Allí podías cultivar los sueños de gloria que quisieras, no sometidos a regulación alguna, a diferencia de los terrones de azúcar, esos que, cuando ningún *garçon* vigilaba el recipiente plateado de las mesas, terminaban en las mangas de Friedmann. A esas alturas, lo hacía más para ejercitarse que para mantenerse en pie, pero los camareros de La Coupole, el Capoulade y el Dôme lo conocían, y a ellos les daba igual si los bolsillos donde hacía desaparecer el botín energético pertenecían a un chaquetón de cuero engrasado o a un impermeable beis de funcionario comprado de acuerdo con el *Diktat* de Gerda Pohorylle. Era un juego, era teatro, y disfrutaban de él junto con los demás. A menudo el dinero que Gerda y André tenían en los bolsillos no les bastaba siquiera para el cine, por lo que ellos mismos se inventaban el espectáculo. Los amigos que actuaban como público esperaban ver terminar la comedia un día u otro, porque la increíble Gerda Pohorylle tarde o temprano se cansaría de subir al escenario con André Friedmann. En cambio, se enamoró de él.

En el verano de 1935 se fueron en autoestop de acampada a una isla casi desierta y muy fragante del sur de Francia. Algunas cosas ocurrían más fácilmente lejos de París, con sus excesivas limitaciones y múltiples

tentaciones, pero Gerda se había enamorado de manera tan evidente de André Friedmann que Willy se había sentido liberado de repente.

Una mañana fue a buscarlos para proponerles ir de excursión a Cannes, el transbordador zarpaba al cabo de poco más de una hora. Los divisó sentados en una roca con los pies descalzos (los de Gerda con el esmalte estropeado, muy oscuros los de André), tratando de enriquecer la ración diaria de sardinas en lata con algo de pescado fresco. Permanecían en silencio uno junto al otro, vigilando el anzuelo con el corcho. Era inusual que Friedmann estuviera tan callado y quieto, limitándose al movimiento de sus dedos en el flequillo rojizo de Gerda, al que ella se abandonaba con el balanceo mínimo de un gato.

Willy se había detenido en el camino y se quedó allí observando ese abandono con un sentido de indiscreción mucho mayor que cuando los miraba abrazarse en el agua, o salir de la tienda con la piel brillante y los ojos velados.

—*¡Merde*, nos ha robado el anzuelo y se ha escapado!

Gerda había levantado la caña para enseñarle el gancho vacío a André, quien estiró las manos para ayudarla.

—¿Ves cómo tenía que haber tirado antes?

—Qué va, Schatzi, son cosas que pasan. ¿O es que te crees que los peces son tontos?, prefieren vivir en el mar azul profundo y hacer millones de hijos. Como para no entenderlos.

—Huevos, so tontita.

—Huevos o pescaditos, como mi superior prefiera.

—Preferiría pescar alguno. A ser posible, más grande que una anchoa, y comestible.

—Para la pesca hace falta mucha paciencia o mucha hambre. Hazme caso, sé de lo que estoy hablando.

—Sí, claro. Solo tenías trece años y pescaste un lucio de veinte kilos que casi te arrastra al Danubio con su fuerza feroz.

—¿Qué dices? No podía ser un lucio, mi pececito de oro, sería, como mucho, una carpa. Sabes perfectamente que a esa edad es imposible.

—Está bien, fue más tarde y era un pez torpedo que sacaste del Landwehrkanal después de romper el hielo con un adoquín preservado en

memoria de los enfrentamientos de diciembre del treinta y dos. Yo pasé por Berlín en esa época, ah, me acuerdo...

—¿Me estás tomando el pelo? Mira que te hago cosquillas hasta obligarte a tirar la caña al mar. Y luego, aguzando tus hermosas orejas, oirás partirse de risa a todos los peces de la Costa Azul.

—¡Basta! Te doy la caña y esto también. ¿Contento?

—Quiero otro. Luego te contaré cómo fue realmente la historia...

Willy había visto a Gerda arrebatarse la caña de las manos de André (despacio, para seguir las vueltas del sedal y evitar que el gancho se les clavara en la carne), colocarla con cuidado al lado de su amante y, por último, lenta y solemne, ceñirle el cuello y besarlo. Friedmann la estrechaba con fuerza, había liberado la mano experta para subir por la columna vertebral y descender después por la espalda desnuda hasta el trasero cubierto por el bañador de rayas, acariciándole la cintura y las nalgas, suavizar el abrazo aflojando la presión y separar al final su boca de la de Gerda para dejar caer la cabeza sobre su hombro. Puede que André hubiera cerrado los ojos, pero Willy, desde donde estaba, no podía verlo. Veía en cambio a Gerda pasarle las yemas de los dedos por la frente y, después de haberle colocado un mechón que se le había caído sobre los ojos, acariciarle el pelo.

Clavado en la tierra roja de la isla Santa Margarita, Willy estaba aturdido. Ni siquiera por simpatía le había concedido Gerda jamás un gesto semejante. A Georg sí, pero no recordaba ni dónde ni cuándo. Tal vez fuera culpa del sol sobre la cabeza desnuda, por más que corriera un poco de viento que, afortunadamente, no le traía solo las voces, sino también el reconfortante aroma del matorral mediterráneo. Se quedó mirando sus zapatos y sus calcetines, pero el recuerdo de las efusiones que tan a menudo volvían para atormentarlo se había desvanecido. Los besos y los abrazos de Gerda y Georg eran ahora restos guardados en un archivo, cuya llave debía de tener por alguna parte, pero a saber dónde.

Mientras tanto, André se había puesto a hablar de sí mismo, apartándola, y Willy siguió allí, a la escucha. Su iniciación a la pesca en Budapest, donde rocas tan cálidas y cómodas como esas son una utopía, y donde la niebla, cuando la había, te entraba en los huesos y se tragaba incluso las manos ante

tus propias narices. Pero las historias de los viejos pescadores te compensaban de todo, del aburrimiento y del menguado botín, del olor a agua grasienta y a pescado podrido. Las leyendas decían que después de ponerse el sol, cuando se pescaba mejor, aparecían en el Danubio criaturas gigantescas, que despertaban en su cabeza de niño en calzones algunos miedos fantásticos.

—Sabes, eso era lo mejor. Y mientras empezaba a mearme encima, hete aquí que pica la carpa. Un kilo y medio, que para un chavalín no estaba nada mal. ¡Cuando se la llevé a mi madre ni te cuento! ¿Que cómo podía ocurrírseme que esa cosa que había pescado bajo el puente Erzsébet iba a acabar en nuestra mesa en forma de *gefilte fish* o sopa de pescado con paprika? Fin de la carpa y de la historia.

—¿Quieres decir que tu madre la tiró ante los ojos de su hijo favorito? No me lo puedo creer...

—Peor. Se la dio a una de sus costureras particularmente necesitada. Ante mis propios ojos, por supuesto.

—Y en ese momento decidiste que, si no podías convertirte en un gran pescador, llegarías a ser un gran fotógrafo para luchar contra la injusticia y la desigualdad. ¿Es así?

—No tenía ni idea de lo que quería llegar a ser. Pero sabía que esa vida de buen burgués no era para mí. Por desgracia, no nací siendo una princesa como tú, cariño.

Esas historias consiguieron que Willy se sintiera más a gusto. Nunca había tenido la oportunidad de asistir a un momento tan íntimo entre Gerda y Georg, por más que conociera bien las oscilaciones del *Witz* de Gerda. Por supuesto, corría al encuentro de Georg cuando regresaba de Berlín, se arrojaba a sus brazos mientras bajaba del tren en Turín, mientras Willy acarreaba el equipaje y vigilaba en el andén. Sin dar importancia a su presencia, había besado a Georg en lo alto del teleférico de Sestriere, lo había besado en los prados de Rosental y a orillas de los lagos sajones en presencia de Sas y toda la banda, lo besuqueaba mientras bailaban en sus fiestas en la buhardilla. Tal vez valiera el principio hipocrático *contraria contrariis curantur*: Willy había salido del campo poco saludable del deseo después de que Gerda le aplicara una cura radical, no siempre indolora, y al cabo de un mes terapéutico dijo: «¡Basta!».

«Basta», repitió Teckel, de lo más aliviado, a fin de cuentas, de haberse quedado esperando para llevarle la maleta a la entrada del hotel y pedir que llamaran un taxi.

Ahora era capaz de mirar casi impasible una escena como esa. Había dejado vagar la mirada entre el precipicio y la silueta de la colina verde oscuro, y se sintió libre, curado.

En junio, Gerda lo vio en la terraza de un café universitario, el semestre había terminado y estaban hablando de irse a algún sitio. Fue Raymond, su compañero de prácticas, el que propuso el islote célebre por *El hombre de la máscara de hierro* y *Los tres mosqueteros*, tan apegado a esa fama novelesca que a los jóvenes franceses ni se les ocurría como un lugar de vacaciones. Teckel no se sorprendió de que Gerda se mostrara entusiasmada («Lo leí de niña: ¿así que realmente existe esa fortaleza?»), de modo que le propuso que se uniera a ellos. Quería demostrarle que habían quedado como buenos amigos, pero no creía que fuera a sumarse de verdad a dos simples estudiantes de medicina. Se iría con sus amigos fotógrafos o incluso con Georg, que en alguna carta tal vez la invitaba a considerar lo sucedido como una distracción, un paréntesis que había que lavar con un chapuzón en el mar de la de la costa de Liguria.

Para Willy, el momento de estupor consistió en ver a Gerda con una mochila y una gorra frente a su hotel, a la hora y el día señalados. Estaba convencido de que ella se había unido *faute de mieux* a su dúo, hasta que al borde de la *Nationale 7* había salido a colación que André Friedmann estaba en Marsella trabajando y que se reuniría con ellos más tarde en la Costa Azul. Gerda lo había dejado caer mientras se tomaban unas uvas robadas en las hileras de viñedos de Borgoña, para ponerse enseguida de pie y tender el brazo con el dedo levantado hacia los automovilistas. Y entonces Willy, agachado otra vez con Raymond en la zanja de la carretera, lo entendió todo: incluido el hecho de que recibir la noticia a la altura de Lyon hacía sospechar que el embrollo había comenzado cuando ella todavía estaba en su hotel, y yo, idiota, ni siquiera me había dado cuenta.

En Cannes, donde había que esperarlo, vieron aparecer por la cuesta de la Croisette a un Friedmann sudado y tan desharrapado que, de no haber sido por la Leica, se podía confundir con un pinche español de alguno de los grandes hoteles. Aceleró el paso, con esos «*Hallo, hallo!*» que hacían que algunos transeúntes volvieran la cabeza en la *promenade*, mientras Gerda, saliendo de la sombra de una palmera, sonreía con su sonrisa más descarada. Willy, desentendiéndose, había pensado: «*Gut, jetzt ist er dran*», y se encaminó hacia la playa donde se había quedado Raymond para vigilar sus pertenencias. Allí se quitó la ropa y se arrojó al agua. Permaneció un rato flotando sorprendido por ese: «Bueno, ahora le toca a él», tan sereno como el cielo sobre su cabeza.

Sí, solo él, Teckel, se había vuelto sordo a la llamada de Gerda. La mejor prueba de ello era el desapego con el que escuchaba ahora la locuaz voz de André mientras les contaba que en Berlín ni siquiera en los momentos más difíciles se le había ocurrido buscar remedio con la caña de pescar («¿Y si un policía me pedía la licencia? ¡Ser expulsado de Alemania por un pez que quizá ni siquiera pique! Es que allí todo está *verboten...*»); en cambio en París, él y su amigo Csiki Weisz estaban tan desesperados que se lanzaron al experimento.

—Mejor que robar, nos dijimos. Ya nos conocía la pasma de media ciudad, por no hablar de los tenderos. Nos alejamos hasta pasar la Place de la République y, una vez que subimos hasta allí arriba, nos mareamos a causa del hambre. En ese momento, observamos a los que estaban pescando en el Canal Saint-Martin o en el Sena. El Danubio, en comparación, nos pareció un agua diáfana. «Olvidémoslo», dice Csiki y suelta una retahíla de objeciones, empezando por el equipo que no tenemos. Pues bien, tras conseguir que nos prestaran una caña, nos sentamos en el Quai de la Tournelle y, ateridos hasta la médula, pillamos dos pececitos achaparrados. Pequeños, pero no tan pequeños como para quitarnos las fuerzas para continuar. Era suficiente con que fueran de un tamaño más decente y nos tocaría uno por cabeza para cenar. Así que volvimos a la estrategia ensayada en las tiendas. Me pongo a hablar con el pescador mejor equipado y, mientras se deja llevar por sus consejos, Csiki intercambia nuestros pescados. Volvemos al hotel satisfechos, pero

descubrimos que no nos queda ni una gota de aceite. Por suerte, hay un caballero con aire gagá, que puede uno imaginarse lo que había ido a hacer a un pésimo hotel del sexto *arrondissement*. Nos deja su tarro de brillantina, magnánimo. Freímos el pescado y nos los comimos. Sabía a perfume y a fango: era imposible distinguir cuál de los dos sabores era más nauseabundo ¿Moraleja de la historia? ¡Nunca más!

—Aquí, sin embargo, recaes... Solo que aquí no podemos intercambiar nada.

—Con todo, cualquier pececito que tenga la bondad de picar será un manjar.

Gerda responde con un chasquido en los labios que André retiene todo el tiempo que puede, por su cuenta y riesgo. La caña ha vuelto de nuevo a sus manos, temblorosa, se inclina hacia el precipicio. Pero cuando se separa de la boca de Gerda para recuperar el control, continúa mirándola a ella, no al mar.

—¿Me crees? ¿Crees que me comí ese pez a la brillantina, y no piensas: «Ja, ja, menudas trolas suelta este húngaro loco»?

Gerda, riendo, le revuelve el pelo:

—¿Qué esperas de mí, André?

—No lo sé. Jura que me crees.

Hay un momento de silencio fluido: golpes y resaca de olas en las rocas, pequeñas crepitaciones, tal vez lagartijas e insectos que revuelven desbrozos friables, quizá solo el viento por mucho que no sea más fuerte que una brisa.

—Lo juro —susurra Gerda y cierra los ojos.

Teckel está atónito. Friedmann congelado como en un fotograma, los ojos demasiado abiertos para licuarse en conmoción.

Verás que ahora los abre y estalla en carcajadas, piensa Willy, tragando saliva. Pero no.

La pequeña Gerda en traje de marinerita, sus pequeños pechos que se desvanecen entre las líneas, los párpados cerrados, la boca fruncida, parece un niño al que no se le puede tocar.

André murmura algo en húngaro, en voz muy baja.

—¿Qué?

—Nada.

—Ya lo sabes, eso no vale.

—*Életem*. Se usa como «*mein Schatz*»... más o menos.

Gerda lo escudriña mientras le repite la palabra con una serenidad translúcida.

—¿Lo he dicho bien?

—Perfecto.

—Fácil para ser húngaro. ¿Qué he dicho?

—Mi vida —dice Friedmann y toma aliento.

Unos minutos más tarde, escuchándolos reír aún como locos, Willy dio un paso adelante. Pospuesto el viaje a Cannes, regresó al campamento para tumbarse a la sombra de un arbolito retorcido, mientras los turistas se marchaban con el último transbordador. Solo se percibía el ruido de los barcos en la distancia y un fuerte aroma a lavanda. André y Gerda habían llegado con un número suficiente de peces para degradar a aperitivo la ración enlatada de sus acompañantes. «Voy a lavarme», había dicho Gerda, arrastrando consigo a Friedmann, y mientras tomaban el camino hacia el mar, Raymond había empezado a recoger las sobras, murmurando que *ils s'enfichent de tout*, esos enamorados.

El doctor Chardack no sabe si maravillarse con ese recuerdo tan intacto. Tiene la impresión de no haberlo evocado nunca, y mucho menos de haberlo compartido con nadie. Han pasado veinticinco años desde entonces, pero no es eso lo que cuenta. Lo que cuenta es que el pasado habría que dejarlo correr, con los muertos en su sitio, pero el caso es que ese recuerdo se le ha presentado tan intacto que evoca incluso el olor a lavanda. Las cosas que no usas, que no desperdicias, que guardas para siempre, salen a la luz cuando les parece, inalteradas.

Robert Capa, le había revelado el doctor a su mujer aquella vez que escucharon el infausto noticiario radiofónico detenidos en el tráfico de Broadway, no era italiano, sino la creación parisina de una chica a la que conocía *back from Germany*. Se llamaba Friedmann, en realidad, y André de nombre, tenía que ser una adaptación, los húngaros tienen nombres de lo más

extraños. Por las sucintas explicaciones que había añadido, después de haber apagado bruscamente la radio, su esposa debió de entender que todo tenía que ver con los judíos y con Hitler, y con un amigo de la infancia al que había perdido de vista y que en verdad había vivido en Italia. Sin embargo, ante la mirada fija y disgustada de su marido en el parabrisas, se conformó.

Esa noche en la isla fue como todas las demás. Cuando Raymond dejaba de roncar, empezaba el mosquito de turno, y cuando acababa la hora de los mosquitos, cesaba también el ajeteo de la tienda de al lado. Todo aquello solo había perturbado el sueño de Willy los primeros días, cuando se quemó de forma solemne. Gerda y André no fueron la razón principal por la que no había pegado ojo. ¡Le tocaba a Gerda esta vez! Se lo había dicho a sí mismo una y otra vez con una excitación casi eufórica. Pero ¿con quién podría compartirlo? ¿Con Ruth, que de un día para otro se vio sola en el hotel, porque Gerda se había ido con él, y cambiaba de acera cuando la veía? ¿O acaso con Georg, a quien se le reconocían los derechos y atenciones de quien ha sido abandonado? Porque, en realidad, a todos les parecía insignificante que hubiera sido con él, Teckel, con quien Gerda Pohorylle hubiera mantenido su primera relación después de Georg Kuritzkes.

Pero en aquella isla había sucedido algo increíble y él había sido testigo: el único y al mismo tiempo el más indigno.

En aquella tienda montada a la sombra de una fortaleza donde estuvo encarcelado un hombre al que la leyenda juzga inocente, Willy se sintió solo, con el resuello de Raymond, con los mosquitos y con los formidables agudos de Gerda (y las amortiguadas risitas después), con la culpa de haber sucumbido a la chica de su mejor amigo. «¡Le toca a ella esta vez!», no podía decirselo a nadie.

Pero el doctor Kuritzkes, de repente, sale de ese pasado que creía haber enterrado.

Y ahora prácticamente está corriendo por Hertel Avenue, decidido a no perder más tiempo: ni va a comprar un pastel al final, ni va a repetirse de nuevo, como delante de un jurado que no lo ha convocado, que Gerda había

roto con Georg antes de haberle dado un beso de verdad. Y eso Georg debía de saberlo, de lo contrario, no habría cedido al impulso de telefonarlo con la espontaneidad alimentada por un afecto inalterado, el que une, incluso a una distancia de años y continentes, a los viejos amigos.

La culpa permanece allí, sin cambios, ella también. Por coherencia ideológica o por orgullo, Georg no le había pedido cuentas de nada, y él nunca se atrevió a decirle que había sido un cobarde, además de un iluso. Así había muerto la amistad y la llamada telefónica de hoy no bastaba para resucitarla.

Ahora el doctor Chardack se dirige con apresuramiento mecánico al restaurante italiano que aparece a pocos pasos, un local inaugurado hace poco donde nunca ha estado. Sale con una bandeja de *cannoli* y una bolsa de papel de estraza que, siguiendo la normativa estadounidense, cubre una botella de no recuerda ya qué cepa. No importa, lo descubrirá en casa. Es incómodo apretar el papel marrón en la base del cuello cuando se tiene la otra mano ocupada, una razón más para acelerar.

Veinticinco años para aceptar una culpa inexistente y perdonarse.

Pero había estado en lo cierto aquella noche en la isla Santa Margarita cuando observaba la imperfecta oscuridad de la tienda con esa euforia teñida por *Schadenfreude* (no, ni se le ocurre buscar una perífrasis para el significado de esta palabra), hasta que llegaron los primeros gritos de las gaviotas y una calma un poco triste. Esta vez, hubiera querido decirle a Georg, era inútil esperar, aguardar, atormentarse sin que se notara, como lo había hecho él.

Tuvo razón también dos años más tarde (era de nuevo verano, pero no iban a irse de vacaciones), cuando en el delirio y la incomodidad creciente de los funerales que el Partido Comunista había organizado para la hija de París caída en la lucha contra el fascismo, aferró algo que los golpeó a todos más allá de la onda de choque de esa pérdida inconcebible.

Sabían desde hacía días que Gerda había muerto, durante tres días la habían esperado en París, y durante otros tres días habían permanecido a su lado, antes de depositar el ataúd en el cementerio.

Exhaustos, dispersos en formaciones mínimas respecto a los bloques de las fábricas o las secciones del partido, se mantenían a leve distancia de la

cabeza del cortejo —él con Raymond, los amigos del SAP en dos filas compactas, Csiki Weisz con el grupo de los húngaros, Cartier-Bresson que destacaba sobre Chim hasta hacerlo desaparecer (¿o es que Chim no estaba, no había vuelto de España?)—. Se buscaban con los ojos, pero no demasiado, buscaban en la cabecera la nuca de Capa, o a Ruth, que arrastraba al padre de Gerda por las calles cada vez más empinadas, al lado de su hijo (¿Karl u Oskar?, lo había olvidado...), que lo había acompañado desde la ciudad serbia donde la familia de Gerda se había refugiado después de abandonar Alemania.

Avanzaban con la inexorable lentitud de los desfiles mastodónticos, aplastados por el metal que repetía la marcha fúnebre, cruzando la Place de l'Opéra, pasando por rincones de los Grands Boulevards, cruzando el canal donde André Friedmann había envidiado a menudo a los pescadores jubilados, encaminándose hacia Ménilmontant, estancándose en el Père-Lachaise y en los senderos interiores que conducen a los Caídos de la Comuna.

Alrededor de la tumba se extendía una multitud abarrotada de pancartas y banderas rojas que volvían invisibles a quienes tomaban la palabra. Las masas obreras apestaban a sudor, pero apestaban aún más las coronas y los ramos ya marchitados por horas de camino bajo el sol. Discursos solemnes y combativos, telegramas, versos (¿o eran frases poéticas?) dedicados a una alondra desaparecida en Brunete que nunca dejará de hacer oír su propio canto. Alguien recordó que ese mismo día, 1 de agosto de 1937, habría cumplido veintisiete años «nuestra Gerda», la valiente camarada que había entregado su joven vida en una lucha en la que sabía que se jugaba el futuro de todos. Escuchar equivalía a esperar a que terminaran de hablar, a que aturdieran lo suficiente al auditorio para que las flores o el puñado de tierra cayeran en el pozo arrojados por manos ya insensibles, igual que el resto de las personas que esperaban en fila su turno de despedida. Al menos el funeral había terminado.

Pero dos mañanas antes, cuando se reunieron en la Gare d'Austerlitz, no eran más que un centenar de los cien mil que ese domingo desfilarían por París: la mitad, destacadas personalidades; la otra mitad, caras amigas, aproximadamente los mismos que habían confluído en la redacción de *Ce Soir* después de haber visto el periódico con la foto de Mademoiselle Taro,

bordeada de luto.

A Willy solo se le había ocurrido pasarse por el periódico después de correr al hotel de la rue Vavin a buscar a Capa, donde, en cambio, se encontró con Soma Kuritzkes recién llegado de Nápoles, tan conmocionado que se sentía desorientado. Se lo llevó a casa de Ruth, confiando en que ella lo ayudara a hacer que volviera en sí. Pero la *concierge* le dijo que la señora se había ido con ese fotógrafo que se había presentado en estado confuso cuando todo el edificio, y puede decirse que toda la ciudad, aún dormía. ¿Y adónde se han ido, *madame*? A recoger a vuestra pobre amiga, según el señor Melchior...

Dada la hora que era, Willy se llevó a Soma a almorzar. Tuvo la buena ocurrencia de evitar el boulevard du Montparnasse, eligiendo un lugar poco frecuentado. «Invito yo», dijo viendo al hermano de Georg buscar la billetera. Pero Soma había sacado un trozo de papel para Gerda. «*Monsieur Capa a rappelé a 9 heures.*» En el hotel debían de haberlo confundido con un pariente y le habían dado ese mensaje. ¿Podía Willy dejar que volviera solo a ese hotel? Así que tomaron el metro hasta la rue du Quatre-Septembre y se dirigieron juntos a la redacción de *Ce Soir*.

La primera persona que vieron fue uno de los grandes *copains* de Capa. Estaba fumando acurrucado sobre sus talones, con la cabeza apoyada contra la pared, el amigo que en ese feliz verano los había invitado a menudo a Cannes (Gerda se ponía los zapatos y se pintaba los labios en el transbordador) para pretender ser turistas ricos, como lo era él.

Inmóvil, les contó que Capa, justo el día antes, estaba alborozado («Ordenó que subieran champán a la habitación») porque *Life* iba a mandarlo a China junto con Gerda. Luego se echó a llorar, lloraba con una desgarradora inercia oriental, la ceniza del cigarrillo se acercaba a sus dedos y no caía al suelo. De repente, se levantó. «Inoue Seiichi, Mainichi Press, Tokio», le dijo a Soma con una inclinación. Y echó a andar subiendo por la rue du Quatre-Septembre, para reaparecer dos mañanas más tarde en la Gare d'Austerlitz con el traje y el rostro impecables, como siempre de lo más puntual.

Gare d'Austerlitz a una hora extraña para la bohemia de los refugiados y para la intelectualidad parisina acostumbrada a trasnochar. Pero todos estuvieron allí desde muy temprano esa mañana. Y cuando los camaradas

ferroviarios habían sacado el ataúd cubierto por una bandera de la República española, lo único que pudieron hacer fue apretar el puño izquierdo y los labios.

Luego, el padre de Gerda avanzó hacia el ataúd y comenzó a recitar el kadish. Alguien fue detrás de él, *yitgadal v'yit-kadash sh'mei rabba'*, una secuencia de palabras reunidas en un susurro. Pero la espalda que se agitaba delante de aquel centenar de personas, con ese balanceo litúrgico hacia el ataúd alineado con las vías, recordaba los movimientos de un obseso. El señor Pohorylle se detuvo de repente, se echó hacia delante, se derrumbó. Había terminado el kadish inclinado sobre la bandera roja de seda suave que envolvía los restos de su hija.

Capa también se habría derrumbado en ese momento, si el amigo que estaba a su lado no se hubiera dado cuenta. Willy los había visto uno aferrado al otro, y le pareció volver a ver a André cuando se peleaba con Gerda, ella lo ponía de patitas en la calle y Seiichi tenía que llevarse a casa a rastras, borracho como una cuba. Estaban además las cámaras, los reporteros de *Ce Soir*. La imagen final fue esta: Capa, desaliñado, la barba sin arreglar (¡ah, cuánto hubiera odiado ella verlo así!) y la tez térrea, colgado entre una musa moscovita y un japonés elegantísimo.

A Capa se lo llevaron, la ceremonia prosiguió. «Se acabó», pensó Willy, «*c'est fini.*» Aquella frase no dejaba de darle vueltas en la cabeza, vueltas en el vacío y del vacío sacaba otras frases, «*c'est fini, fini, rien ne va plus, les jeux sont faits*». Soma le había preguntado si no deberían reunirse con los Pohorylle, más tarde, en el hotel. «*Schluss*», se dijo Willy. A partir del día siguiente volvería a sus cosas: iría a la universidad, ayudaría a Soma con el registro y la tarjeta de residencia. Y, además, no había acabado nada: Madrid se hallaba bajo asedio, Hitler estaba preparándose para la guerra, China había sido invadida por Japón, el Front Populaire se derrumbaba, el Partido Comunista estaba sacando una heroína y mártir de una desgracia.

André Friedmann, en cambio, él sí que estaba acabado, hiciera lo que hiciera desde ese momento Robert Capa. Se habían acabado los espacios que André y Gerda robaban en los cafés y en los periódicos con su talento histriónico, habían acabado bajo la realidad de un vehículo oruga que pesaba

más que un pedrejón.

Sálvese quien pueda.

Willy ya no se sentía trastornado, sino infinitamente vacío, lúcido y tranquilo. «Cualesquiera que sean las decisiones que tomemos», se decía, «sea cual sea la razón de la lucha que persigamos o que terminemos abandonando, de ahora en adelante no habrá más que diferentes formas de salvarnos, cada una según sus posibilidades y según sus necesidades.»

—Creo que casi hemos terminado —le dijo a Soma.

Este chico que quiere estudiar química en la Sorbona se salvará, y tal vez también su hermano en España. Y, en cualquier caso, ni él ni Georg esperaban con una botella de champán en la habitación a que volviera Gerda.

El doctor Chardack está cruzando las calles arboladas que le llevan a casa, la sombra de su bajita figura se alarga por toda la acera. Se detiene para volver a ponerse la chaqueta, operación incómoda con las manos ocupadas. Qué ridícula le parece su concentración al hacer esos gestos, se ve a sí mismo como el típico y torpe «*Herr Professor*». Pero no le importa en lo que se ha convertido.

Al final, tenía razón. También Georg se ha salvado y lleva una vida parecida a la suya, una vida dedicada a la investigación científica. Hay que mantener el pasado cuidadosamente al otro lado de la puerta. Pero si llama a la puerta o al timbre, como sucedió esa mañana, no queda otra que dejarlo entrar. Eso es lo que él ha hecho. En cuanto vuelva a casa solo quiere dedicarse al *New York Times*.

Hay un dolor que lo llena, ahora, desbordándose casi como el relleno de los *cannoli*, y tal vez tenga incluso una consistencia tan pastosa y suave.

Con qué ferocidad desentonaba esa muerte tan obtusa con el ingenio que Gerda siempre había mostrado frente a la vida. Además del *shock* y del duelo, aquella desgracia había sido una violentísima señal de alarma para todos ellos. Y se habían salvado. Georg estaba en Roma, Soma en Colorado, Ruth en Suiza... También los Stein y Csiki Weisz y los demás, excepto Capa y Chim, asesinado por un francotirador en Egipto, estaban vivos, estaban a salvo.

¿Y Seiichi?

Él precisamente, que durante toda la monstruosa duración de las exequias se había mantenido como una sombra detrás de Capa, y que durante un momento inolvidable había disfrutado de la alegría de poder fotografiar junto con Gerda la guerra japonesa en China, nada menos que Seiichi fue probablemente el único de sus amigos parisinos que se vio obligado a vestir el uniforme de su país, el más temido y odiado del Pacífico.

No era improbable que justo Seiichi Inoue estuviera muerto.

Pero si ese era el día de los recuerdos, se dice el doctor Chardack mientras alarga el paso hacia su casa, con la botella en una mano y la bandeja de *cannoli* en la otra, entonces mejor acabar con algo desternillante hasta rozar el absurdo, para experimentar un desapegado asombro por lo que permaneció para siempre al otro lado del océano. Absurdo como la velada en Cannes, en la que Willy había conocido a Seiichi, y se habían refocilado a costa del Sol Naciente con un *plateau de coquillages* y champán de primera calidad, y después, mientras desfilaban por la Croisette hasta el Palm Beach Casino iluminado como si fuera de día, se habían puesto a vociferar un aria de una opereta húngaro-alemana, con Seiichi colgando de manera demostrativa entre André y Gerda.

Mi madre era de Yokohama,
de París era mi papá.
Mi madre solo llevaba pijama
porque así le gustaba a papá.[*]

Lo único que se puede hacer ahora es buscar la manera de evitar sacar del bolsillo del pantalón las llaves de casa. La ventana de la cocina está abierta, puede llegar hasta allí pisoteando la hierba del parterre, se acerca lo más que puede al alféizar de la ventana y grita el nombre de su esposa. Al cabo de unos momentos cesa el ruido de los cacharros. El doctor Chardack se dirige hacia la puerta y espera a que ella llegue y le abra.

Al final tenía razón, pero las cosas no deberían haber tomado el camino que tomaron.

Segunda parte

Ruth Cerf

París, 1938

Cuando la mejor amiga
con la mejor amiga
se va de compras,
a dar una vuelta
y a charlar un rato
sin rumbo por las calles.

SPOLIANSKY/SCHIFFER,
«Wenn die beste Freundin» (1928),
interpretada por MARLENE DIETRICH

Yo soy el Tenebroso, el Viudo, el sin
consuelo,
Príncipe de Aquitania de la torre abolida.
Murió mi sola estrella, y mi laúd constelado
ostenta el negro Sol de Melancolía.

GÉRARD DE NERVAL, *El Desdichado*
(versión de OCTAVIO PAZ)

El cielo se ha cerrado en un gris inmutable, y Ruth, empapada de lluvia, cansada de correr, se pasea por París con una noticia que no sabe cómo comunicársela a Capa.

Ha regresado a finales de noviembre, exhausto, enfermo por las dificultades y el frío vividos en España, y si bien la fiebre ha remitido por fin, aún no sale de la habitación del hotel, su guarida. Pero muchos de sus amigos, antiguos y recientes, se presentan a verlo: Seiichi con las nubes de *macarons* en los cofres de precio prohibitivo de la Place de la Madeleine (uno abierto, dos intactos en la mesita de noche, cuando Ruth pasó anteayer por el hotel); Chim, todos los días, si no está ausente a causa de alguna sesión fotográfica.

Ruth se cruza a menudo con él camino del Atelier Robert Capa, que también Chim frecuenta desde el principio. Las palabras («¿Qué tal está Capa?», «Mejor», «Que tengas un buen día») les salen con el tono confidencial de un susurro en ese sendero que atraviesa el cementerio de Montparnasse, donde los visitantes son escasos y vienen en grupo para rendir homenaje a alguna tumba célebre.

A Cartier-Bresson solo lo ha visto una vez, con las piernas cruzadas sobre el lecho del enfermo, con esos dedos infantiles y desmedidos que sostenían el periódico para leerle un artículo curioso.

Pero la que no tiene tiempo para visitas durante esa época es Ruth, que también ha disminuido su presencia en la rue Froidevaux, debido a la

inmovilidad de Capa, que ha reducido el trabajo en el estudio.

En cambio, Csiki Weisz se pasa por la mañana y por la tarde por el hotel, generalmente a la hora de la cena, «así hago que coma y beba algo, porque si no, a ver cuándo se cura», y le lleva las novedades. En primer lugar, ejemplares de periódicos que cada vez conceden más espacio (y mejor pagado) a los últimos reportajes de Capa sobre la guerra de España: la serie de la despedida de las Brigadas Internacionales y la de la batalla del río Segre han sido compradas por toda la prensa importante, *Life* incluida. Pero como Csiki le repite a Ruth, ni siquiera eso tiene el poder de devolverle la energía al amigo, por el contrario, lo hace sentir como un sepulturero, uno que se lucra con la desgracia ajena. «Ya se le pasará», dice Ruth. «Esperemos que sea pronto», desea Csiki.

Ruth no está en el estudio cuando aparece Capa por el Atelier para saludar, haciendo el payaso como de costumbre: besando a la secretaria, colgándose al teléfono, trajinando con el amigo que le asiste en el cuarto oscuro, difundiendo buen humor a pesar de que sus ojos todavía estén enmarcados por sombras moradas.

Csiki no necesita explicarle a Ruth que no se fía de las apariencias, por más que las apariencias haya que respetarlas. Responde a su «*Bonjour, c'est moi*» con un «*J'arrive tout de suite*», [*] como un buen aprendiz que no puede dejar una tarea a medias, y no añade nada más.

Hoy, sin embargo, cuando aparece, no tiene las manos húmedas como de costumbre. Tan pronto como la ve, le da una revista ilustrada.

—*Regarde ici.*

—Espera, deja que me quite este abrigo empapado.

—Doce páginas en el *Picture Post* de Londres.

—Fantástico.

Habían inaugurado ese diálogo eufórico, a base de superlativos, cuando Capa se decidió por fin a desembarcar en China. Ruth y Csiki pasaban mucho tiempo juntos, trabajando en el material que Capa les enviaba. Las imágenes hablaban claramente de la violencia indiscriminada con la que los japoneses

devastaban ciudades populosas y masacraban a sus habitantes. Pero a ellos les tranquilizaba que Capa estuviera tan lejos: con Joris Ivens, el director al que había conocido en España, y John Fernhout, el marido de Eva Besnyö, que se había criado en la misma casa de Budapest que él, es decir, casi una hermana. El Pilvax era un *passage* novísimo, con la sastrería de Friedmann en la escalera interior y en los pisos altos el piso de los Besnyö, que eran tan ricos que pudieron regalarle a Eva por sus dieciséis años su primera cámara fotográfica. Para Csiki, esas antiguas jerarquías eran una garantía de que el grupo mantendría a raya a su amigo. Quizá no fuera del todo justo que se preocuparan casi exclusivamente por la seguridad de Capa, ante todos esos acontecimientos, pero no podían evitarlo, después de lo que le había sucedido a Gerda. Ni siquiera podían evitar la idea supersticiosa de que si Gerda hubiera regresado de Madrid, habría estado a salvo en Oriente. Pero era inútil seguir dándole vueltas. El estudio de la rue Froidevaux era «mi cuartel general parisino» —Capa lo había escrito desde el frente asiático—, y ellos se apegaban agradecidos a sus papeles y tareas, lo que incluía comentar con un «fantástico» cada publicación importante.

Después, todo cambió de nuevo. Capa había vuelto de Hankou («Lo siento, no se me pasaba la diarrea»), y en el curso de un noticiero, las bacterias de la cepa *shigella* estuvieron a punto de contagiarse a sus asistentes. Francia y Alemania habían entregado los Sudetes a Hitler, después de que Viena hubiera caído porque la gente había decidido por mayoría entregarse a los nazis. «*Scheissaustriaker!* ¡Austriacos de mierda!», se le había escapado a Ruth. Csiki cada vez hablaba menos, tan solo algunas lacónicas y gélidas ocurrencias («*Anschluss-Schluss*»)[*] o una palabra de comprensión universal («*katasztrófa*»), que se le escapaba de repente de los labios. Budapest, segunda capital del definitivamente desarticulado imperio austrohúngaro, se acercaba a la garganta del nuevo Reich, y los familiares de Weisz y de Friedmann estaban atrapados allí dentro.

—Ya verás, no seréis los siguientes en el menú —dijo Ruth para animarlo—. Demasiados magiares, demasiada paprika. ¡Y además ya tenéis vuestro propio fascismo!

Csiki se reía, agradecido.

Para Ruth, trabajar con Csiki Weisz, y también entenderlo, se reveló como una tarea fácil. Se les había encomendado asumir los cometidos que anteriormente realizaban André y Gerda —el amigo de Capa, el laboratorio; la amiga de Taro, los pies de foto—, casi como si fueran contrafiguras, fuerzas auxiliares en defensa de las primeras líneas.

Ruth, al fin y al cabo, siempre había sido cómplice de Gerda, solo la historia de Willy consiguió desbordar el vaso de la amistad. No se trataba de que no supiera muy bien cómo pagar el hotel (para las cuestiones prácticas siempre se hallaba un remedio), sino de la confianza de la que se creía depositaria. «Con los hombres haz lo que te venga en gana», le había dicho, «nunca te he preguntado nada, siempre te cubrí y te ayudé, desde que te gustaba Georg, y mucho, y no sabías qué hacer con tu novio de Stuttgart. Te mudas a casa de Teckel sin decirme nada, luego te pasas por aquí para recoger tus cosas y me dejas dinero para el hotel, ¡eso no se le hace a una amiga!»

Cuando volvieron a verse, de forma esporádica, y el cenicero del café de turno rebosaba de cigarrillos, Ruth se había rendido a la evidencia de que Gerda era incapaz de entender qué era lo que le había dolido tanto. Al fin y al cabo, concluyó, se trataba solo de los pequeños ritos de la convivencia con sus inevitables grietas, las mismas que ahora se repetían entre ella y Melchior. Y ese pensamiento le facilitaba el disfrute de esa presencia tan agradable durante una hora. Bastaba con dejarse llevar por el sincero entusiasmo de Gerda hacia su nuevo trabajo para el cine («¿Max Ophüls? ¡Magnífico! ¡A ver si consigues que te den un papelito!»), o limitarse a escucharla mientras hablaba de los invitados a casa de los Stein, o de las ideas de Willy Brandt o de los otros camaradas importantes que acudían allí, o de sus grandes progresos con la cámara.

—Cruza los dedos, Ruth, he encontrado un trabajo; mejor dicho, aunque te parezca increíble, me lo ha encontrado Friedmann.

—¿En serio? Pues enhorabuena.

—Alliance Photo representa a los mejores fotógrafos alemanes y yo me hago querer, voy aprendiendo. Me importa un pimiento si no le caigo

demasiado bien a mi jefa, que siente debilidad por André, por supuesto. ¿Que Maria Eisner estaba buscando un asistente que supiera idiomas y también llevar las cuentas? Bueno, pues ya la ha encontrado. No es culpa mía si soy mejor de lo que pensaba.

Ruth se limitaba a relajarse, rebañar con la cucharita el azúcar que se había quedado en el fondo de la taza, observar con un ojo a los transeúntes y con el otro a Gerda. Las volutas de humo exhaladas con gracioso énfasis, la boca que saboreaba el café sin mancharse. Y al oír esa historia en la que intercalaba algunas risitas, a uno le daban la impresión de asistir al parloteo de una muchacha enamorada. Y quizá lo estuviera, pese a que el objeto de su enamoramiento fuera en ese momento una agencia fotográfica. A Eisner le dijo enseguida que tenía experiencia y talento para los negocios. En Leipzig gestionaba los libros contables de su padre, y en Stuttgart había ayudado a su novio a lanzarse al comercio del café después del derrumbe del algodón estadounidense. La venta de fotografías era, sin duda, más apasionante que vender huevos al por mayor o las cuatro mezclas de las que los clientes generalmente pedían la más barata.

—He entendido cómo funciona el mercado.

—¿Ah, sí? —respondía Ruth distraída, porque la pausa teatral así lo requería.

—No basta con ser puntual y todo eso. Hay que contar con los nombres adecuados, y si no, hay que crearlos. ¿O acaso te crees que un jefe de redacción sabe distinguir la simple bondad de una imagen? En raras ocasiones. La fotografía está hecha de nada, es pura inflación, mercancía que expira en un día. Es cuestión de saber cómo venderla —concluía Gerda, y elevaba sus ojos triunfantes y traviosos hacia la calle.

Entonces, al observarla, Ruth tuvo una intuición: «Mírala», pensó, «esta pequeña mujer que atrae todas las miradas, esta encarnación de la elegancia, la feminidad, la *coquetterie*, de la que nadie sospecharía nunca que razona, siente y actúa como un hombre». Una excusa demasiado cómoda para perdonarla, pero una buena explicación, quizá, para comprender por qué la rabia no se había llevado consigo todo el afecto. Y cuando Gerda se levantó y la besó de lado, con la mejilla, para no estropearse el carmín, Ruth ya no

advirtió esa estela del dolor perfumada con una gota de Mitsouko que habría reconocido con los ojos cerrados.

Gerda te desconcertaba. No se parecía a ninguna de las chicas que Ruth había conocido en Leipzig, ni a las que eran como ella, que cuando se enamoraban dejaban de percibir al resto de los hombres; ni a las chiquillas cuyo único propósito era hacer que el universo masculino se volviera loco. No cabía duda de que Gerda era consciente de suscitar ese efecto, chapoteaba en él como un pez ornamental en el acuario, pero de una manera poco usual. Manifiesta, sin malicia, casi cándida. Le gustaba ser atractiva y que la cortejaran en principio, le gustaban en particular ciertos chicos: no lo ocultaba ni se andaba con historias. («¿No te parece excepcional Georg? Nunca me había ocurrido que me interesara alguien tan joven. ¿Te has fijado en él tú también?» «Pero si ni se ha fijado en mí...» «Puedes decírmelo, vamos, no me lo voy a tomar a mal.» «¿Qué? ¿A que no hay comparación entre Kuritzkes y los demás?» «¡Te gusta, eh! Pero te cedo de buena gana a Willy Chardack.» «¿Teckel? ¡Ah, muchas gracias!»)

No se habrían hecho amigas si esa forma de hablarse tan libre no se hubiera instaurado entre ellas muy pronto, haciendo titubear las primeras impresiones que Ruth se había formado. La muñeca que venía de Stuttgart no solo era más divertida que cualquier pava emperifollada, como ciertas compañeras de clase del instituto, interesadas solo en la moda y en las celebridades o en sus admiradores (para alardear si tenían buen aspecto o eran de buena familia; para mofarse en cualquier otro caso). Era algo diferente. Qué exactamente, Ruth no conseguía entenderlo bien (¿«Desprovista de prejuicios» encajaba con «desvergonzada»? No del todo), pero la obstinación de Gerda en tratarla le había bastado para probar que no era una ñoña arrogante. Y así se dejó conquistar por su simpatía y su brillantez, ambas totalmente espontáneas.

Se habían conocido a través de Georg Kuritzkes en la piscina del *Sportverein* Bar Kochba y volvieron a verse más tarde con el mismo grupo después de la temporada de baños. Ya se habían intercambiado las primeras

confidencias sin importancia cuando descubrieron que asistían a la misma escuela. Ruth era una alumna del *Gymnasium*, mientras que Gerda seguía cursos de taquigrafía y de economía doméstica: no porque le importara obtener ese diploma, sino porque también en Stuttgart iba a una escuela comercial.

—Verás, es que soy de esas que simplemente no pueden estar sin hacer nada —le soltó como si nada un día delante de un aula, con un libro en la mano, mientras esperaban a que empezara la clase—. Siempre llego temprano —se rio, balanceándose sobre los talones—, se ve que me gusta venir al colegio.

—La Gaudig-Schule es famosa por su enfoque pedagógico de vanguardia —dijo Ruth, una observación insulsa que contrastaba con el entusiasmo de Gerda—. Su objetivo es educarnos para desarrollar nuestra personalidad autónoma, cultivando un crecimiento espiritual que trasciende las asignaturas, como te habrán explicado cuando...

—Solo sé que los profesores son mejores que en Stuttgart —la interrumpió Gerda—, y más accesibles que en el internado suizo donde estaba. Por otro lado, con los cursos que sigo apenas hay perspectivas de crecimiento, pues son cosas para aspirantes a un buen partido o para secretarías administrativas.

Ruth le contó entonces que tenía varios profesores buenos, atentos, muy abiertos y preparados. Varios de ellos permitían incluso que las estudiantes organizaran reuniones políticas, poniendo a su disposición el aula magna. Algunos años atrás había venido de Berlín un chico imponente («Un vikingo, nunca habrías sospechado que era un estudiante de primer año») que les había hablado de la lucha de clases en el ámbito de la escuela. Poco después, con un grupo de chicas, pusieron en pie una sección del Sindicato Estudiantil Socialista, en el que ella aún seguía militando.

—¡En una escuela femenina! Donde yo estaba, ya era un exceso si organizaban el mercadillo de Navidad con nuestros trabajitos. O el concierto de música clásica, terrible. Pero claro, como es natural, todas queríamos ser las mejores.

—Si es por eso, tampoco es que nosotras, las compañeras del *Gymnasium*, seamos todas grandes amigas.

Tal vez su entendimiento quedara sellado en ese instante, cuando Gerda estalló en unas carcajadas tan fuertes que habrían chocado incluso con los conceptos pedagógicos más avanzados, de no haber sonado el timbre para cubrirla.

Pero Ruth nunca se hubiera imaginado que, a partir de ese día, cada vez que una clase de cocina o del método Gabelsberger coincidía con las horas del instituto, Gerda la esperaba en la verja que daba a la Döllnitzer Strasse. Permanecía allí, con la espalda apoyada en las rejas de hierro forjado, a veces con un paraguas abierto, más a menudo colgado de su brazo, casi siempre fumando: como una hermana mayor o una mujer que ha concertado una cita con un hombre que, sin duda, acabará por llegar. El edificio arrojaba sobre ella su sombra oscura y asimétrica, alargada por el contorno de los gabletes escalonados, oropeles neogóticos que embellecían a una altura inútil la mole gris del instituto. Inquieta de forma natural, sola y minúscula con respecto al flujo de los aspirantes a bachilleres, era la autonomía hecha persona.

Ruth se reunía con Gerda, conversaban un rato delante de la verja y luego se encaminaban hacia sus respectivas aulas o, sin dejar de charlar, a casa. Con sus zapatos más atrevidos (los que se ponía para ir a clase), su amiga le llegaba a la altura del hombro. Pero eran dos chicas hermosas y despreocupadas que, juntas, se iluminaban una a la otra.

En toda su vida de estudiante, Ruth jamás se había visto en tal situación. Ahora lo primero que veía al ir hacia la Döllnitzer Strasse era sus propios pasos, es decir, sus grandes pies con sus zapatos Oxford, a los que cambiaba las suelas dos veces al año, abrillantados con Erdal, el de la caja de lata original con la rana roja. Y luego, la ropa que su madre le arreglaba o, cuando le pasaba sus mejores prendas, hacía que le adaptara una modista. La gabardina de su padre (también sus corbatas desde que se pusieron de moda) exhumada de la funda que olía a naftalina. «A mis hermanos no les sienta bien, y además hoy se lleva», dijo ante las protestas de su madre y, ajustando el cinturón en la cintura, apretándolo todo lo que podía, concluyó: «¿Lo ves?, perfecto», antes de salir por la puerta de casa con la cabeza gacha. Arrebujada allí dentro, desde entonces se sentía más protegida y especial. Con algo de benévola o interesada fantasía, Gerda y ella podían parecerse a una Garbo y

una Dietrich de provincias. Pero en el fondo lo que contaba era que se hubieran encontrado.

Csiki Weisz reitera que es un alivio ver de nuevo a Capa en el Atelier, al menos de vez en cuando; y después de tenderle el *Picture Post* desaparece en la cocinita convertida en laboratorio. «*Ein Moment!*» Pero Ruth sabe perfectamente cuánto puede durar ese momento, de modo que le grita: «Mientras tanto, preparo un café, ¿te parece bien?», y se pone a trajinar con la cazuela y el hervidor de inmersión Eltron, la inversión berlinesa de Weisz y Friedmann, protegidos entre sus cuatro trapos cuando se fueron a París. A esas alturas estaba encostrado como un fósil submarino; había que tener cuidado y apartar del radio de las salpicaduras, por ejemplo, la revista colocada sobre el escritorio. En cuanto el agua empieza a gotear a través del filtro, Ruth va a comprobar las provisiones en el pequeño armario. Hay leche porque la traen todas las mañanas, pero de los *biscottes* Heudebert solo queda la caja de lata. Encuentra dos manzanas, una pera magullada, el extremo endurecido de una *baguette*, el azucarero.

—¿Has desayunado?

Repite la pregunta hasta que Csiki responde:

—*Merci, pas de problème.* —De modo que se afana con el trozo de pan hasta obtener bocados aceptables.

Se olvida de comer, Csiki, nunca tiene tiempo para comprar («Las tiendas cierran muy pronto», «¡Pero si la *boulangerie* de aquí detrás está abierta incluso los domingos por la mañana!», «¿Ah, sí? No lo sabía...»), y Madame Garai, la secretaria del Atelier, no considera que ese asunto forme parte de sus cometidos. Por ello, desde que Ruth dejó de ir a la rue Froidevaux a diario, la base de la dieta de Csiki Weisz es la cena con su amigo «Bandi» Capa («Me basta con comer una vez al día, mira, tengo dientes de caballo»), que se están acercando a su fin. Terminarán tan pronto como el paciente vuelva a ponerse en pie para dar el salto final desde los *bistrots* de los alrededores del hotel al rancho de los destacamentos republicanos en España, adonde tiene toda la intención de regresar. ¿Y luego?, se pregunta Ruth preocupada. Luego ya se las

apañará Csiki o se encargará de él la gente de Budapest, que son un nutrido grupo en París. Es absurdo que siga siendo ella la que se ocupe de Csiki. Ridículo que busque platos para lavar o migas debajo de la mesa, como si en los meses precedentes no se hubiera dado cuenta de que el suelo siempre estaba limpio, los platos en orden, incluso la cama en el entresuelo siempre está hecha con perfección cuartelera.

—Afortunada la mujer que te cace —solía bromear al respecto, cosa que a Csiki le provocaba un ligero enrojecimiento de su larga nariz, por más que el chiste fuera tan viejo como los restos de una *baguette*. Afortunada ella también, pues tan pronto como se sirve su taza de café y se enciende un cigarrillo, Csiki abre un resquicio de la puerta: «*Pardon*, otros dos minutos y salgo». De lo contrario, entre una calada y otra, volvería a apoderarse de ella el nerviosismo por eso que tiene que decirle a Capa, algo no demasiado urgente, aunque sí sea una preocupación que quiere quitarse de encima.

¿Qué debería hacer? ¿Buscarlo en los cafés de Montparnasse? ¿Correr tras él al hotel? Lo mejor era decírselo enseguida, sin tener en cuenta su convalecencia ni a los amigos hacinados en su habitación de hotel. Cuando se recupere del todo, estará tan concentrado en impresionar a los nuevos *copains* que lo llaman Bob («Bàab»), como si fuera uno de ellos, un americano en París, como Gerda lo había concebido, que a ella no le prestará atención...

—*C'est l'Atelier Robert Capa* —repitió Ruth en el auricular la primera vez que oyó ese diminutivo.

—*Oui* —insistió el acento arrastrado—, *j'ai un message pour Bob... Bob Capa*.

—*Ah..., sorry, monsieur, dites-moi, j'annote...*

Desde entonces se ha acostumbrado, aunque no puede evitar cierta sensación de extrañamiento y de fastidio. Si André es un nombre de *coiffeur* o de camarero, Bob, ¿qué es? ¿El tío chistoso, el compañero de pupitre larguirucho, un buen hombre cualquiera dedicado a un oficio cualquiera? Es incapaz de entender que un seudónimo puede tener vida propia. «Robert Capa» le ha entrado en los oídos, como a todos, a la francesa. Y esa pronunciación ha facilitado su adopción: un nombre de origen incierto, un nombre artístico. Sus creadores, Gerda y André, no podían prever que unos

auténticos estadounidenses acabarían tragándose como si fuera verdadero, por más que estuvieran tan emocionados con su criatura que cualquier momento era bueno para anunciárselo a quien fuera necesario.

El 1 de mayo del glorioso 1936 un fotógrafo zigzagueaba en dirección contraria a la del desfile que apenas se movía, y Ruth, impaciente ante esa lentitud épica, se puso de puntillas y agitó los brazos para llamarlo. Habían tomado París, eran una masa tal que el resultado dado a conocer dos días después, es decir, la victoria del Frente Popular, no parecía más que el recuento definitivo de una realidad ya medida en cuerpos, pacíficos, alborzados, fragantes con lirios del valle y claveles: flores unitarias para la manifestación unificada, la procesión roja convocada en la Place de la Bastille con el lema «*pour le pain, la paix et la liberté*» y la demanda sindical concreta y revolucionaria, de la semana laboral de cuarenta horas.

—Ven, vamos a buscar a Gerda —dijo André—, ¡tenemos novedades!

Ruth se dejó arrastrar por la curiosidad y por la mano que le tiraba del abrigo.

—Vuelvo enseguida —le gritó a Melchior.

En el trayecto que recorrieron con gran esfuerzo, deslizándose de lado entre los manifestantes, se había imaginado varias hipótesis. La primera, que se habían casado, la descartó de inmediato: Gerda que se casa y, además, con Friedmann, no, no era creíble. Se marchan a América, le vino a la cabeza, y se convenció de que eso era lo que pasaba. El aire estaba saturado de primavera socialista, pero en las aglomeraciones era inevitable pensar que sería suficiente con un par de provocadores para que todo acabara como en febrero de 1934, con diez muertos. Si se producía la menor confrontación, Ruth tendría que largarse enseguida, en realidad ni siquiera debería haberse sumado a esa muchedumbre.

El primero al que vieron fue al japonés, parado en el bordillo, junto a Gerda.

—Ahí está —dijo André, y luego a Gerda—: Explícaselo, mientras tanto déjame que me fume un cigarrillo.

Seiichi les dio fuego a todos y Gerda se quedó con el encendedor, como si frotando la ruedecilla pudiera despertar a un genio que le sugiriera un buen comienzo.

—No. Eres tú el que tiene que presentarse.

André dio una calada apretando el filtro entre los labios, mientras miraba a Ruth con expresión histriónica y se atusaba el mechón.

—Como decía el poeta maldito: *Je est un autre*. A partir de ahora llámame Robert Capa.

¿Eso era todo?

Seiichi había hecho ademán de aplaudir. Friedmann estaba radiante. Gerda repitió «Robert Capa» con acento francés, inglés y alemán esforzándose en señalar que no se deformaba en ningún idioma y era muy pegadizo. Nadie hizo caso a Ruth y a su sonrisa embarazosa. El grupo de trabajadores de la metalurgia avanzaba a pequeños pasos.

Eso era todo, André había elegido un seudónimo. Gerda creía haberle arrebatado los trucos del oficio a Maria Eisner, pero si pensaba seriamente que bastaba un nombre para empezar a hacerse un nombre, es que todavía le quedaba mucho por aprender.

«Después de todo, no sois más que unos pequeñoburgueses», concluyó Ruth, pero soñar es gratis.

—Suenan a marsellés o de por ahí abajo —se limitó a comentar—, pero, en todo caso, suenan bien.

—*Capa* significa tiburón en húngaro —replicó André, sordo a la ironía de Ruth.

—Qué va, es tan estadounidense como Frank Capra —dijo Gerda—, estadounidense de origen italiano o lo que quieras, pero compatible con esa cara... Basta con que piquen los franceses.

Ruth estaba confundida. El nombre era más atractivo que el de André Friedmann, bastante adocenado. Pero ¿qué otras ventajas podía tener? ¿Acaso los franceses preferían a un falso marsellés o, pongamos, a un norteamericano, que a un *petit juif* de Budapest? Sin duda. Pero conociendo ya al fotógrafo, ¿cómo iban a picar?

Gerda, André y Seiichi la miraban con los ojos relucientes de los niños

compinchados.

—Es mejor que Frank Capra —admitió Ruth—. Tiene una especie de toque noble, al estilo del don Diego de la Vega en la famosa interpretación...

—¡Cómo se te ocurre eso! —le objetó André—. Nosotros pensábamos más en Robert Taylor; y para ella, en Greta Garbo. Ya está bien de Pohorylle. *Voilà*, desde hoy será Gerda Taro.

—Ella también estadounidense, supongo.

—No importa, internacional —replicó Gerda—. Solo Robert Capa debe ser estadounidense.

Apareció una pancarta de protesta CONTRA LA SUBIDA DE LOS PRECIOS, otra CONTRA EL REARME ALEMÁN, y mientras tanto Gerda decía cosas no menos absurdas que el comentario con el que Ruth había tratado de sacarlos de su postura. Robert Capa vivía en el Ritz, tenía una limusina y un coche de carreras, era un tipo amable, deportivo, amante de la buena vida.

—¿Soltero? —preguntó Ruth—. Entonces ten mucho cuidado a ver si te lo roban...

—¡Tiene que ser un soltero a la fuerza! —se soliviantó André, que parecía haber perdido el sentido del humor—. Si no, cómo podría estar un día en Montecarlo, al otro en Deauville, luego en Ginebra para supervisar sus inversiones bancarias. Por no hablar de esos aburridos regresos a Estados Unidos, cuando es imposible ponerse en contacto con él, porque viaja en avión privado. Uno que siempre lo ha tenido todo, ¿me entiendes? Su abuelo llegó a San Francisco durante la fiebre del oro, defendió sus pepitas contra los peores villanos, pero murió asesinado por un acreedor borracho. La viuda se retiró a cultivar flores y a leer novelas. Tres hijas aficionadas a la literatura, un hijo aficionado a la botánica. El chico, que se convirtió en un buen agrónomo, se casó con la hija del mayor productor californiano de fruta en almíbar.

—Ya se ve que querías escribir novelas —lo detiene Gerda—. ¡Ve al grano!

—Las historias, *Schatzi*, hay que inventarlas como es debido, de lo contrario hacen agua.

—El heredero de las conservas —prosiguió Friedmann—, es decir, Robert Capa, está harto de California y del melocotón en almíbar. Lo vende todo, se

viene a París, gasta y derrocha, pero no le basta. El reporterismo fotográfico satisface la vena aventurera que corre por la familia, la necesidad de derrotar al aburrimiento. No trabaja por dinero, por supuesto, pero como buen capitalista ni se le pasa por la cabeza regalarle nada a nadie. Por eso contrata a Gerda como agente personal. Y ella, con su encanto, enrola a quien habla como factótum. Y aquí estamos.

—El trabajo de Robert Capa —puntualizó Gerda— tengo que ofrecerlo por fuerza a un precio exorbitante...

Ruth se echó a reír tan alto que atrajo las miradas atónitas de sus camaradas trabajadores a derecha e izquierda.

—¡Estáis completamente locos!

No, no, locos sí, pero no del todo. Por lo visto, Gerda y André estaban dispuestos a lanzar el cebo discretamente.

—¡Ah, estos parisinos que se creen tan avispados! Los directores de los periódicos, e incluso los de nuestro bando, preferirían morir antes que subirte dos céntimos el caché, a ti, pobre refugiado antifascista. Pero cuando les hablas de un estadounidense que frecuenta el *beau monde* de toda Europa, no ven el momento de conocerlo. *Très désolés*, ha llevado a su última conquista a Venecia, no tenemos ni idea de cuándo regresará. ¿Y quién es la chica, alguien famoso? Comprenderá que de eso no podemos decir nada.

De repente, Gerda extrajo del encendedor una llamita, la retuvo al máximo, luego lo cerró de repente y devolvió a Seiichi el paralelepípedo plateado. Los altavoces graznaban, el mitin estaba a punto de empezar. «Pan, paz y libertad», voceaban algunos manifestantes.

—¿Qué marca es, estadounidense? —se informó Gerda.

—Lo he comprado en Cartier, en la place Vendôme.

—Estupendo. Entiendo que nuestro farol parece un juego de niños. Pero la gente cree en lo que quiere creer. Al menos durante un tiempo. Y con eso nos basta. Porque después, de eso estoy seguro, ya no volveremos a la casilla de salida.

Csiki Weisz se encogía de hombros cada vez que Ruth se desahogaba a

propósito del nuevo diminutivo de Robert Capa («¡Bob, una palabra de tres letras, y consiguen deformarla!») después de habérsela oído pronunciar a algún estadounidense. Así, un día, mientras ordenaba sus materiales fotográficos justo en la mesa donde estaba listo el *café au lait* para Csiki, le planteó la cuestión a Chim. ¿Con qué criterio había elegido un seudónimo? ¿Y no le importaba lo más mínimo que nadie le llamara ya con su verdadero nombre?

—Qué va. «Chim» es simpático, ¿a que sí? Para uno con cara de lechuza...

Ruth asintió y esperó la explicación que Chim no tardó en ofrecerle, con esa flema suya que desmentía el cliché del reportero gráfico en frenética carrera tras los acontecimientos. Le dijo que se había limitado a adaptar la primera sílaba de su apellido «Szymin», que resultaba imposible. Al fin y al cabo, incluso en Varsovia lo llamaban siempre con un diminutivo, al igual que Capa era Bandi y para algunos lo seguiría siendo toda su vida.

—Y ese «Bob» que no me sale de la boca, ¿no te cuesta digerirlo?

Chim sonrió vagamente, levantando la vista de sus negativos.

—Cosa de los estadounidenses, ciertamente, pero no solo de ellos. «¡Llegó Roberto Capa, el fotógrafo, mira, tenemos suerte!» se dice entre los destacamentos. Lo llaman así desde Andalucía hasta el País Vasco.

Que en España vieran a Capa como un amuleto de buena suerte la había desconcertado. Sin embargo, decidida a oponerse a la luz suavemente irónica que había aparecido entre las lentes del interpelado, se lanzó a reconstruir la escena del nacimiento de nuestro héroe. A propósito, y ese millonario estadounidense, ¿qué ha sido de él?

—Ese le gustaba especialmente a Gerda —dijo Chim, con un tono de voz que descendió por debajo de su sosiego habitual—. Lo desenmascararon casi de inmediato.

Se puso de nuevo a ordenar contactos y negativos, le estuvo hablando de la primicia en la Sociedad de las Naciones un par de meses después del desfile del Primero de Mayo. Los demás reporteros fotografiaban a Hailé Selassié, que invocaba sanciones, pero al desafortunado español arrestado junto con los periodistas italianos que gritaban como pandilleros fascistas, solo lo captó la Leica de Capa. Todos querían esa imagen, a cualquier precio, a pesar de que

sabían perfectamente que su autor había sido André Friedmann. Así fue como él se convenció de que trabajar como Robert Capa le convenía.

—¿Pero entonces por qué no hace que le llamen siempre Robert, en lugar de ese insulso Bob?

La frase le había salido puntillosa, pero Chim no se molestó en levantar la cabeza.

—Un nombre es un nombre —le dijo—, al final les pertenece a los demás.

Ruth no estaba de acuerdo: ¿es que en francés no se decía *donner un nom*? ¿Y un regalo no pertenecía a quien lo había recibido, hasta el punto de que podría escoger otro?

Chim asintió, sin dejar de ordenar.

—Está bien, lo siento, te dejo trabajar.

Chim la había retenido señalando con el dedo sus contactos.

—Si cogiéramos una foto..., no estas, una donde estés tú. ¿Cómo te señalarías a ti misma?

Después de reflexionar, aturdida, le dijo que Gerda, siempre dispuesta a sacar lo mejor de cada experiencia, le había resumido en una ocasión un artículo de René Spitz: cuando un niño empieza a sonreír, a reconocerse en el espejo después, a patear gritando ¡no!, fase crucial, como esa otra en la que más tarde adquiere la capacidad de decir «yo». En la práctica, sin embargo, el profesor no toleraba que su secretaria fuera una chica independiente. «Un defecto, por desgracia, bastante generalizado.»

Chim poseía una cualidad que nunca te esperarías: una modulación galante de su amabilidad, una gracia tímida que hacía que cualquier mujer se sintiera cómoda.

De modo que Ruth le confesó que, sin embargo, en sus fotos como modelo se reconocía poco, y no era falsa modestia ni, mucho peor, hipocresía.

—Me veo guapa, claro, pero es todo *réclame*, mercantilización... En mi familia hay demasiados actores, quizá por esta razón prefiero prescindir del maquillaje y de las poses.

—En tu caso, no hace ninguna falta.

Como para acompañar el cumplido, Chim le ofreció un cigarrillo.

—De todos modos —prosiguió Ruth—, esa historia del gran vividor

norteamericano, Capa acabó creyéndosela un poco, ¿no? Y si ahora acepta ese insulso diminutivo de tres letras, tal vez sea también porque le confirma que ha logrado que le tomen en serio por esas tierras.

—Que han logrado —la corrigió Chim, y Ruth enmudeció al instante.

Y mientras Chim la consolaba con que el tiempo lo pone todo en su sitio (aunque tocándose las gafas), se dijo que ese Bob nunca habría existido sin Gerda. Al principio del cuento de hadas ella jugaba con André como si estuviera cambiándole la ropa a una muñeca de papel, y él no pataleaba, todo lo contrario, se lo permitía, *ein braves Kind*. A fin de cuentas, con Gerda, solo se había dado a luz a sí mismo: Robert Capa.

Ahora hay mucha luz en el taller de la rue Froidevaux, pero una luz lechosa y plana, como no puede ser de otra manera con ese cielo gris: perfecta para un artista, no para un estudio fotográfico. Csiki no se queja de estar confinado en la cocina, ni siquiera de tener que «tender la ropa» en el baño subiendo y bajando por la escalera de caracol con la bandeja de revelado, para desmontarlo todo luego por la mañana. No es conveniente obligar a Madame Garai a hacer pis bajo la mirada de los ejércitos español y chino, y si un cliente pregunta por el baño, no es cuestión de ofrecerle toda esa intimidad con fotografías aún frescas, sostiene Csiki.

No le falta razón, no era una idea descabellada que Capa hubiera elegido ese Atelier porque le recordaba los años dorados del *Pilvax passage* de Budapest, que obviamente era otra cosa: a un tiro de piedra de Váci utca, donde las señoras elegantes iban de compras, y, además, sede de un célebre café por haber servido de guarida a los patriotas revolucionarios del cuarenta y ocho. El *Pilvax* había acogido el histórico *Kaffeehaus* con la atareada elegancia de los años veinte, pero no tenía los grandes ventanales que daban a la rue Froidevaux, hecho que destacaba aún más por los muebles conseguidos por Gerda: nada de *bric-à-brac*, pocos pero buenos. Un sillón negro, de líneas rectas y muy ligero, las dos sillas cuadradas y cómodas que englobaban en la armonía racionalista la fina mesa sobre caballetes de tapicero.

Ruth debería sentarse allí a hojear el *Picture Post*, pero, a la espera de

Csiki, se pierde mirando por las ventanas, algo nerviosa por eso que tiene que decirle a Capa, cansada de esperar al uno y al otro, hasta que se abre la puerta de la cocina.

—Entonces, ¿has visto el reportaje de la revista? —dice Csiki, y empieza a mojar el pan en el café con leche.

Ruth lo mira apoyada en el borde de la mesa, bebiéndose el café y fumando, más relajada.

—¿Está bueno el pan? No me ha parecido que tuviera rastros de moho.

—Estupendo, en Budapest también nos pasaban cosas así...

Ruth está a punto de coger la revista cuando se queda clavada mirando el lento masticar de Csiki, con el codo sobre la mesa y la cabeza inclinada. Tal vez ella debería haber sido para Gerda lo que Weisz era para Friedmann: el compañero siempre agradecido por haber sido elegido, el compañero en la sombra.

No es la primera vez que lo piensa, volviendo a los primeros tiempos, cuando André estaba sentado a su mesa en el Dôme, gorroneaba un cigarrillo o, en el caso de que tuviera un paquete, les ofrecía uno a cada una, pero empezando por Gerda. En un momento determinado, después del café habitual, empezaba a contar las aventuras de su adolescencia, «una banda de exaltados como los de la calle Pál, eso es lo que éramos: aunque nosotros admitiéramos más que de buena gana a las chicas también...». Ruth intuía que esas historias estaban hechas a medida para su amiga. En realidad, a Gerda le parecían divertidas, sensible como era a los toques de epopeya magiar y a ese *feuilleton* tramado en su honor. «¡Qué más me da!», replicaba cuando Ruth, por la noche, antes de apagar la luz, decía que esas historias eran florituras novelescas, por no decir medias mentiras. Ahora tiene que admitir que lo había juzgado mal.

No es Capa, en realidad, quien lo constata, sino su brazo derecho, ese brazo delgado que ahora está protegiendo el tazón del desayuno. Csiki Weisz, que sobre su propia infancia no dice nada, por más que la relate con los gestos cotidianos, los del huérfano de guerra adoptado por un coetáneo imaginativo.

Ruth había escuchado la historia de Csiki cuando Gerda todavía estaba allí. Para los gustos de André habría resultado demasiado lacrimosa si no lo hubiera corregido con un puñado de comentarios burlescos: Weisz-padre caído por el emperador Francisco José, pero de un caballo, es decir, a causa del golpe mortal de un casco de los Habsburgo; el primogénito enviado a un orfanato, devuelto a casa en los años del *Gymnasium*, la casa materna pronto convertida en un simple hostel, porque un tal Bandi Friedmann, llevándose a Csiki a remolque, ampliaba el perímetro de sus incursiones mucho más allá del tramo incluido entre el puente de Isabel y la escuela a las afueras del barrio judío. Y además estaban las amigas, tan guapas e inteligentes —Eva, la hija del abogado, y Kati, la hija del banquero— que enseñaron a los niños las primeras armas del oficio, «y no os digo qué otras cosas...». En Berlín, como fotografías ya introducidas en los ambientes que contaban, resultaron de mucha utilidad y de ejemplo para Csiki y Bandi. Con las personas con las que se han hecho ciertas tonterías durante determinados años, siempre se puede contar, aunque se hunda el mundo.

Sí, cuando las cosas vienen mal dadas, se conoce a los amigos de verdad. La carta de pésame llegada a rue Froidevaux que Kati Horna había enviado desde España, donde sacaba fotografías para la prensa anarquista. El telegrama de Eva Besnyö desde Ámsterdam (BANDI ESTÁ AQUÍ STOP NO TE PREOCUPES STOP) cuando Capa se esfumó después del funeral, y que había tranquilizado a Csiki y después a Ruth, que habían corrido a avisar a todos los amigos preocupados.

En la desgracia, los verdaderos amigos se reconocen mutuamente. Gracias a Csiki Weisz, Ruth había descubierto a Bandi, cuando la había involucrado en el estudio poco después del funeral.

Le había costado tomárselo en serio, tanto, al menos, como se merecía. Por lo demás, la propia Gerda, al principio, ¿qué hizo?

—¡Pero si tiene veinte años! —resoplaba.

—¿Y Georg Kuritzkes? No me digas que te haces la melindrosa por un año de diferencia...

—Pero si este todavía tiene granos en la cara.

Luego, hacia finales de 1934, Gerda tuvo una aventura con Teckel,

confirmando que André Friedmann ocupaba un lugar muy bajo en la escala de sus pretendientes. ¿Cómo podía darse cuenta Ruth de que detrás de esas tardías erupciones de acné había un chico tan apegado a la pandilla de su adolescencia? Esos chicos de Budapest habían seguido siendo verdaderos amigos: alguien pensaba en Csiki, Csiki pensaba en Bandi, y ni siquiera ahora que era Robert Capa se habría olvidado Bandi de su compañero de infancia. ¿Y Gerda?

Gerda la había dejado en la estacada de la noche a la mañana, pero ya está bien de remover el pasado. ¿Cómo puedes guardar rencor a una muerta, Ruth, con todo lo que tienes que hacer y pensar! Mira hacia delante y considérate afortunada. Has conseguido reunir algunos ahorros (no los suficientes), tienes un propósito, dos hermanos mayores dispuestos a ayudarte, un marido y un pasaporte suizo, y solo una madre atrapada aún en Alemania. Su madre, que al morir su marido de gripe española cuando Ruth tenía cinco años, habría ido a las puertas del Neues Theater para exhibirse por dos marcos de limosna con un boa de plumas exhumado junto con su repertorio teatral, antes de mandar a un hijo al orfanato, y no tuvo ningún reparo en ir a servir a casa ajenas.

Y para completar la enumeración de todas sus fortunas, también está el no tener que preocuparse por ese muchacho encomiable. Se las apaña muy bien solo, Csiki, y ella puede quitárselo de la cabeza. Incluso puede decirle lo que tiene que contarle a Capa, solo para estar segura. Después de todo, ¿no es él quien tira del carro del estudio?

—Mira la revista con calma, Ruth, que ya la he hojeado. Ya recojo yo.

Y ya está allí con una esponja y un paño de cocina para limpiar la mesa y dejar el *Picture Post* en el estante ordenado, según su forma ritual de abrir el primer ejemplar que llegaba al estudio. Los sobres de las revistas ilustradas dirigidas a Mr. Capa bastaba con tratarlas con cautela, mientras que para los periódicos su asistente ha desarrollado una técnica de precisión para ocultar que ya los había abierto: la preocupación típica de Csiki con respecto a Bandi, que en cambio rasga la faja de correos sin darse cuenta de nada. La ansiedad por ver las fotos en la maqueta se ha ido apagando con el tiempo, pero en la descuidada violencia de ese gesto sobreviven la belleza y la justicia de un oficio destinado a llegar a los ojos del mundo.

Ruth también quisiera hacer enmienda de esto, disculparse con Capa por las muecas perplejas con las que escuchaba a Gerda cuando le encarecía, in crescendo, el talento de André Friedmann.

—Ya me imagino a qué clase de talento te refieres.

—No, no te lo imaginas. Y no pienses eso...

—No quiero saber nada.

Ruth se reía, pero Gerda insistía.

—Si te lo digo es porque es verdad. No hacemos otra cosa que deambular por París, hablar, seguir hablando en los cafés cuando estamos cansados de sacar fotos, ateridos, etcétera. No quiero sentirme culpable si su Leica acaba de nuevo en la casa de empeños. Y además ya se lo he repetido en todos los idiomas, que lo único que puedo ofrecerle es una pura y simple amistad. ¿Te basta con eso?

—Ya veremos. Sabes lo que se le ha metido en la cabeza, ¿verdad?

—Está bien. Una sola vez. Habrá sido una ligereza quizá, pero...

El resto se disolvió en el *perlage* de sus gorgoritos, Gerda se sentía radiante con cada una de sus pequeñas culpas infantiles, feliz cada vez que se daba un gustazo de tapadillo, y Ruth estaba abrumada y subyugada. Si eso le sucedía a ella, si ella quedaba seducida por su amiga, y si ese poder de seducción, en su caso, no eran los iris jaspeados o la boca en forma de corazoncito, y mucho menos los pechos diminutos, el pubis leonado, los muslos efébicos que Gerda se restregaba todas las mañanas con agua fría y jabón de Marsella, ¿qué podía reprocharles a Georg, a Willy o a André, o a cualquier otro hombre incapaz de dejarla pasar y olvidarla?

Si Gerda aún estuviera allí, que en calidad de lo que fuera (amante, agente, amigo) suplía por sí sola el público y los aplausos que Friedmann siempre había necesitado tanto, toda esa ansia de aclamación nunca se habría reducido a esos pequeños rituales sin entusiasmo. En cambio, ahora que Capa recibía tantos aplausos, y muchas palmadas vigorosas en los hombros por parte de Ernest Hemingway, muchas botellas para celebrar las empresas comunes, olvidar las derrotas y mandar a los fascistas al diablo, el jefe de la claqué original, Csiki Weisz, y ella, Ruth Cerf, verdadera heredera artística, todavía están allí para montar el teatrillo con el que decirle: «¡Enhorabuena!». Doce

páginas en una revista de tirada millonaria son la mejor prueba de un éxito extraordinario. Sin embargo, para Robert Capa el éxito se ha convertido en poco más que la confirmación de una tarea llevada a cabo de acuerdo con las expectativas. De modo que Ruth y Csiki exageran con los adjetivos y superlativos, por más que él los engulla como si fueran agua. Solo Gerda habría sido capaz de transmitirle una sustancia muy diferente, ella tenía ambición y convicción por los dos, y para defender la España libre, roja y republicana.

Ruth se decide a mirar el *Picture Post*, para contentar a Csiki y poder así hablarle de sus proyectos. Pone la revista ilustrada en medio de la mesa, lista para abrirla, cuando la chica de la portada llama su atención. No parece una modelo sino una chica real, con una sonrisa real («*The Girl with a Smile*») y un bonito corte de pelo corto, blanco como el pelo de un caniche. *Life* nunca sacaría una portada como esa, las chicas de portada de *Life* son bellezas estándar. Pero el *Picture Post*, nacido para arrebatarle las islas británicas con un aspecto casi idéntico, quiere ser una publicación progresista. El editor es uno de los nuestros, le ha explicado Csiki, uno de Budapest que ha llevado a Londres la experiencia del periodismo berlinés. Y esa experiencia, al parecer, se traduce en una chica que despierta la curiosidad sin turbar la mirada de los compradores. España está escondida en el interior, España recuperará los titulares de la prensa burguesa cuando caiga, es decir, dentro de poco. Una amargura se apodera de Ruth, llevándola de vuelta a Capa, agotado por las secuelas del río Segre, con Csiki, Chim y los demás que lo cuidan como un sultán. Y tú, Gerda, ¿serías capaz de mantener la moral alta? Al preguntárselo, tiene que apretar los labios de inmediato, porque de repente oye su voz clara y brillante: «Venga, no nos desmoralicemos».

Ruth nunca vio a Gerda reprocharse un error, rumiar un remordimiento. La única vez que había llorado en su presencia, más allá de unos parpadeos, fue en el otoño de 1934, durante una *soirée* promovida por la Association des

écrivains et artistes révolutionnaires, a la que Gerda se apuntaría como fotógrafa algunos años más tarde. Pero entonces carecían de invitación para deslizarse por el terciopelo del Théâtre Adyar, y Ruth no tenía ningunas ganas de bajar corriendo desde detrás de la Torre Eiffel. Solo porque, según decía Gerda, ver la última película de un director que se ha peleado con censores, con productores y con la gente que no entiende la vanguardia era un debido homenaje a Jean Vigo y a su cine revolucionario.

—Será tan alegre como un funeral...

—Podremos ver la película gratis, Ruth, qué más te da el resto.

Cuando la protagonista de *L'Atalante* subió al escenario, para recordar las condiciones en las que había tenido que terminar de filmar *cet homme extraordinaire*, extenuado por la tuberculosis, la sala estaba electrizada por la emoción y las personas más próximas al difunto derramaban lágrimas.

Gerda, con su cara seria y sobria, no dejaba presagiar que a mitad de la película un golpe de tos daría paso a un aluvión de sollozos. Pero esa Juliette que huye de la barcaza de su Jean hacia las luces, las atracciones y las seducciones de París, era, realmente, la heroína perfecta para su amiga. Tal vez esas lágrimas sentimentales se habrían derramado frente a otra pantalla si no se hubieran visto obligadas a contar la calderilla en el bolso. En aquella época tuvieron que renunciar a la Garbo del melodramático *El velo pintado* y a la turbia Dietrich de *Capricho imperial*, pero un lluvioso domingo se habían concedido ver por segunda vez *Los muchachos de la calle Pal*, acompañadas por Teckel, quien no se lo hizo repetir dos veces. Las pocas veces en las que no escatimaban una noche en el cine optaban, sin embargo, por películas cómicas: como en los viejos tiempos, cuando la elegantísima chica de Stuttgart se reía como una loca de Laurel y Hardy ante la incredulidad de sus nuevas amistades de Leipzig. Fuera de las salas cinematográficas, entre los párpados de Gerda afloraban únicamente estallidos mínimos de rabia, ofuscaciones de disgusto y, sobre todo, filtraciones de orgullo herido. Las lágrimas de preocupación, dolor o impotencia significaban ceder al catastrofismo del cual, en aquellos tiempos, convenía liberarse.

Una vez, sin embargo, ella volvió a casa cansada y malhumorada, se quitó los zapatos y las medias, se masajó los tobillos y se tumbó sobre la cama con

la ropa puesta, cerrando los ojos durante unos instantes.

Al día siguiente, Ruth no pudo contenerse y le preguntó:

—¿Malas noticias? ¿Problemas de trabajo?

—Lo de siempre —le contestó—, más unas estúpidas náuseas que no se me pasan.

—Tal vez deberías ir a ver a un médico.

—Tienes razón. Iré mañana.

Ruth volvió por la tarde y se encontró a Gerda en casa: desmaquillada y pálida, pero con los ojos relucientes de vivacidad febril.

—Es oficial: estoy embarazada. Pero el viernes por la mañana se resolverá todo. Me ha dicho la doctora que será suficiente con descansar el fin de semana. Es de las que comprende las necesidades de las mujeres. Y con lo poco que te cobra casi casi te sale a cuenta reincidir...

Gerda se rio de su broma, como si todo quedara resuelto con eso. A Ruth, en cambio, se le atragantó de tal forma que debió de adoptar una expresión de lo más tétrica.

—¿Te he escandalizado? Son accidentes, cosas que pasan...

—Ya lo sé —replicó ella, con la autoridad de alguien que calza un treinta y nueve.

A Gerda también le había sentado mal, ahora ya la conocía. Y de repente Ruth había percibido la brecha de sus cinco años y se había asustado: no solo por lo que podía salir mal, y entonces ¿qué demonios harían allí en París sin dinero y sin los papeles en regla? ¿Pedirle un préstamo a Willy? ¿Enviar un telegrama a Stuttgart? También le daba miedo la propia idea del embarazo. Sí, era realmente extraño teniendo en cuenta que ella habría tomado la misma decisión, reclamando la libertad de decidir por sí misma. Y era aún más extraño teniendo en cuenta que su madre le había hablado muy temprano sobre ciertas cosas, de cómo evitarlas o afrontarlas, con toda claridad.

Ruth había crecido mucho y hacía más o menos un año que tenía el periodo. Había vivido un flechazo sin esperanza y un par de enamoramientos pasajeros, siendo correspondida por uno o dos compañeros de clase de los hermanos

Kuritzkes. Se había lanzado a un beso digno de olvido y ni se le había pasado por la cabeza contárselo a su madre, mientras que sí había aludido a su decepción por el chico del flechazo. A veces mencionaba nombres, repartía juicios, disertaba sobre sus gustos en el tema («rubio, quizá castaño, un palmo más alto que yo por lo menos, y de las últimas clases del *Gymnasium*»), aguijoneada por sus guapísimos hermanos, que se divertían tomándole el pelo.

Sus hermanos, sin embargo, también eran hijos varones mimados que antes que nada pensaban en sí mismos (y eso, se dice Ruth, por desgracia sigue siendo así: su madre vive en un vecindario donde perseguir judíos es como sacudir un manzano en otoño. Kurt quisiera que el dinero para que ella pudiese marcharse lo pusiera Hans, pero Hans huyó de Leipzig después de la Noche de los Cristales Rotos y ahora está en Suecia sin un centavo. Bastidores de su vida de los que tendrá que informar a Csiki y a Capa).

En cualquier caso, ese día Hans estaba en un viaje de negocios, Kurt ya había llegado a Manhattan, debía de ser el año 1929. Ruth había hablado con *Mutti* de un chico, no recuerda quién, ni mucho menos cómo habían acabado hablando de eso. Pero lo que no olvida es la cara de su madre en el resplandor de la lámpara de la cocina, el molde de su encanto que resistía a la edad y al desgaste, la barbilla levantada sobre los restos del almuerzo básico que había preparado a la espera de que regresara del trabajo: *Buttermilch*, patatas hervidas, fresas de postre.

—Prométemelo, Ruth; es muy importante. Si crees que puedes tener ese problema, debes decírmelo enseguida. Podemos apañárnoslas para resolver una estupidez, ¿entiendes?, pero no podemos permitirnos otras más graves.

¿Habría cumplido los catorce en aquella época? Probablemente no, dado que quería que la tierra se la tragara. Estaba a punto de dar vía libre a la sensación de ofensa que le subía por la garganta, cuando su madre se le anticipó. *Mein Herz*, le dijo, es mejor pensar que avergonzarse.

En su casa ni siquiera se consentía ese mínimo secretismo que te hacía sentir mayor, pensó Ruth. Pero sus amigas del instituto que tenían un padre con una posición acomodada y todavía vivo, y una *verdadera señora* como madre, no una exactriz, hija de un vendedor ambulante, cuya boda había sido objeto de chismorreos durante meses en los patios del Brühl, nunca disfrutarían del

privilegio de una confianza semejante.

Gerda, a fin de cuentas, ¿no era ese tipo de chica?, se pregunta Ruth, mirando la extraña figura en la portada del *Picture Post*, que sin duda le hubiera gustado a su amiga. Sí, tal vez al principio, porque después se deshizo de ese molde con determinación, la misma con la que había ido a sacarse la semilla que le habría hinchado el vientre. Era un hueso duro, Gerda, independientemente de su lugar de nacimiento.

La dulce y diminuta señora Pohorylle, solo de haberse imaginado la circunstancia de que su hija podría estar embarazada, se habría muerto del susto y de la vergüenza. Gerda había heredado su estatura, sus dientes blancos, su piel de alabastro en las épocas malas. Sin embargo, la madre de Gerda parecía estar bastante emparentada (¿lo estaba tal vez?) con la joven criada que había recogido el impermeable de Ruth cuando subió por primera vez a la Springerstrasse, por más que la criada llevara un *sheitl* de color marrón y la señora fuera vestida a la penúltima moda del momento. Pero las dos mujeres estaban destinadas a un entendimiento más fuerte que el que Ruth imaginó en las apresuradas presentaciones en el umbral del *Salon*, donde habían entrado con algo de vergüenza.

—¿Puede ofrecerle *a stikele* de mi plumcake, señorita Cerf? Lo he hecho hoy y me parece que me ha salido bien. ¿O acaso está usted también atenta a la línea como mi hija y prefiere un poco de fruta?

—Gracias, señora Pohorylle, me gustaría mucho probar su plumcake.

—¡Para mí nada, *Mutti*, solo agua!

Gerda se lo había gritado mientras su madre se alejaba y ella ya estaba recostada en el sofá con las piernas cruzadas, el primer cigarrillo encendido, y le hacía un guiño a Ruth para que se sentara en el otro extremo. La señora Pohorylle, a su regreso, era una forma elíptica ovoidal que avanzaba circunspecta, cortada en dos por un rectángulo plateado: un platito para el pastel, otro platito con trozos de manzana y gajos de naranja, tenedorcitos de postre, una jarra de cristal, dos vasos, una tetera con el borde dorado con el azucarero y una taza del mismo servicio de porcelana. Ruth quiso levantarse,

pero un «¡Quédese sentada, *bleiben Sie do zitsn!*», se lo impidió, mientras Gerda se limitó a mover el paquete de Muratti y el cenicero sobre la mesa. Cuando completó la empresa de dejar la bandeja, la señora Pohorylle le rogó que hiciera los honores («*Bitteschön*») y luego le dijo a su hija:

—Estoy en la cocina con Rivka, por si necesitáis algo.

Ruth tomó dos trozos de plumcake y le dejó la fruta a Gerda. Al acabar, por educación y costumbre, y también porque nadie se encargaba de hacerlo, levantó la bandeja y fue a llevarla a la cocina. Abrió la puerta de una habitación amplia, inundada de aire fresco y de la luz que entraba por el balcón: las paredes, una mesa de mármol, los aparadores blancos, de un blanco flamante, todo estaba repleto de tarros verdes y carmesíes. La madre de Gerda y Rivka estaban «guardando» pepinos y remolachas, en trocitos o en salsa de rábanos picantes, y se pasaban frascos y tapas sin percatarse de su presencia.

—*Oj dos Fräulein hot gebracht die teler!* [*] —exclamó la chica, a lo que la señora Pohorylle murmuró dos pequeñas frases incomprensibles que produjeron el rápido desalojo de las conservas junto al fregadero.

—No había necesidad de que se molestara —dijo, pero no le dio tiempo a limpiarse las manos en el delantal porque Ruth depositó su carga y con un «No hay de qué» se giró para volver al salón. Incluso con la puerta cerrada pudo oír que habían vuelto a hablar inmediatamente en yidis. Esa Rivka, recién llegada de Galitzia, lo pasa mejor aquí que mi madre con los señores Kaufmann, no pudo evitar pensar, y buscó una manera de decírselo a Gerda.

—Sois de lo más liberales, aquí en tu casa.

—Pues más bien sí. ¿Por qué?

—Por cómo trata tu madre a la doncella.

—Lógico, ella no está acostumbrada. No somos gente como los Chardack, ¿qué te creías?

Ruth no recuerda si era una prima de Teckel o de otro de sus amigos ricos, pero no cabía duda de que la embajadora que fue enviada a casa de los Pohorylle después del terrible 18 de marzo de 1933, cuando las SA pusieron

patas arriba el piso llevándose consigo a Gerda, descendía de una conocida estirpe de peleteros. Los hermanos de Georg, que en ese momento estaban en Berlín estudiando medicina, convocaron de inmediato una reunión detrás de los primeros *Schrebergärten* del Rosental, donde habían previsto una presencia insignificante de personas, algunos perros y un par de niños en carritos, los unos y los otros sacados a tomar el aire con indisimulados deseos de volver al calorcito. En la Friedrich-Karl-Strasse ya habían recibido una visita de los camisas pardas, de carácter intimidatorio, sin que se produjera ningún registro. Tenían canales mucho más adecuados para reunir información y querían hacerle saber a la familia que Gerda, detenida en *Schutzhaft*, estaba acusada de pertenecer a una asociación sindical fuera de la ley.

Los Pohorylle, esos empresarios de poca monta que no entendían cómo la hija había podido verse involucrada en ciertos entornos, ¿estaban al corriente de que a los nazis les bastaba con la custodia preventiva para detener a cualquiera a su discreción? ¿De que incluso sin cargos formales podían trasladar a Gerda a otra penitenciaría o enviarla a un campo de concentración? Así pues, resultaba necesario que alguien fuera a informarles lo antes posible. No podían ser ni Dina ni sus hijos, cuyas afiliaciones prohibidas eran bien conocidas. Los menos comprometidos del grupo, empezando por Teckel, ya se habían mudado al extranjero. De manera que, a pesar de su militancia sindical en la Gaudig-Schule, Ruth se ofreció voluntaria alegando que subir allí durante unos diez minutos no podía ser tan dramático.

—A mí, por lo menos, ya me han visto antes...

En realidad, se le había puesto la carne de gallina, el mismo miedo que la asaltaba ahora, cuando iba a Berlín para llevar información y socorro a las familias de los compañeros detenidos, y que le sugería poner el pasaporte suizo debajo de la almohada. A veces se despertaba por la noche y comprobaba que aún estaba allí, en la mesita de noche, antes de intentar conciliar de nuevo el sueño.

Esa vez, siguiendo las expertas directrices de Dina Gelbke, a Ruth no se la consideró como una candidata adecuada. ¿A quién más podrían enviar a casa de los Pohorylle?

Y de esa manera se llegó a la tal Else, Ilse o Inge. En un primer momento

parecía una idea desesperada, dado que la chica tenía como mucho trece años, pero Jenny, la hermana pequeña de Georg, había jugado con ella cuando era niña y sostenía que era una chica muy despierta.

Podrían ofrecerle algo a cambio, una recompensa.

—Así que, en tu opinión, ¿la podemos comprar con una bolsa de caramelos de unos cuantos *Pfennig*? ¡Qué cosas tienes!

—¿Por qué no? No son solo caramelos, sino un premio —dijo Jenny.

—Una medalla al valor...

—Exactamente, Soma. Puedes ahorrarte tus sarcasmos.

Decidieron que no se perdía nada por intentarlo. Durante el recreo Jenny habló con la tal Else, Ilse o Inge, quien, muy pragmática, contestó que podía acercarse después del colegio, pero sin demorarse demasiado porque sus padres estaban empezando a montar historias. Ya la escoltaba una *Fräulein* aria a gimnasia y a piano, y cuando la clase terminaba tarde, iba a recogerla el chófer de la tienda.

—Te llevaré en bicicleta y te esperaré en la esquina —la había tranquilizado Jenny—. Pero tendrás que darte prisa.

—¿No será peligroso? —quiso saber la chica.

—No para ti.

—¿Porque parezco una niña?

—Por supuesto. Y porque pareces más interesada en los pastelitos que en otras cosas.

—No. Si puedo hacer algo en contra de *esos*, lo hago gratis.

Todo esto le había contado Jenny, riéndose de un éxito que parecía inspirarse en un libro para niños. Sí, no cabía duda de que su embajadora había leído *Emilio y los detectives* y otras novelas más recientes de Erich Kästner. Y fuera o no fuera por las novelas, lo que tenía que hacer lo hizo.

Se había presentado con las formalidades del caso (el buen apellido había obtenido su efecto) y, recalando que la estaban esperando para comer, no había dudado en entregar su mensaje. «Todos los amigos», dijo, «están próximos a Gerda y a su familia.» Los señores Pohorylle la miraron extrañados, pero no le preguntaron nada, así que, aprovechando su desorientación, Jenny lanzó la pregunta para sondearles:

—¿Podemos ayudarles de alguna manera?

En ese momento, el padre de Gerda debió de entenderlo todo.

—Gracias —le dijo, como si hablara con un adulto—: Se está encargando del asunto nuestro cónsul, el cónsul polaco. No tardará en presentar una protesta por escrito al Ministerio de Asuntos Exteriores. Informe de ello, señorita.

La nota final, la más grotesca, fue que la señora Pohorylle no quería dejar que el mensajero se fuera sin una prueba tangible de gratitud, pero dadas las terribles circunstancias no tenía nada que ofrecerle. Al final, se presentó con un paquete que contenía diez huevos.

—Son nuestros, de clase A, frescos de hoy. Pueden ser de utilidad ahora que nos acercamos a las festividades de Pascua.

Los huevos terminaron en la Friedrich-Karl-Strasse, donde los sirvieron fritos sobre un montón de pan negro y jamón, en una cena descreída, rápida y contundente.

A Gerda la dejaron en libertad a principios de abril, pocos días antes de que comenzara la Pascua hebrea. Pero el *Judenboykott* había dejado sin capacidad de reacción a causa de la incredulidad y del terror incluso a los comerciantes y a los profesionales que no habían sufrido violencia física ni saqueos o el vandalismo de la Noche de los Cristales Rotos. El mayorista Heinrich Pohorylle había recuperado a su hija. Le había dado las gracias al Señor, había adquirido de nuevo las mercancías perdidas, limpiado el depósito de huevos. Pero las chicas sabían que la situación no iba a mejorar. Tenían que marcharse.

A Ruth le había aconsejado irse cuanto antes uno de sus admiradores, que se había hecho nazi («¡Menos mal que lo traté bien!», se dijo ella), y no había perdido el tiempo. Gerda también era consciente de que, si caía de nuevo en las garras de esos bandidos, como mínimo sería expulsada del país y devuelta a Polonia, un país del que conservaba en su memoria un vago olor a leche tibia y a madera quemada, la aparición de un zorro que tal vez había soñado, y un miedo a los cosacos que igualmente debía de ser fruto de su imaginación.

—Te das cuenta, Ruth, no he vuelto a ir allí desde que tenía cinco años. Las únicas palabras que conozco son las que están escritas en el pasaporte y ni

siquiera sé cómo pronunciarlas.

Más tarde, en París, cuando André y Gerda se intercambiaban sus historias de encarcelamiento, a Ruth le parecía que estaba asistiendo, principalmente, a un desafío cómplice, una tensión entre amantes que requería la presencia de un juez.

—Me sacudieron de tal manera que, cuando subí al tren para Viena, todavía tenía los huesos rotos y el trasero me ardía tanto que estuve todo el rato en el pasillo fumando. Me acabé todas las reservas de cigarrillos antes de la aduana.

—Nosotros escuchábamos los gritos de los hombres apaleados por los SA en los interrogatorios. Entonces descubrí que podíamos abusar de la campana reservada a la policía. Era como las del colegio, un sonido que hacía temblar el edificio.

—¿Y qué te hicieron?

—Nada. Insultos. Dejaba de tocar tan pronto como empezaban a bajar las escaleras. Pero los camaradas nos oían, y además a esos bastardos les molestaba muchísimo.

—O no me lo estás contando todo, o también entonces los dejabas alelados con tus gracias.

—Por supuesto. Además, tenía la lágrima fácil...

¿Sería posible que Gerda hubiera permanecido tan lúcida incluso en la cárcel? ¿Que siempre hubiera sido reactiva y alentadora y que, por supuesto, tuviera un aura chic y llena de *charme* como una criatura de otro mundo?

—Cuando me arrestaron, estaba a punto de irme a bailar...

—¿Con quién?

—Ah, no lo sé, Georg ya estaba en Italia.

—Lo dices a propósito para picarme, ¿no?

—Qué va. Lo que quiero decir es que me fue muy bien, porque los polizontes no concebían que una con los zapatitos a juego con el vestido de seda pudiera ser una roja rabiosa.

¿De verdad creía Gerda que sus sonrisillas y abalorios le servían como una armadura impenetrable, y que esa convicción bastaba para que nada la rozara? ¿O era realmente refractaria al miedo, a la angustia (en la cámara de

torturas, ¡Dios santo!) y a la inexorable sensación de la derrota?

Seguir viviendo, pero no gracias a componendas, eso era lo que querían todos. Eso querían Georg y sus hermanos, eso querían Melchior y ella, y sus socios del SAP. Eso querían también Chim y Kati Horna y Csiki Weisz y cualquiera que hubiera ido a España, aunque fuese por poco tiempo, para apoyar la lucha republicana con la cámara fotográfica. ¿Cómo conseguía Gerda estar infinitamente mejor equipada que los demás? Porque no cabía duda de que lo estaba, siempre lo había estado. Ruth no necesitó abrir su *Pariser Tageszeitung* al día siguiente de su funeral para encontrar confirmación en un artículo de cómo, ya en la primavera de 1933, había sido una compañera de celda intrépida y espabilada, había distribuido cigarrillos y cantado canciones norteamericanas a las detenidas, y cómo esa joven extraña a la que miraban con recelo («Pava emperifollada» debieron de pensar de ella también en la cárcel) se convirtió nada menos que en una cabecilla.

Resultaba difícil de creer que todo hubiera ocurrido así, pero también lo confirmaban los hechos que contaba una camarada de la prisión de Leipzig, y los de aquellos que habían conocido a Gerda en España. Después de todo, al ir a Alemania con Melchior, ella misma había experimentado en su propia piel de correo clandestino que no hay mejor estímulo para combatir el miedo escénico que el simple, puro y crudo miedo.

Y además, la señorita Pohorylle, ciudadana polaca nacida en Stuttgart, poseía las virtudes marciales que Hitler exigía de la juventud alemana: tan ágil como un galgo, tan tenaz como el cuero, y, algunas veces, tan dura como el acero. Pero la tenacidad y la dureza de Gerda estaban formadas de una pasta completamente distinta: no guerrera, no mortuoria. Seguir viviendo a toda costa, pero no a cualquier precio, Gerda lo deseaba más que todos ellos juntos. Y, de hecho, superaba las limitaciones y los obstáculos que se oponían a ese deseo con un impulso irrefrenable, un brío que solo la mole de acero de un vehículo oruga había logrado aplastar.

El viernes, Ruth la había acompañado a la cita con el médico. Se habían despertado al amanecer para prepararse sin prisas y luego cruzar medio París.

En el metro leyeron el periódico y comentaron las noticias en voz baja para no molestar al pueblo trabajador que llenaba los primeros convoyes necesitado de un rato más de sueño. Se bajaron en Filles du Calvaire, subieron a una casa al principio de la rue Oberkampf. «*Voilà*», dijo Gerda, tan pronto como entraron en el vestíbulo, muy parecido a muchas salas de espera, excepto que a esas horas de la mañana estaba completamente vacío.

La doctora se asomó casi de inmediato. Lo poco que tuvo Ruth la oportunidad de ver de ella, le había gustado: de mediana edad, peinado de longitud media, pequeño collar de perlas bajo la blusa, labios recién pintados. Había notado que en la pila de revistas sobre la mesita de la sala de espera había algunos ejemplares de *Vu* y *Regards*, pero prefirió las femeninas. Se distrajo con los nuevos modelos propuestos por *Le Petit Écho de la Mode* (la única idea para copiar eran los grandes lazos escoceses para llevar en el cuello). Correspondió al «*Bonjour, madame*» de una pareja joven, al tiempo que vio cómo sobresalía de un chal de lana clara un vientre tan prominente como una sandía, y el chico con la gorra en la cabeza le había dicho: «*Voyez, il y en a deux, là-dedans*» y luego le preguntó si podía echar un vistazo a *L'Humanité* que Gerda había dejado en la silla de al lado.

—*Bien sur.* —Y podían quedarse con el periódico.

—*Merci, camarade!*

—*De rien. Et beaucoup de félicitations, camarades.*

—*Ce sera dur, putain, mais on va se débrouiller.* [*]

La muchacha hizo ademán de darle un codazo y, por instinto, se acarició el vientre.

Se esforzaron por reír. Hablaron de turnos extraordinarios, de cómo colocar a los gemelos y de la doctora que los atendía gratis, porque el derecho a parir con el mínimo de riesgos también debía corresponderle a una obrera, al igual que a cualquier futura madre. De esa manera, cuando la primera paciente salió del estudio de la camarada ginecóloga, Ruth ya se sentía completamente tranquila.

—*On y va!* —dijo Gerda con voz aguda cruzando ligera la sala de espera, pero en el ascensor se dejó caer contra la aceitosa madera de la cabina.

Ruth quería buscar un taxi, pero Gerda la había insultado.

—¿Es que eres idiota? ¿Justo aquí delante? —E insistió en tomar el metro. Pero después de que la amiga dolorida se hubiera metido en el primer café que apareció en la acera, llegaron a un acuerdo.

—Quédate ahí —le había dicho Ruth—, volveré a por ti con un taxi.

Durante el trayecto, Gerda no apartó los ojos de la ventana. Subió las escaleras haciendo caso omiso de su brazo, y hasta entrar en la habitación no pronunció una sola palabra.

—Mierda, me quema. ¡La próxima vez nazco varón!

Le taponó la herida, le cambió el absorbente, dobló el anterior, se llevó el orinal repleto de un calducho rojo, y después de enjuagarlo lo devolvió a la habitación. Salió a hacer recados y volvió para comprobar que todo iba bien. Gerda seguía aún acurrucada, inmóvil, sin que pudiera adivinar si estaba dormida. Más tarde, al observarla desde su mitad del colchón le provocó ternura. Un pequeño ovillo de extremidades femeninas que respiraba roncando un poco con la boca ligeramente entreabierta. El sueño desarma incluso a los más combativos. Al día siguiente, Gerda declaró que estaba bien, aunque todavía se sintiera hecha una porquería («como un pescado limpio antes de ir a parar a la sartén»), y ya no necesitaba ayuda.

—Solo me hacen falta aspirinas.

—Te las he traído, están en la mesilla de noche con una taza de té recién hecho.

—Eres un tesoro. Nos vemos luego, por la tarde.

Y no hubo más.

No, no del todo. El Front Populaire acababa de triunfar cuando se encontraron casualmente en el Café Capoulade, y Gerda le contó, entre otras novedades, que había ido otra vez a la rue Oberkampf a ver a esa buena doctora: no, ninguna secuela, ningún problema, y hasta hubo algo positivo, porque la poli estaba ocupada con la huelga general, así que se montó en un taxi de inmediato, no como la otra vez...

Era probable que el artífice del incidente fuera André, pero esa cuestión Ruth no se la había planteado ni siquiera la primera vez, cuando vivía con Gerda.

Pobre Capa, sonrío ella ahora, cuánto debió de alegrarse al poder meterse

entre los trabajadores atrincherados en la Renault y fotografiar a las dependientas en huelga de las Galeries Lafayette, en vez de tener que dedicarse a zonas de la anatomía femenina nunca tocadas en esas circunstancias. Pero, una vez de regreso a la rue Vavin, debió de correr para comprar gasas y aspirinas, y cuidar de Gerda con abrazos y chocolate, y tal vez con flores frescas. Su gatita coja, su princesa, debió de someterse con placer a aquellas curas, mientras en el exterior permanecían todo el país sumido en un estado de agitación y el cálido sol de junio. Hasta que ella debió de susurrarle: «Déjame en paz, André, quiero estar un rato sola», y él, expulsado al boulevard de Montparnasse, se habría ido a buscar otra clase de consuelo, y para consolarse también a sí mismo habría ido a beberse una buena parte del anticipo por el reportaje exclusivo en la Renault de Billancourt. El ramo para hacer las paces, que le habrían hecho en la floristería cercana al Dôme, si no se había quedado olvidado en el café habría ido a parar a cualquier sitio excepto al jarrón de encima del escritorio. Al día siguiente, Gerda debió de salvar lo que quedaba del ramo o debió de decretar que, una lástima, las flores había que tirarlas, y aparte de una reprimenda, porque una borrachera no era una excusa para derrumbarse sobre la cama con la ropa puesta, debió de estar de un humor espléndido, como siempre. Espléndida ella también, regia y decidida a repartir cada parte de sí misma y dejar correr el roce, la fricción, las flores marchitas y todo lo demás.

Ruth se distrae con esas conjeturas que, en parte, la divierten, pero el *Picture Post* la devuelve a una realidad a la que hay que mirar a la cara. THIS IS WAR! a toda plana es el titular que encabeza el reportaje, y luego imágenes casi sin texto, una incluso a doble página, cinco soldados apiñados debajo de la galería natural de una roca que observan, en la distancia, una meseta yerma desgarrada por las bombas. Excepto ese fotomontaje elaborado en Londres ya las ha visto todas. Las ha metido en sobres en los que ha escrito direcciones sentada a esta mesa, para luego encontrarlas en las pilas de periódicos, expuestas, colgando en los quioscos. Hace dos semanas, *Regards* salió con la contracubierta dedicada a esos mismos hombres lanzándose al asalto.

Attaque sur le Sègre! Toutes les phases du combat. Photographies par CAPA.

Había comprado *Regards* sobre la marcha mientras corría a recoger el guion de *Suprema decisión* para llevárselo urgentemente a Max Ophüls en la última versión mecanografiada. No le daba tiempo a pasarse por el Atelier, y mucho menos a visitar al enfermo. No encontró sitio para sentarse en el metro, pero mientras intentaba mantener el equilibrio hojeó las páginas de la revista, y esas fotos le hicieron sentir de nuevo un escalofrío.

Y ahora vuelve a encontrarse en el *Picture Post* con esos hombres encorvados como dromedarios que avanzan al sesgo sobre el terreno pedregoso. El hombre negro como una roca, desenfocado, completamente solo en el mundo borrado por el humo blanquecino de las explosiones. Tres sombras: dos sostienen al compañero que está en el centro de la foto, en medio de la nada de la cortina de humo que acaricia sus pasos. El hombre gravemente herido. El hombre que muere ante el objetivo.

La victoire du Rio Sègre; un document unique et exclusif.

Victoire, victoire, victoire: en lo alto de cada página.

La victoria ha sido heroica, pero no ha cambiado nada. La ofensiva final ya está flotando en el aire, su olor se percibe por todas partes, incluso en Roma, donde el papa, confiando en encontrar eco en el general Franco, ha pedido una tregua navideña. Y la última incógnita: ¿obtendrá el papa la prórroga? Melchior, cuando hablan de eso en casa, suelta: «Bastardos hipócritas»; Csiki: «Bah, a ver si hay suerte»; Chim lo considera un insulto a la decencia, dado que pasadas las fiestas *los moros* a sueldo de los supuestos cruzados tendrán libertad para masacrar a los civiles, como siempre. Capa quería regresar a Cataluña por Navidad a toda costa. Faltaban dos semanas.

Joyeux Noël! Joyeuses Fêtes! Joyeux Noël et Bonne Année 1939!

Desde que en Alemania todo va de mal en peor, al pasar del silencio de la rue Froidevaux y, luego, de la oscuridad invernal del cementerio de Montparnasse a los bulevares iluminados, a los escaparates decorados, a las personas cargadas de bolsas o abrazadas a los paquetes navideños, Ruth se siente a veces como si fuera un ratón de ciudad que por un momento se queda inmóvil y luego se aleja de un salto.

La realidad que importa está en otra parte. La realidad es peor que la más cruda foto de Capa en los periódicos. Así que Ruth se concede una pausa, mira el reportaje con la chica del pelo blanco y no se percata de la presencia de Csiki, que, detrás de ella, le pregunta:

—¿Lo has visto?

—¡Genial! —exclama de manera automática.

Csiki no reacciona. Ni siquiera cuando Ruth se da la vuelta y lo mira a la cara, una máscara de Pierrot, tensa y pálida.

—No —susurra Csiki—, obsérvalo mejor.

—¿Qué pasa, qué se supone que tengo que ver? ¿El fotomontaje, la foto del soldado moribundo?

—No, otra.

Ruth, inquieta, vuelve a las doce páginas de *THIS IS WAR!*, las hojear hasta llegar a la página que se le ha escapado y que contiene solo un retrato del fotógrafo. *The Greatest War-Photographer in the World: Robert Capa*.

Y por fin lo entiende. Entiende la urgencia por enseñarle el *Picture Post*. Sospecha que Csiki no se ha atrevido a dárselo a Capa, motivo por el que quiere un consejo por su parte.

La página con el retrato que lo consagra como *the Greatest War-Photographer in the World* es una cima nunca alcanzada por un fotógrafo, pero si Capa perdiera el equilibrio, podría recaer en el vacío del que acaba de levantarse. El precipicio está ante sus ojos, allí mismo, sobre la mesa.

Esa fotografía se la sacó Gerda. En el frente de Segovia, cerca del puerto de Navacerrada, cuando ella trabajaba con la Leica y él con la Eyemo que le había proporcionado *Time-Life* para hacer un reportaje que inauguraría el gran cambio. «*The March of Time* es un noticiario proyectado en más de mil teatros. ¡Entramos en Hollywood, compañera!» Robert Capa debió de decírselo más o menos así, porque así fue como Gerda Taro lo había retratado: concentrado, insolente, su perfil fusionado con la cámara de cine que emerge del arco de las cejas como un cuerno metálico con las alas de una falena.

El mejor fotógrafo de guerra sin cámara fotográfica.

Es todo tan absurdo que a Ruth se le escapa un comentario tal vez incauto: Gerda, con tal de no mostrarse demasiado exultante por ese éxito, ¿no se habría reído de aquella incongruencia?

—Ojalá —suspira Csiki—, en ese momento ella no estaba de humor para nada.

Y, como de costumbre, fue él quien tuvo que referir las malas noticias a Capa.

—Explíquele, cuando hable con él, que una película no es una secuencia de fotografías —le había dicho el tipo de *Life*, ya a punto de colgar el auricular.

—*D'accord, d'accord* —había murmurado Csiki por teléfono—, *mais écoutez, my boss is back in Spain avec the camera, he will do better, il est en train d'apprendre...*

—*Well, keep on trying!* [*]

La última en usar la Eyemo, murmura Csiki, había sido Gerda. La Leica que había salido despedida de la huella de la oruga, con el rollo aún intacto, había podido ser recuperada, pero de la cámara cinematográfica no quedó ni rastro. *Time-Life* había llamado al estudio para expresar sus condolencias, Capa seguía ilocalizable en Ámsterdam. Csiki temía que si Capa les decía que la Eyemo también había desaparecido en Brunete, no tardaría en llegarles la factura de la cámara, y tal vez incluso un requerimiento, dado que únicamente podía usarla la persona que estableciera el contrato.

Ruth observa cómo la nuez de Adán de Csiki sube y baja sin pausa, parece haberse tragado una bombilla, y luego añade, con un escalofrío, que a Gerda le encantaba sentirse la mejor parte de Robert Capa. Les decía a todos que era más hábil que él filmando. Pero ese detalle de la Eyemo, no, eso no lo sabía...

La bombilla que Csiki tiene en la garganta se está deteniendo. Al final, le dice cansado que Capa acabó por llamar a la redacción.

—*I'm very sorry, but your camera c'est kaputt... perdue avec ma femme.*

[*]

Ruth deja la revista sobre la mesa y se dirige otra vez a Csiki, que se dispone

de nuevo a desaparecer en el laboratorio (¿querrá ocultar que está llorando?), para decirle que continúa con las tareas que le ha encomendado.

—Gracias. Los negativos ya sabes dónde encontrarlos. Si faltan las hojas en blanco, usa las que tienen membrete.

Fuera ha empezado a llover otra vez, el agua cae formando riachuelos por los cristales, exasperante. Tal vez otro café le ayude contra los pies fríos, en cualquier caso, mal no le va a sentar.

—Voy a hacerme otro café, ¿tú quieres uno? —le grita a su amigo.

Csiki insiste en prepararlo él, la invita a sentarse cómodamente y corre a buscar agua a su *Wunderkammer*. Ruth se deja caer en la butaquita racionalista, indecisa sobre si quitarse los zapatos.

Csiki le trae el café, impaciente por darle la vuelta al peso que se ha quitado de encima con esa revelación y verlo en positivo. Gerda se habría sentido orgullosa de ver su fotografía en el *Picture Post*.

—Capa también debería estarlo, ¿no crees?

Ruth asiente y saborea un sorbo de café muy caliente, mientras que Csiki se deja llevar por los recuerdos, con la locuacidad de los tipos taciturnos cuando, por una vez, se lanzan a hablar.

—No te puedes ni imaginar lo entusiasmado que estaba Bandi cuando *Time* le dio la Eyemo. Seguro que te habrá hablado del puerto de Navacerrada, de lo bien que estuvieron allí, acampados en medio del bosque y trabajando siempre uno al lado del otro.

Ruth se limita a hacer un gesto de asentimiento y deja que continúe.

Junto a las dos clases de lámparas de flash, los abundantes suministros de película, las reservas de café y chocolate, que era todo lo que Gerda había pedido con un telegrama desde Valencia (Weisz había ido a conseguir el material fotográfico, de los bienes de consuelo se había encargado Capa), tuvo que dejar sitio en la mochila a ese objeto compacto y precioso que bien valía el sacrificio de los terrones de azúcar y la búsqueda de un hueco a cada lado por cada paquete de rubios americanos extraídos del cartón.

«¿No os parece un dispositivo fabuloso?», exclamó Bandi antes de envolver la Eyemo con el jersey que iba a protegerla durante el viaje. ¿No se parecía, así desmontada, a un pequeño robot que te mira de través, y, además,

femenino («¡lo ves, Csiki, tiene tetas!»), a un juguete infantil inventado por Picasso?

Bandi era incontenible. No veía el momento de llegar a Madrid y desenterrar la sorpresa delante de Gerda. Ya no soportaba estar lejos de ella y de España, así que fue directamente a ver a Louis Aragon para decirle que se despedía. *Ce Soir*, con el contrato en exclusiva para Francia, no cabe duda de que le había concedido un privilegio, pero ahora que tenía paso franco hacia América ya no le hacía falta. Quería decírselo a Gerda y sacar de inmediato la prueba de que no se había inventado nada, depositando la Eyemo en sus hermosas e incrédulas manos: y todo ello abrazándola, besándola en el cuello y luego dando tumbos por la habitación como bailarines de polca borrachos.

Sí, todo eso Ruth se lo imagina. El resto lo conoce ya, porque Capa se lo ha contado más de una vez.

Al día siguiente salieron de Madrid e hicieron una parada antes de llegar al puerto de Navacerrada. Gerda, viéndolo deambular por la explanada de una casa campesina, con la cámara colgada del cuello y la cámara cinematográfica al hombro, satisfecho, feliz, hinchado hasta el borde del pesado jersey de cuello alto, le dijo «¡Mírame!» y obtuvo en respuesta su expresión más canalla.

Pero ella no estaba satisfecha con la foto.

—Idiota, no se trata de impresionar a las chicas, tienes que demostrarle al mundo que eres un director: coge la Eyemo, eso es, una poco más alta, concéntrate, eres Robert Capa, no le tienes miedo a nada, ni siquiera a ese enorme perro lobo que está de guardián a solo dos pasos de tu trasero —lo provocaba—. *Ça va*, ahora sí, has salido bien, puedes bajarla.

Capa se había acercado a Gerda con cierta lentitud, volviéndose solo después de llegar hasta ella. El perro lobo estaba allí, suelto de verdad, pero muy disciplinado, como si supiera exactamente cuándo y con quién debía pasar de la defensa al ataque.

—¡Pero si es de los nuestros! *Sze'p kutya, jo'kutyus*, ¿verdad que eres *ein braves Hündchen*? *Un perro alemán pero también un camarada valeroso. ¿Te mandan a buscar minas fascistas, perrito guapo?* Tú qué crees, ¿en qué idioma habrá que hablarle a este perro?

Parece ser que justo en ese momento, cuando Capa se acercó al perro para acariciarlo, apareció un soldado belga del batallón *La Marsellaise* con una orden del general Walter: debían esperar a que el general llegara a esa *finca*, donde los alojaría, para escoltarlos al día siguiente a los lugares de la batalla.

—*Ah, et ce chien maintenant c'est le chien personnel du commandant* — dijo el camarada belga—. *Mais si le commandant lui parle en sa langue maternelle, le polonais, je ne sais pas...[*]*

Gerda, en cambio, sí que lo sabía, sabía hablar con el pastor alemán en polaco, y el perro era feliz de trotar tras ella o de detenerse a sus órdenes. Gerda sabía dirigirse a casi todos los brigadistas en su propio idioma, con un par de frases conquistaba a batallones y generales, hechizaba a comisarios políticos y a censores. Gerda, tan amada por los corresponsales de prensa extranjeros y por los poetas y escritores: Rafael Alberti y señora la recibían siempre con gran afecto cada vez que se detenía en Madrid en la casa de la Alianza. «Y además, Ruth, soy incapaz de describirte la mirada de John Dos Passos cuando una noche en el hotel Florida recitó algunos pasajes de sus novelas. Hemingway la ha odiado desde ese momento, aunque habría cambiado de opinión solo con que hubiera tenido alguna otra oportunidad de tratarla...»

Cuando Capa empezaba a inundarla con estas rapsodias, Ruth escuchaba y asentía como quien bebe cada sorbo de una historia, saboreando las flores y las frutas maduras liberadas por el *perlage* de oro colado, sin entender si esa nota punzante de acidez, esa fermentación exagerada, eran un indicio de que le habían encasquetado un espumoso barato como un Grande Cuvée Reserva.

Lo verdadero y lo falsificado, ¿cómo distinguirlo en el caso de Capa?, se pregunta mientras Csiki está hablando ahora por teléfono precisamente con él, en húngaro como siempre.

Aun así, recuerda Ruth, hubo realmente un libro de Dos Passos, Gerda se lo estuvo llevando a la piscina del club Bar Kochba durante un verano, era un regalo de cumpleaños, y ella lo devoraba entre una inmersión y otra. A veces perdía el hilo, volvía hacia atrás, refunfuñando que, a excepción de *Berlín Alexanderplatz*, nunca había leído una novela moderna tan impenetrable. Pero captaba la belleza que le había sido prometida en la dedicatoria:

Para la mejor bailarina del planeta
esta gran novela estadounidense
donde la orquesta de la revolución
toca al ritmo del hot jazz más desatado.
Tu feliz compañero (de todos los bailes)

Georg
Leipzig, 1 de agosto de 1932

Para evitar que se mojara, Gerda le había quitado la sobrecubierta y el libro parecía una edición de las obras de Lenin con un diseño constructivista: una Biblia roja con tres rayas negras muy juntas, y en medio el título severo, *Auf den Trümmern*. Esas ruinas de la Gran Guerra no anunciaban nada de hot, o de jazz o de desenfreno, pero Gerda estaba fascinada por aquel tocho y se abrasaba al sol para terminarlo. Se abrasaba por todo lo que le llegaba de Georg, antes de que se fuera a Berlín. Estaba en la cumbre de su enamoramiento. ¿Disfrutaba de esos momentos, consciente de que estaban llegando a su fin, o el placer se intensificaba precisamente en vista del final? No, a Gerda no le gustaban las cosas que se acababan. Nunca dejó que ninguno de sus hombres saliera de su radio de acción. Ni siquiera en el caso de su achacosa amistad con la propia Ruth había demostrado tacto para recalibrar las distancias, y eso sacaba a Ruth tanto de sus casillas que se cambiaba de acera; el único que se dignaba lanzarle una mirada mustia era Teckel. No, Gerda no concebía que algo pudiera romperse para siempre: solo eran transiciones, fases, capítulos, donde el punto final, establecido por ella misma, anticipaba la urgencia de pasar página. Porque a Gerda le gustaban las cosas que cambiaban.

El punto de inflexión español fue el más serio y el más emocionante. Resulta creíble, por lo tanto, que Gerda, catapultada al *beau monde* madrileño bajo el toque de queda, se mostrara feliz en presencia del escritor de fama mundial que la había acompañado en su último verano de Leipzig. «La orquesta de la revolución suena al ritmo del hot jazz más desenfrenado: ¡este es el efecto que causan sus novelas!» Dos Passos quedó impresionado; Capa

también, de la impresión que Gerda había causado en Dos Passos, sin saber que el amor por Dos Passos había florecido de la edición alemana recibida de su amado Georg Kuritzkes.

Tal vez no hubiera ocurrido exactamente así, pero en ese caso Capa no fanfarroneaba sin ton ni son. Cuando se topaba con algún rasguño que ultrajaba sus espléndidos recuerdos, improvisaba *d'emblée* como un mago de los retoques. Sin embargo, no toleraba que otros lo corrigieran, y con las fotos-recuerdo mucho menos.

La del perro lobo, por ejemplo.

A Csiki Weisz, consciente del apego de Bandi por las dos fotos que Gerda le había dedicado, se le ocurrió un día recortar y retocar la de cuerpo entero. Podía verse quién era Robert Capa, podía verse la cámara y la foto concluía ahí: un busto negro contra un suelo calcinado, sin manchas de suciedad en los pantalones, sin los zapatos toscos, la explanada de grava, la pobre casa campesina custodiada por un perro lobo criado en estado salvaje. Pero Bandi, bastante contrariado, le dijo: «No, ni se te ocurra tocar una foto de Gerda. Que lo hagan en la redacción, si realmente les hace falta».

A Csiki le sentó muy mal. Se puso a refunfuñar que era una tontería mandar a los periódicos un retrato con la cámara cinematográfica y otro con un intruso de cuatro patas. Pero siguió duplicando las fotos, como se le había pedido, y Ruth poniendo el sello PHOTO TARO en los sobres en los que las mandarían. Qué hacía un pastor alemán tan rollizo en ese atisbo de España rural, Ruth nunca se lo había preguntado, hasta que Capa no se lo había sugerido.

Aquella historia no se sostenía. Que el perro lobo hubiera sido adiestrado para fines militares era posible. Pero no podía ser el perro del general Walter. A Capa se le había venido a la cabeza la historia esa de que Gerda le daba órdenes en polaco, idioma que apenas hablaba, y que ya no podía separarse de él. El comandante la admiraba, la adoraba, según Capa, hasta el punto de intervenir en persona para darle la orden de retirarse inmediatamente del campo de batalla. Y Gerda, haciendo caso omiso al general Walter, siguió fotografiando hasta que fue demasiado tarde.

Por un momento, a Ruth le parece estar hundiéndose en la butaca racionalista, echa los pies hacia delante para apoyarse en los zapatos.

Csiki todavía está pegado al teléfono y Ruth no entiende nada, excepto hotel, Bandi, rue Froidevaux, y otras palabras que resultarían comprensibles aunque hablaran en árabe.

Toma un sorbo de café e intenta reflexionar, molesta por la lluvia.

Capa disponía de artes y tácticas entrenadas en las calles de Budapest, incluida la de soltar trolas, un aprendizaje que le había enseñado a no llegar a quemarse. Por otro lado, Capa también jugaba con fuego con esos cuentos de hadas al estilo Capa, unas patrañas exageradas para reírse como críos en el Kasperltheater, reírse con entusiasmo cuando la marioneta impertinente recibía un golpe en la cabeza y cuando la fabulosa Gretel desaparecía por la escotilla, y que te dejaban tan boquiabierto que no podías evitar la ansiedad que acompaña a la consternación.

Ruth conoce bien los recursos picarescos de Bandi Friedmann, pero ya no se fía. Ha visto lo que ocurre cuando le fallan, por desgracia, y lo vio muy de cerca el día que lo acompañó a Toulouse para recoger a Gerda, o lo que quedaba de Gerda.

En el tren que los llevaba a Toulouse, durante ocho o nueve horas, Capa no hizo otra cosa que llorar y suspirar, excepto cuando repetía cada cierto tiempo: «No debí hacerlo, no debí hacerlo, Ruth», meciéndose ligeramente hacia delante y hacia atrás en su asiento de segunda clase. Antes de ir a la Gare d'Austerlitz, se había derrumbado en una silla de su cocina, ni siquiera había tomado un sorbo de agua mientras esperaba a que ella se preparara, esforzándose por no romper las medias con sus manos temblorosas. «¡Avisa a la conserje de que he tenido un imprevisto!», le dijo a Melchior en la puerta, una vez superado el espanto provocado por el sonido del timbre a una hora imposible que, debido a sus contactos con el *Widerstand*, le hizo pensar de inmediato en Hans: que lo habían arrestado, o algo peor. Era peor, pero no atañía a su hermano.

Con el paso de las horas y de los kilómetros, los sollozos se fueron atenuando, o se volvieron más profundos, hasta convertirse en quedos jadeos. A veces, mirando el paisaje al otro lado de la ventana, Capa murmuraba

algunas frases convulsas en húngaro, pero sus ojos permanecían opacos como el manto bituminoso de la carretera que bordeaba las vías. Ruth no sabía cómo consolarlo. Trató de tomar su mano, de apretársela con fuerza. Trató de sujetarle las dos, apoyándolas en sus rodillas, pero él las retiraba con un gesto infantil de la cabeza, como diciendo: «No me lo merezco». Había intentado decirle que no era culpa suya. Pero la verdad es que no podía hacer nada. No podía hacer otra cosa que asistir durante ocho o nueve horas a ese tormento, confiando en que Gerda, incluso muerta, tuviera el poder de calmarlo, de permitirle aferrarse a su ataúd como a una balsa, como único asidero real en la alta mar que engulle. Tal vez conseguiría que se deshiciera un poco ese pedrejón que llevaba dentro. Tal vez siguiera llorando durante otras ocho o nueve horas, pero de una manera diferente.

Ruth esperaba que así fuera, aunque sin excesiva confianza. Ella misma advertía la ansiedad o el miedo a reunirse con Gerda, que en Madrid había sido despedida con todos los honores (pero en una ciudad que llevaba casi un año sitiada, ¿cómo habían podido encontrar todo lo necesario para recomponer como era debido a un pajarillo de persona atropellada por un tanque?), y también en Valencia había recibido el homenaje de una gran multitud. La única manera de no pensar en ello era tomar el hilo de la conversación que, a veces, le lanzaba el hombre que en la Gare d'Austerlitz se había presentado como el camarada Paul Nizan, con billetes para el compartimento reservado por *Ce Soir* y el cometido de traer de vuelta a París a *nôtre jolie camerade et chère amie*. Un hilo frágil. A Ruth, de repente, cada palabra en francés le salía cansada, falsa. Entonces Paul Nizan se enclaustraba detrás de la pila de periódicos que descansaba en el espacio libre entre Capa y él, mostrando solo el borde de sus grandes gafas redondas.

«Yo tenía veinte años. No permitiré que nadie diga que es la edad más hermosa de la vida», había escrito en un libro del que Ruth solo conocía ese famoso íncipit. Una frase perfecta, dadas las circunstancias, para quienes habían cumplido veintiuno, como ella. Por no hablar de Capa, dos años mayor. Al autor de *Aden, Arabia*, con ese aspecto de intelectual parisino, Ruth era incapaz de imaginárselo con veinte años, mucho menos ocupado en dictar un artículo en el rascacielos madrileño de Telefónica, que se tambaleaba y

temblaba y refunfuñaba (como hacía Gerda, imitando los sombríos retumbos) cuando caían las bombas, es decir, todos los santos días. Nizan también estaba consternado por la noticia, y visiblemente incómodo, después de haber conocido a Capa en momentos muy distintos, con su expresión de vividor arrogante.

Con todo, intentaban fingir que tenían algo que decirse, Nizan y ella, e incluso se aventuraban a involucrar de vez en cuando a Capa. A la altura de Limoges tuvo lugar el más largo de sus intentos.

—Estamos casi a medio camino —anunció Nizan.

—*Ah, bien* —fue la respuesta de Capa, que volvió a acurrucarse de inmediato en los brazos del asiento.

—Limoges —dijo Ruth—, ¿la ciudad de las porcelanas?

Unas porcelanas preciosas, por supuesto, pero desde los días de la *Grande Révolution* los que las producían les habían puesto las cosas difíciles a los amos. Nizan, sin dejar de disertar sobre el Lemosín, sobre su encomiable clase obrera, los recursos del caolín y demás, la miraba con gravedad solicitándole ayuda.

—Los señores de la casa en la que serví, recién llegada a París, tenían un servicio de Haviland. Si rompía un solo platito me arriesgaba a terminar de patitas en la calle, pero me pagaban en negro, como a todos nosotros los emigrantes...

¿Por qué, con tal de hablar, le había contado esa historia que tenía la vulgaridad de una bufonada para pequeñoburgueses ansiosos de una velada estimulante? La *Fräulein*, después de llevar a los niños al colegio, se encontró al cabeza de familia desnudo bajo la *robe de chambre*, gritó «*c'est dégoûtant!*», salió corriendo del dormitorio y de la casa, sin saber adónde ir, lloró en un banco, buscó un teléfono para volver con su madre, regresó, hizo las maletas. Y descubrió que encima la habían denunciado en la prefectura como *étrangère* en situación irregular, cosa que generó un montón de líos. Pero después apareció Gerda y se fueron a vivir juntas...

Entonces Capa se estremeció de tal manera con una sacudida que incluso Nizan dio un respingo. Ya no podía soportar más el nombre de Gerda, y en ese punto tenía que romper a toda costa el silencio que reinaba en el

compartimento.

—¿Usted sabe si los propietarios de las fábricas Haviland son de la misma familia de Olivia de Havilland? —le preguntó a Nizan.

Las estrellas de cine no eran su especialidad, le había respondido él, mirándola tras sus gafas redondas, pero había leído que la actriz estaba relacionada con los dueños de la industria aeronáutica:

—Se trata *quand même* de las grandes dinastías capitalistas, *n'est-ce pas, madame?*

En otras circunstancias, a pesar de la formalidad que Francia les enseña a sus propios hijos, con independencia de su extracción social e ideología, lo habrían dejado correr, por sentido del ridículo y por decencia. Pero el silencio era demasiado doloroso, y Paul Nizan continuó hablando inopinadamente sobre cine. Cuando se estrenó *El Capitán Blood*, quedó claro de inmediato que Olivia de Havilland estaba destinada al éxito; por no hablar de Errol Flynn, quien, después de sus gestas como pirata noble y rebelde, se había ido a España a solidarizarse con el bando adecuado...

—*Un con total, ce Flynn-là!* —irrumpió Capa con un desprecio de ultratumba. Un payaso que usaba la causa española y a las españolas, sobre todo, para satisfacer sus propios caprichos de divo, y además era un cagueta repugnante.

Nadie volvió a pronunciar una palabra más.

Tal vez Nizan desconocía la historia entre bastidores que le había hecho tropezar en ese *faux pas*. O tal vez supiera que Errol Flynn también había coqueteado con Gerda, pero no le había dado importancia a esos rumores. Capa, dos días antes, habría enterrado a su contendiente con un aluvión de anécdotas grotescas, no con esa frase llena de furia.

Un silencio gélido había caído en el compartimento. Montañas, rebaños, tres viajeros momificados en sus asientos. Así llegaron a la estación de Toulouse.

En Toulouse, Capa logró revestirse de una apariencia de contención, hasta que se supo que no había permiso para repatriar el cadáver en avión («Pero ¿caso

podía llamársele a eso repatriación?», pensó Ruth). Gerda seguía en Valencia, esperando hallar acomodo en algún vagón que tenía que respetar cada punto de control y pequeña estación catalana. Después de algunas llamadas telefónicas entre Paul Nizan y Louis Aragon, se acordó que el representante de *Ce Soir* iría a Portbou para despachar los trámites burocráticos (¿hacía falta la *carte de séjour* incluso para el cadáver?) y para montar más tarde en el convoy especial de los ferrocarriles franceses junto con el ataúd. A Capa, que había vuelto a convertirse en una carga, convenía devolverlo a casa sin demora: en parte para evitarle la incalculable espera en la frontera; en parte, afortunadamente, porque contaban con Madame Cerf, que una vez de regreso en París podía ofrecer apoyo a la familia de Gerda proveniente de Belgrado.

«*Il y arrive que des civils survécus à un bombardement plombent dans un état catatonique*», [*] había anotado Ruth durante una clase de primeros auxilios dedicada al discernimiento de lesiones internas. Pero no sabía qué hacer con ese *état catatonique*, excepto sentirse aliviada de que la línea Toulouse-París no previera excesivas paradas intermedias. «Déjalo dormir, que buena falta le hace», se decía, cerrando a su vez los ojos. Pero los volvió a abrir en Cahors. «Por lo menos descansar», se repetía, cerrando de nuevo los ojos en una inútil tentativa de acallar el suplicio. «¿Por qué yo?», se repetía. ¿Por qué no Chim, o Cartier-Bresson, o acaso los Stein, que siempre habían estado muy próximos a la pareja? Eso es, ¿por qué no Lilo Stein, si es que Capa tenía que aferrarse realmente a una mujer? Ni siquiera somos amigos, amigos de verdad, se decía, algo que tal vez en los últimos tiempos también valiera para Gerda. ¡Es que no ves en qué estado se encuentra!, se rebelaba, apretando con más fuerza los párpados, dirigiéndose a quien ya no podía escuchar sus recriminaciones. ¿Y tu familia? Nunca mencionaste que tu madre estaba enferma y ahora tengo que cuidar de tu padre, con quien, en toda mi vida, habré intercambiado un par de saludos. ¿Qué te creías, Gerda, que eras invulnerable?

Ruth había anhelado un momento para sí misma, pero ahora que ese momento se alargaba de estación en estación ferroviaria, no podía dejar de revolverse en el zumbido de sus pensamientos, con las olas de extenuación que retumbaban en sus tímpanos, como si estuviera bajo el agua. Invulnerable, sí,

claro. Es fácil sentirse invulnerable cuando los demás te importan tan poco. Nosotros, en cambio, estamos aquí haciendo lo que podemos, y yo ni siquiera puedo dejarme llevar, porque lo tengo enfrente de mí. No puedes verlo, no puedes darte cuenta de su estado. Podría tirarse del tren; no, ahora no podría, pero es mejor no confiarse. ¿Alguna vez te lo planteaste? ¿Alguna vez pensaste en los que se quedan?

No había desahogo alguno en ese constante rumiar, al contrario, hacía que se sintiera aún más miserable, más atrapada en la angustia que removía el resentimiento: hasta que sentía la presión de una bola en el estómago que acababa saliendo en forma de quejido. Ruth notaba cómo le subía por el diafragma, semejante al grito de un gato abajo en el patio, pero tener que tragársela amplificaba su resonancia interna, diáfana y tremenda. Con los labios contraídos, la mandíbula temblorosa, empezó a llorar con los ojos cerrados. Mientras tragaba saliva y se iba borrando con las manos los hilos de lágrimas, se esforzaba por recuperar el ritmo de la respiración que lentamente la condujo a un breve sueño.

Cuando el tren se detuvo, André la estaba mirando.

—¿Dónde estamos?

—Orleans: lo ha dicho un señor con mucho equipaje.

—Entonces nos falta algo más de una hora. Habrá alguien de *Ce Soir* para acompañarte al hotel. Yo, por desgracia, como te habrán explicado, no puedo hacerlo.

André, indiferente a esas noticias como a todo lo demás, seguía mirándola. ¿Se habría dado cuenta de que había llorado? Seguía teniendo los ojos enrojecidos, acaso haciendo juego, en cierto modo, con los ojos hinchados de él, que ahora buscaban los suyos. Instintivamente, se sorbió la nariz.

—*Entschuldige*, Ruth.

—¿Por qué?

—Tendrías cosas que hacer, el trabajo..., el cine.

—Qué va, todo el mundo está muy ocupado tranquilizando al director acerca del estreno de *Yoshiwara*. Ophüls ha tenido que conformarse con un jardín japonés en Porte de Saint-Cloud en vez de rodar en Tokio.

—¿Qué tal es la película?

—Un mejunje de *Madame Butterfly*, *La Bohème* y *La Traviata*. Seré injusta, pero considerando las versiones que he tenido que mecanografiar, me conmovería más con una película soviética sobre un colectivo ucraniano de apicultores.

¿Podía llamarse sonrisa a esa mueca que había aparecido en la cara de André? Fue apenas un reflejo, que sin embargo desmentía el *état catatonique*. Ruth había aprendido que una respuesta física a los estímulos externos, si persistía, ahuyentaba la sospecha de daños permanentes. Reanudarían sus vidas: incluso Capa lo haría de alguna manera.

Tenía que seguir hablando, contarle lo que fuera. ¿Podría servir ese jardín exótico a las puertas de París? Un lugar encantador, con puentecillo, linternas, una pagoda, un *pavillon de thé*, otras casetas con paredes de papel de arroz, mientras que el Sena discurría a pocos pasos y se oían los timbres de las bicicletas que iban de excursión por el Bois de Boulogne...

—Tal vez Seiichi me haya hablado de él...

—Lo han abierto al público hace muy poco, no lo conoce casi nadie.

Así pues, en lugar del melodrama entre la geisha y el oficial ruso de *Yoshiwara*, Ruth le había contado a André la historia de Albert Kahn, hijo de comerciantes de ganado, que en el París de la Belle Époque fundó un banco. Con sus increíbles ganancias adquirió la villa y los terrenos para crear un parque que contuviera todos los lugares que había amado. Bosques como los que había en sus Vosgos natales o en el lejano Colorado, un jardín francés, uno inglés, y el más grande, japonés, porque los títulos emitidos por el emperador lo habían convertido en uno de los hombres más ricos de su tiempo. Pero esos Jardins du Monde no le bastaban. Se sentía un viajero, un filántropo, un pacifista. Empezó a gastar su fortuna para favorecer el conocimiento directo entre diferentes pueblos y culturas, y promover así la comprensión y la hermandad universales. Al llegar el verano de 1914, la idea se reveló de una ingenuidad cruel, pero Albert Kahn no se dio por vencido. Creó de inmediato un comité de socorro para proporcionar alimentos y refugio a los prófugos, pues él mismo lo había sido de niño. Y tan pronto como los continentes volvieron a ser transitables, reavivó sus planes. El mundo había experimentado el reverso del progreso civilizador en el que Monsieur Kahn

creía —ruina irreparable, desaparición acelerada—, pero él aún podía conservar su frágil variedad y sus maravillas en imágenes. La idea se remontaba a un viaje a Japón antes de la guerra, cuando le había enseñado el uso de un aparato fotográfico y una cámara de cine a su chófer parisino.

—¿Un chófer? ¿Es que un fotógrafo era demasiado para su bolsillo?

—Espera. Kahn estaba acostumbrado a ir más allá de los objetivos alcanzados con éxito. De esta manera, contrató a una docena de fotógrafos y camarógrafos, y los envió a una cincuentena de países.

—¿Con los gastos pagados, a sueldo y todo lo demás?

—A sueldo, no sé, pero les proporcionaba película y Autochromes Lumière en cantidades ilimitadas. Se trataba de crear un archivo de la vida humana, un archivo planetario. Le trajeron unas cien horas de película y más de setenta mil placas en color...

—¿En color? Menuda locura.

—De no haber sido por los fondos públicos, los Archives de la Planète se habrían perdido. No son un servicio de porcelana de cuyo valor se da cuenta cualquiera...

—Incluso una hermosa *Fräulein* que lo hace pedazos como revancha... Deberías haberlo pensado.

Vaya si lo había hecho, le replicó con una aguda carcajada, arrancada del estupor de que él la hubiera escuchado. Pero al oírla gañir, Capa se había echado a llorar de nuevo: no mucho, pero como despertando de la suspensión temporal de la pena.

Las historias de la vida no se enderezan porque encontremos una realmente hermosa que contar. También la del banquero había acabado mal, y Ruth solo podía resumirlo tal como había ocurrido. A lo que Albert Kahn le tenía miedo eran las guerras, el odio y los prejuicios, pero no a la red de intereses en los que participaba, la red de intercambios planetarios para la que no existe una diferencia sustancial entre guerra y paz. Los bancos franceses creyeron estar al resguardo de la tormenta en Wall Street. En cambio, cuando en 1931 comenzaron a tambalearse, la Banque Albert Kahn estaba demasiado expuesta a los mercados y era, al mismo tiempo, demasiado pequeña para merecer que el Banco de Francia interviniera. Kahn hipotecó sus propiedades a orillas del

Sena y la villa en la Costa Azul, pero al final cayó en picado. Tras la quiebra de su banco, se le confiscaron todos sus bienes y se le concedió el uso en comodato de la residencia de Boulogne.

—¿Y las placas, las películas?

—En un depósito municipal, como te dije...

Ruth se dio cuenta de que la casualidad le había sugerido una historia milagrosamente adecuada para estimular el resto de la curiosidad que le quedaba al fotógrafo, pero solo podía añadir que Ophüls, al enterarse de que el banquero conocía el Tokio de la época de *Yoshiwara* y poseía algunas imágenes de allí, insistió para ser recibido a toda costa en la villa. Kahn, que era un hombrecillo aún en buena forma, excepto por el uso del bastón, intercambiaba de buena gana algunas palabras con Michiko, la joven protagonista, pero luego saludaba al resto de la compañía con media reverencia y se recluía en su casa.

Aquella era la verdad, la verdad le había ofrecido una pausa de efecto. Y ahora Capa esperaba la resolución de la historia.

—Un día que yo andaba por allí, Ophüls me llama y me presenta a Kahn. «Madame Cerf, como le será fácil entender, tiene orígenes alsacianos de antiguo linaje rabínico, a diferencia de mí, que solo sería un Oppenheimer de Saarbrücken, como muchos otros, si no me hubiera puesto un nombre artístico.» «Lo conozco bien», responde Kahn, «allí iba al mercado con mi padre.» La intuición, me explicó después Ophüls, le vino cuando su mirada tropezó con la punta de los abetos, esa perspectiva lineal entre el Sol Naciente y los bosques de su infancia. De todos modos, desde aquel día, para Monsieur Kahn todos éramos paisanos, *Landsleut*, con quienes desempolvar incluso el curioso *Jeddisschdaitsch* de su infancia. Su interlocutor favorito era el director de fotografía, que con el yidis se las apañaba bien porque era de Breslavia. Era gracioso escucharlos hablar sobre aspectos técnicos del cine que apasionaban a Kahn, y en los cuales Eugen Schüfftan es un auténtico genio. Se inventó los efectos especiales de *Metrópolis*, y desde que Fritz Lang está en Estados Unidos, Ophüls se lo disputa a todos los directores alemanes de París, y también a los franceses.

Ruth estaba a punto de contarle que, al final, Ophüls y Schüfftan fueron

invitados a una proyección de las asombrosas Autochromes, cuando Capa la interrumpió con vehemencia. ¡Qué decepción la primera película que Fritz Lang había filmado en Hollywood! Spencer Tracy es muy bueno, pero ciertamente no está a la altura de Peter Lorre. *Furia* no tenía nada que ver con *M*. La chica con la que fue a ver la película salió tan asustada que le obligó a gastarse la calderilla que le quedaba para acompañarla a casa en taxi. Así que tuvo que tragarse kilómetros de sombríos barrios berlineses, entre sombras fantásticas de asesinos maniacos, y el peligro mucho más real de ser arrestado por vagabundo.

«Se está calmando», pensó Ruth. Pero era como si hablara en lugar de otro.

—Hace meses estábamos bloqueados en París —continuó André, con voz monocorde—. Tuve que cubrir unos ejercicios de defensa civil que parecían un baile de máscaras antigás, en comparación con España, donde los frentes estaban parados. Gerda trabajaba poco y empezaba a impacientarse...

—Ya me lo imagino.

—Estábamos al fondo de la sala, yo la abrazaba con fuerza, como siempre, hasta que las luces se encienden y la gente se levanta para irse. «*M* era otra cosa», le digo, y le cuento mi experiencia berlinesa, que la hace reír. Gerda también la había visto, fue con Kuritzkes, ¿verdad?

—No sé —respondió ella—, es probable...

¿La estaba escuchando Capa?

—No habían acabado los créditos —prosiguió— y Gerda me comunica que va a ir a visitar a Georg. Me sentí como Spencer Tracy, furioso, con ganas de liarme a puñetazos con ella. Cuando cayeron las primeras bombas sobre Madrid, todavía estaba allí, en Capri.

Capa se echó a llorar. Después de desahogarse, se encerró de nuevo en un silencio protector, que a ella la devolvió a sus cavilaciones.

Esa visita a Nápoles resultó más larga de lo previsto: y Ruth conocía a Gerda y conocía a Georg. El desaire con Willy Chardack era agua pasada, ambos ya tenían proyectado ir a la guerra de España. ¿Qué podían perder, aparte de algunos momentos que vivir en plenitud?

Y a su regreso de Italia, Gerda se había catapultado a España, sin vacilar.

«Pobre amiga, ¿qué has hecho?», pensó Ruth con repentina y resignada ligereza.

El tren había aminorado la marcha y se había detenido a las puertas de París. Ahora que las luces, los edificios, los carteles publicitarios indicaban que casi habían llegado, André la miraba con ansiedad.

—Te llamaré al hotel —le había prometido— tan pronto como pueda.

—*Macht nichts!* —le respondió André—, déjalo correr —dijo con un gesto que se había traído consigo de Budapest, un gesto demasiado impetuoso.

Porque la verdad era más bien la contraria. Estaba claro para ambos que él seguiría buscándola, y que Ruth se dejaría encontrar siempre que pudiera, lo escucharía y lo vería llorar, llorar cada vez menos y hablar cada vez más. Hablar de Gerda. El viaje a Toulouse estrechó sus vínculos más de lo que lo habían estado cuando Gerda aún vivía.

Weisz todavía está hablando por teléfono con Capa, pero Ruth no puede quedarse para siempre sentada en un sillón, abrumada por pensamientos que no la ayudan a salir adelante.

Se levanta dándose impulso, aparta la revista para dejar espacio en la mesa para papel y pluma. Está buscando unos negativos en las baldas altas de la estantería cuando Csiki cuelga. Ahora sabe lo que ha de responderle: «Es mejor no enseñarle nada a Capa hasta que no estemos seguros de que se ha recuperado por completo, cuestión de unos cuantos días».

Csiki está de acuerdo, meditabundo, luego menea la cabeza. Pero no duda de su consejo.

—En España todo se derrumba. Y nos perdemos en estas tonterías.

—Qué va, yo te entiendo.

—Para él es una catástrofe.

—Lo sé y lo siento mucho, pero ahora tengo otras cosas en las que pensar. Melchior ha encontrado trabajo en Berna, vamos a establecernos allí, para que mi madre pueda salir de Leipzig, por fin.

Csiki asiente sin énfasis, pero luego pregunta si ha sido por la *Reichskristallnacht*. Su cantilena húngara derrapa entre esa aglomeración de

consonantes.

—Se suponía que mi hermano iba a casarse dos días después —dice Ruth con un suspiro—, pero agarró a la novia y se largó. Acaba de dar señales de vida desde Estocolmo, una sorpresa enorme. Mi madre, mientras Hans estuviera en Alemania, no se habría movido ni un centímetro. Ahora el problema es el dinero. La suma que mi hermano le ha dejado después de haber vendido a toda prisa sus negocios y sus objetos de valor no cubre la tasa de expatriación. Los nazis son codiciosos. O la bolsa o la vida. Cuanto más lo pienso, más me exaspero.

—¿Y el otro hermano, el que vino aquí a verte?

—Le escribí, pero no espero gran cosa de su respuesta. Kurt fue el primero en irse y en invitar a nuestra madre a reunirse con él en Estados Unidos. Se suponía que Hans debía pagarle el viaje, él era el empresario de la familia, sus benditos negocios en la bolsa de pieles le retenían en Leipzig. Pero en 1934, detienen al hábil Hans y lo mandan a Sachsenburg, y Kurt, ay Kurt, se lo toma muy mal. Porque nuestra madre era rehén de Hans, y porque al final se endeudó para sacarlo del campo de concentración. Por si no bastaran los nazis, los viejos celos entre hermanos. Es increíble...

Demasiado ímpetu, probablemente, pero el silencio de Csiki, atento y melancólico, no ayuda a moderarlo. ¿Cuántos hermanos tienes en Budapest? ¿Hace cuántos años que no los ves?

—Kurt insistirá en que Hans debería haber pensado en ella antes de salvar su propio pellejo. ¿No podía habérsela llevado a Suecia? Reiterará que la vida en Nueva York es demasiado cara para un actor de teatro. Ahora Hans no tiene trabajo, pero, conociéndolo, no tardará en encontrarlo: cuando papá murió, no sé lo que hubiéramos hecho sin él. Kurt, sin embargo, no podía soportar que Hans se diera aires de cabeza de familia porque traía el dinero a casa, y Hans no podía soportar que Kurt hiciera lo que le viniese en gana solo porque era el pequeño. Mientras tanto, les he escrito a ambos dándoles la suma exacta de mis ridículos ahorros. Intento picarlos en su orgullo, que no les falta a ninguno de los dos. De un modo u otro se resolverá.

—¿Te marchas enseguida?

—No, no —replica Ruth.

No hay ninguna razón para apresurarse, cuando aún les quedan tantas cuestiones por resolver, pero ella quiere seguir adelante. Y debe hacerlo como residente en Suiza, casada con un suizo, para poder acoger a su madre en Suiza, si todo sale como espera.

—Me gustaría decírselo a Capa antes de que se vuelva corriendo a España —continúa Ruth—. En los próximos días intentaré venir aquí más a menudo, así que tal vez esté presente cuando decidas enseñarle la revista. Aunque no haga ninguna falta.

—Gracias.

—De nada.

Ruth, aliviada, vuelve a la estantería de los negativos, y Csiki, en lugar de encerrarse en el laboratorio, la sigue.

—Capa no pasará hoy por aquí. Kati Horna está en el hotel. Le he aconsejado que no se mueva hasta que se despierte, así estará segura de encontrarlo.

—No sabía que estaba en París —dice Ruth, y de inmediato se percata de cómo esa frase trivial suena equívoca con respecto al escenario al que alude: la huida desde Barcelona con todos los bártulos, el éxodo republicano que se suma a la llegada de austriacos y alemanes, con el trasfondo del revuelo sobre los judíos y los bolcheviques que están invadiendo Francia.

—Hace poco que ha llegado. Le he dicho que cargue las llamadas que tenga que hacer a la habitación de Bandi —dice Csiki.

No tienen dinero, ni trabajo, ni alojamiento. El marido de Kati ha pillado un principio de neumonía en los Pirineos, donde los franceses lo encerraron en un campo de concentración, aunque, a pesar de ser anarquista, se hiciera con un uniforme para ayudar a las masas en fuga: pobres camaradas a los que no les queda nada, o nunca lo han tenido, y ahora se congelan en las montañas, jamás habían visto la nieve cuando llegaron desde la costa sin prendas de abrigo.

«Deberíamos estar allí», dice Ruth. Pero es un lujo que no puede permitirse.

Csiki le está hablando de prefecturas, trámites y permisos, y ella se distrae con sus propios asuntos, el temor a que los suizos le revoquen su ciudadanía si

descubren por qué Melchior y ella van a Berlín.

—Poco a poco las cosas se calmarán —concluye Csiki, y Ruth asiente, sin saber por qué.

—Disculpa, me he distraído.

—Decía que el resto se arreglará ahora que Kati y José Horna están aquí. Y, con esto, vuelvo a mi cubículo.

Ruth coge las cajas que necesita, y en ese ir y venir entre la mesa y los estantes va pensando alternativamente en España y Alemania, y se acuerda entonces de Georg. No ha vuelto a tener noticias de él, pero seguro que ha sido inevitable que él también haya ido a parar a un campo de concentración: agotado, expuesto a enfermedades, acosado por los *gendarmes* y por los guardias que odian a la gente como ellos.

Cuando volvió a verlo en el invierno parisino en febrero de 1937, Georg le pareció de una belleza radiante («Mientras haya un rayo de sol, se está mejor afuera: en Nápoles las casas no tienen calefacción»). Sus camaradas italianos bramaban de entusiasmo ante la idea de sentarse en un famoso café de la Rive Gauche y respirar ese aire libre y frívolo, después de haberse presentado en la oficina de reclutamiento de las Brigadas Internacionales.

—Tal vez nos veamos allí, vosotros como doctores, yo como enfermera —había aventurado Ruth tras explicarle que se había matriculado en un curso de la Cruz Roja. En ese momento, un joven de pelo engominado hizo una observación, suscitando la hilaridad de todo el grupo, y Georg se sintió obligado a traducírsele:

—Perdónalos, no puedes entender a quienes se han criado entre el patriarcado católico y el fascismo. Aquí mi amigo, que ayer vio también a Gerda, se preguntaba si en Leipzig sois todas así... Ha dicho que un pobre herido se desmayaría de inmediato, nada más abrir los ojos y encontrarse frente a alguien como tú.

La atmósfera era alegre y de confianza, Madrid resistía a los bombardeos infames, Gerda había vuelto a ir al frente del Jarama, donde la nueva ofensiva a la capital iba a ser rechazada otra vez. «Te estaré esperando», le dijo Georg,

abrazándola.

Habían pasado meses desde aquel encuentro, Gerda ya no se dejaba ver por París. Una noche, Melchior había vuelto de un humor de perros de una reunión del partido.

—Malas señales: Georg Kuritzkes se ha librado del fusilamiento por un pelo. Le buscaron las vueltas, y le acusaron de ser un espía fascista, luego un médico italiano testificó a su favor en el juicio. Alguien, ciertamente, lo ha denunciado. Aquí, en la oficina de alistamiento, no han reconocido su inscripción en el Kommunistischer Jugendverband y han aceptado su solicitud con reservas...

—¿Estás de broma? ¡Si ese ha nacido comunista! —exclamó Ruth, casi quemándose con el fósforo con el que se había encendido un cigarrillo.

—Sí, eso mismo dicen los de Leipzig, convencidos de que la calumnia proviene de alguien del KPD local.

En la cocina, donde había ido a buscar algo para comer, Melchior le contó el resto. A Kuritzkes no le habían concedido permiso para servir como médico, sino que le habían dado a elegir entre darse inmediatamente la vuelta o luchar como un simple soldado, y él prefirió que lo mandaran al frente.

—Puede que la política no tenga nada que ver con eso —dijo Ruth, sentándose frente a Melchior para mirarlo a los ojos—. Georg siempre tenía a las chicas a sus pies. Probablemente se haya tratado de envidia, o de la venganza de alguien a quien Georg le arrebató a su chica. Ten en cuenta que el asunto se remonta a febrero, cuando la atmósfera aún no estaba tan envenenada. Cualquiera que haya sacado a relucir esta infamia podría creer que acaba de sacarse una china del zapato.

—Espero que tengas razón —concluyó Melchior.

Después de los terribles acontecimientos de Barcelona, el SAP había pactado con los comunistas que sus voluntarios pudieran confluír en las Brigadas Internacionales, dado que, al menos, todos estaban de acuerdo sobre la prioridad de ganar la guerra. El clima se había vuelto más relajado, pero Ruth no se había liberado del temor de que, si se marchaba a España, un pretendiente rechazado podría denunciarla o incluso chantajearla, comportándose de manera opuesta a ese otro pretendiente, afiliado a las SS,

que le había aconsejado que abandonara el país. La idea de tener que andarse con cuidado, no con los nazis, sino con sus propios camaradas, le resultó tan insoportable que a Melchior no le costó demasiado convencerla de que su frente antifascista eran las actividades en Alemania, y nada más.

Ruth se inclina sobre la mesa para abrir los cuadernos de Taro y de Capa —niños pequeños heridos, prófugos durmiendo amontonados en las calles, milicianos a caballo con sombreros de paja de campesinos de épocas remotas—, y sigue pensando en la última vez que tuvo noticias de Georg.

—El doctor Kuritzkes te manda recuerdos.

Había pasado casi un año desde que Capa, de regreso de Teruel, la sorprendió con esa salida.

—Gerda tenía razón: un chico muy guapo, una persona como es debido, un pelín rígido, pero, sin ofender, después de todo sois alemanes...

—Tal vez estaba descolocado por el hecho de que hubieras ido a buscarlo.

—Descolocado y por lo tanto rígido: ¿te parece eso una objeción válida a lo que he dicho?

Ruth, a su vez, estaba aturdida, pero no tanto como para no hacerle la pregunta principal un instante antes de ver cómo se desvanecía siguiendo a Csiki.

—¿Quieres decir que por fin lo han aceptado como médico?

Era una noticia excelente, aunque Capa nunca se había pronunciado sobre cómo había encontrado a Georg. Por otra parte, no había regresado a España más que en ese último periodo, que lo había dejado hecho un guiñapo. ¿Sabía qué había sido del doctor Kuritzkes?

Podría preguntárselo, se dice Ruth, mientras maneja los negativos, mejor dicho, pedirle que se informe tan pronto como llegue a Barcelona. Sería un buen preámbulo para avisarle de que tal vez no la encuentre allí cuando regrese a París.

Luego tiene que ponerse en contacto con Soma, que ha vuelto a Nápoles, y rogarle que responda a la dirección del Atelier, pues de lo contrario la información necesaria para ayudar a Georg corre el riesgo de vagar de un país a otro.

Ahora que está de vuelta en Nápoles, Soma puede compartir sus

preocupaciones con Jenny, pero en el peor momento se encontraba en París. Se habían conocido en el café y él había sacado esa carta de Georg, escrita desde algún remoto puesto de avanzadilla andaluz, y había señalado una frase metida en medio: «No os olvidéis de mí». Soma se había quedado helado ante ese imperativo.

—Haz simplemente lo que te pide: escríbele —le había dicho Ruth.

Pero ella estaba tan alarmada que había ido corriendo a la rue Vavin para ver al menos cómo se encontraba Capa. El conserje la había dirigido al pequeño vestíbulo desierto, donde dos hombres hundidos en los sillones se dejaban llevar, aturdidos, por Billie Holiday.

*A cigarette that bears a lipstick's traces,
An airline ticket to romantic places,
And still my heart has wings
These foolish things remind me of you.*

André colocaba una y otra vez la aguja en el gramófono. Ted Allan, el chico que estaba con Gerda en Brunete, seguía enterrado en la butaca con las muletas apoyadas en los reposabrazos, con las mejillas surcadas de un niño al que le han roto el más querido de sus juguetes. Ruth había pensado que aquella unión de viudos era una *folie à deux*, y que el más loco de los dos era Capa. Pero luego, al averiguar que había ido a buscar a Georg, pudo descubrir cierto método en su locura: un intento de medicarse a sí mismo ayudando a los viejos rivales, una idea de lealtad a Gerda, tan excéntrica como coherente a su manera.

Ruth comprende que todavía puede hacer algo antes de preparar las maletas para Suiza, algo para sentirse menos en deuda con quienes han luchado por España. Debe terminar de catalogar las imágenes de esa guerra perdida. Debe hacerlo precisamente por esa razón, y hacerlo como es debido. El fascismo no durará para siempre por muchos crímenes y desastres que aún pueda causar, así que sigamos adelante, se dice resueltamente. Un pensamiento que merece

un cigarrillo. Las democracias ilustradas seguirán haciendo lo que quieran, pero no podrán decirnos que no han sabido prever lo que Hitler y sus cómplices estaban preparando. Aquí tenemos las pruebas de los *hors d'œuvre*: las pruebas de la resistencia popular, las pruebas de la destrucción sistemática.

Février 1937: réfugiés de Málaga, après du bombardement fasciste de la ville d'Almería, escribe en la columna de una hoja en blanco, decidida a llenar todas las demás.

Está tan concentrada en el trabajo que se sobresalta con la puerta de la cocina. Csiki la ha abierto de repente y ahora se dirige hacia la entrada con sus saltitos de camarero en un café para turistas.

—Tengo que irme al reparto. ¿Te veo mañana?

—Por supuesto, y también los próximos días. He acabado 1936 y sigo adelante, te prometo que habré terminado antes de irme. Basta con que apunte las divergencias, ¿verdad?

—Solo las importantes: fechas, lugares, circunstancias.

—Estaba pensando en empezar con los cuadernos, marco las copias impresas en la columna de al lado, luego todas las películas que corresponden al mismo periodo.

—Perfecto. Así, poco a poco, vamos ordenando los negativos, que son lo más importante y lo que está peor.

Csiki, arrebuñado con la boina, la bufanda, y con el cuello levantado hasta las orejas, bolsa en bandolera y las llaves de la bicicleta en la mano, le lanza un afectuoso saludo.

—*À tout à l'heure* —se lo devuelve ella y se concentra de nuevo en su tarea.

No hay una sola alma viviente en la rue Froidevaux cuando sale del Atelier. El tiempo es tan malo que Ruth sueña con el letrero del metro desde las primeras zancadas en el sendero empapado de aguanieve por el que corre el riesgo de patinar, mientras el intenso olor a tierra húmeda le invade las fosas nasales. «Pronto no tendré que caminar por un cementerio para ir a trabajar», se repite,

y eso, quizá, la reconforta. Csiki ya está por fin al tanto del asunto, solo le queda hablar de ello con Capa. No ve la hora de decírselo a Melchior, y se lo dice, de hecho, incluso antes de quitarse el abrigo.

—Bien. ¿Te caliento un poco de agua para descongelarte los pies?

—Justo estaba pensando en ello...

—Tómalo con calma, cámbiate, tenemos una *baguette* fresca y algo de sopa que nos sobró.

Con un pijama de franela y un jersey encima, y los pies en la palangana metida debajo de la mesa, mordisqueando un mendrugo de pan («¡Qué hambre tengo!»), Ruth escucha las novedades del día. Les han encontrado un apartamento de dos habitaciones en Berna, le informa Melchior, y tiene toda la intención de no dejar que se les escape. Por más que Berna, después de Berlín y París..., les va a parecer un pueblo grande. Se le encoge el corazón un poco, pero dejemos que se le encoja, ya se consolará, hay que saber adaptarse.

Ruth ya se ve descolgando un reloj de cuco de una pared y poniendo en su lugar una foto de París. Pero la perorata berlinesa con la que Melchior pretende enmarañar su propia cesión al sentimentalismo le recuerda que para él esa repatriación no es menos difícil que su condición de extranjera ya casi universal.

—¿Cuándo empiezas en la tipografía? ¿Después de las fiestas?

—Sí, primero haré un par de viajes para prepararlo todo. Voy a Berlín en Navidad y vuelvo después de Año Nuevo. Esta vez es mejor que te quedes aquí, así te encargas de mis últimos asuntos. Mientras tanto, me empadrono en el registro civil. En caso de arresto, Berna podrá solicitar que me expulsen directamente a Berna. ¿Qué te parece?

Peligrosamente, la cosa le hace gracia, mientras se lleva la cuchara a los labios. En realidad, no tiene nada de gracioso, y, sin embargo, no deja de ser cómico que un suizo por secular linaje paterno revalorice su patria jurídica como una sala de espera, en comparación con la perdida *Heimatstadt* de Berlín.

—Me parece bien. También la sopa recalentada. Me alegro de que nos vayamos.

—¿Ah, sí?

—Me alegro de romper con lo que debemos romper. No esperar más. Luego ya veremos, con mi madre, con el dinero y con todo lo demás.

Ruth disfruta, dejándose llevar, de la tibieza que siente irradiarse desde dos direcciones opuestas hacia el centro de su cuerpo. Mientras tanto, le habla de las fotografías de Capa y de Gerda desde 1936 hasta las últimas batallas. De cómo, al ficharlas, se ha percatado de su volumen total y de su valor.

—Cuando ves todas esas fotos seguidas —dice con una excitación cargada de rabia que allí puede liberar—, se aprecia perfectamente cómo la agresión nazi-fascista se vuelve cada vez más bárbara... Esa porquería de la guerra total... Madrid, Málaga, Almería, Guernica, Bilbao, Valencia...

Melchior se ha puesto las gafas para repartir lo que queda de vino, sirve casi tres dedos exactos para cada uno, levanta el vaso en alto para brindar. Hasta parece feliz.

—¡Por la camarada más leal del bando de los leales!

Está encantado de tenerla ahí delante, roja de pies a cabeza, resuelta y solidaria en el fondo, y Ruth se siente alentada. El *vin de pays* se ha agriado algo, no es un pecado aguarlo un poco, y la pausa para llevárselo a los labios diluye el ardor y acelera sus saltos mentales.

—¿Verás a Sas en Berlín? —le pregunta a Melchior—. ¿Podrías llevarle una cosa de mi parte, una foto de Gerda? En el estudio hay muchas preciosas y recientes, no sé por qué no se me ha ocurrido.

—Porque eres una chica prudente.

—¿Me tomas el pelo? Tal vez solo quería evitar entristecerlo. Pero Sas no es de los que se dejan abatir, todo lo contrario, así que...

Melchior la interrumpe para decirle que, si está pensando en una foto tomada por Gerda, ni hablar del asunto, y, en todo caso, habría que seleccionarla con criterio.

—Sas y Gerda estaban hechos para entenderse —comenta Ruth, balanceándose en la silla con el respaldo bueno y las patas torcidas, presa de un nerviosismo que también le parece bueno, inclinándose hacia delante, a diferencia del cachivache en el que está sentada y que para romperse solo necesita un inquilino más corpulento. Imaginar que pueda ocurrir pronto la alegría.

Habría que seleccionarla, ha dicho Melchior, así que Ruth pasa revista a las imágenes que le gustaría mostrar al hombre con el que Gerda montaba en moto en sus primeras acciones antifascistas: dos imágenes donde se oculta detrás de un soldado, o duerme apoyada en un mojón en el que han grabado PC. Por desgracia, la foto en la que sujeta una mula por las riendas es imposible, porque el *mono azul* traicionaría tanto el tema como al dueño de la foto, ¿no te parece?

Melchior así lo confirma, suspirando.

—Ya lo tengo: te traigo un retrato bonito, y, en caso necesario, puedes decir que es tu novia.

—Esposa —la corrige Melchior.

—Sí, esposa, está escrito en tu pasaporte.

Ruth siente una vergüenza repentina, y busca de inmediato una forma para salir de aquella situación. En la foto que ha pensado darle a Melchior, Gerda está comprando lirios del valle, como es costumbre en Francia el Primero de Mayo. Casi con seguridad se disponía a ir a la Place de la Bastille junto con Capa. Pero a los alemanes se les puede colar otra historia. Decirles que estaba eligiendo el ramo de boda con su madre, que, en realidad, es la florista. En ese retrato, Gerda va vestida de forma sencilla, como cualquier chica de pueblo, como se ha acostumbrado a hacer en España. Pero nunca le falta ese estilo para combinar bufanda y gorra, esa sonrisa luminosa...

—Sas estaría orgulloso de verla así —concluye con entusiasmo.

—Está bien —dice Melchior—, a menos que se te haya escapado algún detalle comprometedor.

—No, es perfecta —replica Ruth, estallando en carcajadas—. ¡Capa la hacía pasar por una foto de su boda!

Sí, se había ido a China con una buena provisión de esas fotos y las iba repartiendo, como los misioneros con las estampitas.

Y luego los periodistas, contritos y algo morbosos, preguntaban en el Atelier: «*What about the beautiful wife he lost in Spain?*». [*] De hecho, ya había surgido en España la historia de que eran marido y mujer, un rumor alimentado para ayudar a Gerda, que circulaba sola entre los soldados. Y al final Capa, el hombre más proclive a confundir realidad y ficción, se ha

encontrado una prueba en sus manos: las flores blancas, la florista sonriente, Gerda con su chaqueta de ante. «Éramos una sola persona, un solo cuerpo», alcanzaba a mascullar en medio de una triste cogorza. Oh, cuánto se hubiera reído Gerda de él en su cara. Pero ¿acaso negaba esto que ella hubiera salido con él, esa mañana del Primero de Mayo, envuelta en su manchado y adorado chaquetón?

—¿Sabes que, viéndolos de lejos, casi de la misma altura, es decir, bajitos más bien, se parecían un poco a Charlot y Paulette Goddard en ese camino rural?

—¿Tú crees?

—Los conoces demasiado.

En efecto, objeto Ruth, las apariencias engañan. Él no podía evitar sacarla en quién sabe cuántos fotogramas, entre la multitud de un mitin, en una trinchera de Madrid; ella apenas le dedicó dos retratos.

—¿Era que a él no le gustaba que lo fotografiaran o era ella la que no estaba tan enamorada? —sonríe Melchior.

—No, no, un momento —replica acalorada Ruth, a pesar de que solo si sigue hablando toman forma sus pensamientos, unos pensamientos no muy tranquilizadores, pero que siente que debe secundar ante el futuro cercano y el hombre con el que se prepara para emprenderlo. De modo que le habla a Melchior del retrato de Capa en el *Picture Post* y de la Eyemo enterrada en Brunete. ¿Cuánto tiempo (¿horas?, ¿minutos?) habrá pasado entre el instante en que Gerda tomó la foto de un vehículo incendiado y el instante en que el vehículo en el que viajaba fue embestido? ¿Se habrán quemado vivos los ocupantes del camión en llamas? ¿Los habrá oído gritar Gerda? ¿Cuántas personas ha visto morir antes de morir? Un número mucho mayor de los que ha inmortalizado. Los soldados heridos en la Sierra de Guadarrama, algunos en unas condiciones tan graves que no tenían esperanza... Y todos estaban ya muertos en el hospital de Valencia... Gerda se deslizaba entre sus cuerpos torturados, se inclinaba para disparar, había fotografiado un cuerpo arrojado a las baldosas sin trapo alguno a modo de sudario, un niño o niña, de cinco o seis años, con la cara desfigurada.

—Yo me habría largado, o me habría echado a llorar, vomitando hasta el

alma. En cambio, ella fotografiaba, disparaba tres veces, luego cambiaba de cadáver, un muerto menos obscuro de contemplar, un muerto que algunos periódicos han publicado. Te lo pregunto a ti, dado que estás menos involucrado: ¿en qué se había convertido mi amiga en España?

—En una mujer muy valiente —le dice Melchior titubeante, incómodo.

Ruth, con un nudo en la garganta, niega con la cabeza:

—Nunca lo he negado. Valiente, capaz de controlarse, de enfocar sus objetivos.

—¿Qué es lo que te desconcierta, entonces?

Ruth no sabe qué responder, más confundida que su marido, cuya mirada le remite a su propia desorientación.

—Arrastraba consigo la máquina fotográfica, la cámara de cine, el trípode, durante kilómetros y kilómetros. Ted Allan ha contado que sus últimas palabras fueron para preguntar si sus rollos estaban intactos. Fotografiaba a ráfagas en medio del delirio, con la pequeña Leica sobre la cabeza, como si la protegiera de los bombarderos. El buen soldado Gerda: no me cabe duda. Pero no lo entiendo, no.

—¿El qué, Ruth?

—No entiendo lo que sentía. Miedo, poco, de acuerdo. Pero entonces, ¿qué?

Los dedos de los pies se le han arrugado, el agua en la palangana empieza a enfriarse, y Melchior parece haberse rendido a sus pensamientos en voz alta.

Volvía a Madrid, Valencia, Barcelona, prosigue Ruth. Volvía a ponerse tacones, carmín y su sonrisa. Regresaba a París y parecía la de siempre, la alegre y entusiasta Gerda, y hablaba de España, sí, con alguna referencia a las cosas horribles que había visto, con el ímpetu de esos relatos suyos de aventuras: las bestialidades cometidas por *los moros*, el agotamiento de la gente, el paisaje surreal creado por las bombas. Pero todas esas palabras iban destinadas a la causa, al igual que sus fotos. La solidaridad internacional tenía que divulgar de forma clara y fuerte que la no intervención era un crimen. Eso era lo que decía Gerda Taro, y yo la entiendo.

—Yo misma, ¿cómo me comportaba, a fin de cuentas? La fiestecita con los Stein, en mayo de 1935, ¿te acuerdas, Melchior? Las bombillas de colores

creaban una atmósfera de cuchitril, la sopa de medianoche servida a cazos por encima de la olla para agrupar a los borrachos. ¿Y a quién le dije yo que Hans estaba otra vez en Sachsenburg? A Gerda no, que estaba flirteando con André Friedmann y con otros invitados. No se lo dije a nadie, porque no era cuestión de decírselo a nadie, ¿verdad? Mejor hacer como si nada. Meses después nos encontramos en la calle e intercambiamos unas palabras. «Te veo muy bien, Ruth, ¿a qué te dedicas?» «Voy a casarme, nos hemos mudado.» «¡Enhorabuena! Parece que no podría irte mejor.» «Bueno, mi hermano está en un campo de concentración.» «¿Kurt?» «No, el mayor, Hans, el que se quedó en Leipzig.» «*Ach so*, los confundo. Es terrible, pero con Kurt en América algo se podrá hacer ¿no? No te dejes abatir.»

—Un intercambio normal entre amigas que ya no son tan amigas como antes —dice Melchior, quien tal vez esté empezando a perder la paciencia.

—Normal, sí. Pero ¿entiendes lo que quiero decir con «hacer como si nada»? Hablar de ciertas cosas como si fueran normales, porque lo son, porque no hay otra forma de tratarlas...

—Porque se han vuelto normales.

—Está bien. Pásame el trapo, ya es suficiente.

Mientras ella se seca los pies, vacía la palangana y se pone un par de medias recién lavadas, su marido ha quitado la mesa y se ha puesto a fregar los platos.

—No te quedes ahí como un alma en pena —le dice al verla de pie delante de la puerta—, siéntate, acaba tu razonamiento.

—Llamarlo así quizá sea excesivo... —sonríe Ruth, mientras va a sentarse, pero no en la silla desvencijada—. Por otra parte, ¿qué nos queda aparte de hacer como si nada? En caso de peligro real, por ejemplo, yendo a Berlín, o incluso aquí, donde todo es pacífico en apariencia. ¿Y los que llegan de España? ¿No deberían insistir en evocar los horrores?

Melchior la escucha en silencio, inclinado sobre el fregadero.

—Y sin embargo, Capa se derrumbó la última vez —prosigue Ruth—. Siempre ha sido más frágil que Gerda. No es una cuestión de coraje, porque no ha hecho otra cosa que trabajar bajo las bombas. Es cuestión de fuerza de voluntad y de control. Era ella la que llevaba los pantalones... Pero no, qué

digo, los pantalones no tienen nada que ver con esto...

Melchior interrumpe sus tareas de limpieza y se vuelve para mirar a su esposa, enternecido.

—¿Sabes cuál es la paradoja? —Se ilumina Ruth—. La paradoja es que para una mujer es más fácil. Ciertamente para una señorita como Gerda que destacaba por saber preservar sus buenos modales, su apariencia. Sonríe y bromea, sabes muy bien cuál es tu papel, llevas entrenándote para representarlo toda la vida. ¿Qué hombre recelaría ante una chica despreocupada? Basta con aparentar y hacer como si nada. Resistir es hacer como si nada, resistir es actuar. Los hombres piensan que solo ellos son capaces de mantener la disciplina, las mujeres ni siquiera hemos sido admitidas como auxiliares después de la disolución de las milicias republicanas. En cambio, Gerda se había adiestrado bien antes de aventurarse como un soldado en un campo de batalla. Y, de todos modos, debajo del mono del trabajador, la falda ceñida o el uniforme militar, ¿lo que queda no es la persona humana, *ein Mensch*?

—Gerda también era imprudente por naturaleza, tú la hubieras calificado entonces de desvergonzada —replica Melchior, y el agua sucia que ha vertido en el fregadero emite un gorgoteo de aprobación.

—Vaya si lo era. Capa no es capaz de perdonarse por no haber estado con ella en Brunete. Por más que sean incontables las chicas que, mientras tanto, se ha llevado a la cama... Para vosotros es más fácil.

—El hombre es un animal sencillo, todo el mundo lo sabe.

—Pues será eso.

—¿No ha recibido ya suficiente castigo? —objeta Melchior, y mientras se da la vuelta para mirarla, el trapo con el que está secando los platos dibuja una rúbrica—. Le ha caído incluso una bofetada del hermano de Gerda, se la propinó en plena cara frente a la Gare d'Austerlitz, delante de la cofradía del periodismo rojo. ¿Acaso tendría que dejarse crecer la barba y abstenerse de los placeres de la carne como un *jasid*?

—Vas por mal camino, cariño. Las exhortaciones de Martin Buber por tu Bar Mitzvah y todos los arcanos asuntos religiosos te los dejo a ti...

Se ríen con la complicidad de una pareja que ve como un ritual sus propias

escaramuzas: ella que nunca se ha sentido completamente parte de algo; él, criado en el sionismo y en las utopías libertarias.

Melchior hablaba poco de aquello, y eso a Ruth le parecía típico de un hombre que pensaba lo que iba a hacer, un hombre que había elegido una profesión que le gustaba, y luego un partido político, y también a una mujer emancipada como ella. Y que, por encima de todo, era un compañero en el que poder confiar:

—Y tú que creías que habías encontrado a un suizo como es debido —le repetía—, y lo que tienes es a un judío apátrida y apóstata.

—El problema —dice Ruth, menos irónica de lo que le gustaría— es que yo también soy una mujer simple: me fío de lo que veo. Y eso vale por ti, y vale por Capa.

—Es cierto —asiente Melchior—, pero acabas de decir que Capa es un fanfarrón incurable. Un poco ingenua, sí, pero no tontorróna.

—Sabes, unos meses después de que enterráramos a Gerda, lo vi en el Select con su bailarina, la pantera árabe, y me dije que esa era la vida, la verdadera vida, mientras que los recuerdos con los que me abrazaba eran fantasmas destinados a sucumbir. «La gente cree lo que quiere creer», decía Gerda. Tontorróna en ese sentido.

—No quise decir esto.

—¿Por qué no te fumas un cigarrillo y del resto me encargo yo?

—Continúa, ya casi he terminado.

Un gamberrete como Bandi Friedmann se había destetado en el peligro, lo tenía impreso en sus cinco sentidos. Una chica como Gerda, no: era una principiante. No era capaz de protegerse, el valor se le subía a la cabeza, como un *Schnaps* que te tragas por una apuesta, «¿te parece absurdo?».

—No, en absoluto. —Melchior se ha sentado a su lado y la mira con una ternura exasperada.

—Pero esta historia ya está llegando a su fin. Ha sido una buena idea darle una foto a Sas. Nuestros compañeros que alimentan el *Widerstand* tienen más agallas que todos tus fotógrafos de guerra juntos.

En el paquete queda un último cigarrillo. Después de un par de caladas, Ruth se lo pasa a Melchior y asiente:

—No lo pongo en duda. Pero tampoco pongo en duda que Gerda aún podría estar viva si él hubiera estado allí ese día. Ya está: aquí en casa puedo decirlo.

Le llega una prolongada bocanada de humo.

—En la rue Froidevaux, ni siquiera entre líneas, espero.

Ruth hace gesto de que no, abatida. Le ha concedido a Capa todas las razones para absolverlo: la desgracia, la tragedia, la imposibilidad de evitar que Gerda actuara por su cuenta. Sin embargo, cuando lo busca en el Select, pasa cada vez frente a la terraza de La Coupole, donde un día de septiembre de 1934 la abordó un tipo de tan mal aspecto que le habrías pagado el café para siempre. «*Mein wunderschönes Fräulein*, es usted exactamente el tipo de mujer que me hace falta, una rubia natural alta. Usted será la modelo, yo el fotógrafo, el cliente es una compañía de seguros suiza, y con una compañía de seguros suiza puede estar tranquila, le ofreceré algo más que un *petit café* además de su retribución.

—Esa es, sin embargo, una versión al estilo Capa —insinúa Melchior.

—Qué va: ¿nunca te lo había contado?

—No con esta riqueza de detalles...

—El caso es que Friedmann fanfarroneaba con esa inspiración que Capa sigue alimentando. De vuelta a casa acometí a Gerda con mis recelos y lo poco seguro que era aquello, pero mis temores se diluyeron. «¿Me acompañas?», le pregunté, «¿aunque sea a las nueve de la mañana?» «¡Pues claro que te acompañe! Mejor dicho, saldremos un poco antes para disfrutar del aire fresco: así tendrás un aspecto aún más saludable cuando te immortalicen...» «Si es que me immortaliza... A lo mejor, el único aparato del que dispone lo lleva entre las piernas.» «Te hace falta el dinero, ¿verdad? Entonces partamos de la suposición de que ese reportaje fotográfico existe y de que quizá el chico quiera tirarte los tejos, como es obvio. Por mal que vaya, Ruth, le tomaremos el pelo por toda la Rive Gauche.»

Las risas a costa del presunto engatusador de bellezas rubias y la certeza de que Gerda la acompañaría hicieron que viera al fotógrafo con una luz más serena. Seguía sin entender, le dijo a su amiga, de dónde sacaba tanto engreimiento, aunque su forma de actuar era muy divertida, y, de creer lo que

contaba, había conseguido fotografiar a Trotski en 1932 en Copenhague.

—¿En serio? Trotski nunca deja que se le acerque la prensa porque tiene miedo de que se infiltre un sicario. Me gustaría saber cómo lo hizo...

Entre Gerda y André Friedmann surgió de inmediato el entendimiento, y los dos le propinaban órdenes con voces superpuestas: no, cruzadas es demasiado, júntalas otra vez, un poco de lado, esas piernas kilométricas de mi amiga hay que exhibirlas, pero con discreción y elegancia, *natürlich, meine Liebe*, aunque las tuyas tampoco están nada mal, si me lo permites.

De todo lo que ocurrió después —que Gerda, gracias a Friedmann, empezó a aprender a fotografiar; y que Friedmann, gracias a Gerda, ganó en apariencia presentable—, Ruth se alegró mucho. Y no se sorprendió cuando Gerda le dijo que se había ido a vivir con Friedmann, porque ya no había nada de lo que extrañarse después de la *liaison* con Teckel.

Ahora, el tiempo que André y Gerda pasaron juntos le parece una enormidad: dos años exactamente, uno en París, el otro en España, en buena parte bajo el mismo techo, incluso en el mismo saco de dormir.

Melchior, cansado, dice que cada olla tiene su tapa, o trata de encontrar una que encaje con ella.

¿Y si la olla no soporta a la tapa?

—Vámonos a la cama, Ruth.

—Yo fui la causa de que se conocieran.

Tercera parte
Georg Kuritzkes
Roma, 1960

*Ya no se declara la guerra,
se prosigue. Lo inaudito
se ha vuelto cotidiano. El héroe
permanece lejos
del campo de batalla. El débil
se ha adentrado en la línea de fuego.
El uniforme del día es la paciencia,
la condecoración, la estrella miserable
de la esperanza sobre el corazón.*

*Se concede
cuando ya no sucede nada más,
cuando se calla el fragor del combate,
cuando el enemigo se ha vuelto invisible
y la sombra eterna de las armas
cubre el cielo.*

*Se concede
por la huida ante las banderas,
por el valor ante el amigo...*

Roma, 18 de septiembre de 1960

Mi querida Ruth:

Willy Chardack sigue siendo un teckel de pelo áspero, pero ha apreciado mis felicitaciones, como habías previsto tú, así pues, gracias por tu ayuda y consejo.

Aquí puedo respirar por fin. Los amigos italianos con los que yo también me he lanzado a un experimento ya están de vuelta: no obtendremos resultados decisivos para la salud de la humanidad, pero simplificaremos la tarea de mostrar nuestro mundo en color. Somos un equipo improvisado, pero dotado de excelentes habilidades; a mí me corresponde la parte neurocientífica, la parte técnica está en manos de un *directeur photo* muy solicitado, y todo está bajo la supervisión de un profesor de la Universidad de Roma.

Me sienta muy bien escapar de la rutina «*panem et circenses*» (la FAO está enfrente del Circo Máximo, donde se celebraban las carreras de cuadrigas en tiempos de Julio César). Para abrir un estudio mutualista es necesario enfrentarse a burocracias bizantinas o eludirlas a través de conocidos, propinas, etcétera, y me parece tan odioso que lo dejo correr.

Mientras tanto, me he comprado una Vespa. Una ganga, según mi mecánico.

Es una pena que donde vivís ya hayan empezado los colegios (¡aquí no se reanuda el curso hasta octubre!) porque sería el momento ideal para visitar Roma. Ven cuando quieras, con tus hijos, con tu marido si puede concederse unas vacaciones. ¡Me encantaría hacerte de guía y de prestarte el medio más *up-to-date* para explorar los monumentos y la famosa mundanidad contemporánea!

Un saludo muy cordial de tu

El ruido de la máquina de escribir, lo único que perturba la tranquilidad del edificio de la FAO, resuena aún en los oídos del doctor Kuritzkes cuando agrega su firma a la hoja de papel que ha sacado de la Olivetti: una G enérgica, desproporcionada como la cabeza de un renacuajo de cola ilegible, el garabato habitual que lo hace titubear antes de teclear el nombre por entero en el sobre. Giorgio Kuritzkes, c/o PUTTI, Via della Purificazione 47, Roma, ITALIA. A Ruth le resultaría más familiar «Georg», pero no así a su vecina, que podría responder en el caso de que le fuera devuelta la carta; y a él, que lleva la vida entera cambiando de nombre, ya le da lo mismo.

Se ha tomado su tiempo para escribirla y ahora tiene que darse prisa para meterla en la carpeta que ha de enseñar al portero a quien le ha pedido el favor («de una manera absolutamente excepcional») de dejarle subir a la oficina un domingo. Es una representación ceremonial («*Dotto*’, se lo ruego, dese toda la prisa que pueda»), y las reglas del juego han de quedar salvaguardadas. Y no importa que la idea de telefonar se le haya ocurrido después de pensar en pasarse por la oficina para coger unos papeles, y que hasta ahora nunca hubiera usado el aparato para comunicaciones personales, y mucho menos un domingo.

Ha sido una buena idea llamar a Willy cuando en Estados Unidos es domingo por la mañana, y una satisfacción que contestara al primer timbrado, hablar con un viejo amigo en otro continente, en el silencio que reverbera con el balanceo rítmico de las cigarras, tan atronador en esos días finales de verano que anula el ruido de los coches que pasan por la avenida de las Termas de Caracalla. Hechizado, como si no las hubiera visto nunca, por el follaje compacto de los pinos, por las ruinas, por los jardines paradisiacos del Aventino de los que no puede apartar la mirada. Liberado, privilegiado, extraterritorial. Rodeado por el edificio de mármol de ocho pisos de pureza geométrica, la maravilla de cierta arquitectura de época fascista que parece diseñada para hacer que uno olvide sus orígenes. Destinado a sede del Ministerio para el África Italiana, abrió sus puertas en 1952 a las Naciones

Unidas. Una compensación acordada por el alquiler simbólico de un dólar al año.

Sí, ha perdido demasiado tiempo escribiendo la carta y al portero no le bastarán ya los cigarrillos que suele dejar en el mostrador, hará falta, además, un regalo en Navidad. ¿Un cartón de tabaco, puros, una botella? Tendrá que informarse. Algunos colegas se alegrarán de que se haya dejado corromper por ciertas costumbres, pero qué se le va a hacer.

Sale del ascensor satisfecho. En la carpeta que lleva bajo el brazo hay escrito CONFERENCE EUROPE, 10-15 OCTOBER, ROME, y en caso de que el portero comience a hacerle preguntas, ha de llevarla de inmediato a la embajada de uno de los países invitados en el último momento para equilibrar la presencia de Estados Unidos, que ha solicitado asistir como observador.

Oreste, sin embargo, está distraído con un niño que no para quieto, pero que tampoco se atreve a alejarse del escritorio. Debe de tener unos diez años. Todavía está en esa edad en la que se respetan las prohibiciones, que, a su manera, también atañen al portero, que está pelando un melocotón con cuidado para que no gotee fuera del paño de cocina sobre el que ha colocado su almuerzo.

—A las tres empieza el partido, y los tíos, mierda pa'ellos, no me esperan. ¡Si no llego, va a jugar otro chaval!

Oreste mira hacia arriba:

—Como digas otra palabrota te vas a ganar dos bofetadas —le gruñe al crío, y su rostro patriarcal, el uniforme que le ciñe el pecho, se pone rígido de repente.

«Ya está, me ha visto», piensa el doctor. La cadencia de sus tacones, el único sonido que resuena en el largo pasillo, confirma cuán fuera de lugar está su aparición. El hijo de Oreste no debería estar zanganeando por allí, de hecho, el portero recoge los platos en un abrir y cerrar de ojos, mirando hacia él, y ahora lo espera en el mostrador con una expresión tan seria que le recuerda una historia que ha escuchado recientemente. El pueblo que dejó siendo un chavalín, los años de duro esfuerzo en la obra, el accidente, la solicitud de invalidez, el sentirse objeto de un milagro por parte de la Virgen, ya que podía haber sido mucho peor, y al final (¡sin recomendaciones!) ese

trabajo con el que saca adelante a toda la familia. Pero al doctor ni se le ocurre siquiera denunciar que el espacio soberano de la Food and Agriculture Organization ha sido violado por el rito de un plato de pasta.

El portero y él se conocen de nombre, y ya es mucho: una señal de que el doctor Giorgio, como lo llama Oreste, no forma parte de los funcionarios que van y vienen y que cuando los trasladan a otro lugar aún no han aprendido italiano. No, cuando llegó de París, su italiano ya era tan fluido que casi nadie se contentaba con felicitarlo, y tenía que explicar que había vivido en Italia cuando estudiaba.

—¿Aquí en Roma? —había indagado Oreste también. El doctor, para no darle muchas vueltas, replicó:

—No, en Florencia.

El portero, por lo tanto, no sabe que el doctor Giorgio, habiendo estudiado también en Milán y Turín y por último en Nápoles, ha aprendido incluso a distinguir los dialectos. Y si en Italia, en aquella época, ese aprendizaje se limitaba a la vida de los barrios, mientras que en las universidades flotaba la pomposidad del italiano del régimen fascista, no era así en España, donde los voluntarios italianos llegados de todas partes se habían traído consigo sus hablas populares.

Aquellos voluntarios sabían leer y escribir, muchos habían aprendido a hacerlo en secreto reunidos alrededor de un hogar campesino, casi todos ya de adultos. Convertidos en militantes entre otras cosas por el orgullo de esa empresa prometeica, escuchaban al comisario político con una seriedad que revelaba cómo para ellos conocimiento y comunismo eran sinónimos. Un día, cuando la radio estaba transmitiendo un discurso del camarada Nicoletti, alguien había gritado «Peppino Di Vittorio!», y el diminutivo de quien había pasado de simple jornalero a soliviantar las tierras del sur esparcía entre los italianos un ansia de redención optimista. Cualquiera, con un poco de adiestramiento, podía aprender a disparar y a obedecer órdenes, y que un mecánico lombardo se convirtiera en ingeniero, un descargador portuario de Liguria en tanquista, los mineros sardos en artificieros, era solo el primer paso

hacia la sociedad sin clases de las Brigadas Internacionales. Las palabras, sin embargo, estaban distorsionadas por los acentos, limitadas por dialectos incomprensibles más allá del radio de los paisanos con los que habían llegado al campamento de Albacete. Georg Kuritzkes era perfectamente consciente de gozar de un privilegio respecto a aquellos camaradas. Había llegado con papeles que se suponían falsos y, por si fuera poco, era apátrida, pero no tenía dificultad en comprender y hacerse entender en diferentes idiomas.

Al final lo habían asignado a la 86.^a Brigada Mixta bajo el mando de Aldo Morandi, un camarada siciliano cuyas dotes militares habían sido recompensadas con una carrera rápida, y luego lo trasladaron al frente de la región minera andaluza. Le había escrito a Gerda —dos líneas apenas sobre la árida belleza de Sierra Morena y un saludo muy cariñoso—, pero no contaba con que la carta enviada a la oficina de la censura de Madrid le fuera entregada pronto.

Un día, al regresar de un reconocimiento, con la cabeza vaciada por el sol de la montaña que le martilleaba el casco, divisó desde lejos una aglomeración y pensó que el *campesino* al que rodeaban estaría repartiendo algún producto raro, *jamón serrano* incluso, y calculó que era inútil apretar el paso. Siguió caminando recto a su ritmo hasta que, ligera como un lince con los típicos zapatos españoles de paño, se le apareció delante Gerda. Quitándose la boina y sacudiendo con fuerza la melena que se le había puesto rubia, le espetó un: «¿Es que no me reconoces?», y se lo quedó mirando, divertida ante la expresión que debió de dibujársele en la cara.

Había llegado el día anterior, ya tarde. La habían acogido en la *casita* que servía como cuartel general, donde le dieron uno de los dos catres de la habitación reservada para los comandantes. Había descansado bien, aunque le había dado pena que quien compartía el jergón, junto con los oficiales y las garrapatas, única tacha del granero, hubiera sido el subcomandante español, un auténtico *hidalgo*. Morandi, en cambio, hubiera preferido que se marchara de inmediato, a pesar de las credenciales que ella había exhibido y pese a haber establecido él mismo que se alternarían para cederle el catre.

Los camaradas de su grupo se habían alejado, en parte por disciplina, en parte por discreción, y, sobre todo, no cabía la menor duda, para comentar la sensacional aparición de esa *rubia* armada con una cámara fotográfica en su marginal puesto de avanzadilla. Estaban solos en el sendero, Gerda y él. Hubiera sido el momento perfecto para hablar entre ellos, ya que nadie habría captado una sola sílaba. Bastaba con hablarle del arresto y del proceso — como en Kafka—, con ironía, por supuesto. Pero él se había visto como un perfecto K. y seguía sintiendo una vergüenza tremenda. Gerda se habría quedado de piedra, pensando en el último abrazo en París («Sabía que se podía contar contigo»), y no tenía culpa alguna de lo que le había ocurrido. Y, además, caminar a su lado bajo ese aire polvoriento, en esa pista de hierba dura y grava, tenía la insondable condición de un sueño. Por encima de todo no quería estropear el alborozo de ese reencuentro repentino (estaban vivos: ¿no era suficiente?), el placer de verla tan a gusto en la áspera nada de esas montañas baqueteadas por la guerra.

Lentamente se habían reunido con sus camaradas en el campamento, mientras Gerda seguía desahogándose contra Morandi. Pobre Georg, que había ido a parar a manos de ese obtuso militar para quien una mujer en el frente era más perniciosa que una diarrea («Duermo con este mono inmundo, ¿entiendes?, y ni siquiera noto su olor»), ese padre severo de uniforme que ocultaba el instinto de una madre clueca.

Georg, pese a estallar en carcajadas (había algo de verdad en lo que decía Gerda, y se apreciaba toda su energía), dejó que se le escapara una réplica imprudente:

—Si tuviéramos más comandantes como él, estaríamos más cerca de la victoria. —De modo que había tratado de suavizar sus palabras—: Morandi ha visto de todo, desde la Gran Guerra...

—¿Te ha sacado del frente? ¿Te emplea como médico? —preguntó Gerda, ablandándose de repente.

¿Sabía ya algo y remoloneaba para esquivar el tema?, se había preguntado con un alivio que le aligeraba la piedra que llevaba debajo del esternón.

—No puede. Pero me utiliza como intérprete, como relevo entre las unidades, como ayudante del radiotelegrafista.

A Gerda, eso le pareció de lo más divertido («Te pondrán como nombre de guerra Berlitz»), probablemente para no tener que mostrar gratitud al objetivo de sus escarnios.

—No te imaginas cuánto nos ha costado llegar a entendernos, aunque sea mal, entre franceses, ingleses y alemanes, y en coordinación con los españoles. ¡Cuántas pérdidas, y me temo incluso que alguna derrota!

Gerda, incrédula e irritada, le había replicado que ninguno de los grandes generales con quienes mantenía relaciones muy cordiales («A diferencia de tu antipático Morandi») había hecho nunca la menor alusión a aquello, ni tampoco ninguno de los soldados cuya confianza y respeto se había ganado.

—*Ein schlechter Witz*^[*] —había comentado, despectivamente, mientras seguía escrutándolo con una mueca interrogativa.

—Es así —dijo Georg—, aunque parezca un chiste.

—*Scheissdreck merde shit... ¡mierda!*

Su espontáneo impulso de adaptarse al espíritu de cuartel internacionalista le pareció irresistible. De no haber sido por sus camaradas, que no lo perdían de vista, preguntándose por qué seguía allí con la rubita («Una querida amiga mía», se había apresurado a explicar después, un rotundo error), la habría besado de inmediato, no directamente en la boca, para no cometer errores. Acelerando el paso, había anhelado y temido una próxima oportunidad. Sin embargo, aunque ella permaneció allí varios días, aquella fue la única vez que pudo ver a Gerda a solas.

En el edificio de la FAO, el doctor Kuritzkes nunca ha hablado de España o de los camaradas con los que se había reunido en las montañas de la Alta Saboya, mientras que en París todos sabían que había sido *maquisard*.

La posguerra se prolongaba por doquier y de una manera particular en la avenue Kléber, donde se encontraba la sede provisional de la Unesco. Los parisinos pasaban frente al gigantesco hotel Majestic con su recobrada andadura *nonchalante*, percibiendo apenas que las esvásticas y las armas empuñadas para proteger el alto mando de la Wehrmacht habían sido reemplazadas por las banderas de las naciones vencedoras. Pero quienes

entraban en el *foyer* para dirigirse a una suite repleta de escritorios o en la oficina de personal instalada en una *salle de bains* (con las carpetas en la bañera y la tapa de la taza como mesa de apoyo), no podían evitar seguir sintiéndose aún como intrusos. Un intruso, además, en desventaja, porque un gran hotel se adaptaba mejor a las brutales exigencias de un alto mando que a albergar la multiplicidad de proyectos dedicados a la educación, la ciencia y la cultura del mundo recién pacificado.

El doctor Kuritzkes se había ido a Roma antes de que sus colegas pudieran trasladarse al edificio de la Place de Fontenoy, cuya articulación en tres brazos concebidos por tres arquitectos de diferentes nacionalidades, y aprobada por un comité de destacados maestros (Le Corbusier, Gropius, Saarinen, Rogers, Markelius, Costa), era la perfecta realización de la misión universal para la que había sido proyectada la Maison de l'Unesco.

En Roma conocían su currículum, pero ya no se tenía por costumbre hablar sobre el periodo que había dado a luz al nuevo orden mundial, del que las Naciones Unidas habían sido precursoras como la paloma después del diluvio. El único que lo hacía era un colega yugoslavo, el doctor Modrić, biólogo graduado en Trieste y especializado en ictiología en la Universidad Lomonósov de Moscú. Era un estudioso enjuto con quien el doctor Kuritzkes colaboraba a menudo en investigaciones cuyo objetivo era mejorar las técnicas de pesca. Lo extraño era que, cara a cara, Modrić nunca mencionaba la guerra. Cuando terminaban las tareas del día, prefería explayarse acerca de los ecosistemas acuáticos que presentaban a la ciencia el desafío continuo de lo desconocido y divagar un poquito sobre asuntos privados. Su complicada relación con una tal señora Carla que trabajaba en un banco de piazza Fiume. Su descontento con sus hijos, que se habían quedado con su exesposa en Zagreb y acudían a un colegio a tiempo completo, algo inconcebible en el mundo capitalista, pero que por tal razón estaban incomunicados durante su horario de trabajo. Fue el doctor Modrić quien le sugirió que con un modesto *bakshish* («Aquí, mi querido Kuritzkes, no estamos en Europa Central: ya lo habrá notado») se podía llamar desde la oficina durante el fin de semana, evitando la molestia de encerrarse en una cabina, lejos de los humos, los gritos, los gamberros que a cada minuto que pasabas colgado del auricular te

dedicaban más gestos desvergonzados.

Una buena persona, Modrić. Hombre en el fondo muy discreto.

—Doctor, yo sé que es de los nuestros, pero le ruego que me consienta una pregunta: ¿no será que ahora, como tantos otros, prefiere pasar por *atlántico*? —le preguntó una vez, mientras le resumía lo que la neurofisiología había aprendido de la sofisticada inteligencia de los cefalópodos.

—No —respondió con seguridad—. Ahora yo también prefiero lidiar con lo que está *dentro* del Atlántico. Lo encuentro más rentable y gratificador.

—*Ça va sans dire* [*] —asintió el doctor Modrić.

Esa réplica era tan representativa de su forma de ser que oírlo acosar en la cafetería a sus colegas con sus hazañas guerrilleras resultaba extravagante. Lo hacía para desahogarse y por despecho, eso quedaba claro: a los yugoslavos se les cogía con pinzas, por el irredentismo y esas cosas, mucho más que a algunos alemanes de pasado fácilmente imaginable («Cordiales con todos, ¿verdad? ¡Fascistas por dentro!»).

—¿Es que no ves todo lo demás?, ¿o es que no te atañe? —trataba de detenerlo algún comensal.

Lo demás empezaba con el ciclópeo palo en el ojo con el que tropezaban todos los días. La ONU había alcanzado un acuerdo para la devolución del botín de guerra etíope, pero el obelisco de Aksum seguía delante del edificio de la FAO, veinticuatro metros de objeto robado plantados en el diáfano cielo romano.

«*Il s'en fichent, les italiens!*», concluía un colega, «*they don't give a damn*», asentía otro, mejor dicho, se frotaban las manos por que la descolonización les hubiera correspondido a los ganadores. Así llegaban al tema que, fuera de sus especialidades, conocían mejor que ningún otro.

En el comedor de la FAO, alrededor de las mesas inundadas de luz clara, hacía días que estaban siguiendo la crisis del Congo, tensos y entusiastas; y los Juegos Olímpicos que acababan de terminar habían sido, en comparación, una emoción pasajera. Las muy negras noticias de África se habían llevado por delante el regocijo por Abebe Bikila, el corredor de maratón etíope que, al

doblar por segunda vez el obelisco robado, había puesto alas a sus pies descalzos y acabó conquistando el oro.

Durante la crisis de Suez, la ONU había contribuido a frustrar una nueva guerra mundial, pero ahora estaba al arbitrio de dos caciques asentados en los recursos naturales congoleños, que acrecentaban el apetito de las superpotencias y de los belgas. Las Naciones Unidas, lejos de parecerse a un gobierno planetario, ni siquiera podían interpretar el papel del árbitro capaz de suspender la disputa. Una constatación amarga, pero lo peor era que la discordia también había echado raíces en Roma. Allí eran expertos en bosques y pastos, en *cultivar* y en almacenamiento de alimentos, pero el golpe de Estado en el Congo los tenía divididos. La fractura que se había abierto en Viale delle Terme di Caracalla ni siquiera reflejaba la división en bloques, dado que la Unión Soviética y sus aliados se habían salido de la FAO. Los blancos defendían en su mayor parte el papel imparcial que la ONU se había propuesto mantener, una línea que, para los colegas africanos, pero también para los turcos, los indios, etcétera, estaba demostrando ser una farsa digna de Pilatos. En el Congo, los soldados de Mobutu habían puesto bajo arresto domiciliario a Lumumba, el primer ministro que buscaba la unidad de su pueblo, la plena libertad democrática, la administración equitativa de los recursos, y las Naciones Unidas no habían hecho otra cosa que proporcionar el cinturón de guardias carcelarios alrededor de su casa.

—Para protegerlo —se atrevía a decir algún sueco o canadiense, causando un alboroto.

El doctor Kuritzkes y el doctor Modrić se contaban entre los que formaban parte del bando africano. Pero quienes mejor conocían al biólogo seguidor de Tito sospechaban que se sentía más cerca de sus amados pulpos que de los habitantes de esas tierras desconocidas. El doctor Kuritzkes, en cambio, desplegaba sus viejas armas de persuasión y retórica, aunque hubiera preferido no tener que volver a usarlas, al menos no allí dentro. Le dolía dudar nuevamente de una elección, porque los juegos de la política, a esas alturas, lo amargaban. El emblema de la FAO era una espiga, «*fiat panis*» su lema. ¿Era pedir mucho poder realizar un trabajo honesto bajo ese emblema?

En la última semana, Georg había vuelto a soñar con Gerda. Se veía que sentía necesidad de su optimismo, de su descarado pragmatismo. De su habilidad para disimular incertidumbres y desilusiones, de su facilidad para mostrarse realista hasta el cinismo, para no darse nunca por vencida. Incluso de esas burlas que ninguna otra mujer le había reservado con tanta asiduidad.

¿Qué harías tú, Gerda? No resultaba difícil imaginárselo.

—¿Habéis terminado? —decía, cuando asistía en Leipzig a debates similares a los que ahora sostenía él en el comedor—. ¿Podemos irnos ya a bailar, como me habías prometido, o tengo que buscarme a otro? —canturreaba con una sonrisa.

—Aún no he terminado, estamos hablando de cosas importantes —se revolvía él, detestándola; y la tomaba incluso con sus amigos, que, golpeando con la punta de los zapatos, daban a entender que la discusión quedaba pospuesta. *Ubi maior...*

Pero por entonces se le daba bien salir airoso. «De acuerdo», decía, «pero déjame terminar el cigarrillo por lo menos.» E inmediatamente le ofrecía uno también a Gerda, y mientras apagaba la cerilla que había utilizado (¿cuántos sofocos había domeñado con esos gestos galantes?) volvía a hacer balance de la situación.

Sus camaradas no se percataban de su nerviosismo, ni Gerda tampoco, tal vez porque no le importaba. A ella le bastaba con que la tomara del brazo, que la cubriera con la chaqueta si en la parada del tranvía en la Gohliser Strasse empezaba a nevar. Y luego no dejaban de hablar hasta el *Tanzlokal* de costumbre, donde la tensión se aliviaba y los pensamientos quedaban silenciados por la música del salón de baile.

Le gustaban las luces tenues, el calorcito ahumado y sudoroso, el swing que provocaba que los omoplatos hicieran locuras y le gustaba Gerda.

—Tú también me gustas. Te lo digo de verdad.

Se lo aseguró la primera vez que logró abrazarla y besarla luego como es debido, quedándose aturdido. ¿Cómo pudo ser capaz de apartarse sin un desgarró, solo con una frasecita susurrada a un palmo de su boca? «No, probablemente no soy la chica adecuada para ti», le había dicho después, y

además en su vida ya estaba Pieter, que le importaba mucho.

Georg se había enfriado de inmediato, pero el foxtrot le permitía sujetarla por donde los corchetes sobresalían bajo el vestido de seda; la carrera para coger el último tranvía, llevarla de la mano; la marquesina abarrotada, apagar una carcajada en sus labios. Estaba obnubilado, lo guiaba su inconsciencia.

Solo que después, en esos tranvías lentos, recalentados y empañados por el mal tiempo y las secuelas de la inquietud, acababa siempre enredado en análisis y cuestiones de principio. No es conveniente que me obsesione con una mujer tan burguesa, se decía, la novia de un capitalista que ella no deja de defender («¿Es culpa de Pieter que en Estados Unidos sean esclavistas?»). Y además, Gerda Pohorylle nunca se cansaba de mostrarse frívola y superficial; tal vez no exactamente frívola, sino impaciente por recuperar su intocable despreocupación. No te dejes engañar por esa cabecita tan despierta e impredecible, se amonestaba, y continuaba mostrándose amable. No te dejes lisonjear por su interés hacia tus consejos de lectura, tus opiniones críticas. No creas que le importa en verdad algo del materialismo histórico o de la emancipación de los oprimidos. A ella lo que le importa es no aburrirse, tu cara guapa y la diversión, nada más. Comportate en consecuencia: diviértete, de acuerdo, pero no te engañes en lo demás.

Acabó ganando lo demás. La atracción había seguido su propio curso, la química fue inundando las sinapsis, prevaleciendo sobre la racionalidad, como era lo natural, como debía ser. Georg Kuritzkes estaba enamorado sin escapatoria de Gerda Pohorylle. La única pregunta que se había hecho alguna vez era cómo había podido conquistarla, hasta que se reveló real lo que tanto temía que fuera ilusorio.

Gerda había cambiado. Se había transformado. No como las chicas que se adaptaban a él con un impulso tan obvio que acababan confundiéndose en su cabeza unas con otras: Hanni, Paula, Trudel, Marie-Luise... Lo que no había cambiado eran las escaramuzas con su madre, la de veces que la criticaba por su debilidad hacia Gerda y por estar siempre dispuesta a defenderla.

—¿De qué se trata? —la atacaba—. ¿Del horrible instinto misionero que hace tan apetecible la oveja que se ha de convertir? O también aspiras a la buena vida...

—No me provoques, Georg, no te enteras de nada.

—Está bien. ¡Pues te pido humildemente que me ilumines!

Su madre se colocaba las gafas para leer o volvía a coger el trapo del polvo, mientras que Georg puntualizaba que Hanni, Paula, Trudel y Marie-Luise se habían convertido en camaradas al cabo de un mes, si es que no estaban inscritas ya en la Liga de la Juventud Comunista.

—Dime, ¿te parece que puedo perder el tiempo con chicas que no pueden durar mucho a tu lado?

—¿Y *esta* sí que va a durar?

—Eso espero para ti, *durak*. Yo hago lo que puedo, pero tú deberías esforzarte un poco más de lo normal.

Georg protestó diciendo que nunca sería el típico pretendiente, lo excluía la educación que había recibido, sus ideas sobre la relación paritaria entre los sexos, fingiendo que malinterpretaba a su madre, que ya se había dado la vuelta para ver dónde había ido a parar el hermanito que había tenido con el doctor Gelbke. En realidad, solo quería seguir junto a ella el tiempo suficiente para que volviera a decirle que Gerda era una mujer de una perspicacia inusual, muy agradable y, «es inútil que te lo diga», muy atractiva. Una vez que le sacaba esas aseveraciones, se quedaba más tranquilo.

El apaciguamiento que Georg extraía de su propia dialéctica era mucho más volátil que la serena costumbre que se estaba consolidando entre Gerda y él, la madre-camarada y los demás frequentadores de la Friedrich-Karl-Strasse. La chica era la última en abandonar su buhardilla, y algunas veces no volvía a casa. Una mañana, su madre se encontró con Gerda en la cocina, perfectamente arreglada, al lado de la fresquera, y la oyó preguntar:

—¿Le importa si cojo la botella de leche?

—Adelante, hay otra para el bebé —le había respondido—. No hace falta que vuelvas a preguntármelo.

Las noches y los desayunos en la casa de los Gelbke se repitieron. Gerda se acercaba a la fresquera, decía «Si no le importa», y la madre de Georg volvía a invitarla a que se sirviera, mientras él cortaba el pan sonriendo con la cabeza gacha (era ridículo, sí, pero le alegraba). Luego Dina leía en voz alta los artículos del *Arbeiter Illustrierte Zeitung*, Gerda recogía el chupete del

pequeño y lo enjuagaba debajo del grifo, mientras él apartaba a Fritzchen de la silla a la que trataba de encaramarse...

Por la mañana se despedían en su portal; por la noche, Georg pasaba por la Springerstrasse y esperaba a que bajara Gerda. Era de una puntualidad increíble y eso lo animaba siempre. Así que un día llamó un poco antes, dado que llevaba un par de minutos paseando delante del portal 32. Gerda respondió: «Bajo enseguida», pero luego le pidió que subiera.

—Georg Kuritzkes, el estudiante de medicina —dijo al presentárselo a sus padres—. Pero ahora tenemos que irnos, el cine empieza dentro de media hora.

—Encantados, hónrenos con otra visita cuando disponga de más tiempo.

—Gracias, señor Pohorylle, y disculpe por la tocata y fuga...

—*Aber bitte*: ¡los jóvenes deben divertirse!

El episodio circunscrito al vestíbulo donde Gerda se había arreglado el gorrito frente a un espejo colgado sobre un secreter en forma de monstruo barrigudo había contribuido a tranquilizarlo. *Spiessbürger*, se dijo, pequeño burgueses enriquecidos. Tan corteses como corresponde a los comerciantes, pero no excesivamente untuosos. ¿Se rendirían a la idea de que Gerda pusiera de patitas en la calle al gran importador de café para enredarse con alguien como él? ¿Todavía carente de oficio y enemigo de la clase a la que se honraban de pertenecer?

La noche era fresca pero agradable y tenían tiempo suficiente para ir paseando hasta el cine Capitol. Se encaminaron bajo las sombras de las farolas, que estriaban con un amarillo sucio el manto de las vías residenciales. ¿Se debió al ritmo de sus pasos, a la oscuridad acentuada en el lado de la calle donde comenzaba el Rosental, a sus manos entrelazadas que se aflojaban y se apretaban con pequeños impulsos sincopados? El caso es que le surgió una pregunta que, paso a paso, arrastró consigo otras. ¿Les había contado Gerda a sus padres lo que había ido a hacer a Stuttgart? ¿O qué les había dicho? ¿Que iba a ver a su mejor amiga de los viejos tiempos? ¿Qué decía cuando no volvía a casa? ¿Que se quedaba con Ruth Cerf? ¿O no decía nada?

—Aceleremos un poco el paso, aquí no hay nada, menudo aburrimento.

Georg habría apartado esos pensamientos de su mente si Gerda no hubiera

empezado a caminar más rápido. Se sintió como zarandeado por una fuga hacia delante que aceleraba sus latidos, aceleraba sus dudas, y de repente las relacionaba con los señores Pohorylle, a los que volvía a ver entre imágenes y detalles congelados. El chaleco abultado con la cadenilla del reloj pasado de moda de su padre. Las gafas torcidas ante los ojos inexpresivos que hacían juego con una barba desteñida. La madre era muy pequeña, de una palidez fortalecida por la discreción de unas ropas de color pardo. No había abierto la boca más que para asentir con monosílabos a las palabras de su marido.

¿Se lo había ocultado Gerda a sus padres? ¿Había querido esconderles a esas minúsculas autoridades no solo a él, sino a todos aquellos a los que, a un cuarto de hora de distancia por la *Chaussée* de Gohlis, profesaba su admiración?

Georg ni siquiera se había fijado en si había una *mezuzá* en la jamba de la puerta de los Pohorylle. Pero él no dejaba de ser el hijo de una mujer divorciada que se había vuelto a casar con un *goy*. Y mientras resonaba en su cabeza la repulsiva rotundidad de esa palabra para él insólita, se detuvo.

—¿Te avergüenzas de mí?

—¿Qué?

—¿Te avergüenzas de mí y de mi familia?

Al repetir la pregunta se sonrojó, de vergüenza y de rabia por ser él quien se avergonzara. Afortunadamente, no se notaba bajo el cielo nuboso quebrado por las sombras del Rosental.

—¿Prefieres esconder a tus padres el cariz que ha adquirido nuestra relación desde hace cierto tiempo?

Le respondió con una carcajada cristalina: larga y terrible, la mano de Gerda que se apartaba de la suya y se elevaba en un garabato teatral.

—Lo que piensen mis padres me da igual: siempre he hecho lo que me ha dado la gana.

Sin más glosas al respecto, volvió a estrecharle la mano:

—Llegaremos tarde al cine.

Pero en un semáforo en rojo, Gerda declaró que esas historias eran una lata, y su casa de lo más aburrida.

—Daba por supuesto que lo veíamos de la misma manera, pero si tanto te

importa, te invito a cenar a casa, te llevo a celebrar al Shabat...

—Como quieras.

La cuestión quedó zanjada, olvidada antes de llegar a toda prisa a la taquilla del cine, siempre llena de gente los fines de semana. ¿Por qué se había enredado en cosas que no le atañían? ¿Por qué había cedido a un moralismo tan rastroso (¿solo porque había visto a los Pohorylle cara a cara?) cuando Gerda era una mujer adulta, una mujer libre, y tenía todo el derecho a manejar sus asuntos como mejor le pareciera? Él acabaría su carrera, si era necesario representaría el papel del joven bien educado, sin ocultar que no sabía decir ni media oración en hebreo, ni atenuar sus opiniones, y mostraría todo su respeto hacia los padres de Gerda. No le correspondía hacer nada más.

A continuación llegaron los exámenes, las vacaciones, los días que pasaron todos juntos en la casa del doctor Gelbke en la Dübener Heide y, por último, su marcha a Berlín. No hubo invitación a casa de los Pohorylle, ni un solo momento sustraído al placer de estar juntos.

Habían extendido a nuevos territorios sus felices costumbres. Y ello incluía, se quisiera o no, los pequeños enfados de Gerda y las grandes preguntas que lo asaltaban, la repetición embotaba el análisis y suavizaba las cuestiones de principio. Había una condición que decretaba la suspensión del tiempo que fluye y, sin eso, las dudas no maduraban. Georg Kuritzkes nunca había sido tan feliz, y no volvería a serlo nunca más.

La nostalgia que se ha concedido en los últimos días al evocar sus años con Gerda ha tenido un efecto tranquilizador, así que ha cedido a ella justo fuera de las puertas de la FAO. Mientras siente la brisa que va a su encuentro cuando vuelve a casa en Vespa, se ha dicho que ese aire cálido era tan natural como tener un idioma y una ciudad de origen, un gran cometido y un gran amor. Si ni siquiera entonces hubiera tenido la capacidad de vivir a la altura de sus sueños, se habría convertido en un superviviente lleno de rencorosos remordimientos, o en un traidor en una burbuja de olvido custodiada como en esos souvenirs en los que una nieve falsa cae sobre el Coliseo como sobre cada monumento del planeta encapsulado en ese idilio de tres al cuarto.

En aquel entonces todavía no estaba todo perdido. Aún no habían pasado a la necesidad del *Widerstand*, la resistencia demasiado débil ante el invierno de la barbarie. Si el impulso de no someterse fuera multiplicable, si ese deseo, tan vivificante como lo era su novia, hubiera podido extenderse, convertirse en insurrección, el orden letal se habría tambaleado antes de que su derrota equivaliera a un mundo de cenizas y escombros.

En Leipzig y luego en Berlín, los conflictos habían sido acérrimos, las divisiones desgarradoras. Las grandes ciudades se hundían en el estrangulamiento del sustrato pequeñoburgués y en la renuncia masiva de la clase obrera, cosa que acrecentaba un sentimiento bipolar incluso en aquellos que no creían que la revolución debiera renacer, como un ave fénix, de entre los restos de la República de Weimar. Pero la lucha fue diferente mientras se tuvo la oportunidad de ganarla. Y él organizaba, discutía, esquivaba las emboscadas de los SA y estaba listo a liarse a golpes; y tenía a Gerda Pohorylle a su lado.

Gerda encarnaba la belleza y las dificultades de ese periodo, que había que redescubrir y renovar todos los días. En aquel momento ellos dos eran perfectos: ella lo llevaba a divertirse, él ponía en sus manos las herramientas para luchar. Nadie tenía la culpa de que aquella complementación tan estupenda se hubiera roto. Habría terminado de todas formas, probablemente, aunque no hubiera llegado Hitler para separarlos.

Reconocerlo no lo entristecía, todo lo contrario, lo vuelve a poner en su lugar de casi cincuentón que acepta sus límites, algunos límites, para no padecerlos todos.

Recientemente, su madre se ha lanzado a una misión basada en la convicción de que «nuestra Gerda» se convirtió en una santa revolucionaria gracias a la *éducation sentimentale* de Leipzig. Georg ni siquiera intenta contradecirla, por más que a esas alturas privilegia las construcciones del pensamiento que pasan el tamiz de la fría y rigurosa lente de la neurociencia. Pero si la camarada Dina Gelbke logra arrebatarse una callecita para la camarada Gerda Taro, un cubo de cemento que quede a disposición de las palomas, que ya manchan todas las cabezas de bronce del venerado amigo Lenin, no puede más que reconocerle el mérito. La mente y la memoria son una

sola cosa, la integridad de la memoria es el cimiento de la integridad de cada ser humano, incluso entre los nómadas (¿no era él acaso un nómada?), no es prerrogativa de la interioridad burguesa el preservar los recuerdos. Todo el mundo recuerda lo que necesita, lo que lo ayuda a mantenerse en la silla de montar. Y el doctor Kuritzkes solo quiere conservar a «su Gerda», aunque sepa que no existe.

Gerda la temeraria, la impredecible, la astuta *rubia*, que no renunciaría a ningún bocado de felicidad que pudiera ser robado del presente.

En Roma, la temperatura sigue siendo veraniega y el primer gobierno de centroizquierda se involucra en reformas e intentos de distensión en el extranjero, pero el deshielo queda muy lejos, tal vez resulte imposible. El destino del Congo lo indigna, pero no se sentiría tan arrinconado y tan harto de su detestable hartazgo de funcionario si no pasara todas las mañanas frente a la bandera de las Naciones Unidas. No le falta razón a Modrić cuando se queja de que fuera de allí confunden la ONU y la OTAN, en su opinión todo son cosas de los americanos, y luego dice: «¿Qué tiene que ver uno del otro lado con todo eso, sabe a qué me refiero, doctor, un comunista?». A un comunista extranjero lo toman como una broma de la naturaleza en esta ciudad que inventó el circo, y un comunista no alineado, por si fuera poco.

Solo que al doctor Modrić le quedan, al menos, tanto la patria socialista como su familiaridad con todo lo que vive en los mares, los lagos, los ríos y las lagunas. En cambio, el doctor Kuritzkes es un auténtico pez fuera del agua. Se aplica el sarcasmo a sí mismo como tratamiento higienista. Por la mañana, en el baño, canta: «¡Abandonad toda esperanza... los que entráis!», imitando el marcado acento de Helmut Krebs, cuya espléndida interpretación del *Orfeo* de Monteverdi salió a su encuentro mientras rebuscaba en los tenderetes de Porta Portese. ¿El legado de un alemán? ¿O algo mucho peor? Sintió en sus dedos polvorientos el malestar de esas conjeturas basadas en la mera sugestión de la marca Deutsche Grammophon, antes de colocarse el disco debajo de la axila.

En la última semana, sin embargo, ya no le ha bastado con flagelarse, tararear, discutir en la oficina y luego escuchar en casa el *Orfeo* o a J.S. Bach,

el severo *Thomaskantor* que revoloteaba sobre su juventud, en un cara a cara entre el sillón de orejas y el tocadiscos. Ahora tiene que recapitular, y lo hace mejor cuando vuelve sudoroso y reconfortado tras correr por Villa Borghese, donde por las mañanas solo se topa con otros gimnastas expatriados y algunos perros romanos de paseo con la criada.

Nunca ha pecado de ilusorio pensando que la ONU podría sustraerse a los grandes conflictos, y sabe bien que la neutralidad de la ciencia no existe. Con sus colegas intelectuales de la Unesco ha examinado muchas veces las interpretaciones de la famosa frase de *Minima Moralia*: «No hay vida recta —o vida verdadera— en la vida falsa». La Unesco le ha ofrecido el mejor de los compromisos, un compromiso que a fin de cuentas sigue siendo aceptable. Pero él ya no lo acepta. Impulsado por una exigencia de veracidad, todavía podría llegar a una elección correcta, aunque se parezca a un paso en falso. «Me marchó, renunció.»

El otro día le estaba dando vueltas a esas conclusiones después de haber pasado por su barbería de via Sicilia, cuando, bajando por via Veneto, vio a los escritores y académicos alemanes que han convertido la terraza del Doney en su *Stammtisch*. Tan reconocibles por su mímica y sus gestos medidos que conferían un aspecto provincial a la ropa comprada en sastrerías recomendadas, por mucho que sus voces quedaran ahogadas por los cláxones de los jóvenes en ciclomotor que saludaban a sus amigos sentados allí para tomar un aperitivo, y por el clamor de los estadounidenses, gente que gravita alrededor del cine o la embajada y asienta sus reales en el Café Doney. Incluso la rubia poetisa, tan celebrada en Alemania, parecía una tímida campesinota de Carintia en el ir y venir de esa complacida mundanidad. Pero tal vez la intimidaba su compañero suizo, no menos famoso como autor de novelas, y tan atractivo como puede serlo una rana arrugada hablando con una pipa en la boca. «Tú también deberías argumentar acerca de la máxima de Adorno», pensó, apagando la colilla con el talón.

De repente, una chica que se acercaba corriendo hacia el local hizo que se le viniera a la cabeza Gerda. Ella sí que sabría adaptarse al entorno,

perfectamente a gusto con los camareros y clientes de todo tipo: en los locales de Montparnasse se sentía como en casa, mientras que en Berlín siempre se empeñaba en arrastrarlo al Romanisches Café («¡Invito yo! Aún no me he gastado casi nada...»), donde uno podía toparse con cualquiera que tuviera cierto renombre entre la vanguardia. La joven italiana lo ha adelantado con su calzado campesino, el mismo que Gerda llevaba en España —ahora que están de moda se llaman *alpargatas*—. Y él, en un santiamén, ha visto a Gerda, no como era entonces, sino como se habría mostrado con esos sinuosos pantalones estilo Capri, el jersey sobre los hombros, el pelo vaporoso. Esa aparición ha truncado sus divagaciones, o, más bien, se ha entrometido en ellas. Ese rollo de la vida real y de la vida falsa, vamos, te lo ruego, Georg, olvídale ya...

El doctor Kuritzkes, sin embargo, admira a Adorno, que ha regresado del exilio para recuperar su cátedra de Frankfurt mientras que la cultura crítica alemana se presta al papel de figurantes de la *Dolce Vita*.

«¿Tienes motivos para reprocharte a ti mismo no haber ido a reconstruir Alemania, al lado de los que guardan en el armario la cruz de hierro?», se ha dicho, como en otras ocasiones, pero ese día sus pensamientos se han teñido de la diáfana y burlona entonación de Gerda Pohorylle. De este modo ha ido bajando por los meandros de via Veneto en un estado de divertido asombro hasta donde se empieza a ver la piazza Barberini. Se ha lanzado en medio del tráfico, como aprendió a hacer en Nápoles, y poco después de haber girado en el callejón que cruza la Via della Purificazione se ha persuadido de que también esta vez saldrá bien. Si el hirsuto Teckel ha sido capaz de revolucionar la medicina, él también encontrará algún espacio, modesto quizá, pero autónomo, para dedicarse a sus investigaciones, si no en Roma, en cualquier otro lugar. Basta con esperar el momento adecuado, manteniendo los ojos bien abiertos.

Nada más subir las escaleras de piedras torcidas de su edificio, el doctor Kuritzkes ha buscado el número de Ruth para preguntarle por la dirección de Willy Chardack.

Le enviaría una carta con sus más sinceras felicitaciones. Era un gran estímulo, escribiría, ver que la manzana de Newton seguía cayendo donde le apetecía y que, a pesar de los dispendios por esclavizarla (no, eso no debía escribirlo), esa caída accidental seguía siendo el primer motor de la ciencia. La accidentalidad también le había ayudado a él cuando, sumido en el estudio de la orientación de los peces guiado por el filtrado de la luz indirecta, había descubierto las teorías de Edwin H. Land acerca de la luz polarizada. Entusiasmado por esa teoría del color tan innovadora en comparación con la teoría clásica, habló de inmediato con su amigo el profesor Somenzi, quien lo puso en contacto con un director de fotografía muy competente. En Mario Bernardo, Kuritzkes encontró a un compañero de aventuras, juntos habían reproducido los experimentos descritos por Mr. Polaroid, aunque, por desgracia, en unas condiciones demasiado precarias para alcanzar sus extraordinarios resultados. Además, una novedad de su enfoque estribaba en volver a examinar la visión del color en relación con la nueva teoría. Habían escrito un artículo a tal propósito para una revista especializada, de lo que se había apresurado a informar al inventor de la Polaroid.

Tal vez Willy le mandara dos líneas de agradecimiento apenas. Pero eso no era lo decisivo: lo importante era reubicarse en el mismo nivel de posibilidades que representaba Teckel.

Cuando Ruth le aconsejó, en cambio, que lo llamara, se sintió tan aliviado que colocó en el tocadiscos el álbum de Dave Brubeck (obsequio de la vecina a cuya sobrina epiléptica trataba a título amistoso) y se puso a seguir el ritmo de *Take Five* en los reposabrazos.

Ahora va a abandonar el edificio de la FAO con un sentimiento de escisión ya consumado tras acabar de utilizar el teléfono de la oficina para mencionar sus intenciones a Willy Chardack, y tiene la seguridad de estar en disposición de dar la espalda al Circo Máximo. Solo falta que junto a algunos cigarrillos («Coja dos para luego, tengo un cartón entero») se ofrezca para acompañar al hijo de Oreste, pues parece que debe estar en determinado lugar a las tres en punto. Ese asunto también quedaría resuelto si el portero acepta que lo lleve en la Vespa.

—¡Qué pena, es que he venido en bici! —objeta el interesado, antes de

que el padre consiga ponderar una respuesta adecuada a las implicaciones de la oferta.

Se quedan mirando la cazuela envuelta en un paño sobre el mostrador de entrada, hasta que Oreste pone fin a la embarazosa situación.

—La bicicleta ya vendrás a buscarla —le ordena a su hijo—, si el doctor Giorgio es tan amable...

El doctor Giorgio es tan amable que al encaminarse hacia la verja pregunta al niño cómo se llama. «Claudio», le responde, y luego nada más. Pero lo observa con mucha atención mientras cuelga el hatillo del manillar, coloca la cadena, arranca.

—¿Adónde vamos?

—Viale di Trastevere, ¿sabe cómo llegar? Es mejor pasar por allí, luego se lo explico.

—Bien. Agárrate fuerte.

Al final de la via San Francesco a Ripa, el chico le hace gestos de que gire, de forma que de repente se encuentran yendo en dirección contraria, pero por suerte casi han llegado a su destino. La casa es alta para los edificios del Trastevere, pintada de un turbio color rojo en el que campea una placa que parece inspirada por un surrealista: VIA DELLA LUCE.

—No tardo na’.

El chico lo deja allí en la Vespa, y él intenta adivinar la época de construcción y su uso originario (¿los alojamientos de la servidumbre de alguna villa?) mientras se fuma un cigarrillo. Pasan más gatos, no todos sarnosos, que transeúntes y vehículos. Probablemente porque es domingo y la ciudad acaba de terminar de comer. Estrépito doméstico, radios que cantan y hablan, señal de que el campeonato de fútbol no ha empezado aún.

Se abre un postigo, una mujer con un escote considerable se asoma.

—No tenía por qué molestarse —grita hacia él—. Iba a bajar a darle las gracias, pero Claudio se ha marchado corriendo.

El chico sale acalorado de las escaleras que ha bajado a la carrera, con los calcetines subidos, los rizos pasados por el peine.

—Mamá quiere que vaya andando —dice echando una ojeada hacia arriba—, no importa, total son solo unos minutos hasta San Cosimato.

Al médico le gustaría interceder, pero suenan las campanas, desfasadas como de costumbre. Y cuando se atenúa el estruendo, la ventana en el tercer piso también se cierra.

—Ya son las tres, vas a llegar tarde.

—Qué va, no se preocupe, *dotto*, que los demás también llegan tarde.

El chico no hace ademán de moverse.

—Es usted alemán, ¿verdad? —le pregunta.

—¿Se me nota mucho el acento?

—Es por eso de la puntualidad..., por lo demás no lo parece —dice, y se marcha despidiéndose con un gesto de la mano.

Son las tres en punto, es aconsejable que el doctor Kuritzkes se dirija hacia via Asiago. Mario Bernardo lo está esperando, quiere enseñarle unos cortometrajes educativos que han hecho para la televisión. Están pensando en una película sobre la visión del color, pero encontrar quién la produzca no va a ser fácil. ¿Creerá Mr. Polaroid que se ha puesto en contacto con él para conseguir el dinero?, se pregunta de repente, parado ante el Tíber, con hordas de turistas y monjas alineados en el semáforo. Se tiraría de los pelos si fuera así, si a causa de un absurdo malentendido, la correspondencia con Land fuera a interrumpirse nada más nacer. Tiene que hablarlo con Mario, y, ahora, procurar no equivocarse de calle, menos mal que en el barrio de Prati uno no se pierde fácilmente. Deja la Vespa frente a la RAI, donde le informan de que el señor Bernardo le ha dejado un mensaje.

Georges:

disculpa el contratiempo. Las cosas habituales del cine: alguien que te busca y tienes que salir corriendo. La llamada proviene del productor de Fellini, es un lugar muy querido por los neorrealistas. Reúnete conmigo si te apetece. De lo contrario, nos veremos por la tarde.

Mario

Cómo llegar: ve a Termini, prosigue hacia piazza Vittorio, después de Piazza di Porta Maggiore toma la Prenestina. A cierta altura verás a la izquierda un cilindro enorme, un mausoleo romano. A partir de ahí, sigue mi dibujo.

Ayudado por la antigua monumentalidad, el doctor Kuritzkes toma una transversal, confiando en que sea la que ha dibujado su amigo. En la duda, frena más de lo que le exige el laberinto de callejones densamente habitados, ya sea para leer el nombre de la calle (Juvenal: ¿a un poeta así lo han relegado a la casa del diablo?), ya sea para parar a alguien si es necesario. Avanza casi igual de rápido que un hombre andando, con la mirada atenta a todo lo que sale a su encuentro y el aire estancado entre las casas lo envuelve entre ráfagas de calor, incluso su respiración se ralentiza al dilatado ritmo del estupor. ¿Se habrá perdido? Tal vez. Está desorientado por la familiaridad de esa sensación extraña, reacción epidérmica ante un paisaje urbano que aviva un estado de alerta entrenado en Nápoles, desempolvado en Marsella, y en menor medida en Barcelona y en Madrid, donde luchaba también por la libertad de los ladrones. No reconoce lo que ve, no tiene idea de dónde ubicarlo, pero le suena. Quizá sean reminiscencias de alguna película que ha visto. No. Aquí cuenta la visión del color, la materia del color, el polvo amarillento que se levanta desde la calle. Los revoques corroídos y pastosos en los edificios bajos. Los ladrillos hundidos, el óxido en los techos de zinc. La indiferencia tórpida o alborotadora de los habitantes. Humanidad proletaria y subproletaria, que por algo de calderilla como paga diaria no desdeña en absoluto el traje de la eterna plebe romana, pero exige algo más fuera de formar parte de la masa en una superproducción cualquiera. Sumido en la urbe a la fuerza, englobado como los últimos grandes prados con las ovejas ennegrecidas por el tráfico de la via Prenestina. Debe girar a la derecha en la primera intersección, y avanzar muy lentamente. No está seguro de si doblar después en la primera o en la segunda bocacalle. Hay un árbol que invade la visión, las raíces levantan el manto asfáltico, un roble. Podría estar en Sierra Morena, pertenecer, al igual que toda la población, a una de las aldeas abandonadas donde había pasado a prestar servicio en la enfermería, por decirlo de alguna manera. Sí, en una casita similar de repente había aparecido Robert Capa.

Iba envuelto en un batiburrillo de ropa civil y militar, tan sucia de humo y

escombros que Georg lo había tomado de inmediato por un soldado. El frío era tremendo en los primeros días de 1938, y la aldea en la primera retaguardia se hallaba a más de mil metros de altura. En la habitación donde cosía a los heridos, no hacía menos frío que en el exterior: para aprovechar la luz no se podía tapar la ventana con papel y trapos. Él trató de alejarlo con la retahíla de frases que repetía de forma automática sin levantar siquiera la vista de la gruesa mesa. «*Para buscar a unos compañeros heridos vaya a la cocina, si eres herido tú mismo, camarada, busca a una enfermera*». Ya se encargaría alguien de echarlo si solo estaba exhausto o en estado de *shock*, o simplemente buscando algo de calor. El hombre se quedó un momento en el umbral, pero luego se fue.

Por lo general, la oscuridad consentía una tregua en la que los heridos eran transportados hasta allí arriba, los casos más graves para ser operados en un círculo de lámparas de aceite dignas de un Caravaggio. La oscuridad también permitía hacer el cambio del personal médico, lo que no siempre era posible, pero ese día Georg pudo concedérselo. En la entrada se agolpaba la habitual aglomeración de camilleros y soldados medicados, indistinguibles en las sombras. Pero el hombre de antes lo había identificado: «¡Georg Kuritzkes!». Él se asustó y se volvió a regañadientes. Allí lo llamaban solo Jorge, *doctor* o *camarada*, y no quería pensar que hubieran mandado a alguien para buscarle problemas. No había sido decisión suya el que la ofensiva tuviera lugar sin las Brigadas Internacionales, ni que se hiciera una excepción para los médicos.

—*Was für eine wunderbare Überraschung! Und an einem solchen Tag!*

—*Sind Sie Robert Capa?[*]* —preguntó él, con esa clase de cortesía tan poco habitual por allí. Lo había reconocido también a causa de la hipérbole (¡nada menos que «maravillosa» la sorpresa de toparse con él!), pero ese día los camaradas habían entrado en Teruel y la noticia había disipado la sospecha de que el énfasis fuera irónico.

—Un día que nos da nuevas fuerzas —asintió.

—Hiciste tu trabajo, yo hice el mío, ahora podemos celebrarlo, ¿no?

—Por supuesto —le contestó—, pero después de esta noticia, no puedo alejarme mucho con mayor razón. En Teruel estarán organizando las operaciones de socorro, vendrán a buscar a alguien...

—*Richtig* —dijo Capa. Se había quitado la gorra, se la había metido en el bolsillo y, sin pedirle permiso, había vuelto a entrar en la sala de operaciones.

Georg se lo había imaginado descarado («Como esos de ahí», decía Gerda señalando a los golfillos napolitanos en las rocas), aunque más joven. Era la guerra la que envejecía, por lo menos cuando uno estaba metido en ella hasta el cuello.

—*Doktor Kuritzkes* —prosiguió Capa desabrochándose el chaquetón debajo del cual protegía la cámara. Se disculpó por robarle unos minutos, a pesar de que la toma de Teruel fuera una alegría digna de compartir con *todo el mundo*.

—Pero esto no —añadió, sacando un sobre de fotografías del bolsillo y poniéndole todo el montón en la mano.

La luz tenue no ayudaba a miraras, pero ocultaba lo que era mejor que Capa no viera: la escarcha que le quemaba los ojos tan pronto como se le humedecían.

—¿Puedo quedarme con una? —le preguntó.

—Y con todas, si quiere. Somos fotógrafos, la reimpresión no nos cuesta nada.

—¿Somos?

Él, Chim y Gerda habían alquilado un atelier: luminoso, tranquilo, lo suficientemente espacioso para que pudiera vivir allí su amigo asistente. Ruth Cerf iba a echar una mano, el trabajo no faltaba, afortunadamente.

Georg no entendía cómo podía perorar de esa manera: invitarlo a París, ofrecerle una cama en el estudio, insistir en que era mejor que un hotel, la decoración era mérito del gusto inigualable de Gerda, de su destacado sentido práctico. Se sintió tan molesto que llegó a preguntarse si a Capa no le faltaría algún tornillo. Trabajaba bajo el fuego y corría constantemente el riesgo de quedarse en el sitio, por más que un fotógrafo siempre pudiera echarse para atrás, aunque tal vez su equilibrio se hubiera resentido.

—¿Y qué tal está Ruth? —quiso informarse—. Cuando la vea, dele muchos recuerdos de mi parte.

Entre las fotografías, a Georg le llamó la atención un retrato equilibrado, iluminado por la inconfundible sonrisa de Gerda. Capa se dio cuenta

enseguida.

—Sin cumplidos, *bitte* —dijo.

¿Sabía el fotógrafo cuántas veces le había quitado esa chaqueta de piel?

Y luego había otra foto en la que Gerda, subiéndose una media, hacía una mueca de las suyas. Todo se veía allí: el muslo al descubierto, la cama en desorden, las flores de la tapicería del hotel *délabré*, una botella de pastís, una bata estilo kimono colgada detrás del lavabo.

No debería haberse quedado con esa foto precisamente, pero fue el otro quien había puesto su intimidad con Gerda delante de sus narices.

Cuando le devolvió las instantáneas, Capa lloraba. Lloraba y asentía con vehemencia aprobando su elección mientras se esforzaba por meter el resto de las fotografías en el sobre. Georg creía haberse acostumbrado a los compañeros que se derrumbaban de golpe y empezaban a respirar afanosamente o a lagrimear en silencio como grifos defectuosos. Pero no hubo nada que hacer: él también se echó a llorar.

—*Entschuldigung*, Georg, no tenemos tiempo que perder...

—Un momento para un cigarrillo creo que podremos permitirnoslo —le dijo mientras buscaba su última ración, consolado por el pensamiento de que, con el final del asedio, la escasez de tabaco también terminaría.

Capa le había ofrecido uno de sus cigarrillos estadounidenses, prometiendo dejarle el paquete antes de irse. Saldría inmediatamente para París y luego a China, adonde debería haber ido con Gerda. A esas alturas no podía posponerlo. Pero no venir a Teruel hubiera sido una deserción, una traición.

Habló con la colilla en la boca, chupándola mecánicamente cada vez que respiraba, mientras rebuscaba dentro de la chaqueta, abría una cantimplora y le ofrecía el primer trago.

—Tendrás que contentarte con este *Schnaps* aragonés, las reservas de brandy se me han terminado.

Por la forma con la que siguió charlando (de ese aguardiente casero capaz de derretir las piedras; del gran Ernest Hemingway, que bebía como una esponja pero era devoto de la causa con todo su corazón; de las interminables preguntas que hubiera querido hacerle, de haber tenido tiempo) parecía

haberse recuperado.

Él, sin embargo, con la tercera ronda se sintió aturdido. No había dormido, solo había comido un poco de las consabidas judías. Después de engullir un último trago (tenía la impresión de ser un etnólogo obligado a confraternizar con el objeto de sus estudios), le devolvió la cantimplora a Capa con un gesto que significaba que ya era suficiente.

—Por Gerda —dijo en voz baja. No estaba alterado, no, pero quizá ese *aguardiente* mortal que había engullido sin atender a eventuales reacciones le había impulsado a ello.

Con una amplia sonrisa, cómplice, casi siniestra por el efecto que la única lámpara encendida creaba en torno al blanco de los dientes al desnudo, Capa le devolvió el brindis, *auf unsere Gerda, lechaim!*,[*] ¡por la vida y por la libertad!

Bebió ruidosamente, y después de haberse limpiado la barbilla y la boca empezó a hablar de nuevo: del encargo que lo había retenido en París, de la bofetada que recibió en el funeral («¿Tú los conoces, verdad, a los hermanos Pohorylle?»), de la imperdonable estupidez de haberla dejado aquí.

—Piensa —le había dicho— que estaba convencido de que, en el caso de una batalla decisiva, ¡habría corrido para escoltarla la prensa militante al completo! ¿Acaso no lo veía? En Madrid o en el Congreso de Escritores en Valencia, como moscas en el jamón. El corresponsal del *Daily Worker*, el enviado del *Pravda*, y no te digo los demás. ¿Me apetecía? No. ¿Tenía otra opción? No. Te aseguro que pensé, incluso, en encomendársela a ese periodista canadiense al que ella hacía más caso que a los demás. Un chico alto y guapo, como puede llegar a serlo un veinteañero criado a base de bistec y leche, deportes de equipo, fe en el bien que triunfará trasvasada al comunismo. Me dije a mí mismo que él preferiría morir antes que abandonarla, de lo colado que estaba. ¿Te das cuenta, Georg? *So ein Idiot!* «*Teddie, please keep an eye on her*». [*] ¿Lo entiendes? Como en una película de Hollywood: él se pone colorado al jurarlo; ella sonríe radiante, moviendo sus ojos del uno al otro. Gerda haría de él lo que quisiera, y yo, idiota de mí, no me percataba del peligro. Y, de ese modo, ella se quedó en el sitio. Él se libró, pobre hombre. Ted Allan: ¿has tenido ocasión de conocerlo?

Sí, en efecto, la última vez que vio a Gerda estaba allí también ese periodista. Parecían mantener una buena relación, demasiado buena incluso, pero eso prefirió ocultárselo a Capa. Le dijo que lo había conocido durante un permiso en Madrid, tuvo que dar fe de que Gerda se esforzaba mucho para presentar a los viejos amigos a sus nuevos conocidos.

Capa lo estuvo escrutando durante un largo rato, luego le hizo una pregunta algo extravagante con respecto a lo que hubiera esperado, como por ejemplo: ¿qué impresión le había causado Ted Allan?

En cambio, le preguntó:

—¿Y a ti cómo te presentó?

—¿Te refieres a las palabras exactas?

—Si las recuerdas...

—Algo como: «*Voilà, je vous présente mon très cher ami, le docteur Kuritzkes*». [*]

Lo que, al cabo de unos segundos de silencio, temió que fuera un llanto sofocado, se reveló como una risa tenue, de madraza, guardada dentro por el simple gusto de incubarla.

—¿Sabes lo que le había contado a Teddie? Le dijo que ya no podía enamorarse porque a su verdadero amor lo había matado Hitler. ¡Ah, qué guapo y valiente era, ese gran amor, ese médico de origen polaco! ¡*Docteur Kuritzkes, mon cher ami*, te deseo que vivas tan sano como una manzana hasta los ciento veinte años!

Sin darle tiempo para reaccionar, Capa se lanzó otra vez a hablar a rienda suelta. Mejor así, dado que esa confidencia lo había conmocionado.

Ted Allan se había presentado en París, un guiñapo con muletas, por lo que Capa nunca lo dejó solo, hasta proponerle incluso embarcarse juntos hacia Nueva York, desde donde Teddie regresaría a Montreal. En el barco se arrastraba desde el camarote hasta el comedor como el campanero de Notre Dame, pero con el mar agitado se aferraba de buena gana a su brazo. Mirándolo abatido y penitente, se perdía en relatos de enamorado.

—¿Qué puedo decirte, Georg? No me importaba. ¿Que era el proverbial efecto del mal de muchos, consuelo de tontos? Puede ser. Me gustaba escuchar lo increíble que era nuestra Gerda. No sé tú, pero yo era celoso como un

macaco, aunque eso complicara terriblemente nuestra convivencia. Pero desde que ella ya no está con nosotros no me importa en quién ponía los ojos.

Capa le había ofrecido otro cigarrillo, como para animarlo a responder.

—Yo nunca estaba celoso, o casi nunca —le contestó.

—Sí, también lo decía Gerda.

La última confidencia que Capa le había hecho antes de que los echaran, antes de abrazarlo en el umbral de la sala de cirugía, fue que Teddie se comportaba así durante el día, mientras que, por la noche, cuando había bebido («¡No había otra cosa que hacer en el barco!»), cambiaba de tercio. No dejaba de parlotear que se habría llevado a Gerda a América y la habría curado de su dolor por ese médico polaco. Nada impediría sus sueños excepto la muerte, y la muerte, como en el final de una novela, podría hacerlo todo posible en retrospectiva.

—Los americanos son así. Sueñan con una pequeña casa idéntica a la de su vecino, con niños y chimenea, y tal vez con una enorme estrella roja sobre el árbol de Navidad, y en su cabeza ya se la han comprado.

En el transatlántico, Teddie se jactó de que a Gerda sus cuentos le parecían brillantes, incluso lo había alentado a mandárselos a su amigo Hemingway. Y él le demostraría su talento y, *sorry to say, my friend*, la fama de un escritor sobrepasa fácilmente el éxito de un fotógrafo.

—No fueron momentos especialmente agradables, *mein lieber Georg*. ¿Pero qué iba a hacer? ¿Recordarle China y *adiós my friend*? ¿O explicarle que Gerda no se andaba con historias en los momentos de respiro entre una batalla y un bombardeo? Había sido un detalle por parte de ella el brindarle esa mentira, es una pena que Teddie, en su vanidosa ingenuidad, hubiera decidido hacer caso omiso de su advertencia. Estaba enamoriscada, tal vez, pero también lo estaba de muchos jóvenes a los que veía partir por la mañana y ya no los veía regresar por la tarde. A fin de cuentas, lo único que amaba Gerda sin reservas, no fuimos tú, ni yo, ni nadie, sino todos aquellos que comprometen sus vidas en la lucha contra el fascismo, eran España y su labor junto al pueblo español.

Georg asintió.

Le quedaba la duda de si ella no habría empezado a cansarse también de

Capa, pero tenía que creerle en una cosa: en la guerra, la persona más cercana es tu compañero y el compañero de Gerda había sido Capa, el único que tuvo a su lado. Georg no lamentó tener que admitirlo cuando lo vio desaparecer por fin detrás de la curva de la carretera, con la mochila al hombro, el cuello del chaquetón levantado, un grueso gorro de lana bien calado. El paquete de Lucky Strike, por desgracia, se le había olvidado dejárselo.

Absorto en sus recuerdos, el doctor Kuritzkes se detuvo en una travesía de via Giovenale que debería ser la calle que buscaba. Podría ir ya, pero acaba de acordarse de una extravagancia: el encuentro con Capa en Teruel se le ha quedado más grabado que el momento en el que sus camaradas le dieron un periódico que habían traído de un día de permiso. Una mala noticia, le dijeron. Las palabras de condolencia, que sin duda le brindaron, habían desaparecido. *«Enterrada en París la camarada Gerda Taro, caída en Brunete.»* Un agujero. Un agujero que tenía un nombre clínico preciso. Solo se había quedado con la fecha del recorte de periódico que se guardó en el bolsillo, donde un soldado tiene todo lo que le es más querido: 1 de agosto, y debería haber sido un día de cumpleaños.

El doctor Kuritzkes decide sacar las indicaciones de Mario Bernardo para ver dónde se encuentra, pero está claro que solo busca una estratagema para desprenderse de esos recuerdos. Ya casi estoy, se confirma, con el motor que hierve y resopla, sin que las suelas lleguen a levantarse de la calzada.

El frente de Córdoba había permanecido aletargado durante todo ese periodo, excepto una escaramuza a mediados de septiembre en la que él tomó parte. Le llegaron cartas de Nápoles y de París, e incluso, quién sabe por qué tortuosa ruta clandestina, de su madre: transida de pena, fluvial en retórica y recomendaciones. Inútiles. Hasta Morandi se le acercó a darle el pésame. Un gran valor requiere gran valor, le dijo estrechándole la mano. Dándole las gracias, se la apretó a su vez. Solo unos meses después, cuando a fuerza de comprometerse a salvar las vidas de sus camaradas, estaba volviendo a ser

dueño de la suya, se le pasó por la cabeza que quizá debía su traslado al viejo comandante. Aldo Morandi era un hombre capaz de decir que prescindía de un soldado consagrado a recibir una lluvia de perdigones, cuando podía ser más útil para volver a poner en pie a quienes aún podían valerse. Quién sabe si además había especificado que ese soldado no se había manchado de ningún bajón de moral hasta que supo de la muerte de Gerda Taro. Que aprendieran a celebrar a una temeraria como ejemplo de heroísmo y a no tener en cuenta las exigencias de quienes sabían hacer la guerra.

Es una idea nueva, la primera capaz de sosegar al doctor Kuritzkes. Tal vez no estaría allí, protegido bajo un roble dejando que pasen los automóviles si no lo hubieran traído hasta ese lugar la cordial aversión de un oficial chapado a la antigua hacia Gerda y la larga congelación del frente de Córdoba, paralela a su propia congelación. Sí, se ha sosegado. Por mucho que siga perdido, se da cuenta de que esos coches que ve desfilar, entre ellos uno negro y reluciente, no pueden pertenecer a esas calles miserables. La gente del cine se está marchando, se dice, así que tan pronto como encuentre a Mario tendremos libertad para dedicarnos a nuestros proyectos.

Luego ve a un grupo de personas alrededor de un par de ciclomotores y le llegan trozos de un guirigay a un volumen demasiado alto. ¿Será una pelea? Tal vez no, dado que por ahí se grita por cualquier cosa. Pero no quiere pasar por medio de una trifulca, especialmente en un barrio donde la cosa podría degenerar, así que apaga la Vespa y escucha con mayor atención.

—Marchaos, aquí no hay nada que os importe. ¿Entendido? Largo de inmediato.

La reacción es «un poco de calma», pero luego las voces se vuelven incomprensibles de nuevo. La única forma de entender lo que está ocurriendo es asomarse saliendo de detrás del árbol.

A pesar de que ve de espaldas a parte de los que están discutiendo y que los otros van apareciendo y desapareciendo detrás de las ramas, no le cabe la menor duda. La ropa, el cuerpo, la fisonomía de esos chicos son de burgueses. Así pues, se lanza hacia ellos con un frenazo estridente que silencia la

discusión.

—¿Saben dónde puedo encontrar al señor Bernardo? —pregunta.

—Debería estar aún en el bar que hay a la vuelta de la esquina —responden sin un atisbo de asombro.

Delante del bar también hay personas que hablan en voz alta, a excepción de una joven que se ha quedado apartada con un bloc de notas y una botellita de naranjada. En lo alto de los escalones que separan la terraza de la calle, Mario Bernardo discute con el grupo que debe de haber dejado la ropa y las bolsas en las sillas de las otras mesas.

—Georges, qué alegría —exclama cuando lo ve—. Espero que no te haya costado mucho encontrarnos. ¿Puedo ofrecerte un café o una bebida, ya que te has cruzado la ciudad con este calor?

El doctor Kuritzkes aparca, apaga el motor, sigue a su amigo a la mesa donde ha dejado la chaqueta, y el hecho de que se agache para recogerla en lugar de invitarlo a sentarse le deja claro que Mario no ve el momento de irse. Pero se toman un café de todos modos, en la barra de mármol opaco, pero que han limpiado antes de colocar los platitos.

—Aquí también hacen helado, si te apetece —le propone su amigo, casi como para corregir una hospitalidad demasiado expeditiva. Después, con un susurro, le dice que la gente del cine cree que con dinero se arregla todo. Resopla, parece contrariado.

—¿No quieres nada más?

—Solo un poco de agua. En Nápoles ya te lo habrían dado. Pero Italia es complicada, un continente.

Su amigo está de acuerdo, y le parece notable que se dé cuenta de algo así. Cuando llegan a Roma, observa, casi todos comienzan a creerse que están en el ombligo del mundo, más allá del cual solo hay una provincia despreciable. Y eso, aclara, cuando los auténticos romanos no conocen mucho más que las cuatro calles por las que acostumbran a moverse.

Mientras les sirve un vaso de agua, el barman se entromete.

—Cuánta razón tiene el señor, y su amigo también, que si ha ido a Nápoles, tal vez pasó por mi patria chica. Yo nací aquí, pero mis tíos del sur, de la zona de Ciociaria, dicen que los alemanes fueron unos caballeros ¡en

comparación con lo que montaron los otros! Y, además, bien podemos decirlo, ¿no?, romanos de verdad, de esos que tuvieron bisabuelos en tiempos de Julio César, ¡quedan pocos!

El doctor Kuritzkes, ya acostumbrado a comentarios de ese tipo, responde que estuvo en Nápoles por razones más agradables que la última guerra y espera que Mario Bernardo se haga cargo del resto.

—Gracias a Dios que has aparecido, Georges —le dice mientras salen del bar—, que si no me tocaba volver a escuchar todo el rollo mientras me llevaban a casa. A saber cuándo se hará esta película... No sé si sabes que aquí se rodó la mayor obra maestra del cine reciente, *Roma, ciudad abierta*: en concreto, la secuencia donde matan a Anna Magnani y se llevan al tipógrafo. Rossellini no inventó nada. Este era realmente un nido de subversivos, o una fortaleza, si se prefiere. A uno de aquí lo fusilaron en las Fosas Ardeatinas, tres fueron deportados a Mauthausen y nunca regresaron. Pero había muchos, era el vecindario entero, todos los barrios populares, y este más que otros. No como en piazza Barberini, con tus condesas vestidas de negro encantadas de haber encontrado a un médico alemán para que les trate de los nervios...

—Fue una sola, Mario. Y, además —le recuerda—, dejó de interesarse por mis servicios tan pronto como satisficé de modo, ¿cómo se dice *gründlich*?, ah, sí, exhaustivo, su interés por mi currículum.

No hace mucho que Mario Bernardo está al corriente de tales episodios, lo que quiere decir que el médico ya no lo considera un amigo a la italiana, sino un amigo en el verdadero sentido que no ha dejado de atribuir a la palabra. Por lo demás, Vittorio Somenzi ya le había anticipado que podía confiar en él. Lo conoció en la guerra, en momentos que unen, y aunque dramáticos, afortunadamente superados. Era notorio que el profesor había sido un oficial de la fuerza aérea, pero resultaba igual de evidente que era un progresista sincero, así como todo un caballero. Fue el propio Mario Bernardo quien le contó cómo se conocieron, una noche en la que cenaron juntos después de trabajar en su experimento, disfrutando de la sombra de la pérgola de una hermosa *trattoria* en el Janículo.

Vittorio estaba en el cuerpo de ingenieros aeronáuticos, pero no había montado en un avión hasta el 8 de septiembre, cuando consiguió ponerse al servicio del Office of Strategic Services, que lo lanzó en paracaídas sobre las estribaciones de los Alpes de Belluno para entrar en contacto con una brigada garibaldina aislada por la mucha nieve que había caído en los puertos de Cadore. Bernardo y su grupo de partisanos estaban allá arriba, en esa última franja de Italia sometida al *Gauleiter* del Tirol, escasos de munición y de provisiones, y el hombre con traje de tweed gris que se presentó en aquella cima como el vendedor ambulante perdido por quien lo hacía pasar su documentación falsa, parecía demasiado apuesto para ser la persona que esperaban para dirigirlos.

—Has de saber —le dijo Mario, sirviéndole un poco de vino blanco fresco— que mientras el país había sido liberado, nosotros, allá arriba, temíamos ver en cualquier momento a los Sorci Verdi, los bombarderos italianos. Corrían rumores de que los alemanes se estaban preparando para resistir a ultranza, concentrando en el reducto de los Alpes tesoros saqueados, fábricas subterráneas de misiles y a todos sus peces gordos con los hombres mejor preparados y más leales. Los servicios secretos estadounidenses se lo creían, nosotros no tanto. Sabíamos que habían acumulado bienes robados, pero no habíamos visto esclavos deportados que construyeran fortificaciones ni nuevas tropas. Vittorio se lo comunicó a sus superiores, pero el caso es que no podíamos sentirnos seguros, porque nada nos hacía excluir que los alemanes pudieran haberse organizado más al norte. Se dice que fue precisamente ese escenario lo que empujó a Eisenhower a ocupar Baviera, dejando Berlín a los soviéticos. Por otro lado, nos preocupaba que los Aliados, aparentemente tan convencidos de este *Alpenfestung*, evitaran bombardear la zona, cuando el dominio de los cielos les pertenecía por completo. Sabíamos que había amplios sectores angloamericanos que querían mantener bajo mínimos la contribución de los italianos a la liberación, sobre todo la nuestra, los partisanos comunistas. Corrían rumores de que las regiones del nordeste quedarían unidas a Austria, como hurto a la Italia roja surgida de la insurgencia y como una barrera contra la Yugoslavia de Tito. Así

que estábamos allí, pegados al enemigo, devorados por el frío, mal armados, con buenas probabilidades de dejarnos el pellejo, y con la duda de si, al final, todo eso valdría de algo. Luego las cosas acabaron saliendo bien, pero no por eso se desmintieron los temores. Al contrario, la última operación en la que se vieron involucrados Vittorio y los muchachos de la Brigada Calvi los confirmaron. Fue justo después del 25 de abril, cuando los servicios secretos nos pidieron que localizáramos a un grupo de rehenes de las SS sacados de Dachau y transportados a Val Pusteria, área operativa de nuestra competencia. Vittorio se aseguró de que había llegado a Villabassa la preciosa carga humana, prisioneros de relieve que los jefes supremos de las SS, dispuestos a intercambiarlos, eliminarían en caso de que no tuvieran nada que perder. Vittorio solo se hallaba parcialmente al corriente de las negociaciones que estaba conduciendo el comandante de la Wehrmacht en Italia, y también el de las SS, pero eso no lo supe hasta años después. Moraleja de la historia: la crisis de los rehenes se resolvió bien, porque la bestia rubia o, al menos, los dos jefes de la manada prefirieron contemporizar en lugar de ejecutar las órdenes con obediencia ciega. Hubiera bastado, sin embargo, con que un par de guardias de vigilancia actuaran como de costumbre, es decir, tirando a los prisioneros ajusticiados al lago de Braies, para que quedara comprometido nada menos que el final de la guerra en Italia.

El doctor Kuritzkes se había concentrado en el lechazo con patatas, pero, tras escuchar esa historia, tuvo una intuición. ¿Se trataba por casualidad del convoy del que habla Léon Blum en su pequeño libro de memorias? Lo había leído en París, conmovido por la fidelidad que los esposos Blum habían mantenido en Buchenwald y durante su último traslado, cuando el viejo socialista estaba tan débil que podría no haber llegado al final del viaje.

—Sí, ese mismo —dijo Mario Bernardo, y era verdad que Léon Blum estaba muy maltrecho. Sin embargo, después de haber dado las gracias al comando partisano que había ido a liberarlo, prefirió esperar a los estadounidenses con sus otros compañeros de desventura. Lo saludaron respetuosamente y regresaron a Cadore.

—El mundo es un pañuelo, la verdad —comentó el doctor Kuritzkes, y Mario le enumeró a los demás prisioneros. Estaban el viejo canciller austriaco

Von Schuschnigg con su esposa e hija, dos nietos de Churchill, el hijo de Badoglio, un nieto de Molotov, todo el Estado Mayor griego y otras personalidades destacadas de la Europa conquistada; alemanes en gran número, entre ellos una mayoría de «Von» vaya usted a saber: los parientes de Von Stauffenberg y de otros conspiradores en el atentado contra Hitler, un nieto del último káiser, el príncipe de Hesse, esposo de Matilde de Saboya, muchos comandantes de la Wehrmacht caídos en desgracia y Von Thyssen, un barón del acero...

—¡Ah, claro, todos ellos antifascistas de primera hora y demócratas convencidos! —lo interrumpió el doctor Kuritzkes, a quien le apetecía poco degustar esa lista.

Mario se rio, pero no dejó de captar el sesgo excesivamente afilado de su sarcasmo.

—No, te equivocas —objetó, lanzando el nombre de Martin Niemöller, el valiente pastor luterano, y luego el de un nieto de Garibaldi que se había unido inmediatamente a la brigada partisana «Calvi».

—Sin lugar a dudas —acabó por aceptar, irritado consigo mismo. Pero tenía poca paciencia con los discursos de los veteranos, todos tan parecidos; y no soportaba que incluso las historias de los viejos partisanos estuvieran cargadas de nostalgias escleróticas, nostalgias de perdedores.

Tal vez fuera culpa suya el que Mario se hubiera entibiado a medida que describía el punto de inflexión logrado gracias a un capitán de la Wehrmacht, otro de esos impronunciables Junker, que consiguió que los rehenes quedaran bajo su protección, para alegría de estos, sobre todo cuando los SS recibieron la orden de regresar a casa, donde el Führer estaba a punto de suicidarse. De esta forma se vivió, en el hotel Lago di Braies, un idilio entre militares, tiroleeses del sur y deportados, «solo faltaron el té y el vals». En cualquier caso, antes de poder llevar hasta allí a los estadounidenses, sus visitas al hotel en un Fiat Balilla requisado eran recibidas con desconcierto: no solo por las escasas metralletas, sino porque todo aquello, para «sus excelencias», era cosa de bandidos. Solo el sobrino de Molotov, el pobre Vasili, que había visto asesinar al hijo de Stalin en Sachsenhausen, permaneció sordo a las voces que le imploraban que se quedara en el hotel, so pena de quién sabe qué desgracia.

Quiso irse con ellos, estuvo alojado en Belluno, luego fue entregado a los soviéticos en Bolonia, y al final dio las gracias a sus libertadores a través de Radio Moscú. Al nieto de Garibaldi, en cambio, tuvieron que echárselo a grupas, tras autoproclamarse general de Val Pusteria, y con él, a un tal Davide Ferrero, capitán partisano en las Langhe, capturado y deportado por los alemanes. En aquellos convulsos días todos sus esfuerzos se orientaban hacia una Italia libre, una Italia que había que reconstruir, pero de haber sabido que Ferrero se había vendido a las SS prestando a sus hombres como guardianes de la Risiera di San Sabba, ¡desde luego de comandante adjunto de un Garibaldi nada de nada!

De repente, los papeles se intercambiaron: Mario era ahora el que pedía que cambiaran de tema, y él quien respondía: claro, claro, dejémoslo correr, lo entiendo.

—Permíteme añadir solo una cosa, Georges —concluyó Mario—. Nos acusan de haber aplicado una justicia sumaria, pero una justicia justa ¿se ha visto alguna vez en Italia?

—Camarada —respondió Georg—, yo me saltaría el postre y el café. ¿Qué tal si pasamos directamente a un aguardiente o un licor?

—Pide lo que quieras, que yo tomaré lo mismo.

Esa noche, después de acompañar a Mario Bernardo a casa, el doctor Kuritzkes quiso dar un paseo empujando la bicicleta por las retorcidas calles del Janículo. Tal vez fuera la primera vez que entraba por via Garibaldi, el caso es que nunca había notado la espectral blancura del osario con el que los fascistas —ROMA O MUERTE— se habían apropiado de los caídos de la República romana. Era solo un ejemplo particularmente desvergonzado de algo con lo que se topaba por todas partes, una continua asimilación mutua de costumbres, hábitos y acontecimientos históricos que lo sumía en una suspensión del tiempo y del juicio, rota en el instante en que del pecho de una noble estatua romana brotaba el amor por el Duce, o bien, en sentido contrario, cuando hablaba con Bernardo y Somenzi. De repente, entendió lo que quería decir eso de que Vittorio no se hubiera subido nunca a un avión

antes de ser lanzado en paracaídas por los estadounidenses, como Mario acababa de contarle. Que no había estado a cargo de ninguno de los Savoia-Marchetti enviados para bombardear las ciudades españolas o el Fiat B.R.20 de las escuadrillas legionarias que, ametrallando a baja altura, habían causado la colisión en la que murió Gerda. Y una vez que la sombra de la sospecha había sido removida (¿no habrían sido por casualidad los superiores de Somenzi en el cuerpo de meteorólogos los que habían establecido las condiciones favorables para el ataque de Brunete?), ¿no debería haber dejado el mausoleo a sus espaldas y bajar a toda carrera hacia el puente Sisto, disfrutando del esplendor de la Ciudad Eterna, como todos? ¿Gerda no lo hubiera hecho de maravilla? ¿No habría trocado los desfiles del régimen fascista por una acreditación para la pasarela de Emilio Schuberth, lista para lanzar ráfagas de fotos a la salida de la novia? Lo habían hecho Chim y Capa, que entendían mucho menos de alta costura que de las parábolas de los disparos; y por qué no, si era el trabajo más solicitado para un fotógrafo después de la guerra...

No tenía nada que reprochar a la capacidad de adaptación, y la de Gerda, de hecho, siempre le había parecido envidiable. Sin embargo, le había decepcionado la superficialidad de Capa cuando volvieron a verse después de la liberación de París, y fue el otro quien lo buscó para darle un abrazo. Capa le prometió que pasaría por la Springerstrasse, si viajaba a Leipzig, y que le llevaría suministros y medicinas a su madre. Luego apareció el número de *Life* de mayo de 1945, con ese pequeño y arrogante G.I., el soldado estadounidense por antonomasia, con el feo gesto de un «*Sieg Heil!*» en la tribuna de Núremberg: una imagen de tan triunfal irreverencia que solo un fotógrafo podría haberla concebido. Sintió una gran emoción al reconocer en él al autor de la fotografía, como si esa portada, que mostraba al mundo entero el triunfo de los hombres pequeños al estilo de Capa, fuera un tributo al espíritu de Gerda, la manera más adecuada de dedicarle la victoria. Abrió la revista en los Campos Elíseos y, mientras seguía caminando, descubrió a los últimos estadounidenses en un balcón accionando una ametralladora, y luego las fotos de uno de los soldados caídos por los disparos de un francotirador («*maybe the last man to die in WWII!*»), [*] la sangre que se expandía por el parque de

un interior burgués, en Leipzig. Tras recibir su mensaje de felicitación, Capa lo había llamado casi de inmediato. Demasiadas muertes estúpidas hasta el final, un buen lío con una chica, no había tenido ni el tiempo ni la cabeza para ir a ver a su madre: *c'est dommage, Entschuldigung*.[*] La cabeza para fotografiar a un hombre que acababa de ser asesinado sí que la había tenido, y probablemente también para decidir que no merecía la pena ir a visitar a una vieja bolchevique, aunque Dina le habría pagado con historias increíbles sobre Gerda, incluso sin la donación de algunas *K-ration* que la hubieran ayudado mucho.

El oficio de fotógrafo premia a los oportunistas, favorece a los patinadores de la superficie. Un médico, por el contrario, se ve implicado en las vidas de los pacientes, vidas que ni siquiera con la ayuda de alguna radiografía ofrecen a menudo una imagen única. Hay quienes nacen sabiendo apañárselas y a quienes les toca hacerlo de todos modos, mejor o peor. Gerda habría tenido la *Souveränität* de no mirar hacia atrás y, al mismo tiempo, de no renegar de nada.

Ni siquiera Capa, tenía que admitirlo, había sido un veleta absoluto: su viaje a la URSS con Steinbeck no le resultó nada beneficioso a esas alturas de 1947. Menos aún en los años siguientes, cuando París y Roma se llenaron de sus amigos estadounidenses que habían acabado en las listas negras, los cuales, que no eran desde luego exiliados indigentes como lo habían sido ellos, no se alejaban de sus confortables alojamientos además de Montmartre o Trastévere...

Georg recuerda y medita sobre todo ello, mientras a Mario, fuera del bar de Pigneto, le ha llamado alguien de la producción que lo entretiene un buen rato. Él lo espera con paciencia y, entretanto, se fuma un cigarrillo y engaña el tiempo fantaseando con ese local tan parecido a una *taberna* de pueblo, diciéndose que a Capa le habrían gustado más los cafés de via Veneto, y lo mismo a Gerda.

Sería conveniente que saliera a la terraza para liberar a su amigo de tanta cháchara, se dice Georg, y al final consiguen irse con la Vespa. En el cruce

con via Prenestina, Mario le propone acercarse a donde rodaron la mayor parte de las escenas de *Roma, ciudad abierta*, si le parece bien.

—Vamos.

Via Montecuccoli se halla al otro lado de la carretera consular. Las viviendas derrumbadas y los escombros que se entrevén en las célebres escenas de la película han sido sustituidas por nuevas construcciones, se han levantado edificios no más altos que la casa de antes de la guerra frente al cual Mario le hace señas para que pare. Son esos pisos que se han añadido a lo alto, y sobre todo la extensión de las manzanas, lo que ha alterado drásticamente la faz del barrio: no menos periférico, dado que la calle termina desembocando en las vías ferroviarias, pero de inequívoco sesgo obrero.

—A este lado de la Prenestina, la ciudad de los trabajadores; al otro, el simulacro de un hábitat ancestral, generoso en el *frisson* que el visitante siente ante el pueblo de *guappi* y *lazzari*, bravucones y mendigos, como en Nápoles en pleno centro —observa Georg a su amigo, que asiente pensativo.

Nadie presta mucha atención a esos dos que, frente al número 17, apoyados en la Vespa, discuten de cosas abstractas, de poetas y directores del neorrealismo, en el sereno vaivén de gente en un día de descanso.

—No será el cine, desde luego, el que cambie nada —reflexiona Georg—. Serán quienes viven en estos bloques, las nuevas levadas de obreros, las chicas que llevan a casa un salario. Para ellas es más fácil oponerse al patrón que hacerse respetar entre las paredes domésticas y las sábanas, pero una vez que empiezan, nada las detiene. Créame, lo he visto: en España, que no estaba menos atrasada que Italia, por no hablar de Leipzig y de Berlín a principios de los años treinta. ¿Sabes que algunas estudiantes parecía que a veces casi envidiaban a sus camaradas proletarias? Porque la libertad de llevar el pelo corto o de irse a tomar una cerveza —e iban incluso solas, nuestras obreras— no la obtuvieron como concesión de un padre o de un novio, sino que se la ganaron con sus propias manos. Son conquistas lentas, poco adecuadas para *épater le bourgeois* y atraerlo a la vez, porque reflejan su hipócrita timidez.

—Espero que tengas razón —responde Mario y, ya montado en el sillín, objeta que, cuando se luchaba por la libertad, se puso incluso en movimiento la retrógrada región de Véneto, solo que ahora había vuelto a ser la que era.

—Nunca se retrocede por completo —dice Georg antes de ponerse en marcha.

¿Esa frase hecha se la ha arrancado el optimismo del momento? Y, sin embargo, esas calles de barrio y, a fin de cuentas, Italia entera alimentan cierta confianza en el progreso, mientras que la comparación con Alemania es desoladora.

Georg recibe algunas cartas de los brigadistas internacionales que subieron con él a las montañas o se alistaron en la Legión Extranjera; mucho más raras son las de aquellos que han estado en Buchenwald, Mauthausen, etcétera. Han regresado a sus ciudades de origen, obligados a tomar el relevo de sus padres o hermanos caídos o destrozados por el encarcelamiento, o bien siguiendo la llamada de lo que, a pesar de todo, era la *Heimat*. Le escriben que se han alejado de la política, «porque si dejas que te entren por la nariz todos esos viejos nazis te pillas asma». Un artificiero que ha vuelto al torno de una acería de Mannheim le escribió que «se respira por todas partes un *Mief* y una *Spiessigkeit* de la que solo se puede huir yendo a la *Kneipe*. Las traducciones sugeridas por el diccionario no son exactamente equivalentes: «aire viciado, rancio, estancado», y tampoco lo es «gazmoñería», aunque sí «taberna». «Hemos retrocedido cien años», remacha un camarada médico, *Halbjude* bautizado, que ha recuperado la posesión de su villa de Frankfurt, pero no la de los bienes acumulados por generaciones de *Kommerzienrat*. «El país ha sido lavado con Persil en una de esas lavadoras con las que todo el mundo sueña ahora: ha salido cándido y con exceso de apresto.»

Le describen, cautelosos, el malestar que sienten. Lo interpelan en su condición de especialista «porque mi doctor dice que no tengo nada, pero después de insistirle mucho me ha recetado estas pastillas». ¿Qué consejos puede dar, por carta, cuando no conoce en toda la Bundesrepublik el nombre de ningún colega que pueda recomendar?

La cosa es distinta en la RDA, donde los veteranos de la guerra de España son tratados como héroes, se les cubre de medallas, se les beneficia en el trabajo. Le escriben poco y no se quejan, pese a dejar escapar algunos

destellos de impaciencia nostálgica.

Pero cuando piensa en su hermana, que conserva una notable belleza, es decir, que en las calles monocromáticas de Leipzig destacan su figura estilizada, los pañuelos que le envía desde Italia, el armazón del cabello algodonado, advierte una nota discordante.

Los aperitivos que Jenny organiza cuando él regresa a Leipzig son una muestra de cuán esperadas son esas visitas. «Brindemos por mi hermano, que trabaja para las Naciones Unidas.» Llena los vasos de cristal de Bohemia con *šampanskoe*, le ofrece la bandeja de canapés («Prueba el caviar, Georg, nos lo regalan, pero no tenemos muchas oportunidades de comerlo»). Una anfitriona perfecta, la encantadora esposa de quien el camarada *Professor Doktor* debe considerarse orgulloso. Pero basta con mirar hacia su madre, que ya se ha puesto cómoda con su vaso o está absorta en conversar con voz estentórea, para captar una brecha que no puede reducirse al carácter, a una diferencia generacional. «Ella es feliz así. Durante la guerra frecuentó la alta escuela de un diplomático estadounidense», corta en seco Dina, y él no tiene nada que añadir.

Dina, sin embargo, nunca se habría prestado a aparecer al lado del Prof. Dr. Karl Gelbke como lo hace Jenny. Hasta donde alcanza su memoria, siempre ha visto a su madre mandar a sus hijos a por bebidas y víveres, sentada discutiendo con los demás. A Dina nunca se le hubiera ocurrido enjuagar las copas porque se pasaba de un vino seco a un vino dulce. Puede hacer caso omiso ahora, con la licencia de la que goza en virtud de su edad y de su venerable historia, puede no recordar cómo era su hija de niña: una buena salvaje, más buena pero no menos salvaje que sus hermanos. Y así, al invocar a «nuestra Gerda», puede superponer una heroína inexistente a la chica descalza, con la blusa desabrochada sobre el camisón, que estaba a su lado mientras arrancaban hierbajos en el jardín, cavaban, plantaban rosas y lechugas.

Dina tenía un atuendo de jardinería más adecuado, un delantal verde desteñido, un par de sandalias viejas, un pañuelo colorido atado al estilo

campesino, del que se escapaban a los lados algunos mechones grises y negros. Estaban tan absortas en el ritmo de trabajo que les marcaba una canción muy rusa, muyailable, que no se percataban de su llegada.

Esa vez no lo esperaban, y Georg no esperaba encontrar a Gerda. Le había dicho que los trenes de Berlín estaban a rebosar, le había aconsejado que fuera a su casa por la tarde con el doctor Gelbke. Quedó en que no iría temprano para no viajar de pie con sus pesadas maletas (zapatos, sábanas y toallas, libros de la universidad), y no tenía ni idea de cuándo pasaba el autobús por la estación. Al final, un camarada camionero lo había llevado y, a pesar de las paradas en Luckenwalde, Wittenberg y Dessau, donde lo había ayudado a descargar bombillas OSRAM, había llegado a última hora de la mañana. Pidió que lo dejara en la intersección con la calle en pendiente, se había encaminado arrastrando el equipaje (la maleta con libros era como un pedrejón) para dejarlo frente a la puerta, con una llaga en la palma derecha y un jadeo que apenas lograba controlar.

Su madre y Gerda cantaban tan alto que habrían acallado incluso a los pájaros del Dübener Heide, y no lo esperaban. Tampoco él, que las observaba quieto en el mirador de la casita de vacaciones, esperaba verlas allí juntas, y tan acompasadas en esa melodía que pertenecía a sus recuerdos infantiles más arraigados. Hubiera querido anunciar su presencia uniéndose a su *tumbala tumbala tumbalalaika!* Pero la voz interior que anticipaba el estribillo sonaba como una intrusa, fuera de lugar. Reanudaron el retornelo, acelerando. Y Georg, todavía mudo e inmóvil, ya no se sentía el tercero en discordia, sino el protagonista de una escena onírica, donde lo desconocido y lo familiar se confunden, las cosas más cercanas se muestran intangibles, y de repente ya son tuyas, sin necesidad de tocarlas.

—*Tumbalaaaika, spiel Balalaika, tumbalaika, fröhlich soll sein!*

¿O era a Gerda, que pasaba de estrofa en estrofa sin vacilación alguna, a la que no debían despertar de su encantamiento?

En cualquier caso, todo se volvió diáfano, como en los sueños: lo que Gerda veía en su madre y viceversa, a pesar de las apariencias y las diferencias reales. Las dos se parecían. De ahí que su hermosa jovencita le gustara tanto a la undécima hija de un tejedor que vino huyendo del hambre a

la ciudad de Łódź desde un *shtetl* lituano, que se escapó de casa para unirse a la revolución, y pasó de ser buscada a los dieciséis años por la policía zarista a fugitiva de Rusia a los dieciocho, madre a los veinte, divorciada a los veintisiete con tres hijos a su cargo...

¿Y después? Después entonaron por última vez el estribillo, tan rápido que su madre se había quedado quieta con la azada en la mano y, al enderezarse, lo vio por fin. No así Gerda, que había concluido con una nota alta, arrastrada, tambaleante. Luego lanzó un agudo gritito:

—Dios mío, ¿llevas mucho aquí? ¡Creo que he desafinado de manera horrorosa!

—¡No, qué va, se te da muy bien! Hacía siglos que no oía *Tumbalalaika*.

—¿En serio? Vamos, te ayudaré con las maletas... ¿Pero es que has metido piedras dentro?

—Los libros, Gerda. Coge la otra, si te empeñas.

Después del primer baño en el estanque con sus hermanos, volvieron a casa. El cuerpo ligeramente bronceado (nunca había estado tan pálido en esa época del año, Gerda, en cambio, iba a la piscina), los latidos del otro cuerpo más acelerados, el olor del agua del estanque y de piel ligeramente sudada que los envolvió a ambos. Se había tumbado en la cama y se había quedado dormido. Gerda roncaba de costado con un pie que sobresalía del colchón. No lo retiró hasta que él se levantó. Por un momento había abierto los ojos, volteándose sobre su espalda con un mmm que lo había trastornado, un suspiro no exactamente de duermevela. Se había quedado así, con una mano en el vientre y las piernas abiertas.

Déjala en paz, no es el momento.

La había tapado y se había ido a deshacer las maletas. Aquel día terminó sin más preguntas.

Parado en el semáforo de piazza Esedra, Georg siente cómo le zumba en la cabeza la estúpida expresión «fuera de serie» que Gerda le evocaba al pensar en esos orgasmos arrancados de los hábitos de su familia en vacaciones. Soma y Jenny que volvían tarde, Dina que leía a la sombra de un árbol esperando al

doctor Gelbke, mientras que Fritzchen, agotado por los juegos y las zambullidas con sus hermanos mayores, descansaba junto a ella en el cochecito.

El ambiente en el que había crecido lo había beneficiado. Se había librado de las ansiedades y el desasosiego de la doble moral, de las manzanas envenenadas en el paraíso, de esa mentira original como cimiento de la dominación del hombre sobre la mujer y de la explotación del hombre por el hombre, que debe expiar con el sudor de la frente. Le ponían en cambio como ejemplo algunas especies de monos que se aparean de manera lúdica, compartían la crianza de su prole, formando en la práctica una tribu comunitaria. «Pero atención, que todavía no vivimos en el comunismo y no somos monos», concluía Dina, «por lo tanto, vete despacio y ten cuidado, ¿me entiendes? Así también harás feliz a la chica.» Todo esto le había hecho sentirse más seguro que sus compañeros de instituto, incluso los que estaban en lo alto de las jerarquías recurrían a sus billeteras para desahogarse. Y cada vez que se jactaban de sus apareamientos, confirmaban su desprecio por la vulgaridad hipócrita de las clases acomodadas. Respecto a los amigos, en cambio, era bastante tolerante: al fin y al cabo, no era culpa o mérito de nadie que estuvieran llenos de dificultades y bochornos desconocidos para él.

Gerda podría haber sido su némesis, pero no fue así. La primera vez, Georg estaba tan excitado de verse correspondido que no se había dejado desviar por ansiedad alguna. Solo más tarde se habría preguntado si el hecho consumado implicaba su victoria sobre Pieter. La mente había estado en alerta hasta que Gerda regresó de Stuttgart, el cuerpo se fiaba de ese cuerpo estupendo que le hablaba sin equívocos. Gerda era Gerda: una mujer avispada que en los pequeños descuidos del acto estallaba en carcajadas como una niña pequeña, una amante de gracia principesca y desparpajo de criada, un talento natural que no se parecía a las burguesas ni a las proletarias, ni mucho menos a los simios edénicos de su madre, que tal vez no existieran siquiera.

Era la alegría de vivir. Algo que existía, se renovaba, ocurría en cualquier lugar, primero en Leipzig y luego en Berlín: en la *Pension* no lejos de su internado, en la habitación que le alquilaba detrás de Alexanderplatz a la viuda de guerra Hedwig Fischer, y, finalmente, en el jergón de Max y Pauline,

llamada Pauli, en pleno barrio de Wedding.

Frau Fischer no tuvo ningún problema con la *Frollein*, bastaba con que pagara un extra, calculado por el aspecto de la elegante señorita y, con todo, inferior al coste del hotel que habría pesado en sus economías estudiantiles. Hubo un momento en el que se temió un aumento, pero la crisis se había vuelto tan oscura que convenía conservar a los inquilinos que pagaban el alquiler. Georg se mostró agradecido por la ductilidad de Gerda, que había aprendido a llegar a la Berolinastrasse cuando él no podía ir a recogerla a la estación. Que no había comentado nada sobre el abrupto cambio que suponía pasar de una travesía de Unter den Linden a una zona donde abundaban los tenderetes de mala calidad y las *Kneipen* abiertas hasta altas horas de la noche. Era curiosa, Gerda, no le intimidaban en absoluto los tiparracos y las inequívocas presencias femeninas. Al contrario, si dejaba de ver a alguna de las transeúntes, aquella tan opulenta, se preguntaba qué le habría ocurrido. ¿Está enferma de gripe, ha tenido problemas con la brigada de moral pública o algún problema más serio?

Y si esas observaciones se debían en parte a que sentía cierta atracción algo impostada por la llamativa metrópoli de mala fama, su ojo felino estaba bien entrenado para ver el resto. Que crecía el número de los que dormían, hombres y mujeres, en los entrantes de los edificios de los que lograban no ser expulsados. Que las filas para la distribución de una *Suppe* caritativa eran inversamente proporcionales a las reservas de productos alimentarios en la tienda de abajo. Que las fachadas de buena factura de la época guillermina se ennegrecían porque el deshollinador era demasiado caro, que las alcantarillas olían cada vez peor, que la gente se amontonaba en el *U-Bahn*. Lo notaba todo, Gerda. Llamaba a las cosas por su nombre, precisa e irritada. También notaba —y se lo refería con suprema diversión— que se la quedaban mirando como a una aparición, a veces silbando detrás de ella se apresuraban a preguntarle: «¿Se ha perdido usted, *Frollein*, puedo echarle una mano con la maleta?». Y por supuesto que permitía que la ayudaran: «Gracias, de verdad, muy amable». Si Georg la invitaba a la prudencia, «porque, escúchame, no sabes el efecto que causas por aquí», ella le respondía con una sonrisita.

—Sé distinguir a un pobre hombre de un sinvergüenza, de qué te preocupas

si los obreros y los desempleados me siguen: ¿no serás tú también un poco clasista?

—Déjate de clasismos: aquí lo único que cuenta es la fuerza física bruta si las cosas se ponen feas.

—¿Acaso no pueden ponerse feas también cuando tomo el sol en el Tiergarten?

Tenía que tener razón, para continuar haciendo, como siempre, lo que le venía en gana.

Un día la vio venir en compañía de un chico del tamaño de un estibador. Caminaba inclinado, mascullando bajo los bigotes algunas palabras que se intuían propias del *Berliner Schnauze*, mientras que Gerda lo aturdiría con chácharas en las que intercalaba alguna pregunta en su impecable alemán de salón. Georg, apartándose de la ventana, meneó la cabeza y, desde ese momento, dejó de preocuparse. Gerda no era una intrusa en aquellos parajes, sino una criatura celestial cuya carencia de mala fe hacía casi imposible la eventualidad de que la tocaran con un solo dedo. Se sentía orgulloso de su chica, pero también culpable: las dos cosas juntas le habían impedido olfatear que la cuestión, en el fondo, era algo más complicada.

Era una cuestión de olfato, literalmente, un asunto que surgió a raíz de una botellita de Aqua Velva que Gerda le había regalado hacía meses. Esa compra, con su lazo, lo sabía, era similar a los otros regalos que él, que sería incapaz de escoger en unos grandes almacenes la billetera perfecta para reemplazar una vieja, o una bufanda de un azul determinado, había aprendido a apreciar. A veces eran regalos de cumpleaños, a veces lo arrastraba a las famosas rebajas, cuando los templos de las mercancías se llenaban con toda una humanidad que en otras circunstancias no se hubiera atrevido a hollarlos y los dependientes exhibían el impasible aguante de los próceres forzados a recibir la pleitesía de la plebe. Pero tenía que admitir que mirarla mientras se probaba una docena de sombreros o desfilaba con ropa de *grande soirée*, que luego dejaba allí diciendo que estaba buscando algo más sencillo, lo divertía, incluso lo excitaba un poco, como un juego prohibido.

Una tarde, mientras salían de Tietz, se toparon con un piquete cuya mirada sombría se dirigía hacia el *Polizeipräsidium*. Ninguna plaza de Berlín se

había visto tan involucrada en los actos de protesta como la Alexanderplatz, ninguna había visto tantos muertos, heridos, barricadas, arrestos masivos: desde la insurrección de los espartaquistas hasta el Primero de Mayo de 1929, la última prueba sangrienta del tratamiento que el SPD reservaba para la oposición de izquierdas. Cogiéndole del brazo como suelen hacer las parejas para ir de compras, Gerda lo arrastró de inmediato hacia esos rostros acusadores, levantando el puño. Con ese gesto, la bolsa medio vacía de KaDeWe que utilizaban en su representación de clientes acostumbrados a lo mejor se le deslizo hasta el codo, y él le susurró al oído:

—Ka-De-We para todos, compañeros y compañeras: ¡con Tietz o Wertheim no nos conformamos!

—Basta ya, idiota.

Esa débil respuesta le había ofrecido la confirmación de que, para Gerda, un mundo redimido de la desigualdad tendría también que satisfacer el derecho universal a lo superfluo. La había visto levantar otra vez el puño con la bolsa en el codo, deseándola muchísimo, promesa de un paraíso en la tierra que tenía el privilegio de saborear de antemano.

Pero la loción para después del afeitado que Gerda le había traído del Kaufhaus des Westens no acababa de gustarle. Creía haber sopesado las palabras con las que le había dicho que para él era un derroche innecesario, pero que podía cambiarla por algo bonito para ella. Fue el acabo. Gerda llegó incluso a empecinarse en las propiedades antisépticas de su regalo, como si fuera esa la razón por la que se había ofendido a muerte. El caso es que, en un abrir y cerrar de ojos, llegaron a acusaciones que rayaban en el insulto: a ti te gustaría que yo fuera cualquier otro, olvídalo, nunca seré como prescriben tus esquemas. ¿Sabes qué? Vuélvete con tu Pieter. Y tú búscate a alguna que marche como un dragón, posiblemente con bigote, que es lo que te mereces. Gerda estaba tan enfurecida que llegó a desgranar las dotes amorosas de la virago, solo que al final su propia exageración la llevó a reírse, a cambiar de tono, a reiterar de la manera más persuasiva lo feliz que se sentiría si se quedaba esa loción americana tan fresca. Y quedársela, se la quedó, aunque usarla, casi nunca. Le molestaba el olor en la cara, no porque fuera malo, en absoluto, pero lo sentía inútil y ajeno. Para no agitar las aguas,

se la ponía cuando ella iba a Berlín, con la esperanza de que el olor a *parvenu* se evaporara. Por esta razón lo desconcertaba que volviera a molestarle al final del día, cuando era lo último en lo que quería pensar: ahogando sus manos en el cabello de Gerda, dirigiendo la lengua hacia sus pequeños pezones, olfateando el secreto pegado a sus dedos en una profusión de olores tan rica que le hacía sentir las estelas de Aqua Velva como un sabotaje, una alucinación olfativa. Por lo tanto, suspendió las aplicaciones matutinas: si Gerda le reprochaba algo, le diría que más que la química la prefería a ella en su estado natural.

Pero no hubo necesidad de aclaraciones ni en esa ocasión ni en la siguiente. Tras un fin de semana estupendo, Georg reanudó sus clases y las prácticas en el Charité, pero esos compromisos no eran una razón para que Gerda no prolongara sus visitas a Berlín. Ya no se movía como una turista, aunque todavía le gustara sentarse en los cafés de moda, ir al cine cuando hacía mal tiempo, pasear por los suntuosos bulevares. Pero encaminándose por la mañana más allá de Alexanderplatz, a menudo se detenía en la tabaquería de la Karl-Liebknecht-Haus, para continuar por la fortaleza comunista a la que, de vez en cuando, la mandaba Georg: para pagar la contribución de la Rote Hilfe, para dejar octavillas en los lugares adecuados, para reunirse con alguien en una tienda-oficina-imprenta o en un local sindical. Se deleitaba con la buena acogida que encontraba en todas partes, haciendo caso omiso de las siglas y símbolos que cambiaban de un emblema rojo a otro. Siguiendo las indicaciones de Georg, Gerda, despreocupada por naturaleza, esperanzada por principio, trazaba un posible recorrido por el frente unitario de la izquierda. Nunca hablaba de haber pasado miedo, excepto una vez que se topó con la escoria nazi que, con gran despliegue de medios paramilitares, avanzaba por la Grenadierstrasse, la calle más claramente judía de *Scheunenviertel*. No parecía demasiado preocupada por los enfrentamientos entre rojos y camisas pardas, que estaban a la orden del día. Confiaba en que él no permitiría que se acercara a las zonas más peligrosas y, en cualquier caso, seguían las noticias como un boletín meteorológico de las expectativas de precipitaciones de violencia. Prever todos los disturbios era, en cualquier caso, ilusorio: cualquier otra señorita de provincias no se atrevería a

adentrarse en la capital, tal vez ni siquiera a ir de visita. Gerda, en cambio, exhibía un aire satisfecho cuando le repetía que había aprendido a esquivar los peligros como una auténtica chica de Berlín.

Georg, al encontrarla en la cama leyendo como si nada, la abrazaba con fuerza. Y un día notó, inconfundible, el aroma de Aqua Velva.

—Estoy poniéndome tu loción para después del afeitado, dado que tú no la usas. ¿Te importa?

—No, no, úsala cuando quieras —respondió, incrédulo—, aunque me pregunto...

—Verás, es que me gusta mucho, de lo contrario no te la habría comprado. No me importa si no es muy femenino...

—Pero, ese perfume... ¿para qué lo necesitas? No da la impresión de que te crezca la barba.

—¿No querrás que gaste mi *eau de toilette* cuando salgo a ese aire mefítico?

La cuestión se había evaporado: Gerda nunca dejaba de encontrar soluciones propias y, sobre todo, nunca se adaptaría a esquemas preconcebidos.

Después, las cosas cambiaron, y se precipitaron de repente. El doctor Kuritzkes preferiría no evocarlo, pero la larga vuelta que estaba dando en torno a piazza Venezia, incubadora y palco del fascismo, hace imposible distraerse de esas reminiscencias. No tuvo tiempo de avisar a Gerda cuando lo detuvieron. No llegaron a encontrar pruebas, pero después del registro de su habitación berlinesa, que tuvo lugar mientras él seguía en la cárcel para las comprobaciones de rigor, la señora Fischer le permitió entrar a duras penas.

—Coja sus cosas y váyase: por mí, casi todo es aceptable, pero el enemigo en casa no lo tolero. ¡Bonita juventud, a la que mandamos a la universidad para que aprenda cómo apuñalar a Alemania por la espalda!

Todo eso se lo había contado más tarde, cuando fue a recogerla a la estación como habían acordado previamente. Para obligarla a escucharlo, había depositado en el suelo la maleta. Era mejor que se volviera a Leipzig

con el último tren. La bruja no quería a los traidores de su país, pero su dinero bien que se lo exigió a tocateja. De modo que se había mudado al barrio de Wedding, a casa de Max y Pauli, donde compartía la cocina con un conductor de tranvía. Es decir, que dormía allí y se quedaría a vivir con ellos.

—Vamos a nuestra vieja *Pension*, pago yo —fue la oferta inmediata y generosa de Gerda.

—Ni siquiera sé si nos aceptarían. Voy a ir a juicio, pueden estar vigilándome.

—Vamos, no exageres, tener una novia aún no es un crimen. ¿O quieres que te dicten cada uno de tus movimientos?

En la semana en la que tuvo que adaptarse al café recalentado y a los cubitos Maggi, a la molicie del catre y al sueño del camarada tranviario, Georg se había preparado. Al igual que había calculado la posibilidad de ser detenido, había sopesado las reacciones de Gerda, calculando lo que seguiría. No había ni rastro de espanto en su rostro, ni un solo atisbo de desconcierto, un frunce entristecido.

—No. Es preferible no ir a ese hotel. Créeme —había reiterado él.

—Está bien, pero hay otros, *mucho peores*, donde no se andarán con tantas historias. ¿Acaso has matado a alguien? Son cosas que suceden hoy en día, pero me gustaría saberlo...

¿Provocaba para insistir o se había molestado justo en ese momento? ¿Allí precisamente, en medio de la Anhalter Bahnhof, repleto de uniformes regulares e irregulares, quizá más abundantes incluso que los carteristas, los mendigos y los sintecho? Y él, en lugar de decirle, ven, te lo explico todo, pero salgamos de aquí, había sacado a relucir una voz ahogada para berrear cuán fuera de lugar estaba su sarcasmo. ¿Acaso no sabía que *matar a alguien* nunca había estado en lo más alto de la escala de crímenes de un Estado inválido de guerra, es decir, cegado en su ojo derecho? ¿No la había arrastrado acaso al cementerio de Friedrichsfelde, donde tanto se había conmovido frente al muro de ladrillos oxidados, la enorme estrella que le había recordado un *Zimtstern* navideño, el amontonamiento de rosas en homenaje a su Rosa? ¿Qué pena habían pagado los asesinos de Luxemburg y Liebknecht, y luego Leo Jogiches, asesinado cuando estaba bajo custodia en Moabit por un polizone cuyo

nombre, apellido y grado eran conocidos? Y a los asesinos del ministro que firmó la rendición, ese Erzberger que era además culpable de haber impuesto tasas a los terratenientes, ¿cuántos años les habían caído? ¿Y a los estudiantes que habían matado de un golpe en la cabeza a quince obreros detenidos por quién sabe qué clase de sedición cerca de Marburgo? Cero. Por no mencionar al pequeño cabo austriaco que por un *putsch* de cervecería había salido del paso con ocho meses y ni tan siquiera la expulsión, ¡qué caridad la de la patria! No, un amante tan sincero de Alemania podía aspirar a la cancillería. Ludendorff: absuelto. Hindenburg, el asesino de millones de soldados: ¡presidente de la República! En su caso, en cambio, los abogados de la Rote Hilfe le habían comunicado que, si se confirmaba su proximidad con la izquierda revolucionaria, no cabía excluir la imputación de alta traición. ¿Por qué? Por no haber puesto pies en polvorosa ante el enésimo ataque terrorista de los fascistas. Porque se estaba cayendo a pedazos toda la República de cartón piedra montada en los estudios de la UFA en Babelsberg...

—Ahora va mejor —le había susurrado Gerda, y luego, cogiéndolo del brazo, en voz alta—: No te enfades, querido: ¡si ya has comprado entradas para la opereta, iremos al cine en otra ocasión!

¿La opereta?

Claro, los estaban observando. Al cruzar el atrio rápidamente, con la maleta de Gerda, que les parecía un enorme estorbo, y la angustia que iba atenuándose pese a todo, se le escapó:

—¿Cómo acabará esto?

—Han perdido más del cuatro por ciento respecto a julio...

—Pero tienen a Hindenburg y a su camarilla de la correa.

Fuera soplaba un viento siberiano, caía una lluvia de través, Gerda estaba helada con su chaqueta corta. Se metieron en el primer cine que encontraron, uno de esos que ponían viejas películas mudas sin interrupción y servía de refugio a gente como ellos. Gerda se acurrucó todo lo que pudo, con los pies encima de la maleta. La besó en la oscuridad profunda y fluctuante de fondo submarino, durante largo tiempo, un escalofrío de dos temperaturas mezcladas que se derretían en la boca. Nervioso, excitado, encajado en el asiento duro y angosto, le propuso ir a Wedding, total a esas horas no había nadie en casa.

Desde la parada de autobús pasaron por delante del más célebre edificio de protección oficial de Berlín. Todavía no había señales visibles de la huelga de alquileres a la que se acababan de unir los inquilinos, tan solo tenía la apariencia de una ciudadela miserable, de una prisión mohosa. «Meyers Hof, ¿verdad?», comentó Gerda, y él, asintiendo, había tirado de ella, cuando antes la habría llevado a recorrer un patio tras otro, para enseñarle cómo se veía obligado a vivir el proletariado.

Georg recuerda el catre desplegado, el frío húmedo (de encender la estufa ni pensarlo), la mirada neutra con la que Gerda observaba la habitación, dudando sobre qué ropa quitarse. El vestido, los zapatos y las medias no, la chaqueta de piel puesta sobre las enaguas. La ropa interior, que acabó colgada con una pinza en la cuerda donde se tendían los pañales del bebé. Recuerda los continuos ruidos en las escaleras. Su mirada encuadrando el cubo de patatas, el cubo de carbón, la pelota preferida del hijo (¿qué hacía allí, o es que su sitio había sido siempre ese?), la tabla de planchar, que iba y venía en los márgenes de su campo de visión durante sus movimientos de émbolo: cosas que observar para no estropearlo todo. Recuerda que Gerda se corrió de repente, prodigiosamente, con la mano en la boca, mordiéndola, y justo a tiempo para retirarse él también.

¿Y después? Después quién sabe. Se vestirían, probablemente, lo arreglarían todo, intercambiarían algunas palabras, algún beso. ¿Cogidos tal vez de la mano de regreso a la parada? ¿Se sentían bien? Sí, eso sí.

En el piso superior había dos sitios al fondo del autobús. Entre el balanceo y un calor como de establo se estaban quedando dormidos. La cabeza desnuda de Gerda sobre su hombro, el sombrerito empapado de lluvia en su regazo. ¿Estaba soñando? No necesariamente. Había mucho tráfico debido al mal tiempo o porque estaba cerca la Navidad, pero aquel recorrido a trompicones les llevaba directos al aturdimiento eufórico en el que toda tensión se diluye.

Sin cambiar su posición, Gerda había abierto los ojos, susurrándole algo al oído: una propuesta para organizarse mejor cuyos detalles no recuerda ahora. No olvida que le pidió que se informara sobre los hoteles por horas y que volviera a comprar los Fromms: el paquete tenía un precio de risa. En él debió de reavivarse cierto deseo, una esperanza animal que fue extinguiéndose

a medida que ella se concentraba en los aspectos económicos de sus próximos encuentros berlineses. El dinero no era un tema nuevo, por lo que la perorata de Gerda quedó reducida a un zumbido que lo envolvió.

Los Pohorylle habían despedido a la doncella, y luego a un vendedor o un mozo. Con los hermanos empleados en los grandes almacenes Ury, se hizo necesario que Gerda se encargara de los inestables balances del comercio paterno. El señor Heinrich daba la impresión de ser uno de los judíos de Galitzia más negados para hacer prosperar su negocio, tanto era así que no solo había pedido préstamos a sus parientes, sino incluso, a través de su hija, a su exnovio de Stuttgart. Y, sin embargo, era indudable lo que decía Gerda, o sea, que los tiempos eran muy difíciles, mucho más difíciles para quienes vendían huevos que para quienes estaban en el ramo de las pieles, aunque la suya fuera una actividad modesta, eso no importa, como la del Kuritzkes padre en comparación con los Chardack, por ejemplo.

—Los ricos siempre son ricos, como tú me enseñas, mientras que quienes no lo son empiezan a ahorrar incluso en los huevos. El huevo es un producto perecedero, una mercancía frágil por antonomasia. Ahora quieren hacer que se pudran con la ideología de la raza, la competencia se aprovecha de ello hasta que nos toca volver a bajar los precios. Pero así nos convertimos en la encarnación del judío desleal, y finalmente el ario gana dos veces con los mismos huevos de gallina que salen de los mismos culos sucios. ¿Qué hacer? Confiar en la salmonela, pero bueno, no nos dejemos abatir. Ya está bien: no he venido a Berlín a quejarme.

Los desahogos de Gerda eran así, tan enérgicos como evanescentes. A menudo ni siquiera eran desahogos, sino solo el resumen de lo que le había ocurrido desde la última vez, desplegado en algún medio de transporte o en un tramo de calle poco atractivo. En cambio, allí, al final de ese autobús que los llevaba de vuelta al centro, el desahogo habitual se había roto: con un suspiro, no, una succión de aire incontrolable, un sollozo desconsolado.

—¿Qué pasa? ¿Por qué lloras?

—Nada. Déjame un momento que enseguida se me pasa.

—No, cuéntame, por favor: tal vez no deberíamos haberlo hecho, no entiendo...

No respondía, buscaba un pañuelo y al abrir el bolso se le había caído el sombrerito. Georg había tenido que hacer una maniobra de contorsionista para recogerlo de debajo del asiento, mientras que Gerda se había quedado con el pañuelo arrugado dentro del puño, con las lágrimas que le caían de nuevo y un aspecto espantoso, que nunca le había visto.

Era incapaz de hablar. Él la volvió a abrazar, le hizo una caricia mientras le apartaba un mechón.

—Ya no puedo más.

Parecía de pergamino, repentinamente vieja. Incluso su voz, cuando consiguió recuperarla, era un gimoteo que se volvía afónico en cuanto se calmaba un poco.

Volver a levantarse después de cada golpe, se quejaba, encontrar siempre un remedio. Desde que era niña, gracias a su tía, que tenía medios, pero no hijos, que no se vestía hasta el mediodía. De modo que había jurado no volver a llevar a casa a sus compañeras, que se rieron tontamente por su extraño alemán, el extraño candelabro, la casa en el patio, el desorden, su madre. Qué se le iba a hacer, no se la merecían. Y luego, tras pasar de la escuela primaria a la *Realschule*, salir a la carrera con el primer timbrazo, correr para recibir la hojita con la cantidad exacta de huevos que había que encargar a la empresa del tío, Vereinigte Eierimporte, para la que trabajaba su padre como viajante a comisión sobre las ventas: la mitad en monedas (y en esa mitad estaba toda la salvación), la mitad en papelote. Los cartones vendidos disminuían, los ceros del cambio estallaban, había que hacer los cálculos antes de que Nueva York se despertara, contar los huevos y la comisión, cada huevo que valía un centenar y pico de millardos, hasta trescientos veinte millardos de *Reichsmark*, que se convirtieron después de la reforma en treinta y dos *Pfennig*, o sea, nada. Y los hermanos que acudían en bicicleta con las maletas llenas de billetes para ponerse en la cola del panadero y del carnicero, ella en la tienda de comestibles, porque era la compra más importante. A la edad de trece años establecía prioridades y estrategias, corría a donde estaban Karl y Oskar para calcular lo que podían comprar y cuánto podían pagar por ello, en caso de que todavía estuvieran en la cola. Si su padre no conseguía llamar a tiempo, si la cola era larga, si la bolsa estadounidense abría cuando no les

tocaba, había que volver a hacer todos los planes. No bastaba siquiera la moneda. No poseer nada más que los suministros acumulados en días de suerte o intercambiados con los huevos sobrantes, y siempre era ella la que tenía que encargarse. No poder contar con nadie. Oír cómo el profesor de matemáticas le decía que no merecía una calificación mejor «porque el cálculo vosotros ya lo lleváis en la sangre, pero carecéis del espíritu geométrico de los antiguos griegos». Oír decir a su madre, asustada por la volatilidad de los números que forzaban a su padre a deambular entre la Suiza ilegal y la Polonia antisemita, que, gracias a Dios, la gente no podría prescindir de los huevos: para el desayuno, para los pasteles y para los *Spätzle*, que eran un plato en sí mismos. Volver a oír la misma argumentación hoy, sin *Spätzle* y con mucho más miedo. Oír de nuevo que sus padres hablaban de marcharse, de volver a Leópolis por un tiempo, de irse a Yugoslavia, de buscar contactos en Argentina, como en 1923 y más tarde en 1929, cuando tuvo lugar la quiebra y la mudanza a Leipzig. Una vida no asentada sobre las maletas, dijo Gerda, señalando a la que estaba delante del asiento, sino sobre los cartones de huevos.

—Por eso quería estar en una situación mucho mejor, o, para ser honesta, ser muy rica.

—¿Y ahora?

—Ahora, también, pero eso no significa...

—¿Qué quieres decir?

—Que no sepa bien lo que he elegido... A ti, por ejemplo.

—¡Ah, genial! Vamos, prepárate, tenemos que bajarnos.

Qué luminoso parece todo ahora, con esa amplia vista del Tíber en el punto donde abraza la Isla Tiberina, pasando por encima de la sinagoga incólume (ojalá la hubieran destruido, como las alemanas, y perdonado a sus fieles), el sol de frente reverberado desde la masa de agua para que el deslumbramiento fuera más completo. Desde la distancia, se vuelven hermosos hasta los recuerdos que no lo son del todo. Experimentan una restauración similar a la de los frescos de santos y vírgenes y ángeles en los cielos con motivo de los Juegos Olímpicos: y si queda poco en Berlín para restaurar, no es un problema

que lo afecte.

No había vuelto a reunirse con Gerda en Berlín. La volvió a ver en Leipzig, pero no recuerda si fue antes del catastrófico incendio del Reichstag, cuando estaba oculto en distintos *Schrebergärten* del Rosental, esperando los sellos aduaneros para los zorros blancos con los que los amigos de negocios de su padre lo harían pasar a Italia.

Ahora vuelve a Leipzig para ver a sus seres queridos de nuevo, pero al caminar por Gohlis o, lo que es peor, al dejarse caer por el Brühl, debe esforzarse por permanecer con ambos pies en el presente. Ya no encuentra casi ninguna cara conocida. Quien no murió en el campo de concentración casi siempre se ha quedado en el país donde pasó los años de exilio. A algunos compañeros refugiados en la URSS se los había tragado el gran blanco ártico del que procedían los zorros desollados, la mercancía más valiosa con la que comerciaba su padre. Su padre, un suicida. Las familias de Łódź y de Odessa, descubiertas a través de las investigaciones emprendidas por algunos parientes que habían sobrevivido al mismo tiempo que las organizaciones judías les anunciaban su desaparición. Pero lo peor era tener que admitir que en el país donde se había formado junto con la barbarie, había sido también una cuestión de clase social el vivir o morir. ¿Adónde podías ir si eras un judío con un pequeño depósito de huevos, un pequeño almacén de pieles, o un proletario desempleado y un pequeño militante comunista? Los bandidos se quedaban con tu vida cuando no tenían nada más que robarte: con cálculo, eso sí, un cálculo sin precedentes en la secular historia de invasores exterminadores y tiranos chupasangre. Ladrones con licencia, explotadores y arribistas, con el favor de la oscuridad fanática que exaltaba la necesidad de asesinato. No, él no tiene nada que reprocharse, puesto que podría haberse quedado en Nápoles en lugar de partir hacia España, y luego fue el hilo tensísimo de la fortuna el que le hizo llegar entero al momento de la rendición del nazi-fascismo. Pero a veces le pesa la simple injusticia de estar vivo.

Es así, pero no puede hacer nada al respecto, excepto disfrutar de esa injusticia, lo que no resulta demasiado difícil en un día de septiembre como ese. ¿No había sido Gerda, la última vez que se vieron en Madrid, quien dijo que era casi una pena seguir divirtiéndose una vez más con Charlie Chaplin,

cuando tantos chicos con los que se había topado el día anterior no podían hacerlo? ¿Y no se había reído de todas formas con las mismas escenas memorables de *Tiempos modernos*, por más que la película, vista tantas veces, crujiera de manera espantosa? Hasta Ted Allan había abandonado esa actitud impostada de gallito y se había dejado llevar a trinos fuera de registro. ¿Y él? Él lo había apreciado todo: era imposible hacerlo mejor en tiempos de guerra.

No le importaría hablarle a Mario de aquel proyccionista que tronaba desde lo alto como Zeus: «Callaos los de abajo», y con razón, porque hacía falta una calma sobrehumana para seguir ofreciendo espectáculos como ese en la ciudad que llevaba años bajo asedio. Pero, mientras tanto, sigue esperándolo poco después de piazza Belli, donde ha aparecido un vendedor de cigarrillos con quien Mario ya ha concluido las negociaciones, listo para volver con un cartón de Muratti. En otros tiempos eran algo muy distinto, un objeto de lujo. La marca favorita de Gerda, mientras pudo permitírselos, que además coincidía con el descubrimiento de que no eran *as Smoked by Royalty and the Nobility*, sino que se producían en una fábrica de Kreuzberg donde trabajaba Pauli. ¿Ah, sí? Que se los quedaran: en el fondo, excepto la hermosa caja, no tenían un aroma muy diferente al de los demás.

El problema con Gerda, piensa Georg mientras su amigo monta de nuevo en la Vespa, era que su disposición para el cambio hacía que pareciera siempre igual a sí misma. Es evidente que producía desconcierto, pero este se quedaba en la superficie y, en el fondo, alimentaba la creencia de que era inquebrantable. La guerra, sí, había cambiado a Gerda, al igual que los cambiaba a todos, a los civiles y a los hombres del frente. ¿Por qué una mujer, que iba al frente casi todos los días, no debía parecerse a un soldado?

Georg, a decir verdad, la había visto en plena faena cuando se instaló en su brigada, además de en algún otro momento en Madrid. Le fascinó la desenvoltura con la que sabía elegir los temas, admiraba los disparos rápidos e instintivos, pero nunca la vio fotografiar durante una batalla o un bombardeo. Es decir, que por su parte, conocía esa faceta de Gerda solo por las imágenes que la reflejaban: las fotos que ella misma le enseñaba sacándolas de sus cuadernos cada vez que se veían, y además la figura evocada por los ecos de compañerismo con que la saludaban hombres de todos los rangos, la fama de

un valor clamoroso, la confianza con la que la llamaban *pequeña rubia*. Se sentía la resonancia del extraordinario respeto que la rodeaba, un ecolisonjero en el que reverberaban dotes y cualidades que Georg conocía bien, pero amplificadas por un aura legendaria. ¿Era cierto que se presentaba en las barricadas con medias de seda y tacones altos? ¿Que se la recibía como una especie de talismán, una Virgen peregrina que confería protección a los combatientes?

—¡Qué va! ¿Dónde has oído semejantes estupideces? —se defendía Gerda, divertida, y tal vez no en exceso. La idea de que alguien la venerase le parecía increíble, una patraña para menospreciar su trabajo y su compromiso. Sí, era verdad que un par de veces había ido al distrito universitario bien vestida, dado que se llegaba directamente en el tranvía hasta las primeras líneas de la defensa. Pero fue solo una forma alegre de decirles a esos chicos que gracias a ellos Madrid podía seguir viviendo, para alentarlos, «y estate seguro de que apreciaron el gesto».

En esas reacciones encontró Georg la confirmación de que Gerda, en el fondo, incluso estando en guerra, nunca dejó de ser ella misma. Le encantaba que la admiraran, menudo descubrimiento, pero no había fuego, humo y cielos en llamas que pudieran subírsele a la cabeza: esa cabeza bien firme sobre los hombros, especialmente en los momentos críticos. Ni siquiera las fotografías de los frentes de Segovia, Jarama y Guadalajara, de las que no contaba mucho sobre las circunstancias en las que se habían tomado (¿por qué habría de hacerlo? Ambos conocían el resultado de las batallas y lo que significaba estar ahí en medio), pero sí acerca de los periódicos que las habían publicado, ni siquiera esas fotos le habían despertado nunca la sospecha de que se hubiera vuelto imprudente.

Georg siente una punzada retroactiva al aflorar esa palabra que casi lo hace derrapar en las curvas cerradas de via Dandolo, y luego le trae a la cabeza la única vez en la que tuvo la sensación de que España estaba cambiando a Gerda: no bajo el toque de queda madrileño o en Sierra Morena, sino ya en noviembre de 1936, cuando ella fue a visitarlo a Nápoles.

Todo resultó familiar, deliciosamente familiar, después de más de un año de distancia que coincidió con el tiempo que había necesitado para asimilar el affaire con Willy, y luego la separación irreparable: la espera en la estación, la aparición de Gerda en el andén, el haberla reconocido a distancia por la chaqueta de astracán, la gorra deportiva, el paso rápido. Oírla gritar su nombre, verla agitar la mano que tenía libre. El abrazo eufórico, el traspaso de mano de la maleta, el encaminarse uno al lado del otro, envueltos por la cháchara de Gerda. La única variación consistió en haberla llevado a la parada del Rettifilo sin preguntarle si prefería, como siempre, ir andando.

—¿Tan lejos está el sitio donde vives? —le había preguntado de hecho—. Me he pasado días sentada, realmente necesitaría caminar un rato.

—No, al contrario, está cerca. Pero el camino es feo.

—¿Solo feo? ¿O feo que te rebanan el pescuezo?

Georg se rio. Pero esperando el tranvía que tardaba en llegar había comenzado a rechazar el cerco de unos chiquillos que surgían muy rápidos de los callejones. Hablaban tapándose unos a otros, en grupo o empujándose. Pedían monedas, cigarrillos, caramelos, ofrecían excursiones y *bell'otelle*, objetos antiguos, corales, oraciones milagrosas, «Señora, usted que es tan guapa, ¿no nos da una limosnita para su salud de usted...».

—Como ves, el principal problema es este. Y si las cosas salen mal, te roban o se llevan la cartera.

A Gerda se le iluminó el rostro, silabeando una respuesta incomprensible para un pequeño *Schnorrer* y tal vez ladrón, que nunca podría haber adivinado que *Strumpfband* y *Büstenhalter*, esos nombres desagradables y marciales, indican, respectivamente, el ligero y el sujetador. De guardar el dinero en lugar seguro ya se había encargado ella antes de bajar del tren: «Y perdona, Georg, ¿no podemos ahorrarnos el tranvía, que estará lleno, y que uno de estos chicos nos lleve la maleta? Si le damos una propina, no nos la robará, se supone, y ya se encargará de mantener a sus semejantes a la debida distancia...».

El estupor de que se le ocurriera esa idea al cabo de diez minutos de estar en Nápoles le hizo demorar la respuesta lo suficiente para que Gerda, malinterpretando su silencio como asentimiento, abordara a uno de los

mayores y de aspecto más agradable.

—Tú, ¿cómo te llamas?

Dejándole la tarea de ponerse de acuerdo con el elegido, simuló de maravilla que solo había captado Mimì («¿No es un nombre de chica?», le preguntó después). Georg, para que reconocieran que era residente y no un turista, se había preocupado no solo por facilitar la dirección, sino por indicar el camino que le parecía más corto, dado que la señora había viajado muchas horas y estaba cansada: cortar por Forcella, cruzar via Duomo y doblar en Via dei Tribunali hasta llegar a la placita con la iglesia barroca y el palacio nobiliario donde había encontrado alojamiento junto con otros dos estudiantes. Había advertido a Gerda de que su pequeño *Ganef*, con sus grandes ojos, aún podía desaparecer con la maleta, «pero no te preocupes, si se diera el caso, me han explicado cómo recuperarla».

—Ah, bueno —replicó ella distraídamente.

Por la calle, Georg se había dado cuenta de que Nápoles no era solo la ciudad más económica para vivir, y la más protegida porque el Duce la controlaba hasta cierto punto: también era la más adecuada para escabullirse a voluntad de las coordenadas de la pertenencia de uno. Las palabras CREER OBEDECER COMBATIR se concentraban en las plazas principales, a lo largo de las avenidas que habían abierto las dominaciones precedentes. Se detenían en las fachadas, de donde caían con los revoques corroídos por la humedad del suelo y el estancamiento de las lluvias de quién sabe cuándo. Los primeros quince años de la nueva era en Nápoles habían sido reabsorbidos por la fatalidad barroca. QUIEN SE DETIENE ESTÁ PERDIDO. No sería él. Por el camino, le había ofrecido un cigarrillo al chico, que ahora lo chupaba con avidez infantil, feliz, caminando algo encorvado. Había ido a vivir entre gente perdida, era compadre de aquel *criatur* descalzo más de lo que le llevaban a imaginar las perspectivas antitéticas de ambos. También tenía algo que ver Gerda, el hecho de que se hubiera quedado en París, el hecho de que la hubiera perdido como consecuencia de una elección a la que no había podido reprochar nada. Y, sin embargo, verla cruzar esos callejones coagulados en una miseria atávica, con los gritos a desgana que emparentaban a hombres y perros callejeros en el hedor de la orina y de los restos de pescado arrojados

de los carros de los vendedores ambulantes; verla tomar nota de todo con una curiosidad impasible, los altares votivos, la suciedad, la cabellera de Mimì en comparación con otros niños rapados y despiojados, los niños pequeños que se sujetaban a los balcones para ponerse de pie con el culete al aire y los mocos en la nariz («Ni la mitad de los que se ven en el verano.» «*Ach so!*»); verla así le había hecho percibir algo inusual que no sabía definir. ¿Qué había de diferente en esa manera fluida de moverse y mirar? Y además, ¿qué le cabía esperar, el escándalo, la repulsión temerosa, la compasión melindrosa? ¿De Gerda?

Esa noche fueron a cenar con un grupo de amigos, tanto extranjeros como napolitanos, y ella había satisfecho su curiosidad con un italiano rocambolesco con el que se burlaba tanto del miedo de que el *scugnizzo* («¿Es así como se pronuncia?») pudiera robarle el equipaje, como de su propia inconsciencia, que justificaba como un efecto cegador de la mirada fotográfica. Les contó que cuando desembarcó por primera vez en Barcelona, todo el mundo le había hablado de una alemana asentada en el Barrio Chino, una zona de muy mala fama, que se había adaptado tan bien que ladronzuelos y gitanos no solo no se atrevían a tocarla, sino que corrían a colocarse delante de su cámara. Verse comparada con ese ejemplo no había sido una bienvenida *agréable*: ella había sido enviada allí como fotógrafa de guerra y dejaba a otros la tarea de inmortalizar la intolerable condición proletaria.

La frase había suscitado una admirada consternación, que Gerda había recogido de inmediato, volviendo a su primer impacto de Nápoles y tachándose de idiota por haberle dejado la Leica a su compañero. Aunque, al fin y al cabo, estaba de vacaciones, y lo aprovecharía para volver a aprender a mirar, sobre todo las cosas hermosas. ¿Quién de los presentes se ofrecía como candidato para ayudarla?

Alentados por esa solicitud, la llevaron a tomar el café a la terraza del Grand Hotel Excelsior (gastando un poco menos que en la casa de comidas de Borgo Marinai frecuentada por burgueses y turistas), y luego por el paseo marítimo, donde la temporada baja y el viento del oeste habían barrido otras presencias. Aquello fue suficiente para que Gerda, agarrada de su brazo, pudiera hablar sin impedimentos de la grandiosa lucha republicana y, en las

pausas, suspirar «mira qué estrellas, qué maravilla de aire y ¡qué paz!».

Georg se sintió aliviado. Habían pasado la primera semana entre paradas en el café Gambrinus, paseos panorámicos en el barrio de Posillipo, el camino de regreso por via Toledo al hilo de un cambio de idea sobre un par de zapatos de ante («Son muy bonitos, pero en España, ¿para qué me hacen falta?»), saltos cada vez más frecuentes a los barrios populares. Un día de mal tiempo, que les sugirió un itinerario corto entre iglesias, museos y catacumbas, bastó para que Georg entendiera que la paciencia de Gerda para las cosas hermosas, o al menos hermosas y antiguas, era bastante limitada. Nunca se había sentido particularmente atraída por ellas, pero ahora sus ojos parecían orientados por un instinto de reportera incluso cuando admiraba las escenas de vida cotidiana de los frescos y mosaicos pompeyanos.

Se había convertido en una fotoperiodista. Pero eso no era más que el resultado de una evolución que Georg había alentado en sus cartas, y Gerda nunca le había ocultado nada. Tal vez, después de la historia con Willy y de darle tantas vueltas a las experiencias de laboratorio en casa de los Stein, las *flâneries* didácticas con la Leica de su amigo húngaro, y luego —¡hurra!— la primera fotografía vendida a un periódico, una foto de moda, Gerda quería recuperar su confianza en lo que más necesario le parecía: fotografiar las cosas que había que enseñar.

Pero hasta Georg estaba harto de hacerle de cicerone. Su vida en Nápoles era jauja, pero una jauja de miserables. Quería volver a casa, mirar de nuevo las fotografías sacadas de un voluminoso *Baedekers Italien*, que le explicara mejor cómo alistarse en las Brigadas Internacionales.

¿Le había escrito Gerda diciéndole algo de esa foto que había vendido antes de que se vieran de nuevo en Turín, en abril de 1935? Allí hablaron de los preparativos de guerra a los que no se les concedía el suficiente crédito en el extranjero; de Italia, que siguiendo su vocación belicista, se dejaría arrastrar por Alemania. Saborearon el regusto de sentirse unos conspiradores al reanudar sus conversaciones, caminando bajo los pórticos. El tiempo que tenían para charlar un rato a solas no era mucho, y no lo era por elección

propia. ¿Cómo se suponía que debía presentarle a la compañera de clase con quien se veía? ¿Como su chica, palabra que solía decirse (pero que él no habría empleado)? Amiga era suficiente, entre otras cosas para no ser tachado de sutilmente vengativo, es decir, de comportamiento impropio y un poco ridículo.

«No remuevas nada», fue el consejo del hombre que lo había visto crecer y que sentía por Gerda una simpatía por encima de cualquier malentendido. Sas estaba en Turín para pasar una temporada con su hermano y con él, pero también, como más tarde descubrió, para recibir de Gerda cierta información que debía llevar a Berlín. Venía de un cómodo interludio, si bien tan extenuante como las exhibiciones de piano para las que lo había contratado una viuda prusiana que invernaba en Portofino. Gerda estaba encantada de verlo de nuevo, encantada con todo. Perfecta en el marco de la elegante distinción saboyana de la ciudad, que había que saborear con toques de ironía junto al vermú Punt e Mes, simpática con su chica, nadie hubiera sospechado que hacía de mensajera clandestina. La valentía de su amigo músico y de todos aquellos que resistían en la cloaca parda le había proporcionado un argumento de complicidad sincera hasta que, después de haber escoltado a Sas hasta Porta Nuova, Gerda también se había marchado.

Georg se siguió viendo con la chica turinesa, pero también respondió a las cartas en las que Gerda le hablaba de su deseo prohibitivo de una Reflex-Korelle. Luego llegó la pausa de las vacaciones, el aguijonazo de que se iría a la Costa Azul con Teckel (aunque con Willy había sido terrible, le había confesado Gerda y tenía que creerlo). Finalmente, una noticia previsible, arrinconada en el trastero de los pensamientos desde hacía tanto que en su momento logró tomársela a la ligera. Diviértete con tu fotografía mientras no puedas conseguir tu cámara, hubiera querido escribirle. Y en cambio no le respondió. Así que Gerda tuvo que localizarlo por teléfono. «Te llamo desde la agencia donde André me ha encontrado un trabajo, para mí es importante», le había dicho, «pero no quiero perderte.» Él le contestó «sigo aquí» y «mis mejores deseos», sarcástico, distante, y a la vez emocionado. Más tarde empezó a escribirle una carta redundante en conceptos como «respeto», «verdad», «exigencia de claridad», pero no llegó a mandársela. Mientras

tanto, Mussolini había declarado la guerra, en tres días conquistó Adua, coreado por el repugnante regocijo revanchista de *La Stampa* y el *Corriere della Sera*. La Sociedad de las Naciones se había reunido anunciando medidas sancionadoras. Correos, abrumado por las comunicaciones patrióticas, amenazaba con engullir la correspondencia entre Turín y París. Una carta, que llegó mientras Italia abominaba de las sanciones en medio de un auténtico furor popular (podía contar con los dedos cuántos de sus conocidos se habían mostrado indiferentes, es decir, como antifascistas), había quedado varada quién sabe dónde alrededor de un mes. Gerda lo exhortaba a mantenerse sereno: «Escúchame, nuestros caminos avanzan separados por el momento, pero corren siempre en paralelo...». Él le contestó con unas cuantas líneas. Nunca supo si esa carta llegó a la dirección parisina a la que se había ido a vivir con Friedmann o si, gracias a la ayuda de la oficina de correos, había seguido viajando en esas líneas paralelas. En cualquier caso, su momento de aclaración había tenido lugar. También en la universidad, donde los estudiantes fascistas habían tomado como objetivo a los extranjeros, es decir, a los refugiados, y consiguieron expulsar a aquellos que ya colaboraban con los institutos de investigación. De modo que él se mudó a Nápoles, lamentando perder un círculo de amigos recién asentado y a la chica por la que se dio cuenta de que sentía afecto cuando tuvo que decirle que no tenía las ideas claras acerca del futuro. Pero también se había sentido sosegado, en cierto modo, por esa desilusión que lo abarcaba todo, obligándolo a pasar página.

Con Gerda se intercambió algunas cartas, donde la necesidad de no mencionar la política había fortalecido los límites de la pura amistad. Luego llegó la guerra de España y, por fin, la oportunidad de volver a verse en Nápoles y de contarse mil cosas, como ella le había escrito con prudencia. Ansioso por escucharlas, Georg se encontró persiguiendo a una mujer que, después de haberse relacionado clandestinamente con un amplio muestrario de milicianos, campesinos con el puño levantado en las tierras colectivizadas y niños con sombreros anarquistas, corría ahora arriba y abajo por las cuestecitas con esa mirada famélica. Era todo tan interesante, decía, todo tan comparable con España por más que el pueblo español se estuviera emancipando. Los chiquillos sentados en los adoquines jugando a las cartas,

los bares abarrotados para el ritual mágico de la lotería, las viejas de negro delante de las puertas, la música de estilo árabe. Capa se colaría por todas partes como el ratón en el queso. Sí, Capa le parecía idéntico a toda esta gente, oscuro y arrugado, tal como había salido de su cuna levantina: un hábil chanchullero, un simpático fanfarrón, un casanova de tres al cuarto. No, no era exactamente un casanova, sino más bien uno con la manía de impresionar a las chicas y con una cara muy dura. Estupendo. Libre tú, libre yo y libres todos. Pero tan pronto como ella coqueteaba libremente con alguien más, él se volvía loco...

¿Por eso había ido a Nápoles? ¿Por un despecho amoroso? ¿O para darle muestras de que su amor se enfriaba? Pero ¿por qué mencionar a Capa a cada paso, por qué llamarlo siempre con el nombre con el que se jactaba de haberlo rebautizado, como si fuera un título que la embebía a ella también en quién sabe qué clase de grandeza? Lo consideraba un colega, un maestro, en definitiva, un fotógrafo al que no tenía nada que reprochar, excepto para desahogar su abatimiento por el hecho de que él hubiera regresado a Madrid, mientras que ella seguía de paseo por ahora. Así pues, ¿las cosas interesantes que notaba, en realidad, no le interesaban en absoluto?

En casa seguían la radio fascista, que había que escuchar por lo que no transmitía. Los «incansables progresos para liberar la capital del bolchevismo» venían a decir que Madrid no había caído en el primer asalto. Madrid debía de estar oponiendo una resistencia frenética, ya que, escuchando la voz rimbombante, la ofensiva gozaba del apoyo moral, físico y militar del gran pacto de amistad entre Roma y Berlín, que ahora había extendido su abrazo hacia el general Franco. Ante esa noticia, Gerda se había puesto rígida, se había levantado de su silla. «De no estar convencidos de que nadie moverá un dedo, esos dos criminales no habrían anunciado el fin de la neutralidad formal.» Se disponían a arrojar sobre España la ira de Dios, a partir de ahora, considerando que nunca se habían esforzado demasiado para ocultar sus intervenciones. Estaba tan tensa como una rata, le temblaba la mandíbula. Georg se la había llevado a Villa Floridiana en funicular, el parque le pareció bonito, pero como muchos otros parques («¡Ninguno como el Parque Güell de Gaudí en Barcelona!»), el golfo nublado, y todo Nápoles, con sus reclamos

altaneros, su bulliciosa indiferencia, empezaba a ponerle de los nervios.

Decidieron irse a Capri.

En la casa campesina donde Soma había encontrado una solución de compromiso entre el idilio rural y el ahorro en el alquiler, el agua había que sacarla del pozo y no había luz eléctrica. Gerda, sin embargo, estaba entusiasmada. Le gustaba la familia anfitriona de viticultores, la comunidad de estudiantes que iba a la universidad con el transbordador, la villa encaramada en las rocas donde Gorki había acogido a Lenin, y las otras residencias célebres con esos jardines paradisiacos que habían protegido lo que en otros lugares era perseguido en nombre de la ley. Un paraíso para demonios, según los biempensantes, ¡y no era necesario ser un Krupp, o en cualquier caso rico o ricachón (había aprendido de los lugareños), para habitar allí! Fantaseaba con irse a vivir a la isla, sonrojada por el aire fresco y el vino casero, deslizándose en la cama de Georg con la sencilla explicación de que un cuerpo escuchimizado tardaba una eternidad en calentar las muy húmedas sábanas: los pies, por experiencia, no se le descongelarían hasta el amanecer. Ya no hablaba de Capa, de España rara vez, excepto cuando había una audiencia que convencer para la causa.

Georg se mantuvo vigilante, aunque dormir al lado de Gerda, besándola dos o tres veces, había sido de todo menos desagradable. Hasta que un domingo fue a visitarle su hermana Jenny, que podía leer los periódicos estadounidenses en la casa del vicecónsul de Estados Unidos, donde había encontrado empleo como *Fräulein*. El *New York Times* recogía masivos bombardeos sobre Madrid, cuya finalidad no era militar, sino obligar a la población de la ciudad a la rendición. Incluso El Prado había sido dañado. Y si la prensa capitalista lo contaba, la devastación debía de ser inimaginable. «¡No pasarán!», habían pronunciado lentamente, arrojando los corazones de manzanas *annurche* en el plato donde acababan de comer caballa al *acqua pazza*, [*] con una rabia tan compacta como estéril. Y luego una última vez, en un susurro, al despedirse de Jenny frente al muelle donde se embarcó en el transbordador de las cinco en punto. Había que ir a España, el resto eran tonterías. Gerda se marcharía al cabo de unos días, convencida de poder arrancarle a alguien un contrato para reunirse con Capa, que a saber cuántas

imágenes de esa guerra heroica y criminal había logrado capturar mientras tanto.

—¿Estás preocupada? —le preguntó Georg.

—¿Por él? Puede poner pies en polvorosa cuando quiera, se las apañará. Pero ¿y los madrileños?

Él no le replicó, limitándose a apartar una piedra con la punta del zapato. El sendero de las afueras del pueblo apenas estaba iluminado, la luz del sol, que se ponía rápidamente, se debilitaba y parecía acercar la músicaailable a sus espaldas, los sonidos de las barcas en la Marina Grande.

—Dame tiempo para formar un grupo y me reúno contigo.

—Lo sabía.

También yo sé una cosa, se dijo: que amas a ese hombre más de lo que quieres admitir. No sé por qué, no sé si él te merece. Pero al menos aquí podemos someternos ambos a las circunstancias, y que todo sea como debe ser.

Han llegado a casa de Mario, que ha ido a cambiarse la camisa y lo invita a beber agua en la cocina. Georg se acerca a la ventana, se enciende un cigarrillo y mira hacia abajo en dirección al mar metalizado por los reflejos, oscuro, casi plano...

Soma y Gerda se están alejando por el sendero, él se guarda las cerillas y echa a andar de nuevo sin apretar el paso, sintiendo que no tiene nada que perder y que nunca perderá a Gerda...

Inspira con fuerza, suelta el aire como un paciente, se esfuerza por revivir ese sentimiento infinito que ha tenido la bondad de volver a emerger sin sofocarlo de consternación y ternura. Luego regresa a la mesa donde Mario lo está esperando, se sienta bien y se concentra.

Revisan juntos el borrador del artículo, leyendo en voz alta cuando es necesario. A esas alturas las erratas tipográficas son escasas y resuelven enseguida algunas dudas léxicas que consulta directamente con su amigo nativo. Terminan en media hora, y solo porque se han puesto a reconsiderar algunas dificultades del experimento: los filtros Wratten que no están

disponibles, la máquina fotostática en lugar de la cámara de lente única con la imagen duplicada por el prisma, filtrada de dos maneras diferentes para poder fotografiar la escena dos veces en el mismo instante. Una pena, pero no podían hacerlo mejor, no tienen los medios de Polaroid.

Georg se acuerda de sacar de la carpeta que se ha traído de la oficina la carta para Mr. Land.

—«*Avec Monsieur Mario Bernardo nous avons l'intention de réaliser un film publicitaire de vulgarisation scientifique sur la vision des couleurs en présentant vos expériences. Nous serions très honorés de connaître votre avis et d'avoir vos conseils en ce sujet*»[*] —lee resiguiendo las frases con un dedo y preguntándose si la carta no podría ser malinterpretada como una forma discreta de recaudar fondos.

—Georges, veo que has escrito cuatro páginas: ¿estás seguro de que nuestro genio autodidacta se las apaña con el francés? —se informa Mario.

—Se habla solo de lo que es el objeto de sus teorías y de sus estudios...

—Es un hombre de negocios, he visto muchos de ellos en Cinecittà a lo largo de mis años de aprendiz. No es lo mismo que dirigirse a un miembro de la comunidad científica. Podrán darse por contentos si reciben dos líneas como respuesta o, dado que *time is money*, ni eso siquiera.

Ya pueden retirar los papeles, liberar la mesa del comedor y meterlos en el sobre que Mario ha preparado. El borrador de *Color bidimensional* vendrá a recogerlo un recadero enviado por la redacción de *Filmtecnica*.

—En cualquier caso, venga, hemos demostrado que solo se necesita la luz adecuada para dar color a las imágenes en blanco y negro —dice Mario, para consolarlo preventivamente de una posible desilusión, y se dirige al balcón donde tan agradable resulta sentarse y discutir, especialmente en una noche como esa.

No ha dicho nada nuevo, su amigo, pero Georg se sorprende. Esta es la idea: volver a ver lo mismo y proyectar algo diferente. Como enésima confirmación de que fuera del circuito entre el ojo y el cerebro no hay nada, y de que el cerebro, siempre concentrado en la actividad de selección y transmisión de impulsos, a veces nos juega bromas extrañas. Es el lado de la investigación que le atañe, el impulso original que lo ha llevado a embarcarse

en ese experimento. Pero para realizarlo han usado películas, proyectores, cámaras e imágenes fotográficas. Reproducciones de pinturas geométricas abstractas, de acuerdo, nada que recuerde las fotografías revolucionarias ocultas entre las páginas de una guía turística en alemán, o las que se tomaron por última vez en las trincheras de Madrid, cuando Gerda le enseñó la cámara cinematográfica que había recibido de *Life*, con la que, según ella, se había vuelto más hábil que Capa.

—¿Conoces a Robert Capa? —le pregunta a Mario.

—¿Te refieres a si lo conozco en persona? Me crucé con él cuando rodaban *La condesa descalza*, con Ava Gardner, y vino a Roma para fotografiar el rodaje. Yo conocía de refilón a su amigo David «Chim» Seymour, lo veía en el Trastévere en el restaurante Checco er Carrettiere, siempre se alojaba en el Hotel d'Inghilterra. Tenía grandes exigencias de *gourmet*, extravagantes para un extranjero que generalmente no distingue siquiera si la pasta se ha pasado, y cultivaba una elegancia incongruente con ese aspecto rollizo de maestro: la antítesis de un paparazzi, tan discreto que podías entender por qué era el retratista favorito de las divas —la Loren, la Lollo y la Bergman, que en tiempos del escándalo le concedió la exclusiva—, pero tan cegato que parecía poco probable como fotógrafo de guerra. Capa, en cambio, atraía por su fama romántica, los rumores sobre una tormentosa historia después de la cual la Bergman se había consolado con Rossellini. ¿Lo conociste en España? ¿Es que en esas fotos de despedida de las Brigadas Internacionales, tan extraordinarias, aparece también tu cara?

—Ya procuré yo que no. Me irritaba verlo acuclillado como pájaro de mal agüero llegado justo a tiempo, mientras nosotros estábamos hechos pedazos, desesperados, obligados a apretar los puños y los dientes para contener las lágrimas frente a los que nos estaban mirando, o, de hecho, fotografiando. No puedes entender cuánto detestábamos nosotros, ya a la deriva, no a él, sino a sus amigos al estilo de Hemingway, que en España se daban un atracón de heroísmo y luego, nada más cruzar la frontera, uno de ostras y champán, desplazándose a su gusto con chófer y avión. Pero lo cierto es que esas imágenes expresan precisamente lo que sentíamos, Capa con su instrumento era formidable: un apátrida como nosotros los brigadistas, un húngaro que

había saboreado desde la infancia las delicias del fascismo. En aquella época yo no conocía a Chim, nos presentaron más tarde, en París, no recuerdo en qué año.

—Debe de haber sido terrible, tampoco los camaradas italianos que conozco quieren hablar del asunto.

—Ya sabemos cómo acabó la cosa, ¿verdad? Pero, al menos, de Italia los expulsasteis...

Las sillas de la terraza de la casa de Mario Bernardo te permiten echarte hacia atrás, con un zapato apoyado en la barandilla que da a un patio demasiado empinado para jugar a la petanca o a las canicas, pero los niños de esta zona de Monteverde, casi sin un mísero agujero donde hacer un circuito, se las apañan igual. Los tejados unos encima de los otros, las últimas grúas y hormigoneras, mujeres que se asoman para recoger la ropa tendida o gritar algo, los vecinos de enfrente que hacen lo mismo que ellos: charlar un rato, lanzando las volutas de humo hacia la pantalla verde desteñida del toldo. Vivir allá arriba, hacer vida de barrio, le gusta tanto que le entran ganas de alejarse del bullicio de via Veneto, pero aún considera su situación demasiado precaria para pensar seriamente en una mudanza.

—Los echamos, sí, pero no fue fácil ni agradable. ¿Qué quieres que te cuente, Georges? Ya sabes tú lo que significa una guerra civil. Y menos mal que hoy se acuerdan de nuevo de lo que hicimos, que a algunos les importa...

En julio, con la amistad ya consolidada por los domingos que pasaron corrigiendo el artículo en la mesa en via Dezza, se encontraron entre la multitud de manifestantes que confluyeron en Porta San Paolo. De los disturbios de Génova, consecuencia de la convocatoria del sexto congreso de los neofascistas del MSI, habían discutido precisamente allí, en ese balcón, pero aún no habían tenido ocasión de comentar la propagación de la revuelta incluso a Sicilia, donde el día anterior la policía había disparado con subfusiles contra los aparceros y obreros de Montecatini di Licata en huelga, matando a un chico de veinticinco años.

El doctor Kuritzkes estaba a punto de entrar en la oficina, con el fin de

coordinarse con Modrić respecto a una investigación, pero a la vista de los grupos con las banderas que se encaminaban por vial Aentino, habían atado la bicicleta a la verja y se había ido detrás del cortejo. Que desembocaran ya a la altura del Circo Máximo no era una buena señal: tal vez, como consecuencia de la prohibición de lo que se suponía que era tan solo un ritual de deposición de coronas, la parada del metro Piramide estaría cerrada, impidiendo el acceso a la estación de tren. Mario Bernardo, por lo tanto, podría no haber acudido. Le tranquilizaba el hecho de que la manifestación hubiera sido convocada por el Consejo de la Resistencia. Por otro lado, un expartisano, pero actual director de fotografía con varios contratos ya firmados, quizá no estuviera dispuesto a arriesgarse a que lo detuvieran o a recibir un golpe en la cabeza. La atmósfera que flotaba en la plaza era inequívoca: de colisión programada, guerra latente, de movimiento popular que irrumpe en la superficie midiéndose con un movimiento potencialmente opuesto, subterráneo y golpista. Había sido esa atmósfera familiar tan tóxica e intoxicante, incluso antes de los gases lacrimógenos, la que lo empujó a abrirse camino hasta detrás de la cabeza de la manifestación, donde su amigo, detrás de las filas de diputados de todos los partidos de izquierda, había agitado los brazos hasta que lo reconoció. Si él no hubiera llegado tan temprano, si Mario, sorprendido de verlo, no hubiese encontrado la manera de escabullirse para saludarlo, unos minutos más tarde los habría embestido de lleno la carga a caballo lanzada contra los diputados que trataban de llegar a la lápida de los Mártires de la Resistencia, situada en los alrededores de la Pirámide de Cestio. No estaba claro cómo se las habían arreglado para esquivar lo peor, echar a correr a un lado, unirse a una fila de chicos que, sacando a rastras a algún camarada golpeado por los cascos antes de que pudiera recogerlo algún agente, los llevaron a las barricadas del Testaccio. «Soy médico», anunció, por lo que lo acompañaron a un garaje habilitado como enfermería. Los ruidos de la batalla seguían oyéndose fuera, así como los incesantes gritos de «¡Fascistas, fascistas, asesinos!»). Un joven con unos pantalones ceñidos le preguntó qué estaba haciendo él allí con esa bonita chaqueta de color crema y esa manera de hablar tan de alemanote. Oyó contestar, con una cantinela veneciana acentuada por el nerviosismo, que el

camarada Georges había participado en la resistencia en Francia y en la guerra de España en el lado correcto.

—¡No me lo creo! Si este señor tiene menos años que mi padre, que se trinca toda una garrafa de vino él solito con cada comida.

Hasta el chico al que acababa de vendar se echó a reír y el doctor Kuritzkes, estúpidamente halagado, declaró su año de nacimiento y entonó *¡Ay Carmela!, Los cuatro generales y El quinto regimiento.*

—Pues sí que son españolas, qué narices, ¡pero nos gusta más la música de nuestros tiempos, oiga!

Más tarde, a alguien se le ocurrió sacar a los camaradas partisanos de aquel follón, escoltándolos al pie del puente Testaccio. En la orilla del Trastévere, se encaminaron hacia piazza San Callisto para concederse un trago.

—Nunca me hubiera esperado ver caballos contra diputados electos —dijo Mario—, pero gracias a Dios estamos en democracia... ¡cristiana!

—Esperemos que no haya sido un mero aperitivo. De lo contrario, nos tocará volver a ponernos la camisa del uniforme y los tejanos sobre nuestras extremidades cansadas y reanudar la lucha...

—Te veo preocupado.

—Un poco. Menos que esta mañana.

La gente de las otras mesas comentaba las noticias. Había habido muchos heridos, muchos detenidos, y no había habido muertos de milagro. Georg afirmaba haber visto una masa de todas las edades, auténtica, incontenible. Los eslóganes, los insultos en dialecto romano, las pancartas ¿QUÉ MILAGRO ITALIANO NI QUÉ NARICES? ROMA NO ES LA DOLCE VITA lo demostraban. Podían cerrar las fábricas, bloquearlo todo: o la Democracia Cristiana estaba realmente lista para la guerra civil, y esto no les convenía ni a ellos ni a los estadounidenses, o el Gobierno Tambroni tendría que hacer las maletas en poco tiempo. Mario replicó, sin embargo, que esos muchachos no tenían conciencia política, y mucho menos un poco de disciplina. No tardarían en volver a menearse en las discotecas después de la semana de trabajo.

—Nosotros también éramos así —objetó él—. De acuerdo, no bailamos con canciones tan histéricas, pero para la mayoría de nuestros camaradas

adultos era *Katzenmusik*. Entre un enfrentamiento y otro nos divertíamos como locos. No parábamos, te lo aseguro.

Los niños del patio de abajo han dejado de jugar a la rayuela, y es una pena. Los saltos equilibristas de algunas pequeñajas con sus rizos que se les escapan de la diadema eran una auténtica delicia. Ahora se han pasado al escondite, diseminados en sus escondrijos, a excepción del niño que, de vez en cuando, sale zumbando y perdiendo el aliento para llegar a la guarida de un garaje que no se ve desde el balcón.

Allí arriba, ellos se lo toman con calma, relajados, demasiado perezosos incluso para sacar una bebida de la nevera. Aún siguen hablando de viejos conocidos y de su doble vida entre los destinos bélicos y los hoteles de cinco estrellas cuando regresaban. Una vida cada vez más estafalaria a medida que avanzaba la reconstrucción y los otros encontraban un trabajo, una esposa, una vivienda de dos habitaciones con agua caliente. Capa se hospedaba en París en el Lancaster, que había proporcionado la suite para el exilio dorado de Dietrich antes de que se fuera a Hollywood, y había recobrado su antiguo fasto después de la guerra. La factura de la habitación se comía incluso los futuros beneficios de la agencia Magnum, pero él insistía en que de lo contrario no podría conseguir contratos dignos para sus fotógrafos. Te cruzabas con él en la pausa para el almuerzo en los Campos Elíseos, tú con el bocadillo debajo del brazo para mordisquearlo al aire libre: a veces apenas te devolvía el saludo, otras no había manera de evitar que te llevara a Le Fouquet's, donde te agasajaba con toda clase de manjares, mientras que él, recién levantado, pedía para sí mismo y para la etérea maniquí, o puta no siempre de alto copete, primero un café, luego una tortilla a la francesa y, por último, una segunda botella de champán, aparte de la que descorchaba para brindar por un amigo de los viejos tiempos gloriosos. Chim era un personaje de muy diferente patrón, en eso estaban de acuerdo. Mario recuerda de pronto que, según los chismorreos del oficio, parece ser que formaba parte de los numerosos sarasas internacionales para los que Roma se estaba revelando un paraíso. Y si pasaban revista a los indicios de su ropa siempre arreglada, su fama de

gourmet, su exquisita cortesía con las variables presencias femeninas, su halo de secreto parecía la evidencia más abrumadora. Resultaba fácil advertir que mantenía férreamente separados a sus propios conocidos —del *bel mondo*, por ejemplo, de sus camaradas relacionados con Carlo Levi— de los amigos con los que hacía esos viajes a las aldeas del sur que pretendían arrancar del analfabetismo. Puede ser que sus motivos fueran políticos y no privados, y, en cualquier caso, era asunto suyo.

Georg se echó a reír, con una carcajada seca, comentando que allí la gente se cree astuta desde hace siglos, *caput mundi*, pero tiene la mentalidad de una beata de provincias, solo que más presuntuosa y vulgar.

—¿A quién le cuentas eso? Pero si se está muy bien en Roma.

—Aquí arriba en tu casa sin duda alguna.

En el patio, un niño ha tropezado, dejándose atrapar por su perseguidor — más pequeño, por si no fuera bastante—, y entre quejas en voz alta, porque tener tanta mala suerte no es justo, se dirige cojeando hacia el sitio que hace de casa.

—¿Has visto la serie que Chim hizo para la Unicef? —pregunta Georg—. Fue la primera vez que le encargaron un proyecto de ese calado, *Children of Europe*. Poco más que un folleto de edición limitada, pero las fotos se las publicaron en todas partes. Si te traigo el libro, quizá te acuerdes de alguna.

—¿En qué año fue?

—Finales de 1948, el libro salió en 1949.

—Puede ser. Yo escribía para los periódicos en aquella época, con el cine apenas podía mantenerme. Trabajé en muchas cosas, incluso de obrero en un alto horno en Marghera, un poco de todo. Me vine a Roma en 1950, un año después.

Georg le describe el material entregado a la Unesco a medida que Chim volvía de sus viajes, ansioso por presentárselo, porque tenían a Capa en común y muchas otras cosas: Leipzig, donde el fotógrafo había estudiado en la Academia de Artes Gráficas y Editoriales; España, como era obvio, y también los orígenes polacos. Al descubrir que el idioma que Georg había oído de niño era el ruso, Chim le soltaba a veces alguna frasecita, pero por lo general hablaban en alemán. Era la elección más natural y les garantizaba cierta

privacidad. Trabajaban en cuatro escritorios, uno detrás del otro, igual que los pupitres del colegio. La Unesco se había establecido de manera provisional en lo que había sido uno de los hoteles más suntuosos de la Belle Époque, el Majestic. Y dado que se hallaba a un cuarto de hora del Lancaster, Chim le proponía que lo acompañara cuando iba a ver a Bob, como ahora lo llamaba. Capa, en cambio, no llegó a acostumbrarse a llamarlo David, a pesar de que, entre los dos, fuera el único nombre de verdad.

—Era de Varsovia, ¿verdad? ¿Un judío de Varsovia?

—Sí, un judío de Varsovia.

Los países que Chim había visitado para la Unicef eran aquellos donde las condiciones de vida de la infancia eran más desesperadas: Italia; Grecia; Hungría, muy cercana al corazón de Capa; Austria, desbordada de campos de refugiados, e invariablemente Polonia. Una serie de imágenes mostraban una columna de escolares cruzando las ruinas del gueto de Varsovia —montículos bajos y húmedos de tierra, con restos de los últimos ladrillos hechos trizas— para llegar a la parte ya reconstruida con los primeros caserones socialistas. Chim le había hecho notar que, detrás de la gran iglesia, que representaba el único edificio no arrasado por los alemanes, estuvo en tiempos la editorial de su padre, que publicaba libros en yidis y en hebreo. El testimonio más directo de que no volvería a ver a sus padres, había murmurado dando la vuelta a la hoja de contacto, no lo había obtenido en Varsovia, sin embargo, sino en una pequeña ciudad donde, por fatalidad, había llenado la mayoría de sus carretes. En aquella localidad de vacaciones salvada de la destrucción se habían instalado escuelas, orfanatos, hospicios para niños perturbados. Gracias a una organización judía, incluso una pensión dirigida por una tía suya se transformó también en un sanatorio, al que su padre y su madre se trasladaron cuando estalló la guerra. «Era esta», dijo, enseñándole un par de fotografías. En una se veía a una paciente con tuberculosis que exhibía un corsé rígido, apoyada en los colchones de sus compañeras. Chim no recordaba lo que había hecho para obtener esa sonrisa y esa expresión divertida de sus diminutos ojos oscuros. Tímida y radiante, tal vez algo enamorada, había observado Georg. Chim replicó con un gesto de negación con la cabeza, y él había aventurado un pronóstico sobre los plazos de curación de la columna vertebral, algo de lo

que entendía, al haberse topado con la tuberculosis cuando fue partisano en la Alta Saboya.

—¿De verdad? —le pregunta Mario.

—La gente de las aldeas temía la infección algo menos que a los alemanes, sobre todo por sus hijos. Contrarrestarla significaba ganarse su gratitud y complicidad más sinceras.

—Ya veo. Entonces, ¿allí arriba no tuviste que empuñar las armas?

Georg deja caer un vago sí de confirmación, distraído por el grito de «¡Por mí!» que suena abajo, en el patio, que resulta ser del niño desafortunado o tal vez no tanto, dada la velocidad de su carrera.

Probablemente, Mario sienta más curiosidad por la *Résistance* en las montañas que por la génesis de un librito con el que la Unicef, recién nacida y en busca de apoyos, quiso denunciar el estado de necesidad al que se habían visto abocados millones de menores forzados a hacer cualquier cosa para sobrevivir —robar, mendigar, prostituirse, recoger colillas y revenderlas— y, al mismo tiempo, poner de relieve los esfuerzos para criarlos, para que estudiaran y sanaran, para que la propia Europa pudiera crecer y sanar. Pero el compromiso por erradicar el mal de la ignorancia es algo que comparten, de lo contrario no pensarían en esa película educativa para explicar cómo se ven los colores.

Entonces Georg se inspira en los niños del patio que salen por separado de sus escondites, a veces para conseguir salvarse, otras veces para verse atrapados en el último tramo, donde, agazapado en un rincón, el cazador encuentra el sistema para capturarlos.

—En teoría, los pequeños que juegan ahí abajo podrían ser los hijos de los mayores que Chim fotografió en aquel momento. Digamos que los más afortunados o testarudos, o dotados de talento, y metamos también el talento para la vida que no sé decirte cómo puede uno educarlo, y quizá sea mejor no saberlo.

Mario se ríe, comenta que lo ve optimista y, a fin de cuentas, no le falta razón: sí, lo que ellos han vivido les parece realmente alejado de estos hijos del milagro, por más que al constatarlo se corra el riesgo de secundar determinada propaganda, y ni siquiera la paz sea nunca una certeza absoluta.

—De todos modos, pueden correr, perseguirse, jugar...

Georg evoca algunas imágenes nacidas en el parque de una villa romana para explicarse mejor: no una villa cualquiera, sino el lugar donde Mussolini fue arrestado en 1943. Ironías del destino, justo en la hierba reseca de Villa Ada, Chim había fotografiado a algunos niños descalzos, que solo llevaban los calzones abombados proporcionados por la pía institución que los había sacado al aire libre y los había puesto a jugar al voleibol. A algunos les faltaba una pierna, a otros un brazo, uno incluso iba con muletas, necesarias para compensar la rigidez de sus movimientos debido a las prótesis de las extremidades inferiores: el niño en primer plano, el único que llevaba camiseta y pantalones largos. Chim le hizo notar que los únicos dos jugadores a los que se les veía la cara, aunque a distancia, eran ciegos. El impacto de una bomba los había cegado. Quizá no del todo, pero lo suficiente para que el esfuerzo por participar en el juego fuera enorme.

—Sabía cómo capturar la energía que acompaña las discapacidades incurables. Su arte debe mucho a esa consonancia tan fina, una cualidad que hacía que su socio dijera que, de entre los dos, Chim era mejor fotógrafo. Creo que aludía también a la pasta humana, porque era casi seguro que Capa se habría negado a una peregrinación semejante entre campos de refugiados y orfanatos, a zambullirse en el vacío de su infancia, y no por seis meses y una retribución irrisoria, tal vez ni siquiera por todo el oro del mundo.

Mario quiere saber en qué año murieron Seymour y Capa, y es una pregunta tan fácil que Georg no deja de seguir el eco de las disputas en el patio que acusan de hacer trampas al chico larguirucho. Mientras tanto, piensa en las discapacidades invisibles, las alteraciones del sistema nervioso que afectan al aparato perceptivo-sensorial de quien ha vivido determinadas experiencias, no como combatiente, sino como fotógrafo. Nada de *shell shock syndrome*, como lo llamaron los estadounidenses, solo un vago desequilibrio que amplifica la atracción por el peligro, como si fuera un desafío deportivo, un juego más afín en apariencia al del patio de abajo que al del partido de voleibol en Villa Ada.

Chim era consciente de eso. En aquellos días, Georg confiaba en que la Unesco llevara a cabo una tarea más importante que la de los trabajillos de

reparación, como Chim los había definido. Lamentaba que aquel hombre equilibrado, pero evidentemente afligido por un temperamento melancólico exacerbado por el pasado, dijera que se contentaba con retratar a los niños en sus viajes (había anotado incluso sus nombres: Tadzio, Tereska, Elefteria, Angela...), al no poder darse el lujo de traerlos al mundo. La afirmación de Chim le había parecido inaceptable, pues casi todos los que habían perdido a su familia se estaban creando una propia. Así que un día, mientras miraban las fotografías, se permitió objetarle que la guerra había acabado. Chim, avergonzado, había cambiado de tema para hablar de Capa y dejar caer que, en otras circunstancias, su amigo hubiera querido diez mocosos, como un rabino de largas barbas.

—Lástima que las *otras circunstancias* no fueran de la misma idea — respondió Georg delicadamente.

—Tal vez no debería decírtelo, doctor, pero yo a esos dos los veía más felices que otra cosa... Con el tiempo las cosas, *natürlich*, siempre pueden cambiar, siempre que quede tiempo.

Tiempo ya no queda, no queda desde hace mucho. Aunque siempre haya algo por reparar, por ejemplo, una llamada a Teckel, y cuando está a punto de confiárselo, Mario le hace la pregunta que esperaba desde el principio.

No, responde, realmente no llegó a conocer a fondo a Robert Capa. Fueron amigos, es verdad, por más que hubiera que tomárselo en dosis moderadas. Pero sentía una infinita gratitud hacia él. El mundo libre hubiera preferido no ver la vida inmundada que la Grande République reservó a los refugiados republicanos: y el gran fotógrafo, que había ido a Argelès-sur-Mer para plasmar toda aquella vergüenza premonitoria, descubrió que él estaba en uno de esos campos. Si Capa no hubiera sido capaz de obtener su liberación, probablemente habría compartido el mismo destino que sus compañeros, que pasaron del alambre de espino francés y democrático al alemán y nazi.

—¿Cómo es que se te ha ocurrido pensar en Capa hoy precisamente? — pregunta Mario.

El silencio que sigue los deja en manos del postrer vocerío de los niños excitados por el juego que ha terminado bien, de los aparatos de radio que transmiten los noticieros, de las bocinas y motores de la calle. Entonces

Georg, acariciado por esos ruidos, responde iluminándose.

—Teníamos una amiga común que murió en España. Hoy nadie sabe quién era Gerda Taro. Incluso se ha perdido la pista de su trabajo fotográfico, porque Gerda era una camarada, una mujer, una mujer valiente y libre, muy hermosa y muy libre, digamos libre en todos los aspectos.

Mario debe de haber entendido, evita hacer más preguntas. Los niños en el patio han decidido no seguir jugando al escondite. A veces, para seguir un ejemplo, basta con mencionar un nombre.

Epílogo

Parejas, fotografías, coincidencias

2

Míralos, por último, en la terraza del Café du Dôme, con esas sonrisas que se hablan, la alegría que se desprende de un gesto amable o de una estupidez cualquiera, a esos dos solo les hace falta una nimiedad. Se ve a simple vista mirando esta fotografía, la luz uniforme en el perfil de André, el sol que le permite tener la cazadora abierta, un día de primavera tan hermoso que Gerda se ha quitado la chaqueta, o tal vez haya salido en manga corta, dado que la rue Vavin está a poca distancia.



No se dan cuenta de que les están haciendo una foto. El fotógrafo se ha colocado en la acera de enfrente, ha enfocado con el gran angular y ha disparado en un segundo. Alguien, sin embargo, sí se ha percatado de ese disparo: el caballero de la mesa de atrás ha interrumpido la lectura del periódico y, con la página caída entre las manos, echa un vistazo ahora a los movimientos de la pareja, según lo indican la dirección de la mirada y la sonrisilla que aflora en sus labios. Al otro lado de la escena, y del tiempo que la fotografía atraviesa, hay un hombre del siglo pasado que, al igual que tú, observa. Si lo miras mejor, notas que su sonrisa afable parece casi un comentario a la sonrisa radiante del protagonista: *ah, ils sont beaux, les jeunes*, cuando consiguen hacer reír a la chica de la que están enamorados...

Pero ¿cómo lo sabe? Después de todo, solo tiene delante al fotógrafo que ha dejado a medias el tercer vaso de una bebida lechosa. Tal vez haya tenido ocasión de observar esa animada *liaison* y le divierte que alguien se haya tomado la molestia de inmortalizarla. Detrás de ellos, el atareado *garçon*

rehúye el concierto de sonrisas y, para compensar, la blancura de la chaqueta refulge avivada por el juego de los pliegues alrededor del codo, el centro perfecto del encuadre.

El camarero, eso sí, conoce bien a los habituales, eso puedes darlo por cierto. Empezando por ese Friedmann, que ahora tiene una apariencia digna gracias a Mademoiselle Gerda, siempre *très chic* y agradable con todos. El camarero, en cualquier caso, no estaría a la altura de ese célebre lugar de encuentro si no conociera también a la clientela que no se acomoda en la terraza todos los santos días. Como el hombre que venía de Montmartre e intercambiaba, a veces, sus fotos en aquellas mesas: retratos de personas más importantes que esa pareja, famosa sobre todo en el Dôme, y ciertas estampas que, a quienes trabajan entre artistas, hacen pensar que Monsieur Stein tiene talento para captar el *flair* de París.

En 1934, cuando apenas hacía un año que había llegado, Fred Stein había captado un amor nocturno e invernal, un secreto cubierto por los sombreros y abrigos de los dos amantes, los cuerpos fundidos en la sombra que la luz de la farola imprime en la nieve.



Esa instantánea tal vez lleve dentro la memoria viva de una huida disfrazada de luna de miel, la manera más rápida y libre de sospecha para conseguir un pasaporte, cuando la detención de Fred era ya cuestión de tiempo. Se casaron en el ayuntamiento de Dresde —la gente aplaudía fuera gritando *Heil Hitler!*— y luego se hicieron un regalo, porque a Fred le apasionaba fotografiar y, según Lilo, tenía madera: una Leica.

No te cuesta imaginar a Fred levantándose con delicadeza para irse a capturar imágenes de París, y saliendo sin hacer ruido para no despertar a Lilo, agotada por el trabajo en negro —cocinera, limpiadora— con el que le permitía intentar convertirse en fotógrafo. Más tarde, tras el traslado a la dirección que en la tarjeta de visita figuraba como Studio Stein, ella también había aprendido a fotografiar bodas o bautizos, reemplazando a su marido cuando este tenía otros compromisos. Y era Lilo la que llevaba las cuentas y el *ménage* de las habitaciones subarrendadas de la casa, siempre abierta a cualquier amigo o compañero de partido que llamara a la puerta. Hija de un gran médico, administraba una vida en las antípodas de su infancia con sirvientes y jardín, pero esa vida estaba muy lejos de la soledad compartida captada por Fred en sus vagabundeos nocturnos: ruidosa y, a pesar de que el apartamento diera al cementerio de Montmartre, llena de momentos luminosos. En 1935, cuando celebraron la llegada de Gerda y Lotte con bombillas cubiertas con un velo rojo y verde, a Lilo le cautivó de inmediato la exagerada reverencia con la que André Friedmann se había presentado. A ella le gustaban su aspecto desgreñado, su forma cómica de exhibirlo, su fanfarronería de chiquillo. Fred y Lilo eran algo mayores, tenían veinticinco años, pero se habían convertido en un punto de apoyo para quienes eran más desbaratados que ellos con el dinero, el alojamiento y los sentimientos.

Ese día de abril de 1936, Fred Stein llega al Dôme y se entretiene tomando algo con sus amigos. París ya no es el teatro nocturno de un extravío, el amor ya no necesita arrebujarse en el anonimato de figuras que dibujan un autorretrato doble en el exilio. Ahora exige el primer plano, pertenece a quienes lo manifiestan: a Gerda Pohorylle y a André Friedmann, en la terraza de café donde todos los conocen.

Hace poco que André se hace llamar Robert Capa, Gerda ha conseguido su primer carné de prensa, los Stein viven en un apartamento más cómodo cerca de Porte de Saint-Cloud, donde Lilo gestiona el laboratorio sin tener que

dedicarse a otros mil quehaceres. Fred ya cuenta con una buena clientela, y se ha ganado cierto renombre como retratista. Al año siguiente, incluido por segunda vez en una exposición colectiva en la Galerie de la Pléiade, exhibirá algunos de sus retratos de escritores junto a Man Ray y Philippe Halsman (quien en esos años utilizó a Ruth Cerf como modelo). No es el único que se ha embarcado en ese oficio por necesidad, pero en Dresde no tuvo ningún tipo de formación, a diferencia de Chim en la academia de Leipzig o de Capa a través de Eva Besnyö y Kati Horna, que en la época del instituto recibieron clases de un maestro de la vanguardia húngara. Fred Stein ha aprendido por sí mismo, gracias al regalo de boda de una Leica y a Lilo, que lo ayuda. «Es la Leica», dice, «la que me ha enseñado a fotografiar», la lleva siempre colgada del cuello, la trata como una extensión de su cuerpo. No puede hacer nada si esa simbiosis choca con la desconfianza de los clientes, que, acostumbrados a un imponente abracadabra, dudan de que de un dispositivo ligeramente más grande que una cartera pueda salir un retrato aceptable. Los comienzos fueron tan duros que se vio obligado a insertar «*Promotion gratuite photo portrait*» entre los anuncios por palabras del periódico.

La adversidad, un hada buena, el regalo mágico: la historia de Fred Stein parece un cuento de hadas encaminado hacia un final feliz, y tal vez tampoco él, enfatizando el papel de la Leica, haya contado las cosas exactamente como fueron. Cámara fotográfica, confianza, perseverancia y un corazón intrépido no habrían bastado para hacerlo destacar entre los cientos de fotógrafos que convergieron en París. Lo mismo ocurre con Capa y Gerda, a pesar de haber ideado su fábula millonaria con la ambición de asentarse como reporteros gráficos. Crear arte no formaba parte de su trabajo, pero sabían de qué dependía la calidad de una imagen: habían absorbido las ideas estéticas de su época junto con las políticas y sociales, y eran conscientes de que precisamente en eso, en el arte, ya se había producido una revolución. Fred Stein, involucrado en política desde la secundaria, miembro activo de un pequeño partido socialista, brillante graduado en derecho, no llevaba en su equipaje tan solo una máquina fotográfica fácil de usar. En Dresde quiso ser abogado de los más débiles y, una vez en París, se dedicó a fotografiar a los trabajadores, a los vendedores ambulantes, a los mendigos, a los pobres en

general. Esto, sin embargo, no aclara nada sobre cómo lo hizo: con respeto y una mirada irónica, con el rigor modernista de los encuadres, con ese particular sentido estético que coincidía con su sentido de la justicia.

Y además, ya se encargaba París de formar a sus fotógrafos. Todo lo que había que hacer era ir al café y conocer a Cartier-Bresson o André Kertész, con quien el André más joven mantenía una excelente relación. También a Walter Benjamin le gustaba mucho el Dôme, cuando era un berlinés enamorado de París y no, aún, un refugiado que evitaba el revoltijo de los *émigrés* alemanes. Pero todavía se dirigía hacia allí en cuanto salía de su guarida de la rue Bédard, como podría haber ocurrido el día que Fred Stein sacó esa foto de André y Gerda. Por otra parte, en Saint-Germain se halla la editorial que, en la primavera de 1936, está a la espera de un borrador sobre el que ha discutido mucho, y tal vez en el camino de vuelta Benjamin necesite quedarse un rato al aire libre y concederse una copa.

En junio, cuando *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica* empezó a estar en boca de los intelectuales parisinos, el autor celebró dos reuniones en círculos alemanes, una en el Deutscher Klub, la otra en el Café Mephisto. Gerda, que a menudo aprovecha esas veladas gratuitas para culturizarse, está en ese momento absorbida por sus compromisos con la agencia Alliance y por sus esfuerzos por vender su primera foto. Pero Fred Stein, que ya ha retratado a Ernst Bloch y a Bertolt Brecht, por nombrar a dos amigos cercanos a Benjamin, ¿cómo es posible que dejara escapar esas citas? ¿O fue Benjamin quien no quiso dejarse fotografiar? Y cuando Fred oiga hablar de aquello en Nueva York a Hannah Arendt, a quien le une una amistad testimoniada por las fotografías que le dedica a lo largo de los años, ¿le habrá pesado esa laguna?

Es probable que Stein, habiéndose criado en una casa llena de libros y preceptos, haya leído el ensayo de Benjamin. Su padre era un rabino reformista, su madre, al quedarse viuda, trabajó como profesora de hebreo y de religión. Cuando cerró la Torá para abrirse al socialismo, los rostros de cada persona habían tomado para Stein el lugar de Aquel que los había creado a su imagen y semejanza. En un artículo de 1934 escribe que un retratista debe captar «la historia y el carácter que cada modelo posee», una tarea ideal para

la Leica, tan «espontánea» en su pequeñez. Resulta notable la coherencia con la que traduce esas ideas en método: no solo elige a sus retratados por estima y afinidad, sino que, antes de conocerlos, se toma tiempo para estudiar sus obras, y luego para dialogar de manera que se olviden de que están en una sesión fotográfica.

El episodio más ejemplar se remonta a 1946, cuando Einstein le concede diez minutos y acaba hablando con él dos horas. El resultado son apenas veinticinco fotogramas. En el retrato, que se convierte en uno de los más famosos de Albert Einstein, tiene una mirada dulce y dolorida y no sonríe. Una imagen que aspira a captar la historia y el carácter de un hombre debe ser capaz de no reducirlo a espejo o a objeto, aunque sea el más atractivo de los iconos.

El amigo que encuentra aquel día a André y a Gerda tan absortos como para capturarlos al vuelo es aquel que vierte esas aspiraciones en el retrato. Si Stein no hubiera creído haber congelado un instante veraz en sus rostros, la foto del Dôme tal vez se habría hundido en el limbo de los negativos que no ascienden a imágenes, y, en cambio, ahora puedes verla tú también, como si el tiempo transcurrido desde aquel instante no existiera.

Así que te imaginas entonces que Fred y Lilo se retiran para revelar sus carretes. Hay una parte de trabajo por encargo, algunas fotos para ofrecer a los periódicos y el retrato de André y Gerda. Fred observa el negativo bajo la lente de ampliación y ratifica su palpito de haber dado en el blanco: la composición equilibrada, sin detalles demasiado borrosos. «¿Ves aquí?», le dice a Lilo, señalando al camarero en el lugar correcto: «Y mira a ese caballero que sonríe... Prodigios de la Leica, que atrapa incluso aquello de lo que no tienes tiempo de percartarte». Luego agrega: «Lilo, tú que eres sensible a este sujeto, ¿cómo definirías esta cara? ¿Arrogante? ¿De pícaro?».

La casa ya no es la de Montmartre, pero la cámara oscura sigue siendo el pequeño baño del apartamento. La luz es mínima, el espacio también, la espera de las imágenes que emergen en las bandejas en el fregadero no pierde su magia.

Fred toca el brazo de Lilo y ella le dice que responde a la verdad:

—André ha salido tal cual es. El poder del amor y del fotógrafo que lo ha captado al vuelo.

—Imprimámosla ahora, así se la llevo.

Lilo, a la espera de sacarla, la mira mejor.

—¿Y Gerda?

—¿Qué pasa con Gerda?

—No ha salido bien.

—Pero la foto sí —replica Fred—. Y además ya le he hecho muchas donde sale muy guapa, ingeniosa, en fin, Gerda...

—Por eso.

Fred reconsidera entonces el retrato desde esa ineluctable perspectiva femenina. El sombrero que le cubre el pelo le corta la frente, acortándosela y acentuando la protuberancia de la nariz recta. Y esas mejillas de hámster. Los ojos cerrados, la sombra de la visera que crea casi el efecto de un doble mentón, con lo que le importa a ella su línea. Gerda, que nada más despertarse, hace ejercicios de gimnasia en su salón, para cruz y deleite del resto de los inquilinos.

—No creo que le haga mucha gracia —resopla.

Ahora es Lilo quien insiste en entregarles esa fotografía. Es bonita, un bonito recuerdo, un bonito gesto de amistad, algo que una persona vanidosa, pero en absoluto tonta, ciertamente sabrá reconocer.

¿Y qué ocurrió?

Pues ocurrió que Fred, de regreso a casa, cuenta que fue como habían previsto. Gerda que se ve fea, André que hace desaparecer el sobre de la mesa del Dôme («Esta, *mein Schatz*, me la quedo yo»). En todo caso, es ella quien le da las gracias cuando se dispone a marcharse: «Querido Fred, has sido considerado, como siempre».

¿Era sincera? ¿O solo quería hacer creer a su compañero que se había salido con la suya, para que luego se olvidara de la foto y qué se le va a hacer si desaparece en la próxima mudanza?

—Eso no importa —dice Lilo—, tú has hecho lo que tenías que hacer. Y además con André las cosas se pierden de todos modos. De cara al futuro,

nosotros la tenemos.

Esta es una primera conjetura, pero es igualmente posible que la foto se hubiera quedado en poder de los Stein a la espera de una ocasión para entregársela a André y a Gerda. Todos están muy ocupados con la campaña del Front Populaire, y luego con la victoria electoral. En mayo, Fred toma una foto del primer ministro Léon Blum y se la vende a *Life* por mil dólares, que les sirven para vivir un mes. En junio llega un sinfín de trabajo con la ola de huelgas y, en un abrir y cerrar de ojos, ya están en las grandes fiestas del *Quatorze Juillet*, cuando se acuerdan de repente del retrato que está aún en la caja de las entregas.

—Le dejo el sobre al conserje si no os encuentro, de esta semana no pasa —les promete Fred.

Pero después basta con que pasen tres días y se llega al 18 de julio, cuando la euforia del 14 se transmuta en la conmoción de que en España está en marcha un *coup* fascista. Fred sale corriendo, se encuentra con sus amigos en el café, emocionados por su inminente marcha, y, con los mejores deseos, saca por fin el sobre. Se ve que les gusta su retrato, les parece bueno, pero André y Gerda ya están en otra parte.

Luego hay una historia que esa foto no puede contar, porque comienza el 3 de septiembre de 1939, cuando Francia declara la guerra a Alemania. *Drôle de guerre* la llaman los franceses, dado que durante ocho meses a ellos no les ocurre nada, pero no así a los hombres que tienen la nacionalidad del enemigo, por más que haya sido precisamente para escapar de los nazis por lo que han llegado a Francia. El 5 de septiembre de 1939 Fred Stein es trasladado al estadio de Colombes, rebotante de refugiados alemanes y austriacos, y desde allí lo envían al primero de varios campos de internamiento. Adoquina carreteras francesas hasta que en junio de 1940 esa extraña guerra se convierte en *débâcle* para la nación que lo alberga como prisionero. Ante la inminente rendición, un oficial resuelve el problema de sus *boches*, a quienes los

alemanes esperan para despellejarlos: «*Les allemands sont là, débrouillez-vous*». [*] Fred recoge la orden de apañárselas, se escabulle por los campos, se refugia en granjas abandonadas, recorre seiscientos kilómetros hasta llegar a Toulouse. No tiene noticias de Lilo, que está en París, en el París ocupado, con una niña de menos de un año. Marion nació tan cerca del fatídico 3 de septiembre que resultaron inútiles los trámites iniciados con la ayuda de los Salzburgo, los parientes de Lilo emigrados a América después de la Noche de los Cristales Rotos. Lo más angustioso es que quien organizó el regreso de madre e hija a la ciudad, removiendo Roma con Santiago para conseguir una licencia, fue él. En Normandía no aceptaban a los *apatrides* entre los desplazados. El orfanato que al final las acogió, relegó a Lilo a los sótanos, permitiéndole un contacto mínimo con su hija. La niña se consume sin los cuidados y la leche materna que mitiguen las privaciones de la pía institución.

Ahora que no tiene idea de dónde están escondidas, recurre a la manera más insospechada de comunicar que está vivo. Se pone en fila ante el mostrador de los anuncios por palabras, donde solo dicta nombres que puedan pasar por franceses: incluso «Stein» se asocia con la huida de los alsacianos que llenan las columnas de los periódicos con las búsquedas de sus familiares. ALFRED STEIN, DÉMOBILISÉ A TOULOUSE, CHERCHE SA FEMME LILO ET SA FILLE MARION.

Su esposa no ve ese anuncio. Pero una de las dos postales que Fred envía a sus contactos de más confianza, la recibe en una fecha que recordará durante el resto de su vida: 9 de julio de 1940. Debe moverse con rapidez, no ve el momento de llegar, solo que no es nada fácil. Carga con la niña, carga con el equipaje indispensable, una maleta llena de negativos y copias que contienen demasiadas cabezas buscadas por los nazis. ¿Como va a llevar todo eso a través de la zona ocupada y luego de la «zona libre» que, para alguien como Lilo, no es en absoluto libre?

Desde que el mariscal Pétain ha establecido la sede del Gobierno en un Grand Hotel termal para ponerse al servicio de los ocupantes como un *maître d'hôtel*, sus *gendarmes* y ciudadanos privados se dividen entre aquellos que actúan como celosos camareros, entregando el plato a la Gestapo, y los que escupen en él en secreto. Eso significa que no hay que fiarse de nadie que no

se conozca muy bien, y fuera de París, Lilo Stein no conoce a nadie. Así que se lanza a una apuesta en la que se lo juega todo. Con la pequeña Marion entre sus brazos, que la ayuda amenazando con el alboroto de una lactante hambrienta, se coloca en la fila de la *Kommandantur*. El padre de la *petite gosse* está desmovilizado en Toulouse, S-T-E-I-N, silabea con unas prisas tan parisinas que el oficial ni siquiera le pide sus documentos. Premiada con un salvoconducto con la cruz gamada gracias a un coraje que va más allá de la imaginación del alemán, *Liselotte Stein née Salzburg* sube al tren con Marion. Y cuando por fin puede depositar su maleta y arrojarla a los brazos de Fred, en ese abrazo hay como una chispa, un escalofrío de placer casi criminal. Ya se han reunido por fin, sí, pero están atascados en Toulouse. Para salir del desfiladero de Francia se necesita un visado tras otro, de los que las naciones son cada vez más avaras, o que se cobran a un alto precio, y la Leica con la que recolectar algo de dinero le ha sido requisada durante su encarcelamiento. Si Vichy no realizara «entregas bajo demanda» a la Gestapo y Fred no apareciera en las listas de las personas buscadas, podrían solicitar un visado de salida, llegar a Portugal y comunicarse con los familiares de Lilo en Estados Unidos. El tiempo se les echa encima, Marion ha aprendido las primeras palabras que pronto podrían traicionarlos, pero es un suplicio mantenerla en el gallinero donde han encontrado alojamiento. Al final, encuentran un resquicio, una voz que parece fiable. Fred tiene que ir a Marsella y localizar el Centre Américain de Secours, donde un tal Monsieur Fry está ampliando una lista recibida en Manhattan: doscientos grandes nombres del arte, la literatura y la ciencia de los que Estados Unidos, selectivos como corresponde al mejor postor, quieren apoderarse en los saldos de liquidación del viejo continente. SAVE CULTURE EUROPA STOP reitera un telegrama de Varian Fry con la perentoriedad de un grito que no se demora en los *desiderata*. Su exceso de celo (¿por qué se entromete en los *current affairs* un licenciado en letras clásicas en Harvard?) amenaza con agrietar las relaciones entre Francia y Estados Unidos. Y todo ello para llevar a la Tierra de los Libres y los Valientes una ola anómala de judíos y extremistas, de los cuales nadie siente necesidad, ni el Departamento de Estado, ni mucho menos el pueblo estadounidense. Varian Fry hace caso omiso

de las señales cada vez más inconfundibles de amenaza, gasta a discreción los dólares destinados al rescate de las personalidades elegidas, se hace con documentos falsos, criba senderos clandestinos y embarcaciones maltrechas que se vuelven más caras que un transatlántico. No tiene la capacidad de impedir lo que de todas formas puede salir mal, generando a veces resultados irremediables, como cuando, aniquilado por la no validez de su visado de tránsito, Walter Benjamin se suicida. Los *passseurs* tendrán que dejarlo en Portbou, ya que al día siguiente los españoles dejarán pasar a los demás prófugos. Fry tampoco puede ayudar a todos aquellos que hacen cola ante su despacho, los abogados y los médicos que se presentan implorando con el terror de burgueses encomendados a sus últimas joyas familiares. Al llegar su turno, Fred Stein descubre en cambio que obtendrá socorro gracias a lo que se ha convertido: un fotógrafo, un artista de la Leica. Puede regresar a Toulouse e informar a Lilo, no con demasiada intensidad, pero sí con el calor erótico de una promesa, de la palabra que le ha dado el emisario norteamericano.

Lilo carga con la niña, Fred con la maleta. O al revés. Tal vez Marion prefiera estar en brazos de su padre, mientras que su madre arrastra el florilegio de la obra fotográfica gracias a la cual tienen ahora visados estadounidenses y un pasaje en un barco con destino a Martinica. La salvación, cruzan los dedos... Varian Fry, en el muelle del puerto de Marsella, recalca la supervisión de una gran nación, en el caso de que las autoridades se atrevan a desembarcar a alguno de sus protegidos. Entre los pasajeros hay otros fotógrafos, como el famoso Josef Breitenbach, muy debilitado por el cautiverio, y sus amigos Ilse Bing e Ylla. Pero también se hallan muchas personas conocidas, entre ellas Willy Chardack. Viajan apiñados como galeotes, pero, en compensación, el *Winnipeg* tiene la reputación de «barco de la esperanza»: ha llevado a Chile a dos mil refugiados españoles arrancados de los campos del Midi. Por esa razón, la bodega del antiguo carguero está llena de catres en forma de litera, un negocio de oro para la compañía naviera francesa, que en 1939 concedió permiso para la remodelación que sirve para amontonar a los prófugos republicanos.

Pablo Neruda ensalzará el viaje en el *Winnipeg*, organizado por él, para evacuar a dos mil exiliados españoles de los campos franceses, como el único de sus poemas que nadie podrá borrar nunca, pero en los últimos años una mancha ha marcado esta obra indeleble. En su condición de cónsul especial para la inmigración en Chile parece ser que Neruda eligió para su embarque sobre todo a los comunistas. Fred Stein fotografiará al poeta en 1966, con el recuerdo de la nave y de la esperanza, pero ese 6 de mayo de 1941 no ve nada de lo que sucederá tras él y más allá del horizonte del cielo y el agua que reabre el futuro. Los meses contados que le quedaban a Varian Fry, quien será expulsado de Francia a principios de agosto tras las presiones que recibirá este país de Estados Unidos. El hecho de que el *Winnipeg* sea uno de los últimos barcos en zarpar de un puerto francés. No arribará a Martinica porque los británicos lo desvían hacia Trinidad, donde Fred irá a parar de nuevo a un campo para «*enemy aliens*», separado de Lilo y Marion. Pero el 6 de junio el *S.S. Evangeline*, un barco en el que se viaja cómodamente, como si fuera algo normal emprender viaje, los lleva por fin a Ellis Island.

Si Capa hubiera estado en Nueva York en ese momento, tal vez los Stein habrían descubierto que quien emitió su visado para Estados Unidos fue, qué casualidad, Pablo Neruda. Podrían haber intercambiado sus desventuras, aliviados por haber tenido que elegir solo el contenido de una maleta, selección bastante menos espinosa que la de Varian Fry, de Neruda o de cualquiera que haya tenido que aplicar un criterio selectivo a los que se veían obligados a huir y a quienes, sea como fuere, nunca se les dará las gracias lo suficiente. Pero el archivo de Ámsterdam al que Lilo logró mandar la producción más política de Fred terminará ardiendo bajo las bombas con las que los aliados reconquistan los Países Bajos, y muchos negativos de Robert Capa nunca volverán a aparecer. En cambio, transportada al puerto de Nueva York, la foto del Café du Dôme se salva.

La *drôle de guerre* expone a Capa a un revés tragicómico. Desde principios de septiembre de 1939 se declara disponible para las autoridades militares francesas, que le responden que no aceptan los servicios de quienes han

trabajado para la prensa comunista. Desde que Hitler y Stalin han sellado el pacto Molotov-Ribbentrop (sumiendo en la desesperación a los españoles y a los brigadistas de los campos de refugiados, y entregando directamente a los nazis a los camaradas alemanes refugiados en la URSS), en Francia, los comunistas —el partido, los periódicos, etcétera— han quedado prohibidos. De esa manera, él no es solo un «extranjero no deseado», sino un extranjero muy expuesto. Podrían, de la noche a la mañana, deportarlo a un campo reservado a los prisioneros políticos, los mejor vigilados y los más duros. En su afanosa búsqueda de una vía de salida, Capa ocupa su tiempo en llamadas telefónicas y carreras por París. Sus contactos de *Paris-Soir* y *Match* se confiesan *très désolés*, pero no hay absolutamente ninguna forma de conseguirle un visado. Incluso en *Life* no hacen otra cosa que prodigarle cumplidos («*today you're number one war photographer*») y prometerle encargos si logra superar las cuotas de inmigración estadounidenses. Dado que la prensa burguesa no puede hacer nada por él, Capa se acuerda de Pablo Neruda. Se conocieron en el sitio de Madrid y quizá volvieron a encontrarse después de la derrota, en alguna visita solidaria a las tiendas de campaña rodeadas por alambre de espino, en las que el fotógrafo no solo ve material de denuncia, sino la imagen amenazadora de su futuro. Ayudar a un camarada que tanto hizo por la causa española era un gesto fácil para el cónsul chileno, todavía emocionado por su «gran poema» atracado en Valparaíso. Desde el 19 de septiembre de 1939, «André Friedmann; Profesión: fotógrafo; Nacionalidad: húngaro; Estado civil: soltero; Religión: no tiene», puede ir por lo tanto EN VIAJE COMERCIAL a la República de Chile. De lo demás se encargará Time Inc., el coloso de la información capitalista, que reserva uno de los últimos camarotes en el *Manhattan*, que zarpará de Le Havre. Capa llega a Nueva York con un visado turístico para Estados Unidos, pero ya tendrá tiempo para inventarse algo cuando se acerque la fecha en que dejará de ser válido. Mientras tanto, puede brindar por sus veintisiete años recién cumplidos y desplomarse allá donde lo llevan Julia, su madre o su hermano Cornell.

Hay que imaginarse la de cosas que tiene que hacer antes de irse a Le Havre. Pagar el hotel, ponerse en contacto con los estadounidenses para confirmarlo todo, enviar un telegrama a Julia. Un saludo rápido a los parientes de París, una última copa con los amigos. El abrazo de Cartier-Bresson, semejante a un bronce de Giacometti modelado previamente en plastilina, cuando se inclina hacia Capa, que exuda ansiedad y alcohol. La recomendación fraternal a Chim («*Mon vieux*, sigue mi ejemplo, ¡hazlo cuanto antes!»), el primero en firmar un contrato con un periódico comunista. Una última noche con una hija de París para despedirse con besitos franceses en las mejillas, el amor correspondido en billetes, demasiados, *c'est bien chérie*, diviértete, pásalo bien.

Nada de flores para Gerda. Ni siquiera una piedra depositada en la lápida que vela un Horus esculpido por Alberto Giacometti por encargo del partido. El Père Lachaise está a trasmano, los muertos se cuidan a sí mismos, las oraciones judías aprendidas desganadamente a los trece años para quien es «soltero» y «religión no tiene» amenazan con tremendas regurgitaciones.

Las fotos de Gerda, en cambio, sí que se las lleva. Están en la habitación, en el escritorio desordenado o en el cajón de la mesilla. Preparadas ya desde hace dos años, de regreso de China, llegadas incólumes desde las líneas republicanas, deslizándose cada vez más y más hacia la frontera, hacia la derrota. Gerda durmiendo, Gerda poniéndose las medias, Gerda desplomada sobre el mojón ibérico. Gerda escogiendo los lirios del valle para celebrar el Primero de Mayo con su chaquetón de ante, el que lleva en la foto del Dôme, cuando aún estaba casi nueva.

¿Se ha llevado solo las fotos que tenía en el hotel y el retrato doble de Fred estaba entre ellas? ¿O a la vista de esa travesía definitiva ha añadido algunas otras, cuando le entregó a Csiki los últimos carretes, las cuentas aún abiertas, las instrucciones para el periodo en el que sería imposible localizarlo? Instrucciones de unas cuantas frases apenas, frases basadas en la suposición implícita de que el compañero de robos y fraudes de pesca, el amigo que escapó con él de Budapest a Berlín y de Berlín a París, seguiría sacando adelante el negocio como las otras veces en las que había estado de viaje.

Mientras deambulaba por el único lugar que posee donde todo responde a

su nombre (Atelier Robert Capa, 37 rue Froidevaux, París (XIV), Tél: DANTON 75-21), y el tiempo hasta la salida hacia Le Havre se dilata, quizá se haya abierto camino la clásica pregunta: «¿Me estaré olvidando de algo?». Y, derivada hacia Csiki, podría traducirse como: «¿Me buscas esa foto de Gerda y yo?». Luego, basta, un intercambio elusivo de palabras de despedida («No te digo nada.» «Ni yo a ti.») y el alivio, tan pronto como monta en un taxi para la estación, de haberlo hecho todo, por fin.

En caso de olvidarse algo, ahí estará Csiki, el asistente que no da preocupaciones. No tiene perfil de simpatizante comunista y tampoco es ciudadano de un país enemigo, por más que Hitler y Horthy sean aliados, de hecho, en los frentes orientales. Con las transferencias que Cornell envía desde Nueva York, los distintos contactos, derivados de los amigos internados, evacuados o que se han ido, como Ruth, a un país más seguro, no vive mal, Csiki Weisz.

Las cosas cambian de repente con la guerra relámpago. Los alemanes llegan a París, anulando cualquier distinción entre los judíos, sea cual sea su origen. Lilo Stein ni siquiera intenta otra evacuación. Bajo el rayo de luz de una linterna mira de nuevo los negativos, mientras Marion se revuelve en el sueño, dándole una patada con un piecico. Teniendo que prepararse para todo, tal vez confíe el escondite fotográfico a una persona de confianza. En cualquier caso —o eso te imaginas—, empieza a hacer la maleta mucho antes de cerrarla por última vez.

Así, mientras los nazis avanzan, Csiki también elige el material que debe ser sustraído de sus garras a toda costa. Construye tres cajas planas rectangulares, las forra de diferentes colores (rojo, verde, ocre), las rellena con separadores de cartón. Parecen confecciones de un *maître chocolatier*, tan grandes que no están al alcance de quien recibe apenas un pequeño salario enviado desde Estados Unidos. Pero en lugar de bombones artesanales coloca en los huecos las pruebas más abrumadoras de lo que ha sucedido en España —una selección de negativos de Capa, Chim y Taro—, marcando los recuadros en la tapa con una escritura a lápiz muy clara. Finalizado el trabajo,

mete las cajas en una mochila y, echándosela al hombro, monta en la bicicleta. Sobre las ruedas que soportan sus mínimas pertenencias personales, se abre paso en las *routes nationales* obstruidas por los parisinos en fuga, pedaleando hasta Burdeos o Marsella. Tal vez pedalee hasta Burdeos y continúe luego sin bicicleta hasta Marsella, pero el caso es que pedalea también por su vida, la vida de un judío de Budapest cargado con un equipaje que lo delataría como cómplice de quienes se opusieron, con la fotografía, a la primera guerra nazi-fascista en el continente.

¿Por qué tardó Csiki tanto en huir? ¿Para evitarle preocupaciones al amigo que comenzaba a temer una extradición a Budapest cuando en París todo estaba tranquilo? Robert Capa pisoteaba la tierra prometida estadounidense sin visado, de modo que, en marzo de 1940, fue condenado a seis meses de expulsión. *Life* podía enviarlo lejos de las cárceles patrias, pero para volver a Estados Unidos tuvo que actuar por iniciativa propia. La primera neoyorquina disponible («*Can you do me a big favour, honey?*»),[*] una luna de miel compartida con una pareja de amigos fotógrafos que se hallan en la misma situación. El médico atestigua dos embarazos falsos, el ministro de Dios celebra el vínculo cristiano de la boda pagada por las novias. El regreso de Elkton, Maryland, bajo la lluvia, aturdidos por un mutismo nervioso. Al día siguiente, los hombres serán enviados a Latinoamérica.

Cuando los alemanes marchan hacia el Atelier Robert Capa, el titular cumple sus seis meses de expulsión en Ciudad de México. Está siguiendo la campaña presidencial de dos generales, uno con bigote y el otro con papada, que en los mítines hinchan los vientres y la retórica de quienes han lucharon al lado de Zapata. Ha querido convertirse en un fotógrafo estadounidense, por lo que se ejercita en hacer de Robert Capa. Sale con sus colegas *for drinks and chicks*, y, gracias a grandes sorbos de whisky malo, consigue tragarse las humillaciones que le inflige *Life* con el tratamiento de sus imágenes («*Nazi Fifth Column and Communist Allies Active in Mexico*»),[*] imágenes obtenidas gracias a los veteranos de la guerra española que lo han recibido con los brazos abiertos. A veces desaparece, renuncia a sí mismo, va a ver a

su amiga, que se encuentra a gusto en ese país absurdo. Kati, que ya en España lo tachaba de vendido, acoge su enfado, pese a no creer en sus arrebatos cuando dice que quiere renunciar a todo. Pero eran inseparables, esos amigos húngaros, y mientras Kati y André recuerdan su juventud en Budapest, el último del trío pedalea sobre su bicicleta buscando su propia salvación y la de las fotografías.

Csiki también ha estado en España como fotógrafo, aunque por un periodo más breve que sus amigos. Por lo tanto, tan pronto como llega a Burdeos busca a un español que se disponga a ir a México, país que recibe a los refugiados republicanos con mayor generosidad que cualquier otra nación del mundo. Por último, como no puede demorarse demasiado pues los alemanes siguen avanzando, se contenta con un camarada chileno a quien le confía las tres cajas para que las haga llegar a un consulado, donde estarán seguras. Ahí se pierde el rastro de Csiki Weisz hasta que, probablemente en Marsella, termina siendo arrestado por los *gendarmes* colaboracionistas y deportado a Marruecos.

Debió de ser en ese momento cuando su amigo fraternal recibió una carta de un campo de concentración lleno de veteranos republicanos enrolados en la Legión Extranjera y un buen número de judíos refugiados en Casablanca. Obtener el visado, los documentos, una plaza en un barco, es una tarea para la que se necesitan los recursos de Robert Capa. Decepcionado por que la espera del permiso de residencia estadounidense le haya hecho perderse la batalla de Inglaterra, Capa reside en el Dorchester de Londres, que le sirve de antesala (con vistas a Hyde Park), en espera de que alguien tenga el coraje de enviarlo a la guerra que quiere cubrir a toda costa. Desde que Hungría ha entrado en el conflicto, incluso *The Greatest War Photographer in the World* se ha convertido en un «*enemy alien*». Se dirige entonces a la embajada mexicana, donde apela a su conocimiento del expresidente Lázaro Cárdenas y a su compromiso con cualquiera que haya contribuido a la lucha republicana. Una vez obtenido el visado, queda el problema del barco.

La embarcación que sale a relucir, la *Serpa Pinto*, ha sido adquirida por la Companhia Colonial de Navegação para aumentar los pasajes transoceánicos

que solo la neutralidad de Portugal podía garantizar aún en los años cuarenta. De regreso a Europa, en el puerto de Río de Janeiro embarcaban unos cuantos colonos alemanes ansiosos de luchar por el Führer; pero para el viaje en sentido inverso la demanda era interminable. En sus veinte travesías, el *Serpa Pinto* transporta a Marcel Duchamp, a Simone Weil, a un niño berlinés raquíptico que se convertirá en el empresario de los Grateful Dead, incluso al *Lubavitcher Rebbe*, destinado, al llegar a Brooklyn, a revelarse como un mesías, un cóctel de santos e iconoclastas al que se suma una suerte de espantapájaros que sube a bordo en septiembre de 1942.

Csiki Weisz sube al *Serpa Pinto* sin una sola maleta. Solo posee un abrigo, un cepillo de dientes y un pasaporte falso (los húngaros no son aceptados ni siquiera en México) que Capa ha logrado hacerle llegar junto con el dinero necesario. Cuando desembarca en Veracruz no le queda ni para pagar el tren, pero el billete se lo regala uno de los españoles con los que ha confraternizado en el barco. Al llegar a Ciudad de México, lo recibe Kati Horna, que lo atiborra de comida para que vuelva a encajar en la ropa que se le cae de grande y lo ayuda a encontrar trabajo. Csiki Weisz hace fotografías para la prensa, frecuenta a los amigos artistas de Kati con prudencia, a pesar de que a muchos ya los ha visto anteriormente. El nazi-fascismo ha creado un campo de refugiados sin límites que un monstruoso desplazamiento de aire transporta de un país a otro. En México, sin embargo, esa comunidad de exiliados se transforma. La impotencia, que es lo contrario de la salvación, abarca miles de kilómetros, las discusiones se hunden en los antiguos mitos del nuevo mundo. Ahora Kati también realiza fotografías surrealistas que, en su opinión, son más veraces que las que toma Csiki.

Antes de que el final de la guerra le traiga la noticia de que su madre y sus hermanos se han convertido en humo, al huérfano de Budapest le sucede algo tan fantástico como el lugar donde ha encontrado asilo. Conoce a una mujer: casada, rodeada de una fama legendaria (fue la compañera de Max Ernst), hermosa como una heroína de cuento de hadas evadida de una lúgubre mansión de Inglaterra hacia el mundo infinito que pinta. Csiki no tiene nada que ofrecerle, y tampoco mucha maña con las mujeres, le recuerda a Kati, pero esta niega con la cabeza: Leonora Carrington no se equivoca en lo que ve y lo

que ha visto en Csiki no es un capricho. Quizá también le haya dicho que cuando se casen («Ya verás como os casáis») no tendrán que buscar fotógrafo. Kati Horna los retratará el día de su boda como una pareja suspendida en el tiempo y el espacio. Csiki con esa enorme boina que parece un homenaje al arte de Leonora, así como un truco para refinar la protuberancia de la nariz. Pero no basta para ocultar lo feliz que es en ese momento.



Tendrán dos hijos, que crecerán junto con la hija de Kati y José Horna en casas muy cercanas, llenas de gatos y mobiliario creado por las madres artistas. No vivirán para siempre felices y contentos, pero morirán viejísimos. Csiki, a los noventa y cinco años, en 2007. Leonora casi a la misma edad, en 2011, después de pasar sus últimos años al lado de un hombre que fue perdiendo la vista, la movilidad y por último la palabra.

Leonora Carrington conservó en cambio una lucidez perfecta para recibir, con su humor de clase alta rebelde, un golpe de escena a la altura de su fantasía surrealista. La reaparición de las tres cajas de negativos en el ático de un general, otrora embajador de México en Vichy, adonde su marido hubiera podido ir caminando tranquilamente cuando, para dejarla pintar en paz, llevaba a los niños al Parque México. O cuando, muerto el general, y muerta en 1995 la heredera del general, las cajas pasaron a un sobrino que por fin se da cuenta de lo que ha heredado, pero las guarda en un armario cuyas puertas mantendrá cerradas durante otros doce años. Años de negociaciones con el International Center of Photography de Cornell Capa, que, ansioso por traer a Nueva York la «maleta mexicana», obtiene, quién sabe cómo, exactamente lo contrario.

En el documental *La maleta mexicana* de Trisha Ziff, Leonora Carrington aparece sentada junto a su hijo como una deidad materna que ha de ser venerada con tazas de té y cigarrillos, rebusca en el bolso y no dice una palabra. El entusiasmo por los cuatro mil quinientos negativos sacados a la luz después de que Csiki se haya ido no le concierne. Su narración ya está hecha: un tiburón-zepelín que esquivo un tornado, transportando a unos pocos elegidos en su vientre, incluido un hombrecillo con una gorra, inclinado sobre la hoja de un periódico, solo.

Tiburón es un dibujo vendido por Sotheby's en 2008. Asociando la fecha atribuida por la casa de subastas (aprox. 1942) a las fechas recogidas en un obituario por el marido de la artista («En 1944, en una reunión en casa de José y Kati Horna, Chiki conoció a Leonora Carrington»), la imaginación se estrella contra el orden cronológico. Pero después se apoya en Leonora e intenta inventar un salto fantástico.

En 1944 Leonora Carrington tenía la sensación de haber visto ya al tímido amigo de Kati que comenzaba a intrigarla. En Montparnasse, cuando estaba con Max Ernst, probablemente, pero a cuántas personas conoce uno sin que merezcan un recuerdo. Era ella quien lo había visto, ella sola. El «*hasard objectif*» del que habla André Breton la había inspirado al dibujar un regalo

para una amiga («Remedios, te dije que te había construido un conjuro: anoche tenía treinta y ocho de fiebre, autosugestión tal vez...») que aún llevaba en los huesos la muerte que había esquivado. Remedios Varo, española republicana y pintora surrealista, había huido de Barcelona a París, de París a Marsella, para acabar zarpando desde Casablanca a finales de 1941 con el *Serpa Pinto*. Es decir, que cuando lo insertó en el vientre del tiburón apotropaico, el futuro marido de Leonora estaba esperando para abordar la nave que había llevado a un lugar seguro a su amiga, como enésima prueba de que la realidad más verdadera viaja a saltos, espirales, anticipaciones, encalladuras invisibles al ojo empírico. Pero también Csiki, que nunca salió sin gorra bajo el sol mexicano, había incluido un regalo en sus cajas.

Cuando se abrió oficialmente la «maleta mexicana», salieron a relucir setenta y cuatro negativos que no tenían relación con la guerra española, entre ellos el de la foto del Café du Dôme y la serie de Gerda ante la máquina de escribir, que revela otro juego de espejos. La modelo se divertía posando como una diva a la que se disputaban dos fotógrafos. Fred Stein captó al otro fotógrafo, con un zapato sobre la mesa, y de perfil, mientras dispara. Tiene el pelo oscuro peinado hacia atrás, una nariz imponente. Csiki salvó los fotogramas de Fred Stein; Fred, la imagen de Csiki Weisz mientras fotografiaba a Gerda. De ese rescate, Gerda ha sido la fuerza motriz, como el tiburón con las hélices rosadas que hiende el torbellino de la muerte, porque el amor es un propulsor extraído del pasado que no sabes adónde te lleva.

Queda por imaginar el momento en que Fred Stein decidió desprenderse de los negativos de cada imagen —posando, espontánea, incluso borrosa y desenfocada— en la que aparece Gerda.

Los Stein vieron a André en los días de la marcha fúnebre: desprovisto de fuerzas para tenerse en pie, fantasmal, irreconocible. Habían vuelto a casa, habían dejado correr el agua («¿Me sirves un vaso a mí también?»), se habían quitado los zapatos, acostándose en la cama, abrazados tal vez, tal vez no. No fue entonces cuando surgió la idea de aquel regalo sino más tarde, cuando se les ocurría preguntar: «¿Qué tal está Capa?», y el conocido con el que se

habían topado en el café no sabía qué decir. Fred menciona ese cambio, Lilo lo mira: «¿Y qué podemos hacer nosotros?». Se encoge de hombros como respuesta.

Te imaginas que después del funeral le ofrecieron su apoyo a André, una hipótesis que te imaginas siempre de manera retroactiva, arrancando desde esos negativos reaparecidos. Pero el trato ya no era el de otros tiempos, y que hubieran sido amigos de Gerda y luego amigos de una pareja disuelta de aquella manera indescriptible, hacía de ese sincero ofrecimiento una secuencia de palabras sin consecuencias.

Fred no se resigna. Sin embargo, la foto en el Dôme y las mejores fotografías de Gerda ya se las habían regalado en su momento, pero ahora tenían otro valor. Y era ahora cuando Capa debía tenerlas, tenerlas todas.

En ese momento, Fred y Lilo se ponen a trabajar en el laboratorio. Pero la puerta cerrada les acerca a los días en los que André y Gerda se afanaban en su baño, y mientras esperan a que las fotos afloren se duplica la sensación de hundimiento, la alquimia solo sirve para extraer un pasado que regresa, pero que no revive.

—Basta, Fred. No creo que sea bueno para él, si a nosotros nos impresiona tanto.

Hay un silencio en el que, tal vez, los ojos de Fred se enrojecen más que los de su mujer, pero en la oscuridad del laboratorio no se aprecia. No se mueven, no se tocan, aguardan por unos instantes una señal que llega como un suspiro mínimo de quién sabe qué labios.

—Démosle todos los negativos. Solo hace falta encontrar los que tienen escrito «Gerda». No hace falta que los mire ahora.

—¿Estás seguro?

—¿Qué diferencia hay entre que estén aquí o en la rue Froidevaux?

—Muy poca —contesta Lilo—. Csiki Weisz es un chico en el que se puede confiar.

Y lo resuelven en pocos minutos.

No es una invención el que Stein le diera a Capa también cierto número de

copias reveladas, porque algunas reaparecieron en 1979, poco después de la muerte de Franco. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores español recibe del embajador sueco un baúl Louis Vuitton hallado en Suecia que contiene documentos y cartas de Juan Negrín, jefe del Gobierno español en el exilio, junto con un centenar de fotografías de Capa, Chim y Taro, más algunos retratos de esta última ante la máquina de escribir. Un periodista llama por teléfono a Csiki, que confirma que se los entregó a Negrín con el ruego de que los hiciera llegar a los archivos republicanos en México. ¿Dónde? En Burdeos, poco antes de que el político se embarcara en una nave con destino a Londres.

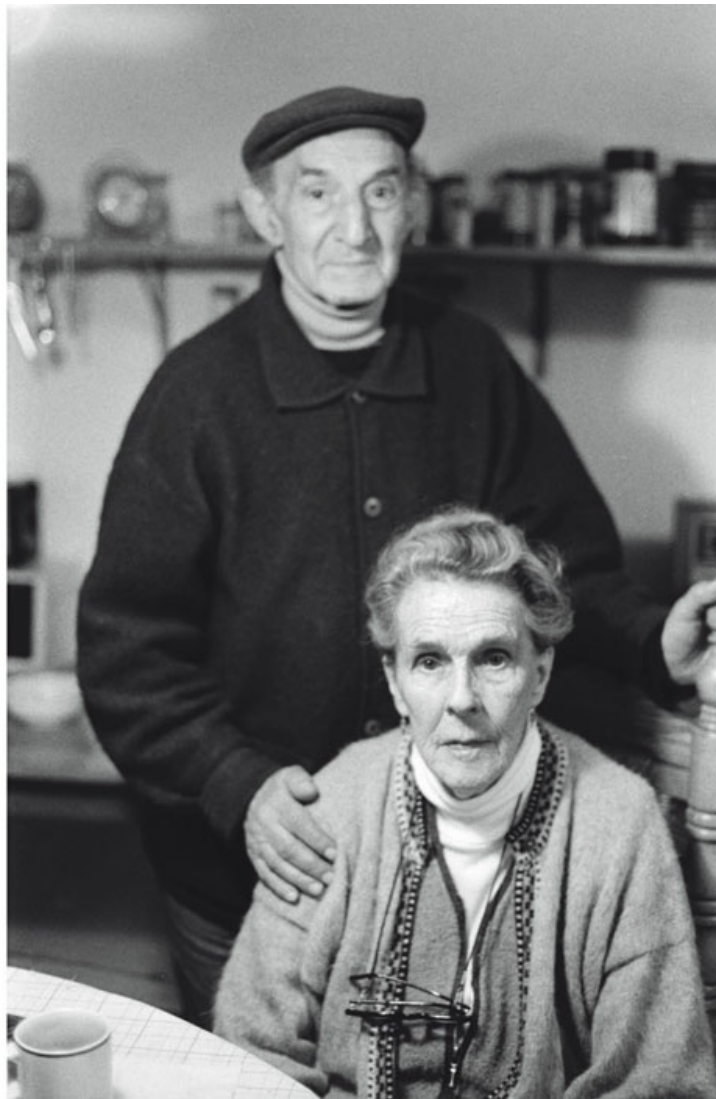
Burdeos fue el refugio del último Gobierno francés elegido, sede de negociaciones y reuniones diplomáticas, y esto arroja nueva luz sobre la trayectoria en bicicleta de Csiki Weisz. No buscaba a un camarada español cualquiera, sino que apuntaba a uno tan alto para tener la seguridad de que conseguiría marcharse de inmediato.

Al llegar al centro, Csiki va directamente en busca de las personalidades que cuentan, en el Hôtel Splendid, le dicen. El vestíbulo y el Grand Café están tan abarrotados de políticos y otras preeminencias que su polvorienta figura no llama la atención. Pero cuando, entre aquella muchedumbre, consigue encontrar al primer ministro de la República española, ¿por qué le deja solo las fotos impresas y no las cajas? ¿Acaso le dijo Negrín que no tenía sitio? ¿O fue Csiki el que temía que pudiera estar entre los primeros detenidos ante la desventura de un contratiempo y no quiso confiarle los negativos?

De modo que le toca pedalear de nuevo, nuevas rondas: por el puerto, por los despachos de billetes de las compañías navieras, cribando todos los jardines públicos abarrotados de refugiados, cada vez más exhausto. Mientras tanto, en un edificio ante el que había pasado demasiadas veces, Francia había firmado el armisticio. Lo decían las radios encendidas a todo volumen saturando el aire atlántico de un olor definitivo a fin del mundo. No había tiempo para encontrar a alguien con una plaza en un barco, tenía que contentarse con el chileno, y, acto seguido, largarse corriendo a Marsella.

Resulta realmente surrealista adónde fue a parar el material con el que cargó a hombros Csiki Weisz, a pesar de su obstinada prudencia. A Suecia, las imágenes impresas destinadas a México; y los negativos que habían de llevarse al consulado chileno, a las maletas de un equipaje diplomático enviado a Ciudad de México, descubrimientos que confirman a posteriori la imposibilidad de recuperarlos siguiendo su rastro.

Pero hay un elemento que plantea algunas cuestiones más y es, de nuevo, Csiki.



En la foto de 1998 que lo retrata con Leonora a los ochenta y siete años, va vestido como si estuviera a punto de salir. E incluso si la memoria, que no el

cuerpo, hubiera empezado a traicionarlo, y ya le hubiera borrado, casi con seguridad, algunos recuerdos más recientes, no ocurría lo mismo con los relacionados con los negativos que habían vuelto a aparecer en la ciudad donde había pasado gran parte de su vida. ¿Por qué no se le ocurrió a nadie ponerse en contacto con él? ¿Por qué nadie trató de llevarlo a que viera de nuevo sus cajas, algo que, tal vez, pudiera haber supuesto una forma de presión para quien las había heredado? ¿O sería el propio Csiki quien no quiso tener nada más que ver con todo ese asunto? Es posible, sí, que estuviera cansado.

Han pasado más de veinte años desde que la más famosa de las fotografías de su amigo —*Muerte de un miliciano*— fuera acusada de no ser auténtica. Entonces, Csiki no dudó en mandar a Cornell Capa un testimonio en inglés, listo para intervenir en el debate.

In 1939, when the Germans approached Paris, I put all Bob's negatives in a rucksack and bicycled it to Bordeaux to try to get it on a ship to Mexico. I met a Chilean in the street and asked him to take my film packages to his consulate for safekeeping. He agreed. [*]

La carta de 1975 tiene su eco en un anuncio que Cornell envía a la revista francesa *Photo*, cuando el baúl Louis Vuitton reaviva las esperanzas de encontrar los negativos, que ahora se han vuelto cruciales como evidencia para la defensa de su hermano.

En 1940, antes del avance alemán, mi hermano le dio a un amigo una maleta llena de documentos y negativos. De camino a Marsella, este confió la maleta a un exsoldado de la Guerra Civil española con la intención de que la ocultara en los sótanos de un consulado latinoamericano. La historia termina aquí. La maleta, pese a múltiples intentos, nunca ha podido ser localizada. Naturalmente, todavía es posible que se produzca el milagro. Se ruega a cualquiera que posea información al respecto que se ponga en contacto conmigo y será bendecido de antemano.

Y, efectivamente, alguien da señales de vida. Un equipo del International Center of Photography viaja al sur de Francia para excavar en sus campos antes de regresar a Nueva York con las manos vacías. En retrospectiva, la

empresa no podía haber tenido otro resultado. Y lo cierto es que el anuncio, pese a corregir el despiste del año en la carta de Csiki, se distancia en los detalles que lo hacen más impreciso. No importa demasiado que Cornell haya colocado a su hermano en París cuando estaba atrapado en Ciudad de México —por otra broma del destino que acabaría resultando crucial para quien cargó a hombros con los negativos—. Pero ¿por qué una mochila se transforma en una maleta y Burdeos desaparece en beneficio de Marsella? ¿Y por qué, sobre todo, el consulado de Chile se convierte en un genérico «consulado latinoamericano»? ¿Por qué Cornell no tuvo en cuenta que, si se desea restablecer la verdad o localizar un tesoro, la exactitud de los asideros es esencial?

De repente crees intuirlo. Hay una carcajada suave que aniquila toda elucubración, una carcajada que imaginas que llega al oído interno de Cornell Capa cuando, antes incluso de recurrir al anuncio en *Photo*, empezaba a planear una expedición a Chile.

«Déjalo correr, ¿me oyes? No despiertes al oso dormido.»

Es posible que los negativos estuvieran en Chile, pero nadie daría señales de vida. Habían vuelto a ser un peligro, como cuando Csiki pedaleaba para que no lo atraparan los alemanes. Con algo de suerte, habrán ido a parar a un sitio muy distinto, emprendiendo de nuevo el camino del exilio: a México o a París, a cualquier lugar que haya acogido a los chilenos que huyen del país que tan hospitalario había sido respecto a los refugiados españoles.

«Muerto un golpista, surge otro. En España está volviendo la libertad, magnífico, en Chile aún no han terminado con el trabajo sucio. ¿O es que quieres que alguien termine mal por la sospecha de tener que ver con fotos antiguas? *And what's the difference, anyway*, para mí, y Chim y Gerda?»

Cornell nombra a su hermano varias veces al día, todavía sueña a menudo con él y, a veces, esos sueños son tan intensos que lo despiertan en mitad de la noche. Es Bandi quien le transmite preocupaciones, preocupaciones que llenan su vida, y si ahora casi tiene la sensación de oírlo, no es raro que lo convoque para pedirle consejo. ¿Quién mejor para dárselo que ese hermano mayor que ha pasado por guerras y fugas, amenazas de expulsión y diferentes regímenes? El gran Robert Capa, sin embargo, no entendería que hoy en día pueda

arruinarlo no solo la política, y, además, «*what's the difference, anyway*, no me lo dices, Bob. No cuando soy yo el que no puedo pegar ojo a causa de tus negativos y seguiré buscándolos mientras viva...».

En su ahínco por espantar la ingratitud, la voz de su hermano ha desaparecido. Cornell Capa se dice «ya lo pensaré mañana», se arrebujá entre las sábanas y vuelve a quedarse dormido.

Como palabras que descienden del mismo verbo, «investigar» e «inventar» nos recuerdan que para encontrar cualquier cosa hay que recurrir a la memoria, que es una forma de imaginación. Y, sin embargo, en el curso de una búsqueda, es posible toparse con hallazgos inesperados. De esta manera, el diálogo nocturno imaginario entre Cornell y Robert Capa ha sacado a la luz una nueva pista. Ya estaba allí, negro sobre blanco, pero no lo has visto. Cornell Capa no sabía que el negativo de *Muerte de un miliciano* no estaba en ninguna de las tres cajas, y tampoco al hombre que las había fabricado le era posible recordarlo. Pero de Bandi, que le había conseguido papeles falsos para arrancarlo de un campo de concentración, Csiki no se había olvidado. Había llegado la oportunidad de corresponderle, por más que no pudiera hacer otra cosa que agregar un minúsculo adjetivo: *all*, todo. Sí, era todo.

Pero tal vez «*I put all Bob's negatives in a rucksack*» no satisfizo del todo a Cornell Capa. Entonces podría haber llamado a Csiki para apremiarlo con una pregunta: ¿en el equipaje que dejaste en Marsella estaba ese negativo en particular?

—En Burdeos.

—Qué más da eso: ¿estaba o no estaba?

—Creo que sí...

—Pero si escribiste que los cogiste todos significa que estaba.

El silencio cae sobre el auricular, o es el maullido del gato el que aprovecha la inmovilidad del hombre al teléfono para llamar la atención.

—La foto estaba entre las que le di a Juan Negrín, así que el negativo también lo estará.

Cornell entiende que no va a sacar nada en claro. Molesto, replica que

Csiki por lo menos podría haberle dicho por escrito que *Muerte de un miliciano* era auténtica, dado que fue él quien se encargó del trabajo de laboratorio en París.

—¿Qué quieres de mí: un certificado de defunción? ¿Es que no te basta con lo que tienes? Te escribí que intenté salvar *todas* las fotos de tu hermano, más no puedo hacer: por favor, Cornell, déjame en paz.

Cornell, resignado, le dice que dé recuerdos a Leonora y, como conclusión de la inútil llamada telefónica, entrega la carta a la secretaria.

Mientras tanto Csiki, algo nervioso, se esfuerza por recordar, a pesar de todo. En la caja verde estaba el trabajo de Chim, en la ocre los recortes. Así que quizá esté allí en medio. O en la caja roja junto con las batallas de Madrid, Brunete, Teruel...

Luego recuerda haber hecho una pausa para ordenar los negativos de Fred Stein y ver cuánto espacio le quedaba. Recuerda las tiras de Gerda ante la máquina de escribir, recuerda que tampoco sus retratos habían salido mal — ¡hay que ver lo fotogénica que era!—, y no importa que tuviera que dejarlos en París junto con gran parte de su propio trabajo. Las imágenes que Bandi quería tener, esas desde luego que se las llevó, empezando por la única imagen donde aparecen juntos, él en la cúspide de la felicidad por estar junto a Gerda.

Tal vez Csiki, después de haberla reimpresso más de una vez a lo largo de los años en el Atelier Robert Capa, se haya preguntado por qué razón, en esa preciosa instantánea, Gerda tenía una sonrisa tan poco en sintonía con la variedad que ilumina cualquiera de sus otros retratos. Y entonces te atreves a imaginar, quizá haya sucumbido a la curiosidad por ver toda la serie ampliada.

Aquí está, la historia habitual, la escena habitual. Gerda en la mesa con un chico guapo que ríe, bromea, coquetea. De repente, cuando el otro se levanta para llamar al *garçon* o vete tú a saber adónde ha ido, aparece Bandi y se instala en la silla que acaba de quedar libre. Sonríe, sonrío a Gerda, después de decirle algo que a un chico de Budapest le sale como en broma («¡No puedo dejarte sola ni un momento!»), o, mejor dicho, le sale solo por el amor

absoluto que siente hacia esa chica, a pesar de que a ella le encante bromear y coquetear con los demás también. Se echa a reír, la chica, y en la fotografía queda plasmada una sonrisa un poco artificial, pero no es una chica afectada, para nada, y de hecho lo reprende:

—Ya vale, ¿entendido?



Y Bandi baja de inmediato la mirada, vuelve a ser el que era a los dieciséis años, cuando Julia lo regañaba, solo que entonces lo hacía casi siempre por aparentar, mientras que con Gerda se siente sinceramente fatal. Luego Fred fotografió un muro de propaganda electoral y por último volvió a pasar por el Dôme, donde Gerda ha reanudado su conversación con el otro y Bandi debe de haberse ido con el rabo entre las piernas.

Los espectadores del segundo acto son los del primero: Fred, que sigue fotografiando (pero que luego se guardará mucho de llevar una copia impresa

a sus amigos), y el caballero de la mesa de detrás, que ya no sonríe y más bien parece consternado. Tal vez sea él también un *émigré* capaz de captar el gruñido de Gerda, o le ha bastado el tono de su voz, el gesto de la cabeza: *Mon dieu*, ¡qué temperamento! Estas chicas de hoy, fíjate tú...

Y por último estás tú, que te preguntas si ese fotograma, emergido de la «maleta mexicana», modifica de alguna manera lo que te imaginabas, o contradice solo el efecto del fotograma precedente, donde los amantes se sonríen contra el fondo de uno de los locales más legendarios de París. Te percatas, entonces, de que la falsificación de una foto se produce con más frecuencia del lado de quien la contempla y no en la vertiente de su tema: algo que en el caso de la instantánea del Café du Dôme queda demostrado por la secuencia de los negativos recuperados que revelan la intrusión de André en el coqueteo de Gerda. Esos *clichés*, como se llaman en francés, cuentan una historia diferente del cliché romántico proyectado sobre el famoso retrato de la pareja, pero esa visión estereotipada no nace con una difusión de imágenes que ni siquiera Benjamin habría podido presagiar. Tal vez comienza cuando Capa lleva la foto a Nueva York o incluso cuando Fred le ofrece ese regalo destinado a dejar que se deslicen en el olvido todas las cosas que no encajan: porque las fotos de recuerdo, y los recuerdos mismos, sirven para olvidar.

¿Olvidar el qué? ¿Que ella no estaba prendada de él con ese arrebatado que ambas instantáneas roban en su cara? ¿Que las disputas estaban a la orden del día, porque Gerda no podía soportar que estuviera celoso de los chicos que ella no dejaba de atraer? ¿Que si no la hubiera arrollado un tanque, él habría sido para Gerda un episodio, probablemente, y ella su gran amor juvenil que, sin embargo, habría acabado adquiriendo el color de una vieja foto querida?

Capa no pudo volver a verla con distancia durante un tiempo, que, con la muerte de Gerda, parece haber acelerado la caída de los granos de un reloj de arena. De modo que lo intentas tú, ahora que puedes interpretar lo que las dos imágenes narran juntas. Notas la evidencia de que, a pesar de refulgir con el júbilo de haberle robado el sitio a un rival, él se muestra inmediatamente contrito, casi admitiendo que no debería comportarse como si Gerda fuera suya. Y además, se aclara por qué, en ese momento, no se muestra ella demasiado feliz ni enamorada. Y sin embargo, se ríe de la estupidez que André

le ha dicho, sea cual sea, primero se ríe y luego se enfada.

Las parejas se rompen o permanecen juntas por razones inescrutables, acaso también porque el mismo hombre que tan a menudo te exaspera, consigue sin embargo hacerte reír. Y si no fuera suficiente —sea porque a la larga todo acaba cansándonos, sea porque no iba a haber demasiados motivos para la risa en los años que seguirían—, tal vez habría prevalecido la exigencia, o conveniencia, de afrontar juntos esos años, si Gerda hubiera regresado a París. Huir los dos con un visado chileno, empezar de nuevo gracias a *Life*, reanudar a lo grande el experimento de la agencia y bautizarla Magnum..

Muchas parejas que se formaron antes o durante o poco después de la catástrofe que aniquiló el mundo de su juventud (fusilados los hermanos y padres de Gerda, que se habían refugiado en Yugoslavia; el padre y el hermano mayor de Capa, que se libraron al morir en la Budapest de preguerra), permanecieron juntas toda la vida: unidos en la memoria y el olvido que encarnaban, viviendo como un don de la buena suerte cualquier afinidad preexistente a ese vacío sin confines. Lilo y Fred, Leonora y Csiki y, además, una pareja que obliga a la narradora a emplear la primera persona. Mis padres se comprometieron en el gueto, se reencontraron después de la guerra, se amaron y, a veces, se odiaron, se divertieron y se soportaron, hasta que los separó la muerte. Mi madre, que tenía como Gerda una *coquetterie* obstinada, podría haber sido una prima pequeña suya. Mi padre, gran fabulador como Capa, un hermano menor. No, no me cuesta imaginarme a Robert Capa y a Gerda Taro en un banco en Central Park, ella que le dice que se arregle la camisa, él que resopla «*mein General, jawohl*», burlándose de su acento indeleble, y ella que se enoja porque siempre está haciendo el payaso, el fanfarrón. Y mientras siguen pinchándose, pasa en un *skateboard* un chico con pantalones cortos y camiseta tan amplios que, aplastados e hinchados contra el viento, hacen que parezca un gigantesco murciélago de colores de neón, y como ha pasado a un par de palmos de la nariz de los dos viejos, hace que se callen por un instante.

—Se hubiera merecido una fotografía.

—*Ach!* Pero quién sabe dónde estará ya...

AGRADECIMIENTOS Y NOTAS

La primera persona a la que tengo que dar las gracias es a Irme Schaber.

Conocí a *La chica con la Leica* gracias a una exposición organizada por ella, me he basado en las biografías que le ha dedicado (la de 2013, la más actualizada, por desgracia solo está disponible en alemán). Por encima de todo, he podido disfrutar de un acceso realmente generoso a los materiales que ha reunido en el curso del trabajo que arrancó del olvido la vida y el corpus fotográfico de Gerda Taro.

Gracias muy cordiales a Mario Bernardo por sus respuestas y a Zenone Sovilla por haber restaurado el podcast en el que Bernardo relata su experiencia como partisano.

Gracias al profesor Giovanni Battimelli, de la Universidad de La Sapienza, y a la doctora Nicoletta Valente, que me abrieron el archivo de Vittorio Somenzi —nunca visitado hasta entonces— y me permitieron encontrar los volúmenes que necesitaba.

Gracias al profesor Peter Huber, de la Universidad de Basilea, y a Harald Wittstock, presidente de la asociación Kämpfer und Freunde der Spanischen Republik 1936-1939, por la información acerca de Georg Kuritzkes. Gracias al profesor Paul Mendes-Flohr por los datos sobre Ina Britschgi-Schimmer.

Gracias a Roberta Gado, que me acompañó por Leipzig y me ayudó a consultar el Staatsarchiv Sachsen.

Gracias a Giacomo Lunghini y a Sabrina Ragucci por sus explicaciones sobre cómo funcionan una Leica y una réflex analógica.

Gracias a los que intentaron poner freno a mis ansias de documentación, recordándome que estaba escribiendo una novela. Es cierto: pese a despegarse poco de las fuentes, el alma del libro es, forzosamente, fruto de mi imaginación.

Me he tomado la licencia de llamar a mi protagonista siempre «Gerda», aunque se llamara Gerta Pohorylle, porque ella misma prefería la versión más dulce y difundida de su nombre.

Gracias a los amigos y amigas que me han escuchado, animado, aguantado. Ellos saben a quiénes me refiero.

CRÉDITOS DE LAS FOTOGRAFÍAS

Se señalan a continuación los derechos de autor de las fotografías incluidas en el presente volumen:

Gerda Taro © International Center of Photography / Magnum / Contacto

Robert Capa © International Center of Photography / Magnum / Contacto
image code

Robert Capa © International Center of Photography / Magnum / Contacto
image code

Gerda Taro © International Center of Photography / Magnum / Contacto image
code

© Estate of Fred Stein, www.fredstein.com

© Estate of Fred Stein, www.fredstein.com

© Kati Horna. 2005 Ana María Horna y Fernández (All rights Reserved)

© Marion Kalter

© Estate of Fred Stein, www.fredstein.com

NOTAS

[*] Las numerosas palabras y expresiones que aparecen en español en el texto original italiano se marcan en cursiva. (*N. del T.*)

[*] Trad. de Juan Ramón Masoliver, Dante Alighieri, *La vida nueva* - Guido Cavalcanti, *Rimas* (Siruela, Madrid, 2004), pág. 157. (*N. del T.*)

[*] Espere un momento, señor, una llamada desde Italia para usted. (*N. del T.*)

[*] ¿De modo que estudió usted en la universidad de aquí o en Alemania? / Bueno, en Europa, pero no en Alemania. En París. / ¡Oh... en París! (*N. del T.*)

[*] Un poco de coñac ayuda a conciliar el sueño mucho mejor que una tisana. *(N. del T.)*

[*] Término hebreo que designa a los maestros religiosos o preceptores de niños, por lo general muy mal pagados. (*N. del T.*)

[*] Adelante, no olvidemos en qué consiste nuestra fuerza. Hambrientos o saciados, adelante, no olvidemos... la solidaridad. (*N. de la A.*)

[*] ¡Menuda mierda! (*N. del T.*)

[*] Lo siento, mi yidis es muy pobre. / No se preocupe. / Soy alemán. / Pero es usted judío, ¿verdad? (*N. del T.*)

[*] *Freiraum* y *Spielraum*, que aparece un poco más abajo, son dos sinónimos para «libertad de acción y de movimiento». Ambas palabras se construyen con el sustantivo *raum*, «espacio» en general, pero también «lugar», «habitación», etcétera, combinado con *frei*, «libre», y *spiel*, «juego»; de ahí las connotaciones que se manejan en este pasaje. (N. del T.)

[*] «*Meine Mama war aus der Yokohama / Aus Paris war der Papa. / Meine Mama ging nur im Piyama / Weil Papa das gerne sah*», de la opereta *Viktoria und ihr Husar* de Georg (Pál) Abraham (música), y de Arthur Grünwald y Willy Löhner-Beda (libreto), cuya primera representación tuvo lugar en Budapest el 21 de febrero de 1930. (N. de la A.)

[*] Buenos días, soy yo. / Salgo enseguida. (*N. del T.*)

[*] Anexión-Finalización. (*N. del T.*)

[*] ¡Ay, la señorita ha traído la bandeja! (*N. del T.*)

[*] Mira, hay dos ahí dentro. / ¡Gracias, camarada! / De nada. Y enhorabuena, camaradas. / Será difícil, maldita sea, pero nos las apañaremos. (*N. del T.*)

[*] Bien, de acuerdo, pero escuche, mi jefe ya está de vuelta en España con la cámara, lo hará mejor, está en proceso de aprendizaje... / Estupendo, ¡que siga intentándolo! (*N. del T.*)

[*] Lo siento mucho, pero su cámara está *kaputt...*, se perdió con mi mujer. (*N. del T.*)

[*] Ah, y este perro es el perro personal del comandante. Pero si el comandante le habla en su lengua materna, el polaco, eso ya no lo sé... *(N. del T.)*

[*] Es habitual que los civiles que sobreviven a un bombardeo caigan en un estado catatónico. *(N. del T.)*

[*] ¿Y qué nos dice de su bella esposa, la que perdió en España? (*N. del T.*)

[*] Versión de José Luis Gómez Toré en la revista digital *El Cuaderno*, noviembre de 2017, <https://elcuadernodigital.com/2017/11/13/poemas-de-ingeborg-bachmann/>. (N. del T.)

[*] Un chiste malo. (*N. del T.*)

[*] No hace falta ni decirlo. (*N. del T.*)

[*] ¡Qué maravillosa sorpresa! ¡Y en un día como hoy! / ¿Es usted Robert Capa? (*N. del T.*)

[*] Por nuestra Gerda, salud. (*N. del T.*)

[*] ¡Menudo idiota! Teddie, ¿te importa vigilarla? (*N. del T.*)

[*] Le presento a mi querido amigo el doctor Kuritzkes. *(N. del T.)*

[*] Tal vez el último hombre en morir en la Segunda Guerra Mundial. *(N. del T.)*

[*] Una lástima, discúlrame. (*N. del T.*)

[*] Denominadas oficialmente «Melannurca Campana», las manzanas annurca son una prestigiosa variedad de esta fruta, propia de la región de Campania. También típicos de la región son los platos de pescado cocidos *all'acqua pazza*, es decir, con aceite, ajo, tomates cherry cortados en trozos y perejil picado al final de la cocción. (*N. del T.*)

[*] Con la colaboración de Mario Bernardo, pretendemos realizar una película documental de divulgación científica sobre la visualización de los colores en la que presentaremos sus experiencias. Sería un honor para nosotros conocer su opinión y recibir sus consejos sobre el particular. *(N. del T.)*

[*] Los alemanes ya están aquí, arregláoslas como podáis. (*N. del T.*)

[*] ¿Podrías hacerme un gran favor, cariño? (*N. del T.*)

[*] «Los quintacolumnistas nazis y sus aliados comunistas activos en México.» (*N. del T.*)

[*] En 1939, cuando los alemanes se acercaban a París, puse todos los negativos de Bob en una mochila y los llevé en bicicleta a Burdeos para intentar embarcarlos en alguna nave que se dirigiera a México. Me encontré con un chileno y le pedí que llevara los negativos a su consulado para que estuvieran a salvo y él aceptó. *(N. de la A.)*

La chica de la Leica
Helena Janeczek

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *La ragazza con la Leica*

© de la ilustración de la portada: fotografía de Robert Capa © International Center of Photography / Magnum / Contacto

© 2017 Ugo Guanda Editore S.r.l., Via Gherardini 10, Milano. Gruppo editoriale Mauri Spagnol

© de la traducción: Carlos Gumpert Melgosa, 2019

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-9066-666-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!



Helena Janeczek
LA CHICA
DE LA LEICA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES